

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MÁLAGA



6160598423

170
COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTORICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA

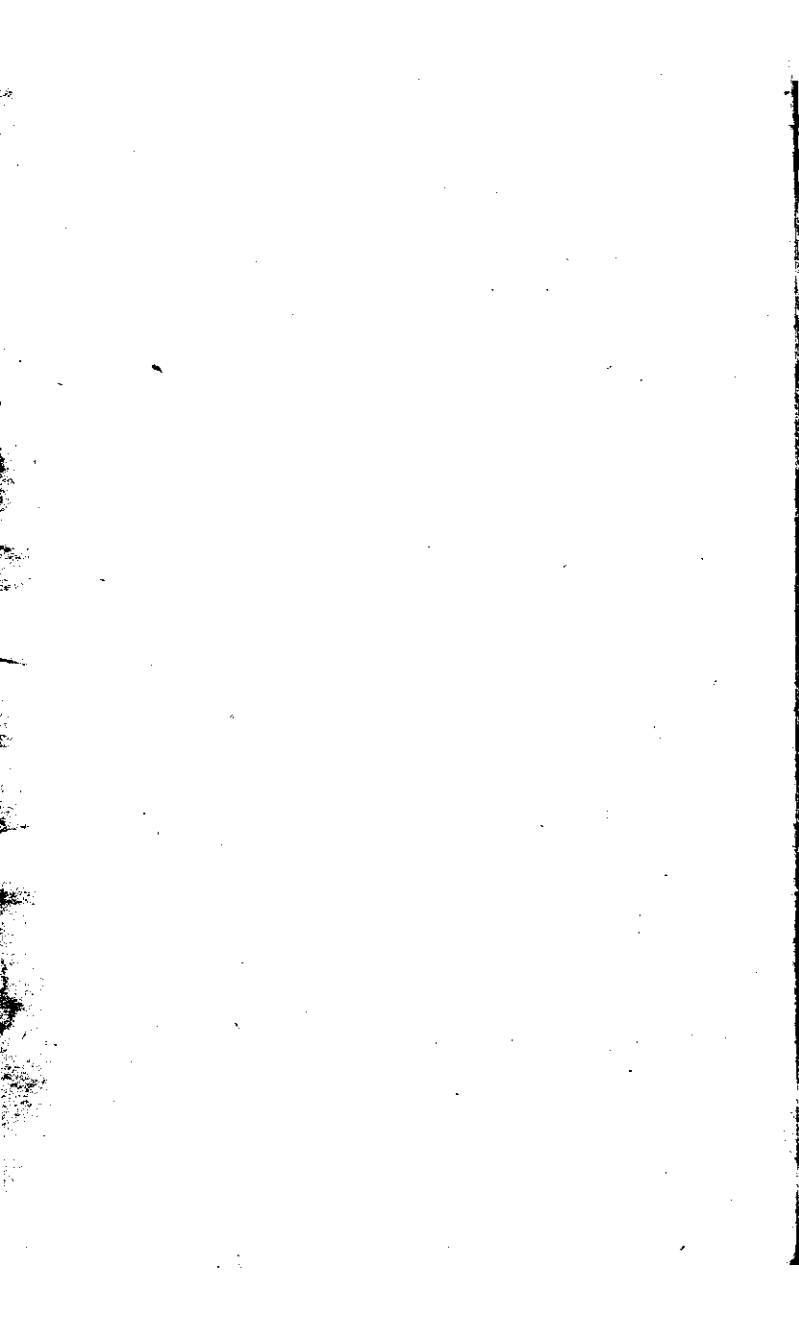
POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO VIII.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO JULIAN PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

AÑO DE 1802.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

En la época en que ahora entramos mudaba de faz el universo: grandes naciones cubrían el globo de la tierra con los antiguos nombres; pero no eran los hombres mismos ni los mismos gobiernos, y mucho menos las mismas religiones.

Á R A B E S.

Se presentó Mahoma, y baxo el estandarte de este entusiasta y embustero conquistador, y las banderas de sus sucesores, los Arabes, de cuya infancia dimos el diseño, extendieron su dominacion por Asia, Africa, y aun Europa. Ningun tiempo pudiera ser mas favorable á los sucesos del nuevo legislador. El luxo y vida regalada de los Griegos, la debilidad del Imperio romano, la decadencia de los Persas, la corrupcion de costumbres, y la division que reynaba entre los Christianos, anunciaban en Asia una conmocion general: las imaginaciones desarregladas y las desenfrenadas costumbres eran suscep-

tibles de los mayores extravíos y de todos los excesos. Mahoma, el hombre mas á propósito para aprovecharse de estas circunstancias, nació en la Meca, ciudad de la Arabia Feliz, á fines del siglo sexto, de una familia, cuyo origen señalan los doctores Musulmanes, en Abraham por medio de Ismael, en filiacion directa.

Hasta la edad de quarenta años no se declaró profeta y enviado de Dios. Los de su secta llenan este intervalo de prodigios que empiezan desde que nació, fingiendo que desde el seno de su madre salió con él una luz extraordinaria que iluminó toda la Siria, y que quando le parió se puso de rodillas, y pronunció devotamente estas palabras: *Dios es grande, y no hay mas que un solo Dios.* Dicen que nació ya circuncidado, y que en aquel instante todos los demonios colocados como en centinela en las estrellas y en los signos del zodiaco para tentar á los habitantes del cielo, fuéron precipitados: que desde entonces cesáron de animar á los ídolos, de responder en los oráculos, y que perdiéron todo su poder: que se apagó el fuego sagrado de los Persas, y se agotáron las aguas de un lago que era reverenciado: que un terremoto ter-

rible arruinó gran parte del palacio del Rey de Persia y hasta catorce de sus torres: que deseoso el Monarca de saber la causa de tan funesto suceso, le anunció su adivino, que despues de catorce reynados se verian subyugados los Persas, y ocuparian su trono los descendientes de un niño que acababa de nacer en la Meca: que fue este Rey á visitar al niño: y que anunció á sus padres su futura grandeza. Estos son hechos en que segun sus sectarios no puede ponerse duda, porque los contó la madre de Mahoma.

Murió su padre quando este falso profeta tenia dos meses: á los seis años se quedó sin madre, y le criáron sucesivamente su abuelo y un tio suyo, el qual le llevó á los trece años á Siria, adonde le llamaban los negocios de su comercio. Allí aprendió mucho Mahoma, y fue factor de una viuda llamada Khadija, con quien se casó, y de este modo llegó á ser uno de los mas ricos habitantes de la Meca. Ya antes de casarse se habia distinguido, á las órdenes de su tio, en una de aquellas guerras que las tribus árabes se hacian entre sí. Desde su primer viage de Siria habia tenido freqüentes conversaciones con un nestoriano llamado Ser-

gio , que fue el que le dió noticia de la doctrina de los Christianos y la de los Judíos. Se renováron estas conversaciones en otros viages , y hay indicios de que Mahoma , aunque distante , continuó su correspondencia con este herege siro. De este modo empezó el profeta de los Musulmanes con tres medios utilísimos para todo fundador de secta ; esto es , con inmensas riquezas , con fama de valor y habilidad militar , y con la reputacion de sabio , que es muy poderosa para con los pueblos ignorantes y los que andan vacilando en sus opiniones.

Tales eran los habitantes de aquella parte de Arabia en donde estaba Mahoma. La necesidad del comercio los precisaba á tratar con Christianos sequaces de la heregía de Nestorio , con Eutiquianos , y con los de todas las sectas , con los Judíos y con los idólatras que tenian al rededor : y así volvian de los países que frecuentaban con mas disposiciones para la duda y el error que con verdaderas luces. Todavía algunos conservaban vislumbres de la primitiva religion , pero tan débiles que se diferenciaban en poco de las tinieblas. La mayor parte no reconocian providencia , resurreccion ni otra vida : no tenian idea de que hu-

biese ángeles y espíritus, ni practicaban mas liturgia ni culto que una profunda veneracion á la casa de Abraham, que ellos llamaban la Cabaa, y dicen que fue transportada á la Meca. Visitaban esta casa con grande respeto acompañado de abluciones, oraciones y postraciones. Por otra parte se conformaban en creer la exístencia de un Dios único: de este dogma hizo Mahoma el fundamento de su religion; pero tambien conservó las peregrinaciones á la Cabaa, y las purificaciones refrigerantes que son tan necesarias en aquellos abrasados climas. Si confesando un solo Dios retiró á los idólatras, los atraxo con el cebo de una moral lasciva y voluptuosa. Los placeres que prometió en la otra vida hicieron desear la resurreccion; y como predicaba que estaban principalmente destinados para los que pereciesen por su causa, formó soldados llenos de entusiasmo, intrépidos en el peligro, al que se arrojaban sin precaucion, porque tambien los habia imbuido en los principios del *fatalismo*; esto es, en la opinion de que estando nuestra hora ya señalada en el cielo, debemos precipitarnos, sin que nos detenga lo que puede suceder, por ser esto independiente de todas las medidas humanas. Por úl-

timo, decia Mahoma: „Que no pretendia enseñar religion nueva, sino la antigua, profesada por Adan, Noe, Abraham, Moyses, Josué y los otros Profetas.

Despues de haber concebido su sistema, que se fue explicando sucesivamente, llevó Mahoma á su muger Khadija á una caverna del monte Hara, cerca de la Meca. Allí la reveló que se le habia aparecido el Angel Gabriel, y declarado que estaba señalado para ser el Apóstol de Dios. Ella le creyó piadosamente, y llena de gozo fue á dar parte de esta declaracion á su primo Varaka, que era Christiano, sabia leer y escribir, y estaba algo versado en la lectura del antiguo y nuevo Testamento. Fuese simpleza, ó fuese política, Varaka dió á entender que creia la revelacion de su pariente; y tanto se alegró Mahoma de haber hecho esta conquista, que dió siete vueltas á la Cabaa en accion de gracias. Anduvo el secreto circulando dentro de su familia, y unos le creian, y otros lo tomaban á risa. Ademas de la vieja que le habia criado, y de otras mugeres, fue el primero que le siguió, despues de Varaka, Ali, pupilo de Mahoma y su pariente, que tenia entonces de doce á catorce años. Tam-

bien fue su sectario otro hombre de mayor importancia, llamado Abu-Becra, muy estimado en la tribu de los Koreishitas, de la qual una gran parte se declaró abiertamente por el nuevo Profeta. No teniendo todavia la mayor seguridad del zelo de sus partidarios, catequizaba Mahoma en secreto: le ayudaba en este exercicio el jóven Ali; pero Abu-Becra predicaba la veracidad de Mahoma, y salia por fiador del falso Profeta, de sus visitas con los ángeles, y de sus conversaciones con Dios.

Viéndose el Profeta con suficiente número de discípulos, llamó á los principales *para un festin, y les dixo: „No conozco quien pueda ofrecer á los hombres cosa mas excelente que la ley que os presento en este dia. Os prometo la felicidad de este mundo y la de la otra vida. El Todopoderoso me ha mandado que os llame á él. ¿Quién de vosotros quiere ser el que me ayude, quién mi hermano y mi teniente?”* Quando todos vacilaban y guardaban silencio, se levantó el jóven Ali, inflamado del ardor de su edad, y dixo: „Yo soy, oh Profeta, el que quiero ser tu teniente, y el que quebrantaré los dientes, arrancaré los ojos, abriré el vientre, y

romperé los huesos de las piernas á quantos se opongan á ti." Mahoma le abrazó, y exclamó: „Aquí teneis á mi teniente: sujetaos á él y obedecedle." Así mostraba esta falsa religion desde la cuna su violento carácter.

Algunos de los asistentes se riyéron al oir la pronta y viva ocurrencia del jóven prosélito ó hijo de adopcion; pero él alentó al Profeta para que no continuase reducido á instruir en secreto; y así empezó á predicar públicamente. Los unos lo aprobaban, los otros lo condenaban, y de esta diversidad de opiniones nació la discordia en la tribu de Mahoma, y aun en su propia familia. Los Koreishitas se atormentaban y perseguian unos á otros, y aun muchos de sus partidarios tuvieron que huir hasta la Etiopia. Mahoma se quedó en la Meca, hecho blanco del odio del partido contrario, y asaltado del populacho, al qual sublevaban contra él los adoradores de los ídolos quando predicaba contra su culto. Llegó á tal punto la irritacion de los ánimos que tuvo por prudencia retirarse á Tayet, pequeña ciudad, á la distancia de veinte leguas, en donde tenia parientes; pero no tratándole allí mejor, regresó á la Meca.

Supuso que los doce años transcurridos

desde que en la caverna del monte Hara se habia declarado Profeta, habia tenido muchas visiones ; pero ninguna llega á la que vamos á exponer , y por ella puede juzgarse , al poco mas ó menos , de todas las otras. Refirió que estando un dia echado entre dos colinas al ayre libre cerca de la Meca , el Angel Gabriel se llegó á él acompañado de otro espíritu celes- te : que le abrió el corazon , sacó de él la go- ta negra , ó el principio del pecado original : que lavó bien aquel corazon , le llenó de fe y de ciencia , y volvió á colocarle en su lugar. Que despues el mismo Angel Gabriel volando con sus setenta pares de alas , llevó á Ma- homa la yegua *Al-Borak* , que era la que or- dinariamente montaban los Profetas. Este ani- mal , tan blanco como la leche , se parecia al mismo tiempo al asno y al mulo , siendo mas grande que el primero , y mas pequeño que el segundo. Tenia rostro humano y quixadas de caballo , lo que no es fácil de pintar. Los ojos brillaban como las estrellas , y eran pene- trantes como el sol : tenia dos alas de águi- la , y caminaba con tanta velocidad como un relámpago. *Al-Borak* entendia , discurría , pe- ro no hablaba. No obstante quando Mahoma quiso montar esta yegua , despues de haber

dado saltos y despedido coces; porque la dixo Gabriel: „Obedece á Mahoma” habló por cosa extraordinaria, y dixo: „¿Qué? ¿es este Mahoma el mediador, el embaxador, el autor de la nueva religion, cuyo artículo fundamental es, *no hay mas Dios que Dios?*” „Sí, respondió Gabriel, aquí está Mahoma, el Príncipe de los hijos de Adan, el primero entre los Profetas y los Apóstoles: él es el sello de todos, su religion es ortodoxâ: todos los hombres esperan entrar por su intercesion en el paraíso: el paraíso está á su derecha, y el fuego del infierno á su izquierda: qualquiera que le acuse de mentira será precipitado en el infierno.” „¡Oh Gabriel, respondió la yegua Al-Borak, te pido que consigas de Mahoma que pueda yo entrar en el paraíso en el día de la resurreccion.” „No tengas cuidado, Al-Borak, la dixo el Profeta, que tú por mi intercesion estarás conmigo dentro del paraíso.” Al punto la bestia se acercó á él, presentó su lomo, montó el Profeta, y partió.

En un abrir y cerrar de ojos llegó á Jerusalem: entró en el templo: le recibieron en él con ansia y respeto los tres personajes Abraham, Moyses y Jesus: dexó la yegua

Al-Borak, y por una escala de luz subió con Gabriel al primer cielo, que dixo ser de plata pura: que en él las estrellas tamañas como montes estan colgadas con cadenas de oro: que allí encontró á un viejo decrepito, á quien reconoció por Adan, y Adan se encomendó á sus oraciones. Que este cielo está lleno de ángeles y de toda suerte de formas: que cada uno ruega por los animales que representa: y los que tienen la figura de hombres ruegan por los hombres; pero lo que dixo hay en este cielo digno de mayor curiosidad es el *gran gallo*, que es blanco como la nieve, y tan grande que con su cabeza toca en el segundo cielo, distante del primero por un espacio que solo en quinientos años se puede atravesar: que este es el principal ángel de los gallos: que su canto es tan sonoro, que á excepcion de los hombres le oyen todos los habitantes de la tierra: y que quando canta, cantan con él todos los gallos del mundo, y que Dios se complace singularmente con esta melodía.

Que el segundo cielo, distante del primero quinientos años de camino, es de hierro: vió en él Mahoma, ¿pero qué no vió? dixo haber visto hasta el séptimo, y que son uno de diamantes, y los otros de esmeraldas, de bronce,

del oro mas puro, y de jacintos, todos distantes á lo menos quinientos años de camino, y que los recorrió con una velocidad que no le impidió advertir en cada uno lo mas curioso é importante. En el uno Jesus y Juan le llamáron, segun dixo: *el mas excelente de los hombres y de los Profetas*: que allí encontró á un ángel tan grande como el gran gallo, y que todavia es enano comparado con el del tercer cielo, cuya talla se puede inferir de que entre sus dos ojos hay un espacio de setenta mil jornadas de camino, y tiene á sus órdenes cien mil ángeles. Está sentado á una mesa delante de un libro grande, y no hace mas que escribir y borrar: los que escribe nacen, y los que borra mueren. Que allí David y Salomon recibiéron á Mahoma con grande cortesía: que en otro cielo le recibiéron con la mayor atencion el Patriarca Joseph y dos grandes ángeles: que el primer ángel siempre está de luto, suspirando sin cesar sobre los pecados de los hombres: y que el segundo, rodeado de luz, enseñó al Profeta las inclinaciones y postraciones tan encomendadas en la oracion.

Que Moyses, Aaron, Enoc, Abraham y Juan Bautista se deshacian por hacerle los honores en todos estos cielos: que en el sexto es-

taba la mas pasmosa criatura; esto es, un ángel que tenia setenta mil cabezas: cada cabeza, como se puede creer, otras tantas bocas, y cada boca otras tantas lenguas, y cada lengua celebraba las alabanzas del Señor en un lenguaje que es propio suyo. Algo aturdido sin duda con esta música pasó el Profeta prontamente al séptimo cielo, en donde dixo haber hallado un árbol, del que estan pendientes gruesas frutas mas dulces que la miel: y á la verdad que habia ganado bien este refresco. Que le presentó un ángel tres copas, una de leche, otra de vino y otra de miel: prefirió la leche, y oyó una voz que le decia: „Venturosa ha sido tu eleccion, Mahoma, porque si hubieras bebido el vino, se hubiera extraviado la nacion del camino recto, y se desgraciarian sus empresas.”

Que llegó por último al trono del Omnipotente, á cuyo lado estaba escrita en luminosos caracteres la inscripcion que sirve de divisa á los Mahometanos, y es: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta*: que le dixo el Eterno: „Pasa adelante, y acércate” y le puso una mano en el pecho, y otra en la espalda. Que este contacto derramó en él un intenso frio que penetró hasta la medula de sus

huesos; pero la presencia de Dios le hizo probar al mismo tiempo una dulzura estática é inefable. Que estuvo el Profeta conversando familiarmente con el Todopoderoso, y de él aprendió todo quanto era preciso que enseñase á los hombres: que volvió á desandar los siete cielos, y hallo la yegua Al-Borak en Jerusalem donde la habia dexado; y volviendo á montar llegó á la Meca: todo esto en una sola noche. „Rezelo, dixo Mahoma á Gabriel, que mis discípulos no querrán creerme, y me acusarán de mentira quando yo les cuente todas estas noticias.” „Nada rezeles, dixo el Angel á Mahoma, porque Abu-Becra, que en árabe significa *el testigo fiel*, te justificará.”

Con efecto, quando Mahoma contó á sus principales discípulos la historia de su viage, les pareció tan absurda que hicieron quanto pudieron para estorbar que hablase de ella á los otros Koreishitas; pero no les dió oídos, y antes bien la contó á uno de sus mas implacables enemigos, el qual la ridiculizó; pero Abu-Becra tambien salió á socorrerle en esta ocasion. No se sabe qué género de persuasiva era la de este hombre, si la fuerza, si la eloqüencia, ó uno y otro. El afirmó que

no habia cosa mas verdadera que este viage y sus circunstancias. Como las cosas mas absurdas no admiran quando estan preparados los espíritus, muchos de los Koreishitas creyeron al testigo fiel; pero otros apostataron, y se formó entre los habitantes de la Meca un peligroso cisma. Mahoma se mantuvo firme, y dixo: „Aun quando mis contrarios pusieran contra mí el sol á su derecha y la luna á la izquierda, no quitaré un punto de mi empresa.” Hizo que sus prosélitos hiciesen un juramento, que se llamó el *juramento de las mugeres*; y no porque entonces estuviese presente alguna, sino porque fue el que se las pidió despues, y consistia en renunciar á la idolatría, no robar, evitar la fornicacion, y no matar á los hijos, como lo acostumbraban los Arabes, quando no podian sustentarlos, no calumniar, y obedecer al Profeta en quanto fuese justo. Todavia no se trataba de defenderse ni de acometer. Hasta entonces habia declarado Mahoma que todo su ministerio consistia en exhortar y predicar. „Yo, decia, no estoy autorizado para forzar á ninguno á que abrace mi religion: el que crean ó no á mi palabra, no es asunto mio, sino de Dios.”

Pero sucedió que unos misioneros que habia enviado á Medina, ciudad de la Arabia Feliz, cerca de cien leguas de la Meca, hicieron fervorosos prosélitos. Estos llegaron á jurar fidelidad á Mahoma, y á prometer defenderle contra los *negros y los rojos*. Segun ellos lo entendian, y el Profeta lo comprendió, era decir que declaraban la guerra á todas las naciones que resolviesen oponerse al establecimiento de la nueva religion, con lo que se empeñaban no solamente en la defensa, sino en la persecucion con hostilidades. Declaró Mahoma que Dios le habia permitido lo uno y lo otro, y recibió el juramento de sus zelosos discípulos. Esta especie de conjuracion, y la division que ya empezaba á reynar en la Meca y amenazaba una guerra civil, asustó á los habitantes: tuvieron consejo los principales sobre lo que habian de hacer. „El diablo, dixo Mahoma, asistió á esta junta en figura de un viejo, y les hizo tomar la resolucion de matarme.” Lo supo, se salvó en una caverna en la qual corrió peligro de la vida, y de allí pasó á Medina, donde le hicieron el recibimiento mas honorífico. En este suceso empieza la era de los Musulmanes, que ellos llaman la

*Témulo los principales de la Mea, las enes
 guetas de la Mea que en la ciudad exa
 taba la extranjeria sea de Mahoma, red
 taren de hacerse de de por se sabe en una a
 roma, e de allí por a Mahoma, kunk sus jave
 rase presides le restaron en la mayor estu
 tacion, e jufite. Y se crede que la equidad de
 los hombres hizo tanto honor al mio ricku
 de los imperios.*

Entrada de Mahoma en Meha.



Hegira, que quiere decir fuga, en el año 622 de nuestra era.

Así que Mahoma se retiró á Medina se declaró como en estado de guerra contra los de la Meca. Robo las caravanas de esta ciudad, y se enriqueció con sus despojos. Los historiadores Musulmanes dan el soberbio nombre de batallas á unas pequeñas acciones que pasaron entre algunos centenares de hombres. En la mas célebre no habia mas que trescientos hombres de una parte y novecientos de la otra: estaban estos llenos de embarazos con el aparato que lleva una caravana, y los atacó Mahoma con trescientos guerreros. No se habla en esta ocasion de sus proezas personales; solo se advierte que antes del combate oró á Dios con fervor, y fingió un desmayo, durante el qual aseguró luego que Dios le habia prometido la victoria. Tomó despues un puñado de polvo, y le arrojó contra los enemigos diciendo: „Confúndanse sus rostros, y sean disipados todos como este polvo que el viento lleva.”

Suponia este falso Profeta que jamas le faltó la inspiracion divina; pero es porque fingia hacerla venir ó en un sueño, ó escrita en las hojas que él mismo determinaba que el cielo se las

enviase quando las necesitaba. Estas hojas son las que despues compusieron el Alcoran, que es el evangelio de los Musulmanes. Los ritos, las ceremonias, los lavatorios, y hácia que parte se debian volver quando oraban: el ramazan, aquel ayuno tan severo en el dia, y tan sin freno en la noche pasándola en glotonería y en los placeres: todo estaba ya previsto y arreglado en estos papeles. De ellos se servia para autorizar la paz, la guerra, la venganza, y para santificar lo extravagante y reprehensible de sus propias acciones. Aunque la ley no permite á cada Musulman sino quatro mugeres legítimas, él como buen legislador dió el exemplo y el pretexto de la poligamia, y dixo que á él le permitia Dios nueve mugeres. Ayezha, hija de Abu-Becra, á la qual tomó por muger niña de ocho años, quando se vió de mas edad le dió algunas sospechas, y él no queriendo que sus enemigos pudiesen alegrarse de esto, los proscribió en un capítulo del Alcoran, en que trata de la calumnia. Otra revelacion le autorizó para que se casase con escándalo de los buenos Musulmanes con la muger de Zeid, su liberto ó su hijo adoptivo, que por complacer al Profeta se divorció de su que-

rida esposa. Ultimamente, sorprendido con una de sus esclavas, llamada María, por dos de sus mugeres, á quienes con este motivo privaba de la noche que las tocaba, hizo bajar del cielo la licencia de violar las obligaciones aunque fuesen juradas. Se cree que el riesgo en que se vió en una riña que tuvieron unos beodos, fue la causa que le determinó á traer del cielo la revelacion de prohibir á sus discípulos los licores fuertes, y el jugar á los dados, porque la prohibicion de comer tocino la tomó de los Judíos.

No obstante no corria muy bien Mahoma con esta nacion, porque en una guerra contra los Judíos de Kaibar, no lejos de Medina, dixo que uno de ellos le habia dado hechizos; pero el Angel Gabriel le enseñó á romper el sortilegio con que el Judío habia ofendido á él y á sus dos hijas. ¡Que de astucias no usaba este Profeta para hacer á sus enemigos odiosos! Y lo peor es que siempre interponia la divinidad diciendo que salia á socorrerle; pero esta le faltó en un combate en que le echáron á tierra con dos flechazos, uno de los quales le hirió de modo que le puso en peligro de muerte: prueba de que sabia pagar en la ocasion con su per-

sona, que es el medio que no debe despreciar todo innovador que quiere salir bien. Sus victorias llamaron á sus banderas gentes de todas religiones, que despues se hiciéron sus prosélitos. No dexaba de juntar los recursos del comercio con el pillage de las caravanas, y las correrías contra sus vecinos. Enviaba á las ciudades mas comerciantes, y aun á Constantinopla, agentes que al mismo tiempo le servian de espías para advertirle la salida de las caravanas. Ya llegó á convidar altamente á los Príncipes extrangeros á que abrazasen su religion, y á los que la despreciaban les hacia amenazas seguidas comunmente del efecto. En quanto á sus discípulos, con solo una mirada los hacia temblar. Siempre se le presentaban con la mas profunda veneracion, y con señales de respeto, que se acercaban á idolatría.

Los de la Meca fuéron los que permaneciéron mucho tiempo sin prestarse á esta especie de adoracion, porque siempre vacilaba su fe con tal Profeta, y así le rechazáron de sus muros quando intentó introducirse para cumplir al rededor de la Cabaa las ceremonias que él se habia imaginado. Volviendo mas acompañado le abandonáron sus

compatriotas la ciudad, y se retiráron á los montes vecinos. Halló las casas vacías: cumplió con las obligaciones de su peregrinacion sin cometer desórden alguno. Volvió otra vez, los tomó por fuerza y les perdonó la vida: esta generosidad le ganó los corazones de los Koreishitas, que era la tribu mas recomendable de la Arabia, y á su exemplo se sujetáron las otras. Volvió á entrar en la Meca con grande pompa, y sacó de la Cabaa los ídolos que de tiempo inmemorial se habian conservado en ella. No se sabe qué dioses eran estos que se adoraban en Arabia, pues no se parecian á las divinidades egipcias, griegas ó siras: á lo que parece eran algunos atributos de Dios personalizados que Mahoma echó de toda la Arabia. Es preciso hacer justicia al zelo con que defendió el dogma de la unidad de Dios, que Mahoma hizo dominante en todos los paises que subyugó, excluyendo todos los demas dioses. En diez y seis años poco mas ó menos que se pasáron desde que huyó de la Meca, sujetó lo mejor de la Arabia Feliz, y puso los cimientos de uno de los mas vastos Imperios que han existido y todavia existen. Murió en Medina á la edad de sesenta y un años de una

enfermedad ocasionada, segun dicen, por las reliquias de un veneno que le habian dado muchos años antes. En esta ciudad se ve su sepulcro, y le visitan los Musulmanes por simple devocion, siendo así que la peregrinacion á la Meca es para ellos una obligacion estrecha, por la que tienen que hacer este viaje una vez en la vida, ó pagar por otro que le haga en su lugar, ó rescatarse con limosnas.

Poco importa saber que Mahoma era de mediana talla, bien proporcionado, de temperamento sanguino, y que tenia la cabeza grande, la barba espesa, los huesos gruesos y sólidos, los ojos negros y bien rasgados, la tez bermeja, las facciones grandes y regulares, las cejas largas, la nariz aguileña, la boca grande, con buena dentadura, bien poblado de cabellos, que segun unos eran lacios, y segun otros encrespados. Todas estas son unas particularidades bien indiferentes; pero no lo es el descubrir cómo con una ambicion sin limites, una luxuria desenfrenada, un abandono sin reserva á todas sus pasiones; cómo con el auxilio de las visiones absurdas, milagros ridiculos, como el de haber partido la luna; cómo destituido de conocimientos, pues

dicen algunos que aun no sabia leer: pudo persuadir á los Arabes, nacion á la verdad poco cultivada, pero no falta de sagacidad ni reflexi6n, que 6l era un ser privilegiado, el amigo de Dios, el Ap6stol y el Profeta por excelencia.

No hay duda que tenia Mahoma muchas calidades que pueden hacer extraordinario al hombre: como valor, eloquencia y teson. Se manejaba en sus empresas con ayre afable 6 impostor, segun la necesidad y las circunstancias: poseia el arte de hacerse amigos, y el de conservarlos, que es mas raro; pero lo que le distingue y con lo que consigui6 su intento no fue estar persuadido, porque estas cosas ninguno se las persuade á sí mismo; sino la constante atencion siempre sostenida para dar á entender que 6l no podia dudar que era, como decia, hombre de Dios. De dia, de noche, en los negocios, en los placeres, en el ex6rcito, en la mesa, y entre sus mismas mugeres, nunca se le olvid6 que tenia que hacer el papel de inspirado. Hasta los sucesos naturales, que parecian menos propios para hacer su papel, le servian, y aun hacia pasar por 6xtasis los ataques de epilepsia que le asaltaban. Un lobanillo que tenia entre las dos

espaldillas, decia él que era el sello de la profecía. La costumbre de no perderse jamas á sí mismo de vista, ni permitirse en los instantes mas expuestos distraccion, accion ni palabra que pudiese desengañar á los que le rodeaban, fue la que no les dexó medio para librarse de su seduccion. Pareciendo que estaba él convencido convencia á los demas: la fe provino de la estimacion, porque él de la menor duda hacia un delito digno de castigo. Esta opinion se ha conservado con energía entre sus sectarios por la destreza con que juntó en su profesion de fe dos cosas: la primera de las quales, á saber: *Dios es uno*, es una verdad que no puede negarse, y sirve, por decirlo así, de pasaporte á la otra: *y Mahoma es su Profeta*. Dos dias antes de su muerte, á pesar de la debilidad y caimiento á que le tenia reducido una fiebre ardiente, é hizo la oracion pública en calidad de Califa y de Iman, ó como xefe del gobierno y Pontífice.

Como el trono y el altar ennoblecen á todo quanto les pertenece, Mahoma, que se vió con uno y otro, hizo que para sus discípulos fuese digno de observaciones lo que en otros se despreciaria; pues se ha con-

servado la memoria de sus cortesanos , de sus amigos , de sus empleos , y de la mas ó menos entrada que tenian con él : y aun la de sus mugeres y concubinas con la hermosura y defectos de estas. Sus asnos , sus caballos y camellos se cuentan y se distinguen por sus propios nombres. Se ha hecho la descripción de sus carros , armas y muebles ; en fin hasta lo concerniente á las funciones animales mas secretas ; la hora de la comida , quando se levantaba ó acostaba , su exâctitud , su puntualidad en todas las cosas , nada de esto se ha omitido.

No acaban los doctores ni comentadores de contar los privilegios y prerogativas de su Profeta. Los Musulmanes mas devotos gastan una parte del dia en repetir las , pasando con sus dedos las cuentas de los grandes rosarios que llevan al cuello. Esta letania , que abreviaremos mucho , está concebida poco mas ó menos en estos términos. „Mahoma, el último de los Profetas en el orden de la creacion, es el primero en el orden de la mision. Su nombre está escrito en todas las puertas del paraíso. Quando él nació fue precipitado el diablo. El recorrió todos los cielos. Mahoma es superior á todos los hombres en espíritu y en inteligencia. Ha obrado tres milagros,

sin contar los del Alcorán , en el que se contienen sesenta mil , porque cada verso es un milagro. Partió la luna. Por su órden hablaron las piedras y los árboles. Fuentes de agua corriéron de sus dedos. Dios reparte con él las bendiciones. Dios ha mandado al mundo que le obedezca. Toda la tierra es suya. Antes de él estaba manchada por los Christianos , por los Idólatras y los Judíos. El la purificó con su doctrina. Mahoma instituyó la oracion , la costumbre de lavarse las manos despues de comer , y la de hacer un hueco en uno de los lados del sepulcro ; y la moda de llevar turbantes , con cintas pendientes por detras , señal de distincion entre los mismos ángeles. Su familia no pagará tributo. Aunque manchado por lo ardiente de su temperamento , jamas perdió su pureza. Mahoma gozó de prerogativas no concedidas á otro , como las de abrazar á su muger en dia de ayuno : casarse con mas de quatro : cometer homicidio en todo el territorio sagrado , y aun en la misma Meca : juzgar segun su voluntad : recibir regalos de los clientes : y repartir las tierras aun antes de hacerse dueño. Suyo es lo mejor que se coge en los despojos de los enemigos. Los ángeles le obe-



Cadaver de Mahoma.

No podian persuadirse los habitantes de Medina á que Mahoma hubiese muerto; pero como al fin debia convencerlos el hedor del cadaver, el sáqir Abu-Beera, para evitar el descrédito del Profeta, persuadió con el Alcorán, que la qualidad de enviado de Dios no le eximia de la ley comun á los hombres. De este modo la astucia malogró la victoria con que la naturaleza hubiera felizmente conjurado á la impostura.

decen. El de la muerte no recogió su alma hasta haberle pedido licencia.”

Como los de Medina ignoraban esta circunstancia, no se podian persuadir á que el Profeta hubiese pasado por la suerte comun de los demas hombres; y Omar, uno de los capitanes mas famosos exclamaba: „No puede ser, no ha muerto el Profeta de Dios: solamente se ha ausentado por algun tiempo, así como Moyses se ausentó de Israel por quarenta dias, y despues volvió á vivir con su pueblo.” Al mismo tiempo juraba exterminar á qualquiera que dixese que el enviado de Dios estaba muerto. Pero Abu-Becra, suegro del Profeta, y mas prudente, hizo ver por el mismo Alcoran que debia morir; y la corrupcion que empezaba á apoderarse del cadáver fue una prueba demostrativa para el pueblo, el qual, creyendo que así estaba profetizado, no se escandalizó. Su poder y dignidades, si en ellas habia derecho de sucesion, debian pasar á su yerno Ali; pero balanceándose los votos entre Omar y Abu-Becra, al fin prevalecieron á favor de este último, y el mismo Ali le reconoció. Teniendo Mahoma tantas mugeres, no habia tenido mas que un solo hijo, que murió muy jóven.

Ya en el tiempo del falso Profeta se habian levantado algunos hombres, rivales de su poder, de los quales se deshizo; pero le sobrevivió uno muy peligroso llamado Moseilama, cabeza de una poderosa tribu. Se supone haber tenido parte en la impostura de Mahoma; pero no queriendo serle inferior, y aspirando á la mitad del Imperio, le escribió: „Moseilama, Apóstol de Dios, á Mahoma, Apóstol de Dios: Sea tuya la mitad de la tierra, y mia la otra mitad.” Mahoma le respondió: „Mahoma, Apóstol de Dios, á Moseilama el impostor: la tierra es de Dios, él se la ha dado en herencia al siervo que le agrada, y los que le temen tendrán un feliz éxito.” Este feliz éxito procuró lograr Moseilama, y así en los pocos meses que sobrevivió á Mahoma ganó mas terreno que el que habia perdido; pero Abu-Becra envió contra él un ejército superior que le oprimió. Tambien sosegó el Califa algunos alborotos que se suscitaron con motivo de la cobranza de los impuestos, y los cismas y querellas de opiniones, bastante ardorosas para temer en sus primeros instantes la total disolucion del Imperio. Hasta profetisas se presentáron; y si no se hubiera reprimido á tiempo la seduc-

cion de estas, pudiera haber sido fatal al islamismo. De este conflicto nació nuevo fervor en aquellos Musulmanes que permanecieron fieles al falso Profeta. Hicieron punto de honra propagar su religion, y extenderla si pudieran por todo el mundo. Era Abu-Becra el mas propio para dirigir esta empresa, mostraba profundo respeto á la memoria de Mahoma, y daba á entender que estaba convencido de la verdad de su apostolado: era exáctísimo en observar las menudencias del Alcoran. No parece que este Califa fuese guerrero por sí mismo; pero tuvo grandes Generales, y entre otros á Kaled, que era muy valiente y hábil, y sobre todo de un zelo excesivo, y aun perseguidor de quanto no era Musulman. Tenia este un hijo llamado Sair dotado de las mismas calidades. Entre los demas capitanes, cuya enumeracion seria prolixa, deben contarse los primeros Yecid, Obeidah, Derar, Rasis y Serjabil, soldados intrépidos, comandantes absolutos alternativamente, y subalternos dóciles. Abu-Becra supo inspirar en sus exércitos el entusiasmo que prepara las victorias: se consideraban los soldados como misioneros que iban á plantar la fe en todos los paises que tenian al rededor, substituyen-

do la media luna á la cruz con riesgo de sus vidas, muy persuadidos de lograr la corona del martirio y los gozos del paraíso de Mahoma muriendo en su religiosa empresa.

Los campamentos eran como grandes mezquitas, en donde se hacia la oracion con recogimiento á las horas señaladas, en quanto lo permitian las operaciones de la guerra. En sus exércitos no se veía libertinage ni desorden sin embargo de haber en ellos muchas mugeres: estas marchaban y peleaban al lado de sus padres, hermanos ó esposos, sufriendo como ellos las fatigas, y con la misma intrepidez en los peligros. Un mismo espíritu, que era el de convertir ó hacer prosélitos, animaba á todas aquellas tropas, y Abu-Becra procuraba mantenerle con las exhortaciones patéticas que enviaba á los xefes, y se leían en presencia de los batallones. Una carta, un simple billete le reclutaba exércitos. No hizo mas que escribir á la Meca estas palabras: „Esta carta se dirige á haceros saber que intento libertar la Siria de las manos de los infieles, y quiero que sepais que peleando por propagar la verdadera religion obedecéis á Dios.” Al punto acudiéron los Mecanos, se acampáron al rededor de Medina, y per-

manecieron allí, á pesar de la escasez de víveres, hasta que se completó el ejército musulman, y se vió en estado de ponerse en marcha.

En el momento de la partida Abu-Becra pidió á Dios á vista del ejército que le llenase de valor, y le diese un feliz suceso. Dirigiéndose al General, le dixo: „Yecid, cuidado con tratar á las tropas con afecto y suavidad: consulta á tus oficiales en las ocasiones de importancia: anima á tus soldados á pelear con valor y á pie firme. Si ganas la victoria, no mates á los ancianos, mugeres ni niños: no destruyas las palmas, ni quemes los trigos: no cortes los árboles ni hagas mal al ganado; á excepcion del que mates para el sustento de tu gente. Quando hagas algun tratado ó composicion, observa inviolablemente tu palabra. No quites la vida á los religiosos que viven en los monasterios, ni arruines los lugares en donde se han consagrado al servicio de Dios; pero á esos miembros de la sinagoga de satanáas que estan tonsurados, pártelos la cabeza si no se hacen Musulmanes ó pagan el tributo.” Sin duda entendia por los tonsurados los sacerdotes de los Christianos, que con sus exhortaciones y su zelo

le estorbaban para la propagacion del mahometismo; bien que la alternativa de hacerse Musulman, pagar el tributo ó morir no era para los sacerdotes solos, pues se extendia á quantos alcanzaban las armas musulmanas. De la Arabia, que fue enteramente subyugada, penetraron por la Siria hasta las fértiles llanuras de Damasco. Sostuvo esta ciudad con las fuerzas que envió el Emperador Heraclio un largo sitio, pero la acometiéron dos Generales musulmanes por dos opuestos lados: y mientras Obeidah entraba por composicion por una parte, Kaled forzaba el otro lado. Se encontraron en la ciudad: el uno trataba á los habitantes con humanidad, el otro lo llevaba todo á sangre y fuego. Ya estaban para acometerse, y conviniéron en que cada uno fuese libre en usar de la victoria como quisiese: de suerte que se vió en Damasco el singular espectáculo de que una parte de la ciudad, entregada á los horrores de la guerra, resonaba en gritos de desesperacion, y la otra llenaba de bendiciones á su vencedor pacífico.

No duró tres años el reynado de Abubecra; pero es famoso, no solo por las conquistas que en tan corto espacio son admira-

bles, sino tambien por el gran servicio que hizo á la religion musulmana ordenando el Alcoran. Este libro se compone de aquellas hojas que Mahoma hacia venir del cielo segun la necesidad, y otras que él componia separadamente para servirse de ellas en la ocasion. Como el Profeta no sabia leer, se dice que su secretario insertaba algunas veces notas de su capricho, que alteraban el texto y aun le hacian ridículo. Fue preciso pues limpiarle de estas interpolaciones, que no era trabajo fácil, y buscar y recoger lo que se habia extraviado ó se habia perdido, supliéndolo con el auxilio de la memoria y del testimonio de los antiguos. Abu-Becra se tomó este cuidado con una atencion que ya llegaba á escrupulosidad: de su trabajo salieron ciento y catorce capítulos, repartidos poco mas ó menos segun las materias. Tal es el Alcoran, libro sagrado para los Mahometanos, y cuyo estilo dicen, no sé por qué, que es inimitable, y un milagro permanente mayor que el de resucitar á un muerto. Otro libro tienen en que estan las palabras y hechos del Profeta, y le llaman la Sonna, menos divino, pero muy respetado.

La religion mahometana, á diferencia de

casi todas las otras, no tiene ofrendas ni sacrificios: todo su rito consiste en predicaciones, oraciones y lavatorios, el *Romadan*, que es el ayuno de un mes en cada año, y la peregrinacion á la Meca una vez en la vida. Mahoma, poniendo las leyes de policía en el Alcoran las hizo religiosas, y de este modo las dió mas fuerza y permanencia que si las hubiera dexado puramente civiles. Si prescribe reglas sobre los contratos particulares, como el matrimonio, el divorcio, las herencias, los castigos y los tratados con las naciones extrangeras, ó sobre los otros objetos de derecho natural, ó de pura convencion, siempre supone que habla en el nombre de Dios: en la administracion de la justicia, la limosna, el empréstito sin usuras, la redencion de los cautivos, y otras acciones que de suyo son laudables, siempre insiste sobre su práctica como de Dios; y lo mismo hace sobre la execucion de las leyes prohibitivas, como: abstenerse de ciertos manjares y de los licores que embriagan, no jugar á los dados, y no dedicarse á la adivinacion.

El fatalismo fue para Mahoma un gran recurso. Si le decian que alguno de sus discípulos acababa de morir peleando, respondia:

„Ya estaban contados sus días; y aunque fuera en su propia casa le hubiera herido á la misma hora el ángel de la muerte.” Con esta opinion conseguía que morir por morir quisiesen todos mas que les sucediese en el campo de la gloria; y que viesen sin pestañear la cuchilla que les iba á cortar el hilo de la vida, persuadidos á que así conseguian la corona del martirio. Las recompensas vinculadas á este título eran estas: „Para cada predestinado setenta y dos mugeres de las mas hermosas, una tienda de riqueza incomparable, un prodigioso número de criados, una pasmosa diversidad de manjares servidos en platos de oro, varias especies de deliciosos licores presentados en vasos del mismo metal, los mas excelentes vinos sin el defecto de embriagarse, un surtido de magníficos vestidos proporcionado á la suntuosidad de la mesa, un gran tren, y quanto puede lisonjear á la sensualidad del voluptuoso mas entregado al placer, y para poderle gozar una juventud y unas fuerzas que renacen sin cesar.” Este es el paraíso de Mahoma. Se dice que los Mahometanos instruidos no caen en estas esperanzas quiméricas, sino su ignorante pueblo. ¡Ah! infeliz pueblo, y cómo te engañan!

Omar, que habia concurrido con Abu-Becra, fue quien le reemplazó. El Califa difunto no dexó mas que tres dracmas en dinero; y quando diéron cuenta á Omar de este tesoro, dixo: „Dios le perdone á Abu-Becra, pero dexa á sus sucesores un exemplo bien difícil de imitar.” Una de las máximas de este hombre desinteresado era: „las buenas acciones son una salvaguardia contra la adversidad:” decia tambien: „la muerte es la menor cosa del mundo quando llega, y es la mas molesta de todas antes de llegar.” Tomó Omar el título de Emperador ó Comandante de los creyentes, y se le dexó á sus sucesores.

Se creeria que un Príncipe que sujetó la parte mas rica de la Siria, cuyas banderas siguió constante la victoria, que con sus armas se hizo Soberano de la Mesopotamia, de toda la Judea, del Egipto, de las mas ricas ciudades, como Antioquia, Emesa, Alexandria, y entró como conquistador en Jerusalem; cuyos exércitos, despues de sangrientas batallas, penetráron por la Persia, y empezáron á hacer temblar aquel trono; se creeria, digo, que semejante Príncipe fue un gran guerrero; pues ni aun llegó á mandar sus tropas. Desde Medina, lugar de su resi-

dencia, enviaba las órdenes en el estilo sentencioso del Alcoran, y no solo se conformaban con ellas los Generales, sino que los mismos soldados se resignaban con la sumision de devotos religiosos. Buen exemplo tenemos en el ejército que mandaba Obeidah. Escribió este General al Califa, que sus soldados se habian acostumbrado en Siria á beber vino. Mandó Omar que castigase á los culpados con ochenta palos dados en las plantas de los pies. Insinuó el General esta sentencia exhortando á que los que se sintiesen culpados confesasen voluntariamente su pecado, y se sujetasen en prueba de su arrepentimiento al castigo que el Califa ordenaba. Fuéron muchos los que confesáron su culpa sin mas acusador que su propia conciencia.

Este Obeidah era el General favorito de Omar; y le dió la preferencia respecto de Kaled, á quien depuso, porque „Obeidah, decia, es suave y moderado, y siempre se porta con bondad para con los Musulmanes; pero Kaled es de genio intratable y feroz, codicioso, y culpado en muchos excesos. El mismo Dios gobernará las empresas de un hombre tan virtuoso como Obeidah, y echará la

bendicion á sus disposiciones suaves y moderadas." A Kaled no le impidió su desgracia servir , porque distinguia en Omar dos personas. „Yo, decia, le tengo igual aversion; pero me someto á la voluntad de Dios explicada por el Califa, legítimo sucesor de Mahoma." No ignorando el Califa este modo de pensar, ¿qué no podria esperar de sus soldados y de sus xefes? Tenia gran cuidado de apartarlos de toda preferencia respecto de las cosas que pudieran aficionarlos á este mundo, y así escribia á Obeidah: „Te encargo que pongas la confianza en Dios, y que no seas uno de aquellos de quienes dice: si vuestros padres, hijos, hermanos, mugeres y parientes, ó las casas en que os complacéis, ó las riquezas que adquiris, ó las mercaderías que temeís no vender, os merecen mas amor que Dios, su apóstol Mahoma y el adelantamiento de su religion, temed que cumplirá contra vosotros lo que ya tiene resuelto."

Si desea alguno saber que derecho suponian tener los Arabes sobre la Siria, que era la parte mas bella de sus conquistas, le hallará en la conversacion de Amru, General de Omar, con Constantino hijo de He-

raclio: decia este Príncipe á Amru: „Los Griegos y los Arabes son parientes cercanos entre sí, y por esto es cosa injusta que se hagan la guerra unos á otros.” „Aunque fueran hermanos, respondió el Arabe, basta que sean de diferente religion para hacerse la guerra; pero yo ignoro qué parentesco tengan los Koreishitas con los Griegos.” Constantino replicó: „Adan, Noe, Abraham, Isaac, Esau fuéron padres de los Griegos y de los Arabes: luego son parientes, y no deben entrar en querellas sobre las tierras que sus padres les han repartido.” „Bien decis, respondió Amru; pero esa division ya no existe. A vosotros tampoco os pertenece el pais que ahora ocupais, porque le habitaban los Amalecitas que descendian de Sem como nosotros. Reclamamos la herencia de nuestros padres y hermanos, aspiramos á poner las cosas en su antiguo pie entrando á poseer vuestras tierras fértiles, esos ricos pastos, hermosos rios y casas magníficas, y os daremos en cambio nuestras rocas y desiertos con estas tierras secas y estériles que fuéron dadas á Can y á Jafet, de quienes descendéis vosotros.” Constantino se atrincheró con la antigua posesion, la qual destruia todos los demas titu-

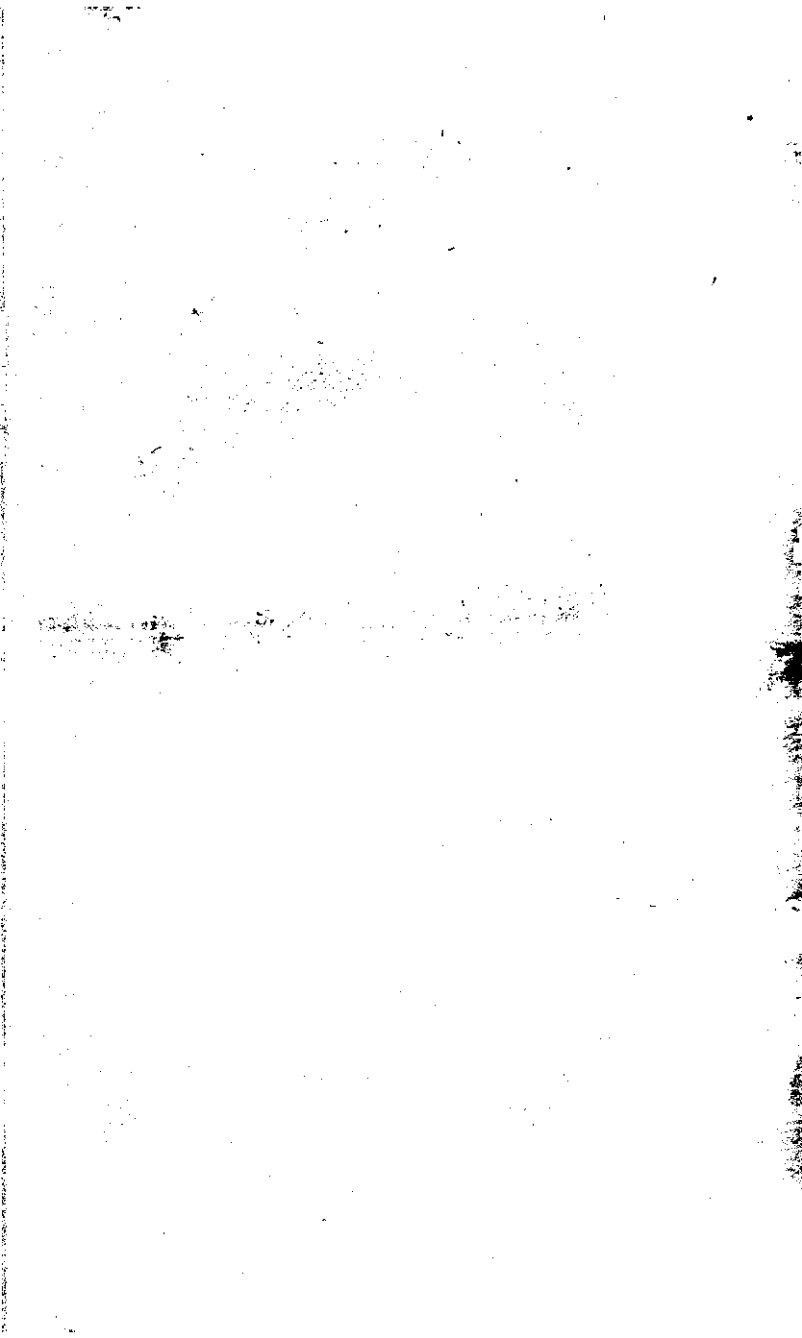
los; y le dixo Amru: „Teneis razon; pero á nosotros nos parece la Siria tan deliciosa en comparacion de nuestro país, que jamas nos resolveremos á dexarla, y estamos absolutamente determinados á hacernos dueños de ella. Un solo medio teneis para que os dexemos pacíficos poseedores de vuestros grandes bienes, y es el de abrazar la religion musulmana, ó pagar el tributo que exígimos de los infieles.” ¿Qué habrá en este mundo de que un hombre no pueda apoderarse con semejantes razones, apoyadas con un buen ejército?

Del mismo género, poco mas ó menos, es el argumento de los Mahometanos para apoderarse de Jerusalem. „Esta, dicen, era la *santa ciudad*, desde la qual partió el Profeta quando fue á su viage de los siete cielos; no convenia que se quedase en manos de los infieles.” Consiguieron los habitantes no entregarla sino á Omar en persona: este tuvo la bondad de hacer el viage, y ellos motivo para alabar su atencion y su justicia. Por ser máxîma mahometana contar por suyos todos los lugares en donde hubieren hecho oracion los Califas, tuvo la delicadeza de no orar en la iglesia, y dar á los Christianos, sin que

estos lo solicitasen , un salvoconducto por escrito contra las invasiones de sus sucesores. En la capitulacion que les concedió se contienen muchos privilegios á favor de los Christianos que estan en esta ciudad , y son el fundamento de los que gozan todavia en el gobierno de los Turcos. Lo que debe especialmente agradecerse á Omar , es esta condescendencia , por ser un entusiasta que no conocia mas ciencia ni luz que la de la religion mahometana , ni podia entender como era posible profesar otra. Bien conocido es este Califa por su modo de pensar acerca de la destruccion de la famosa biblioteca de Alexandria , cuya mitad habia ya perecido por una desgracia accidental en tiempo de César. Consultado Omar por Amru , su General , sobre lo que se debia hacer de aquellos libros , respondió : „Si esos libros concuerdan con lo que se dice en el Alcoran , este solo basta , y los otros son inútiles : si contienen doctrinas contrarias á las de este libro divino , deben tenerse por perniciosas , y se deben destruir.” Resolvió Amru que con aquellos volúmenes se calentasen los baños de Alexandria que llegaban á quatro mil , y fueron suficientes para dar pábulo al fuego por

seis meses. Ya hemos hablado de este lastimoso efecto del fanatismo; pero me parece que doy una lección útil quando digo que el fanatismo, ya sea de la ignorancia sobre religion, ó ya de libertad, siempre es destructor.

Temiéron los de Medina que encantado Omar con las bellezas de la Palestina los abandonase por fixar su residencia en Jerusalem, y poner en ella el trono del Imperio. Las descripciones que nos han dexado los escritores de aquel tiempo de las campiñas de Judea, de su fertilidad, y de las numerosas ciudades que se enriquecian con el comercio se ajustan con las pinturas de los sagrados libros, y nos hacen ver quan sin fundamento piensan que son exâgeraciones de los Judíos las delicias de aquella tierra *que corria leche y miel*. ¿Qué son ahora baxo el dominio de los Turcos las campiñas que riegan el Tigris y el Eufrates? ¿Acaso porque interceptadas las corrientes de estos dos rios con las ruinas de los puentes forman hoy fangosas lagunas extraviándose en las llanuras: porque apenas se hallan vestigios de las magníficas ciudades que las adornaban: porque en los lugares descubiertos solo se ven algunas tribus de Arabes con quienes todos temen encontrar: habrá razon para inferir que



*Quando achaba toda a lida e ahi se encontrei
 me, heyramen los habitantes de Jorocabon que se
 les permitiose me entregar la ciudad sine a Omar
 en persona. Tose el califa la bendad de haver pa
 ra esse acto, y jamas congoz e temida sin
 que precediesse la oracion, y una exhortacion a
 los suyes con pias jacobatorias. Quando habia
 que come Omar intenten conchiar con la desca
 on las negociaciones.*

Devocion de Omar.



estos países no fueron los mas fertiles y los mas bien poblados del universo? Lo mismo pues debe decirse de la Judca.

Quando Omar partió á Jerusalem hizo sus expresiones de respeto al sepulcro de Mahoma, y nombró á Ali por teniente en su ausencia. Montó en un camello roxo y cargado con dos sacos: en el uno llevaba su *sawick*, que es una mezcla de cebada, arroz y trigo hervido y limpio: y el otro iba lleno de frutas. Por delante llevaba un odre lleno de agua, provision necesaria en aquellos países secos, y por detras una grande hortera. Empezaba la jornada por la oracion, y despues se volvia á los que le acompañaban en el viaje, dirigiéndoles una exhortacion con pias jaculatorias: llenaba su hortera de *sawick*, y los regalaba comiendo todos con él sin distincion alguna. El alimento ordinario de Omar quando no viajaba era pan de cebada sazonado con un poco de sal, y muchas veces le comia sin ella por mortificacion: su bebida era el agua: sus vestidos de tela de pelo de camello, mal compuestos y aun rasgados: no habia cosa mas extravagante que su persona. Los motivos verdaderos ó afectados de este desaliño del Califa se ven en una conversacion de Heraclio

con Rafaa, prisionero Arabe; y hablándose de Omar ninguno se admirará de ver que estos motivos son dignos mas de un ascético que de un Emperador.

Le preguntó Heraclio en estos términos: „¿Por qué va Omar vestido tan simplemente contra el uso de los Príncipes, habiendo quitado tantas riquezas á los Christianos?” Rafaa le respondió: „Por el temor de Dios y la consideracion de la otra vida.” „¿Cuál es su palacio?” „Un palacio de paredes de tierra.” „¿Quáles son sus criados?” „Los pobres y los mendigos.” „¿Cuál es la alfombra en que se sienta?” „La justicia y la equidad.” „¿Cuál es su trono?” „La moderacion y el conocimiento de la verdad.” „¿Cuál es su tesoro?” „La confianza en Dios.” „¿Y sus guardias?” „Los unitarios mas valientes.” Este nombre se daban los Musulmanes por contraposicion á los Christianos, á quienes, por no entender ellos el dogma de la Trinidad, llamaban asociadores. Concluyó Rafaa la conversacion con un rasgo de modestia cenobítica. „Sabed que muchos le han dicho á Omar: ya os veis dueño de los tesoros de los Césares, y habeis subyugado los Reyes y los Príncipes: ¿por qué no llevais ricas vestiduras? Pero Omar les responde: Vosotros bus-

cais los bienes de este mundo, y yo busco el favor de aquel que es Señor del mundo presente y del mundo futuro.”

Los Historiadores Orientales pintan á Omar generoso, benéfico y observante de la justicia, dándola á cada uno con la mas perfecta imparcialidad. Su caña, dicen ellos, ó el baston con que paseaba, inspiraba mas temor á los culpados que la espada de otros. Esta rígida equidad le costó la vida. Llegó á quejarse de su amo un esclavo llamado Lulua, y no hallando Omar que la queja tuviese fundamento, Lulua se retiró murmurando y amenazando con insolencia. El Emperador exclamó: „Ese esclavo me amenaza; y si yo fuera capaz de quitar la vida á alguno por una simple sospecha, le cortaria ahora mismo la cabeza.” No se contentó Lulua con las amenazas, pues poco tiempo despues, estando Omar rezando la oracion de por la mañana en la mezquita de Medina, se acercó á él y le dió tres puñaladas en el vientre. Quisieron prenderle los asistentes: él se defendió como desesperado, é hirió á trece, á los siete mortalmente. Uno de los que le rodeaban le echó sobre la cabeza su jubon; y viéndose preso, se dió á sí mismo una puñalada, y espiró.

En los tres dias que Omar sobrevivió á sus puñaladas solicitaban sus cortesanos y ministros que nombrase sucesor: le propusieron muchos, y á todos los desechó: el uno, decia, no tiene la seriedad correspondiente: el otro es demasiado avaro: el tercero es feroz é intratable: el quarto es demasiado soberbio y altivo. En su sentir el sucesor del Profeta debia ser afable y condescendiente. Le hablaron de su propio hijo, y exclamó: „¡Ah! basta que en una familia haya una persona que tenga obligacion de dar cuenta de una carga tan pesada como el califado.” Nombró pues seis electores para que hiciesen la eleccion entre sí despues de su muerte. Uno de ellos ofreció renunciar á su dignidad si los otros cinco le permitian elegir. Viniéron en ello todos, y despues de haber consultado secretamente el deseo del pueblo, nombró á Othman, á quien Omar, aunque reconocia en él las calidades requisitas, le habia desechado por demasiado inclinado á favorecer á sus amigos y parientes.

En el Reynado de Othman se apoderaron los Musulmanes de las mas bellas provincias de la Persia: se aseguraron en Egipto, se establecieron en Chipre, y aun se cree que ya

pusieron el pie en España. Todas estas conquistas hicieron los Generales sin embargo de la disension que reynaba en la corte de Othman. Omar habia creído con razon que si daban el trono á Othman pudiera serle funesta la predileccion de los amigos y parientes en la distribucion de los cargos : y con efecto dió el gobierno de Egipto á su hermano de leche que no podia ser muy jóven , porque Othman tenia setenta años quando le promovieron á la dignidad de Califa. Este gobierno le dió con perjuicio de Amru , conquistador de aquel reyno , en el qual se habia hecho amable por su administracion suave y equitativa. Con motivo de haberse quejado los pueblos fuertemente , se vió el Emperador precisado á restablecer á Amru , y á volver sobre sí respecto de los demas puestos , porque sus elecciones le habian quitado la estimacion. El pueblo , como de ordinario sucede , le culpó en las injusticias de sus Generales y Ministros , los unos incapaces , y los otros poco fieles. Reconoció Othman las consecuencias de su imprudente conducta : la confesó públicamente : prometió emendarse , y ganó de nuevo el afecto de sus vasallos ; pero habia contra él siniestras intenciones , de

que no le libró su arrepentimiento.

Quando murió Omar ya se habian formado dos partidos, uno el de Ali, primo de Mahoma y su yerno, que muerto el Profeta habia pretendido el califado: otro el de Ayehsa su viuda, y entre sus mugeres la mas querida, la qual pretendia el trono para Telha su pariente. A lo que parece nombráron á Othman, y no á Ali ni á Telha, por obviar los riesgos de esta concurrencia. Como ya Othman era de mucha edad, se sosegáron los dos partidos creyendo que no tardarian en renovar sus diligencias; pero por mas sentimientos que diéron al anciano, las pesadumbres no le acababan, y siempre le respetó su pueblo, por mas descontento que le inspiraban. Fue preciso pues tomar medidas para sacar de sus manos la especie de depósito que por tanto tiempo retenia. Merban, su secretario, del partido de Ayehsa, se hizo el órgano de la traicion mas diabólica que es posible imaginar.

Acababa Othman de perdonar á los rebeldes de Egipto, y los enviaba contentos á su pais. Escribió Merban en nombre de su Señor al Gobernador: „Así que tales, tales y tales, nombrándolos, lleguen á Egipto, no dexes de cortarles los pies y las ma-

nos, y de hacerlos empalar." El malvado lo dispuso de suerte que cayó la carta en manos de las personas amenazadas. Volviéron los Egipcios furiosos á Medina; Ali, que se hallaba en la ciudad, no hizo los esfuerzos mas activos para defender al Califa: y así matáron inhumanamente á Othman á los ochenta y dos años de edad y doce de su reinado, que fue en el exterior glorioso; pero el gozo de sus felicidades en la guerra fue perpetuamente envenenado con las pesadumbres domésticas. Era valiente, magnífico, generoso y liberal; pero menos confianza en los traidores, con mejores elecciones, hubiera contribuido á su tranquilidad y la de los pueblos mas que sus bellas prendas.

No estaba Ayehsa en Medina quando matáron á Othman, y por su ausencia tuvo su partido precision de concurrir á la eleccion de Ali. Este, fuese con verdad ó con disimulo, dió á entender que sentia aceptar, y dixo: „Mas querria yo servir á un dueño en calidad de Visir ó primer Ministro, que encargarme del Imperio." Y llevó su resistencia hasta que el pueblo le amenazó con la muerte si no permitia que le entronizasen. Públicamente le colocáron en el trono en la

Mezquita principal; y Telha, el protegido de Ayehsa, y Zabeir, otro pretendiente, fueron los primeros que le rindiéron homenaje, pero no tardáron en darle á conocer su mala voluntad. Si Ayehsa no habia contribuido á la muerte de Othman, por lo menos la habia deseado por ver en su lugar á Telha; y viendo frustradas sus esperanzas, le llamó adonde ella estaba con Zabeir, que era el otro competidor. No sintiéndose con fuerzas suficientes contra Ali, que tenia la aprobacion pública, convino este partido en oponerle á Moavia, Gobernador de Siria. Habia tenido Ali la imprudencia de deponer á este Gobernador quando subió al trono; y viéndose Moavia con suficiente poder para no obedecerle; se convirtió en un enemigo implacable y muy peligroso rival.

Era necesario algun pretexto, porque para el pueblo siempre se necesita. El que tomaron fue insinuar que Ali estaba culpado en la muerte de Othman, y el poco cuidado que tuvo de socorrerle daba algun color á la calumnia; pero era mas verosímil que el delito fuese, mas bien que de Ali, de los que en todo el reynado del Califa habian procurado quitarle el afecto de sus vasallos: respecto que Ali,

le habia reconciliado con ellos. Poco importa, pues la imputacion del regicidio prevaleció por la destreza con que la propagáron. Levantó Ayehsa en la Meca el estandarte de la rebelion, y los devotos Musulmanes acudieron á las banderas de la madre de los creyentes. Esta se puso en marcha con Telha y Zabeir para juntarse en Siria con Moavia. La cortó Ali el camino, y hubo una batalla sangrienta: la viuda de Mahoma, montada en su camello, recorria las filas y animaba á las tropas. Se halló en lo mas fuerte de la pelea: su litera estaba tan erizada de flechas y venablos que parecia un puerco espin: la desjarretáron el camello, y quedándose en el campo de batalla la presentáron á Ali, el qual la recibió con todo honor y distincion, contentándose con ponerla en su casa en la ciudad de Medina, prohibiéndola que en adelante se mezclase en asuntos de estado.

De los dos xefes, Telha quedó mortalmente herido por el secretario Merban, quien confesó entonces á Ali que este protegido de Ayehsa habia maquinado la muerte de Othman. A Zabeir le alcanzáron en la fuga y le cortáron la cabeza. Volvió despues Ali contra Moavia, á quien ganó muchas accio-

nes, y por último se hubiera perdido el rebelde á no haber sido por una estratagema que le sugirió Amru, uno de sus capitanes, para conseguir que abandonasen á Ali los soldados. Por su consejo mandó Moavia colgar Alcoranes en los cabos de muchas lanzas, y llevarlos á la frente de las tropas gritando: „Este es el libro que debe decidir todas nuestras diferencias: aquí está entre nosotros y vosotros el libro de Dios, que prohíbe absolutamente derramar la sangre de los Musulmanes.” Con este espectáculo no quisieron pelear las tropas de Ali, y precisaron á su jefe á que pusiese su eleccion en compromiso, y consintiese en nombrar árbitros que decidiesen entre él y Moavia. No le dexaron la eleccion libre de su árbitro, antes bien le obligaron sus soldados á que tomase por árbitro á Abu Muza, hombre débil, que ya dos veces le habia hecho traicion; al mismo tiempo que Moavia nombró á Amru, hombre hábil, de carácter firme, que habia imaginado el expediente de los Alcoranes.

Amru, que conocia perfectamente el genio de su colega, le manejó con tal destreza que se hizo dueño de su voluntad. Le persuadió que para restablecer la paz entre

los Musulmanes era necesario deponer á Ali y á Moavia , eligiendo un nuevo Califa que fuese del gusto de todos. Sentado este artículo importante, levantáron entre los dos exércitos un tablado sobre el qual debia cada uno de los árbitros publicar su decision. Amru defirió á Abu Muza el honor de hablar primero. Subió pues , y dixo estas palabras: „Yo depongo á Ali y á Moavia , y los privo del califado , así como quito este anillo de mi dedo.” Subió despues Amru , y dixo: „Ya habeis oido que Abu Muza ha depuesto á Ali : yo tambien le depongo , y doy el califado á Moavia , revistiéndole de la suprema autoridad del mismo modo que pongo este anillo en mi dedo.” A esto añadió algunas razones en favor de su candidato , renovando las pérfidas insinuaciones sobre hacer á Ali cómplice en la muerte de Othman. Reclamó Abu Muza contra el engaño de su colega : protestó Ali ; pero esta superchería, con ser tan visible, le quitó los partidarios y se los dió á Moavia. Se dividieron los pareceres de los Gobernadores de las provincias acerca de los dos rivales segun sus intereses, y llegó á ser la guerra mas viva y animada que antes.

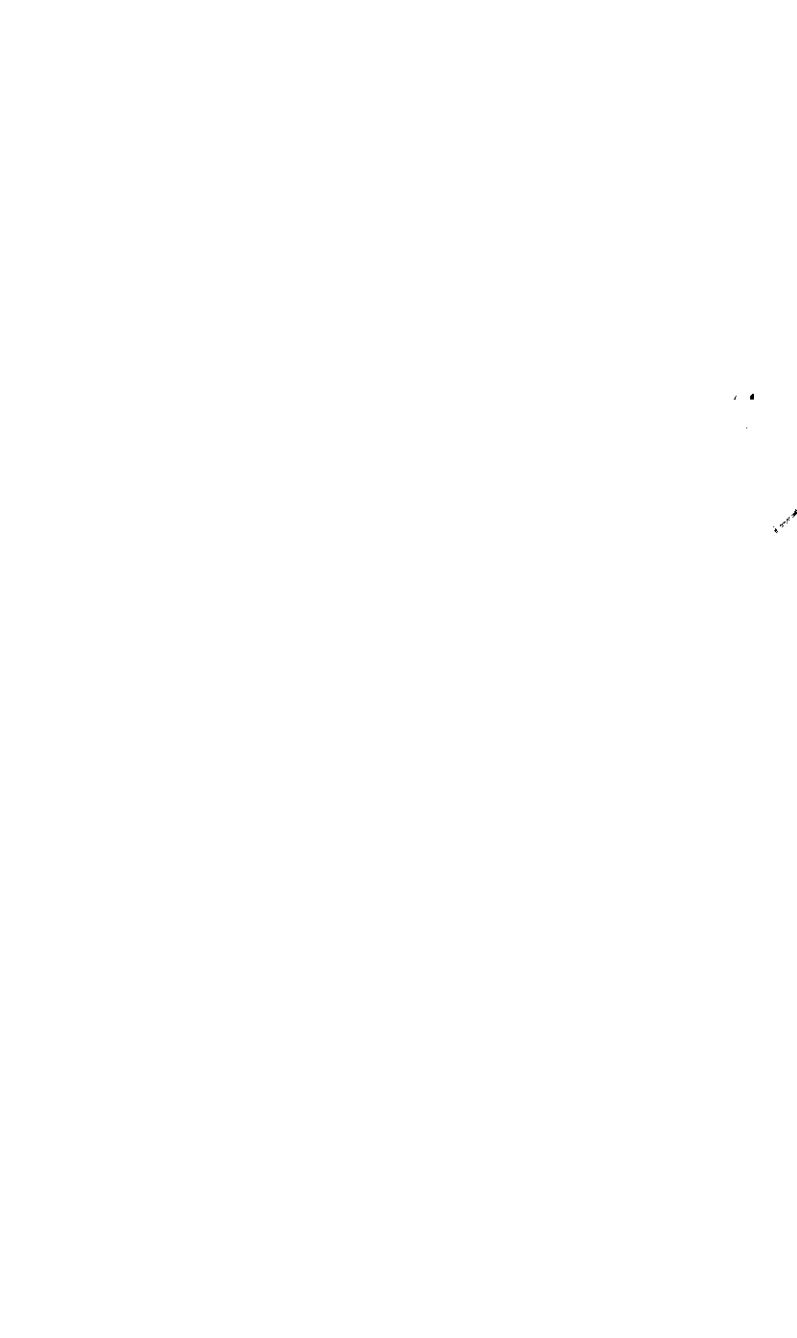
Dos devotos entusiastas creyéndose inspirados, sintiendo las desgracias que traía esta guerra, y persuadidos á que todo era permitido para impedir que se derramase la sangre musulmana, se propusieron conseguir el fin por un medio mas seguro que el de los árbitros, y dixéron entre sí: „Si Ali y Moavia, que son dos falsos imanes, murieran, se quedarían en buen estado los negocios de los Musulmanes. Procuremos pues deshacernos de ellos.” Entonces se separáron resueltos á sacrificarse por la religion: el uno hirió á Moavia, mas no fue mortal la herida: el otro descargó sobre Ali un golpe, que no hubiera sido peligroso si el agresor no hubiese tomado la precaucion de envenenar la espada. Murió Ali de mas de sesenta años de edad, y cinco de reynado.

En la historia de los Musulmanes es el califado de Ali una época notable por el cisma que se le siguió, y aun dura. Los partidarios de Ali miran como intrusos y usurpadores á los tres primeros Califas Abu Becra, Omar y Othman; y el título de Shiítas, que quiere decir Sectarios, que sus contrarios les dan como por desprecio, es nombre que ellos toman por honor; pero los que son



Muerte de Ali.

Determinados los entusiastas a cortar de una vez las sangrientas disensiones, que sobre el califato me sabían entre Mercha, y Ali, resolvieron asesinar los excedentes inspirados para ello. Miró el uno á Mercha, aunque no mortalmente; pero sosteniéndole el otro su espada descargó con seguridad el golpe sobre el descubierto Ali. Su objeto era fácil; pero quien mirara sin horror tan detestable medio?



opuestos á Ali tienen á este por Iman falso. Toman ellos el título de Sonnitas ó *tradicionarios*, porque se gobiernan por tradiciones, siendo así que los Shiitas no conocen mas que el Alcoran; pero los Sonnitas los acusan de que le corrompen. Estos se llaman tambien Omniadas, porque veneran á Omar y Othman. Se detestan y abominan los dos partidos, teniéndose unos á otros por mas distantes de la verdad que á los Judíos y á los Christianos. En el dia la Persia, una parte de los Príncipes tártaros y algunos Reyes de la India son Shiitas ó Sectarios de Ali. Los Turcos y los demas Mahometanos son Sonnitas y Otomanos ó discípulos de Othman; pero estas dos ramas principales del islamismo se dividen entre sí por tanta multitud de sectas que seria trabajoso contarlas. Ali era valeroso, humano, sensible, y sus mismos enemigos no le niegan estas prendas. Solamente le faltó firmeza y vigor en el gobierno; y si no hubiera sido tan inclinado á la conciliacion, pudiera haber sido mas afortunado.

Le sucedió Hasan, su hijo mayor entre el gran número de los que tenia; pero era mas propio para vivir como particular que como Soberano; y así dexó el trono á Moavia

por no haber podido ver sin horrorizarse los destrozos de un sangriento combate esparcidos por el campo de batalla. Se cree que se quedó con la dignidad de Iman, y que Moavia, para reunir en sí los dos títulos que constituían el califado, le hizo dar veneno. Era Hasan muy generoso: gastaba en limosnas la mitad de sus rentas: poseía las propiedades dulces y benignas que hacen la felicidad de la vida de un particular. Desde niño tenía unos modales cariñosos que le hicieron sumamente amable para el Profeta su abuelo. Siendo bondoso con todos, parece que tenía el defecto que se halla regularmente en los sujetos de este carácter, y es el de no aficionarse con solidez, pues repudiaba muy á menudo á sus mugeres. Sin duda reconocidas al afecto que las habia mostrado, todavia se le conservaban despues del divorcio.

Ya contaban el quinto sucesor de Mahoma, y aun vivian muchos de sus cortesanos y de sus Generales ó Ministros. Todos los Califas habian pasado sobre el trono rápidamente, y solo uno murió de muerte natural. El resto de los contemporaneos de Mahoma desapareció en el reynado de Moavia. Este era hijo de un gran General de la tribu de

los Koreishitas, á la que parecia estar vinculado exclusivamente el califado. Tenia pues una especie de derecho á esta dignidad; pero le hubiera servido de poco á no haber sabido apoyarle con la habilidad en los consejos y el valor en los exércitos. Bien se ve por el veneno que dió á Hasan que no era delicado ni escrupuloso en el modo de separar lo que estorbaba á sus deseos; y aun en semejantes circunstancias le sirvió tanto algunas veces el hierro como el veneno. Supo emplear en sus empresas el auxilio de un hermano natural llamado Ziyad, hombre el mas absoluto en el mando, y el mas exácto en hacerse obedecer. Le enviaba Moavia á los países mas difíciles de gobernar, y ya iba delante la reputacion de severidad á prepararle la sumision puntual y sin reserva.

Le encargaron que limpiase de ladrones el pais de Basra, ya que sus antecesores no habian podido destruirlos: empezó por la capital, prohibiendo con pena de muerte que ninguno estuviese en las calles y plazas públicas despues de la oracion de la tarde. En la primera noche quitó la patrulla la vida á doscientas personas, la segunda á cinco, y la tercera ni á una. Mandó despues que cada uno de-

xase abierta la puerta de su casa por la noche con la pension de pagar á los particulares el daño que de esto resultase ; pero ningun perjuicio sobrevino , excepto el que hicieron algunos ganados que entraron en las tiendas ; y entonces permitió cerrarlas con un enrejado. Pasando un pobre pastor por la ciudad con su rebaño despues de la hora fatal , le prendieron y llevaron á la presencia de Ziyad. Se excusaba diciendo , que no sabia la prohibicion. „Yo lo creo , dixo el Gobernador ; pero la seguridad de los habitadores de esta ciudad consiste en tu muerte , y así es preciso que seas sacrificado al bien público ;” y mandó cortarle la cabeza. Su teniente , que se llamaba Samrah , era tan desapiadado como él. Siguiendo una noche su caballería , á la qual llevaba á pasear fuera de la ciudad , halló al paso un hombre penetrado de una lanzada , y nadando en su sangre : preguntó por la causa de aquel homicidio , y le respondieron que era un paisano , á quien habian muerto por no haberse apartado del camino con prontitud. Pasó diciendo con gran frescura : „Quando nosotros marchamos mire cada uno por sí.”

Moavia habia fixado su habitacion en Damasco , y quiso llevar allá la silla del Profeta.

Era una cátedra con sus gradas, desde donde Mahoma, sentado en el segundo escalon, predicaba, dexando para Dios el primero, empezando por arriba; y los Califas que le sucedieron se sentaban en las siguientes, baxando por humildad. Sin duda creyó Moavia que daria mas eficacia á sus predicaciones haciéndolas en la cátedra de Mahoma; pero los de Medina se negaron á deshacerse de tan precioso depósito. Mejor salió Moavia en una empresa mas difícil. Tenia un hijo llamado Yecid, á quien miraba con ojos de padre. Descubria en él un ayre magestuoso, y las prendas mas propias para gobernar un grande Imperio; pero los que le veian como era en sí, notaban en él presuncion, arrogancia, y sobre todo mucha indiferencia en punto de religion, defecto capital en aquellos tiempos de fervor. Tambien reprehendian en él que bebia vino, que gustaba de la música y de vestirse de seda. No obstante emprendió Moavia hacer que le reconociesen por sucesor suyo, y por su colega mientras él vivia; y á pesar de los obstáculos que se hallaron, consiguió mas fácilmente la execucion de este proyecto repugnante á sus pueblos porque interesaba á su felicidad, que trasladar la cátedra de Mahoma.

Este Califa fue muy dichoso en todas sus empresas : continuáron las armas de los Arabes en hacerse temibles en su reynado , é hizo tremolar sus estandartes hasta al pie de los muros de Constantinopla. Como Gobernador de Siria y como Califa tuvo por quarenta años en su mano las riendas del Imperio : los diez y nueve solo , despues de la renuncia de Hasan. Era de grande estatura , lleno en extremo , de buen temperamento , ancho de pecho , de un mirar firme , y de una voz muy fuerte. Aunque se pueden reprehender en él algunas crueldades ; era en general benigno , humano , penetrativo , valeroso , accesible , y civil en sus modales. Gustaba Moavia de la poesía , y sucedió que habiendo cogido á un ladron en fragante delito , iban á cortarle la mano segun el rigor de la ley ; pero pidió el perdon en versos tan espirituosos que el Califa se le concedió. Aquí se nota que esta fue entre los Musulmanes la primera sentencia que no se executó , porque jamas Califa alguno habia presumido hacer gracia á los que condenaba la ley.

Otro poeta debió á su talento la felicidad que le habian quitado. La habia puesto en la posesion de una hermosa Arabe con quien

se casó, sacrificando gran parte de sus bienes á los parientes de la doncella; pero se la quitó el Gobernador Cufa. Llegó el jóven poeta desesperado á quejarse á Moavia, y pintó su desgracia con tan bellos versos que se compadeció el Califa, y escribió al Gobernador restituyese la esposa á su marido. Estaba tan apasionado el robador que respondió al Califa: „Padre de los creyentes, permitidme solamente que pase un año con ella, y al cabo de este término mandad que me corten la cabeza.” Moavia despreció esta loca proposicion, restituyó la bella Arabe á su esposo, como ella deseaba; y juntando la generosidad con la justicia, resarcó al poeta con ricos presentes lo que habia gastado para obtener á su esposa.

Quando llegó Moavia á los ochenta años de su edad, sintió que ya no tenia la misma actividad que antes en el mando. Todo lo resfria la vejez. Decia á los que le acompañaban: „Os he gobernado tanto tiempo, que ya estamos cansados los unos de los otros.” No hallándose á su lado su hijo al tiempo de morir, le envió algunos consejos que dan á entender que aunque le habia reconocido por su colega, rezelaba que su posesion

no fuese pacífica y sin alborotos. Con efecto el viejo Califa habia con su habilidad y prudencia contenido á los competidores; pero así que murió se levantáron dos rivales terribles, Hosein hermano de Hasan, hijo de Ali como él, y Abdalla, hijo de Zabeir, que habia perdido el califado con Telha el protegido de la viuda de Mahoma. El primero jamas aprobó la renuncia de su hermano Hasan; pero tratándole Moavia con toda atencion, se habia contentado con vivir tranquilamente en Medina, en donde se veia respetado y amado en medio de una familia que le queria tiernamente. El hijo de Zabeir tambien se estaba quieto; pero alimentando siempre un secreto deseo de apoderarse de la dignidad que no habia podido lograr su padre. La ciudad de Medina, reducida á un Gobernador, no llevaba á bien que el esplendor del califado hubiese pasado á Siria, y veia con gusto dentro de su seno las familias propias para restituirla el honor de que Damasco gozaba: la Meca, unida en los intereses con Medina, adoptaba sus proyectos y esperanzas. Todo el territorio de Arabia, en donde habia nacido el islamismo, se inclinaba abiertamente á favor de los que profesaban con

zelo una religion, respecto de la qual Yecid mostraba mas que indiferencia.

Al punto que Hosein dexó que penetrasen sus intenciones acerca del califado, se declaró por él todo el Irak. Huyó Hosein del Gobernador de Medina, á quien el nuevo Califa habia encargado que le observase cuidadosamente; y así se retiró á la Meca para tomar sus medidas. Le fue siguiendo Abdalla con ánimo de gobernarse segun las circunstancias. Los partidarios de Hosein, mas recomendables por su prudencia, sintieron que este Príncipe se declarase con demasiada seguridad, lisonjeándose por las disposiciones de los Arabes, y le aconsejaron que no se fiasse ligeramente de aquel favor popular. Abdalla por el contrario, gustoso de ver como corría el hijo de Ali los riesgos de la primera tentativa, le exhortaba á no dexar que se resfriase el calor de los fieles Musulmanes. Siguió Hosein este consejo, avanzó bien mal acompañado á las ciudades que le llamaban, y que él juzgaba estar prontas para abrazar su causa. Sin duda esta era su intencion; pero unas se hallaban tan contenidas por los Gobernadores, todos elegidos por Moavia, que no se atrevieron á declarar; y otras diéron oi-

dos á las insinuaciones de las gentes diestras que las envió Yecid. Se abrieron negociaciones entre los xefes de dos ejércitos que estaban presentes, y en el tiempo de estas conferencias se resfrió el zelo de las tropas de Hosein, y aun se disiparon casi todas: solamente se quedó con cincuenta caballos y cien infantes parientes, amigos valerosos, escogidos, sacrificados á la muerte que tenían por inevitable; pero determinados á vender caras sus vidas.

¿Rodeado el desgraciado Hosein, por un ejército de cinco ó seis mil hombres, redoblaría su valor, ó sería motivo para su desesperacion el ver al rededor de sí sus mugeres, sus hijas, sus hermanas, los niños de estas y los suyos, á quienes habia llevado en su comitiva á pesar de las representaciones de sus mejores consejeros? Este combate nos trae á la memoria los de aquellos antiguos héroes que se hablaban en la pelea, suspendian los golpes, se decian injurias, y concluian por matarse; porque le propusieron á Hosein que reconociese á Yecid, y respondió: „Antes morir que ceder cobardemente mi derecho á un tirano.” Pidió que le diesen tiempo para hacer la oracion de la tarde, y le concedieron

esta dilacion. Se pasó la noche en fortificarse en el campo, y en unir las tiendas unas con otras. Amaneció el nuevo dia, y empezáron el desafio y el combate.

Al principio del asalto levantáron sus gritos las mugeres y los niños: reprehendian á los que acometian porque en otro tiempo habian estado unidos con los que entonces peleaban. Zeinach, hermana de Hosein, salió de su tienda, y dixo á uno de ellos: „¿Tendrás corazon para matar á tu antiguo amigo?“ Se enterneció tanto que corrian las lágrimas por todo lo largo de su barba. Apartó el rostro, pero llovian de todas partes flechas sobre el débil esquadron: brincaban los caballos, haciéndolos furiosos el dolor; se apeáron los ginetes y cargáron con ímpetu sobre los que acometian, hasta hacerlos retroceder. Acudió un muchacho sobrino de Hosein á abrazar á su tío, y al extender los brazos le cortáron la mano, y murió: al pequeño Abdalla le matáron de un flechazo sobre las rodillas de su padre, y este mismo cayó con treinta y tres centuriones traspasado de treinta y quatro cuchilladas: le cortáron la cabeza los vencedores, y la levantáron en triunfo. Con este espectáculo huyéron los que todavia conservaban alguna

fuerza, y quedó prisionera toda la familia.

Con bien poca atencion la trató el General enemigo; pero Yecid se portó en esta ocasion como Principe magnánimo: lejos de celebrar la muerte de su rival, quando le presentáron la cabeza, exclamó: „¡Ay Hosein! si yo hubiera podido librarte, no te hubieran quitado la vida.” Quando vió á sus mugeres é hijos mal vestidos, y en un estado indigno de su clase, reprehendió á su General, é hizo dar á los jóvenes Ali y Amrú, que se habian libertado, vestidos convenientes á su calidad: trató á las viudas con el respeto posible, y las dió por compañeras para llorar á Hosein las viudas de su padre Moavia. Quando ya habian descansado de sus fatigas, las despidió con mucha atencion, dándolas una buena escolta que las acompañase desde Damasco á Medina, al mando de un hombre muy humano, que segun las órdenes del Califa procuró disminuirlas su pena con la mas atenta cortesía. Tenia Hosein quando le matáron cincuenta años poco mas ó menos. Con su muerte se deshizo Yecid de un rival; pero le quedó otro no menos peligroso en Abdalla, hijo de Zabeir, de quien hemos visto que hizo descubrir el terreno á Hosein.

Después de la funesta catástrofe de este Príncipe se aprovechó Abdalla de su desgracia, y empezó á llorar públicamente su suerte en Medina donde habitaba. Esta compasion le juntó muchos partidarios, cuyo número aumentó tambien con liberalidades dispensadas á propósito á los que podian apoyarle con sus votos. No le costó mucho trabajo ganarlos, porque las relaciones que llegaban de Damasco sobre el modo de portarse Yecid le desacreditaban en punto de religion, y con razon le pintaban como hombre á quien ningun cuidado daba la observancia de las prácticas religiosas. Imbuido el pueblo de estas preocupaciones, nada favorables á Yecid, un hombre que ya estaba preparado, ó era entusiasta de buena fe, se levantó en medio de la mezquita de Medina, y arrojando el turbante al suelo, gritó: „Yo renuncio á Yecid del mismo modo que arrojó este turbante.” Otro quitándose un zapato, dixo: „Yo dexo á Yecid del mismo modo que me quito este zapato.” Al punto se vió el pavimento de la mezquita cubierto de *turbantes y zapatos*: se subleváron abiertamente los de Medina, y encerráron al Gobernador y á quantos podian socorrerle.

Sabiendo Yecid esta repentina insurrección, envió tropas que cercáron á Medina, la tomaron por asalto y la saqueáron. Marchó el ejército hácia la Meca, adonde se habia retirado Abdalla, de quien se sabia ser el autor del alboroto. Quando ya estaba esta ciudad para sufrir la suerte de Medina, llegó la noticia de la muerte de Yecid. Aun no tenia quarenta años, y solamente reynó quatro. No se le debe juzgar por la aversion que le han jurado los Persas, que siempre hablan de él con exêcracion á causa de la muerte de Hosein, y del saqueo de Medina. Su carácter era el de un hombre dedicado á los placeres: enemigo de la mortificacion, aunque fuese por principios religiosos. Gustaba del vino, de la música y de los perros, inclinaciones prohibidas á los Musulmanes, aunque no sean rigoristas. Este fue el primero que se hizo servir de eunucos. Sus tenientes extendiéron su Imperio en la Persia, sin que á él le costase mucho cuidado.

Moavia II, aunque hijo de un padre tan poco religioso, llegó á dudar por escrúpulos si heredaría una dignidad que miraba como injustamente poseida por su padre, y despues la renunció á los cincuenta dias, sin

querer nombrar sucesor, como todos deseaban. Dixo pues á los grandes de su estado: „Como yo no he gozado de las ventajas del califado, no es justo que grave mi conciencia con lo mas escrupuloso que hay en él: espero me permitireis que os cargue con este peso, y así quiero que juzgueis quien entre vosotros mismos es el mas capaz de ocupar mi lugar.” Un mes despues murió de peste ó envenenado.

Abdalla, que con la muerte de Yecid se libró del ejército siro, que tenia sitiada la Meca en donde él estaba encerrado, pudiera haber adelantado mas, porque el General le ofreció reconocerle por Califa si se determinaba á establecer su trono en Damasco; pero no quiso dexar la Meca, y sabiendo esta negativa los grandes de Siria, erigieron á Mervan, siempre de entre ellos, aunque de la tribu de los Koreishitas. Su primer cuidado fue prohibir á sus vasallos la peregrinacion de la Meca, temiendo que se dexasen seducir de los partidarios de Abdalla, y les substituyó la peregrinacion de Jerusalem. Aunque en edad avanzada casó con una viuda de Yecid, y declaró sucesor suyo á Kaled hijo de este Emperador y de menor

edad, con perjuicio de sus propios hijos.

En el tiempo de estos movimientos estaba la familia de Ali tranquila; pero no olvidaba la muerte de Hosein. Aquellos partidarios suyos que le habian abandonado antes de su última desgracia, reflexionando el triste efecto de su desercion, la sentian amargamente, y el arrepentimiento que penetraba sus corazones les hizo concebir deseos de vengarle. A la cabeza de estos *penitentes*, que así se llamaban ellos, se puso Soliman, compañero de Mahoma, y por consiguiente muy anciano. Le estimaban mucho por su afecto á la religion del falso Profeta, mas no estaba dotado de prendas militares. El obró como si todo lo supliera el zelo, y baxo de sus órdenes se formó una especie de cruzada de los devotos Musulmanes que acudiéron á sus banderas, cuyo grito general era *venganza por Hosein*: y como verdaderos entusiastas se sacrificaban á la muerte como á un acto de expiacion. „Hija mia, dixo un padre suplicándole su hija que no la dexase, lo que dexa tu padre es el pecado para volverse á Dios.” El General penetrado de estos sentimientos se los inspiraba á los soldados diciendo: „Por la vida fu-

tura debeis pelear, y no por la presente. Sea el que fuere el éxito de vuestra expedicion, podeis contar con una felicidad inalterable y eterna.”

Los llevó Soliman al sepulcro de Hosein, y allí se pusieron á llorar dando lamentables gritos, y deseando morir con él. Era su dolor tan vivo, y tan de corazon su arrepentimiento de haber abandonado á Hosein, que quando Soliman mandó levantar el campo, ninguno partió sin haber ido al sepulcro de Hosein á pedirle perdon de haberle dexado. Bien que este fervor no fue tan ciego que no hubiese algunos que advirtiendo la impericia del General y sus falsas medidas, se retiráron, y entre otros fue uno Moctar, que era de aquellos hombres cuyo elemento es la intriga, y mirando con indiferencia la justicia de la causa, la abrazan por impulso de su actividad natural. Viendo Soliman que le dexaban, dixo á sus fieles: „No ha aprobado el Señor que se junten con nosotros esos desertores: por nuestro bien los separa, y así alabad á Dios y al Profeta.” Con esta excesiva confianza puso las infelices víctimas de su crueldad debajo de la cimitarra de los Siros, los cuales matáron á quantos no tuviéron prudencia ni

agilidad para huir. Esta fue una de las principales expediciones del reynado de Merban, que no duró un año entero. No obstante la promesa de poner en el trono á Kaled, hijo de Yecid, con cuya madre se habia casado, hizo proclamar por sucesor á su propio hijo Abdalmalec; pero dicen unos que irritada su muger le envenenó: y otros que le ahogó á la edad de casi setenta años. Sus Generales subyugaron el Egipto.

Este Moctar de quien hablamos juntó las reliquias del ejército del entusiasta Soliman, y llevó con tal orden y disciplina á sus soldados, escarmentados en los desastres, que logró grandes sucesos. Supo aprovecharse de la inclinacion que aun tenían á la credulidad; y en una circunstancia en que necesitaba que el fanatismo supliese por la fuerza, mandó hacer un trono portátil, diciendo que tenia grande virtud. Le hacia llevar por todo su campo, y para que siguiese al ejército le cargaba en una mula, diciendo á sus soldados: „Este trono os será tan útil como el arca del Testamento á los Israelitas.” Por haber logrado algunas ventajas á vista de este simulacro, creían deberle sus victorias, y llegó á ser para ellos una especie de ídolo; pero se le

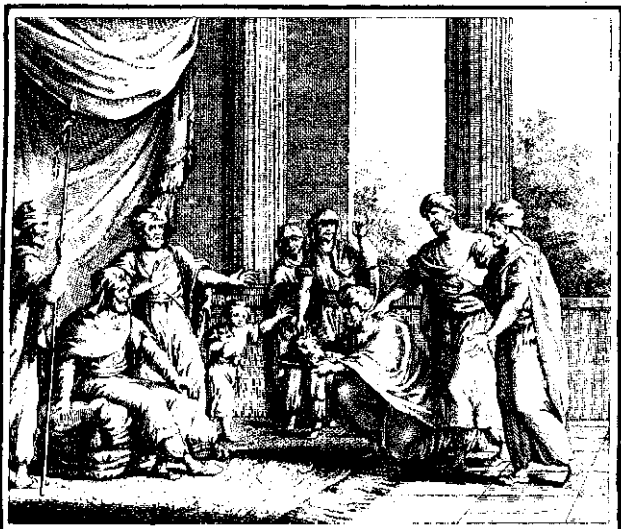
acabó la virtud, y padecieron muchos reveses. Murió Moctar en una batalla, y se disipó su ejército.

De la libertad que nace de las guerras civiles se formáron unas tropas vagantes sin religion ni costumbres, que profesaban el mas alto desprecio y enemistad para con todo gobierno espiritual ó temporal. Estos frenéticos cometian toda especie de violencias, y executaban las barbaridades mas horribles sin distincion de partidos, sexô ni edad, sin mas ley ni religion que el robo y las crueldades. Habiendo encontrado uno de ellos á una señora de gran piedad y de extraordinaria hermosura quiso perdonarla; pero le dixo uno de sus compañeros: „¿Con que te dexas prender de sus gracias? eso es renegar tu fe:” y de un sablazo cortó la cabeza á la infeliz. Ved aquí lo que se puede esperar de las guerras civiles: estas legitiman la anarquía, y dan osadía para el delito, si una vara de hierro no las reprime.

Abdalmalec se puso insensiblemente sobre sus enemigos y rivales. Uno de los mas temibles era Musab, hermano del Califa Abdallah; y vencido Musab por Abdalmalec cerca de Cufa, al fin de la comida le lleváron su cabeza al castillo de esta ciudad: donde viéndola

uno de los convidados, dixo: „En este mismo castillo he visto presentar la cabeza de Hosein á Obeidallá, la de Obeidallá á Moctar, la de Moctar á Musab, y he aquí que ahora te presentan la de Musab.” Abdalmalec hizo demoler el castillo de miedo de que llevasen á él tambien la suya. A la mesa del Califa se hallaba un anciano, cuya conversacion puede dar idea de las comidas de aquel tiempo. „¿Qué manjar es el que mas te gusta?” le preguntó el Príncipe: y él respondió: „Una cabeza de asno bien sazónada y asada.” „Ese, dixo el Califa, es un manjar ordinario; pero ¿qué te parece un cuarto de cordero bien asado con su salsa de manteca y leche?” De lo que se infiere que habia variado poco el gusto en aquellas tierras, en donde Abraham tantos años antes habia ofrecido á los ángeles, como manjar regalado, una ternera asada con su salsa de manteca y leche. Pero no se halla exemplar anterior de otra práctica del tiempo de que vamos hablando, que consistia en hacer á los correos comer las cartas quando llevaban malas nuevas.

Hemos visto que Abdallah, hijo de Zabeir, despues de la muerte de Hosein, se habia revestido de la dignidad de Califa. Pudie-



Cabeza de Musab.

Después de haber triunfado Abdalmalec de algunos rivales ambiciosos, logró vencer por último á Musab, el mas temible. Al presentarle su cabeza en el castillo de Cufa, dice una de las circunstancias haber visto presentar en el mismo las de tres Califas; y temiendo Abdalmalec que sufriese igual suerte la suya, hizo demerle. ¿Que aberracion! pensar asegurarse con destruir una de sus mas seguras asilos!

ra haberla logrado solo, si se hubiese querido establecer en Damasco; pero quiso mas confinarse en Arabia, y por esto tuvo menos fuerzas que oponer á Abdalmalec su competidor, que reunia las de Siria y las de otras provincias del Imperio sujetas á sus leyes. Con sus multiplicados ejércitos, siempre bien mandados, llevó el Siro de puesto en puesto á su desgraciado rival hasta que le reduxo á la ciudad de la Meca, en donde se defendió valerosamente por ocho meses. Por último le abandonáron casi todos sus amigos, diez mil habitantes, y aun sus dos hijos: al mismo tiempo le ofreció el General enemigo quanto podia desear con la sola condicion de renunciar al título de Califa, y reconocer al de Damasco. A los setenta y dos años de su edad aun tenia madre, que era hija del Califa Abu-Becra. Fue á consultarla, y esta no pudo sufrir la idea de que su hijo se viese reducido al estado de particular, y le exhortó á que no sobreviviese á la pérdida de su dignidad. Dócil á su consejo, aunque sin armas y sin tropas ni fortificaciones, se estuvo defendiendo diez dias. La última vez que la visitó, advirtiéndole ella que llevaba cota de malla, dixo que se la quitase para no cansar-

se tanto ; y sobre el temor que mostraba de que su cuerpo se viese despues de muerto expuesto á que le insultase su enemigo , le dixo : „Una oveja muerta no siente que la desuellen.” Hecha la última despedida de su madre , y animado Abdallah de su misma desesperacion , se arrojó en medio de los sitiadores , y mató á muchos con su propia mano: no atreviéndose á acercarse , le tiraban piedras , y le hiriéron en muchos parages antes de darle el golpe mortal. De este modo llegó Abdalmalec á ser Califa único , y poseyó solo esta dignidad por trece años.

En Hagiage , General suyo , tenia un terrible orador , á quien envió por Gobernador á los habitantes del Irak , que en otro tiempo habian abandonado á Hosein , y no se mostraron mas fieles con Abdallah. Quando Hagiage llegó á Cufa , que era la capital , todos le rodeáron en tropel , y él les dixo : „Presto quedará satisfecha vuestra curiosidad , y no tardareis en conocerme.” Subió al púlpito de la Mezquita , les habló con mucha aspereza sobre sus pasados alborotos , y juró que no perdonaria á ninguno que llegase á reincidir. Haciendo despues una pausa , y dando por todo el auditorio unas miradas que

exhalaban fuego, exclamó: „¡Qué de cabezas descubro que se verán muy presto cortadas! ¡qué de turbantes y barbas regadas de sangre!” Pero tenia Hagiage consigo doce mil soldados buenos y capaces de hacer valer sus figuras oratorias.

Abdalmalec, jefe de los Omiadas, que en público se llamaba vengador de la muerte de Othman, manifestaba grande aversion á los Alidas, partidarios de Ali, á quienes tenia por culpados en su muerte. Con el fin de mantener la division entre sus vasallos, sostuvo la peregrinacion de Jerusalem, reduxo á su antigua sencillez el templo de la Meca que Hosein habia aumentado, y empezó á edificar en Damasco una soberbia mezquita. Por sí mismo y por medio de sus Generales dilató mas que otro alguno los límites del Imperio: subyugó la Armenia, añadió al Egipto y á la Persia gran parte de la India, y llevó sus armas victoriosas hasta España. Si se atiende á sus victorias, no se puede dudar que tuvo grandes talentos militares y políticos. Muchas veces refrenó el Emperador Heraclio su genio invasor, y algunas vencieron los Griegos á los Arabes; pero al fin de las guerras conservaban estos sus conquistas. En

Abdalmalec se reprehende la avaricia sordida, falta que envilece á un Príncipe; y si se formara juicio de su carácter por un solo hecho, se le pudiera tachar de ferozmente cruel. Había mandado cortar la cabeza á un pariente suyo, y dada esta sentencia se fue muy tranquilo á la mezquita: quando volvió, supo que compadecido su hermano, á quien había encargado la execucion, no le había quitado la vida; y haciendo que le traxesen al que había condenado, le hizo tener tendido boca arriba y le dió de puñaladas; pero la sangre que le salpicó le causó tal alteracion, que se desmayó. Dichoso si fue esta alteracion de la naturaleza, la que le hizo arrepentirse de la atrocidad, pues no se ve que cometiese personalmente otras crueldades, ni las mandase executar. Reynó veinte y un años, vivió sesenta y cinco, y fue el primero que acuñó monedas árabes.

Walid fue proclamado el dia de la muerte de su padre, y extendió sus conquistas por el lado de la Capadocia y de la Tracia, con lo que pudo llevar sus banderas hasta los muros de Constantinopla; pero así que las presentó tuvo que retirarlas, y estas se fixaron en Africa y en España. De este modo

la mayor parte del Asia, los confines de la Europa, limítrofes con Asia y las costas prolongadas del Africa, reconocian el apostolado del falso Profeta. En todos estos lugares destruyéron los Musulmanes los ídolos con tal zelo que dexáron muy pocos. Predicaban con mano armada la unidad de Dios; mas como siempre añadian que creyesen en su Profeta, eran pocos los Christianos ó los Judíos que recibian su doctrina, y toda su cosecha la hacian estos misioneros abundante entre los Paganos, los cuales dexaban fácilmente su absurda religion, y la mayor parte se hacian tan zelosos Musulmanes y tan propagadores del islamismo como los que les conquistaban. Walid ocupó el trono á la edad de quarenta años, y reynó nueve con estas prosperidades. Era generoso y magnífico, muy al contrario que su padre, y ademas de las soberbias mezquitas con que hermoseó muchas ciudades, fue el primero que fundó un hospital para los enfermos, y edificó caravanseras ó lugares de hospedage para los viajantes y los extrangeros.

Sufrió Walid que Hagiage, el terrible Gobernador del Irak, se hiciese en un rincon de la Persia una especie de principado pe-

queño, en donde vivió como Soberano, y murió tranquilamente á los cincuenta y cinco años, despues de haber exterminado con la cimitarra ciento y veinte mil hombres, y hecho perecer en las cárceles cincuenta mil, con treinta mil mugeres, sin contar las víctimas de la guerra que hizo por mas de veinte años. Gobernó con la mayor severidad las provincias inquietas: y como era grande arengador, quiso un dia dar razon de su conducta á los Irakinos en estos términos: „Dios me ha dado el poder sobre vosotros; y si yo le exerzo con alguna severidad, no creais que muerto yo sereis menos castigados, porque tiene Dios muchos siervos, y en muriendo yo, os enviará alguno que tal vez executará sus órdenes con mayor rigor. ¿Quereis que el Príncipe sea benigno y moderado? Seguid las reglas de la justicia y obedeced á sus órdenes: en fin, vuestra conducta será el principio y la causa de que os trate bien ó mal. Al Príncipe ó á su teniente se le puede comparar á la luna de un espejo: todo quanto veis en su cristal, no es otra cosa que la imágen y reflexiõn de los objetos que le presentais.” Como la obediencia á los Príncipes está muy recomendada en el Alcoran, supo-

nia Hégiage que debia preferirse á la que se debe á Dios; y á la verdad esto es lo que dice aquel libro que ellos llaman divino; por estas palabras : „obedeced á Dios;” á las quales añade inmediatamente el Profeta : „en quanto podais;” pero no pone esta restriccion en la obediencia que se debe á los Príncipes.

Paseándose un dia por el campo encontró Hégiage con un Arabe del desierto, se llegó á él, y entre otras preguntas le dixo: „¿Quién es aquel Hégiage de quien tanto se habla?” „Es un hombre malo,” le respondió el Arabe. „¿Me conoces tú?” le dixo el Gobernador. „No.” „Pues yo soy ese Hégiage de quien hablas tan mal.” Replicó el Arabe sin aturdirse: „¿Y sabes tú quién soy yo?” „No.” „Pues yo soy de la familia de Zabeir, cuyos descendientes se vuelven locos tres dias al año, y este es uno de esos dias.” Hégiage admiró la ingeniosa salida, y alabó la presencia de espíritu del Arabe. El valor y el ingenio conseguian de Hégiage igualmente el perdón. Estando para pasar á cuchillo á unos oficiales prisioneros le pidió uno de ellos la vida, fundado en que en una ocasion habia reprehendido á un hombre que hablaba mal de él. „¿Tienes testigo?” dixo Hégiage. „Sí,” respon-

dió el prisionero; y citó á otro oficial que tenia á su lado, que tambien estaba condenado á muerte; y este contestó. „¿Y por qué tú, replicó Hégiage, no impediste como tu compañero que murmurasen de mí?” Y este hombre intrépido respondió con valentía: „Porque tú eras mi enemigo.” Y perdonó á los dos.

Un dia se extravió en la caza, y se vió afligido de la sed entre una manada de camellos que su dueño llevaba á pacer: se espantáron las bestias; y el Arabe, que era de natural feroz, dixo con cólera: „¿Qué hombre es este de tan bellos vestidos que viene al desierto á espantarme los camellos? Cayga sobre él la maldicion de Dios.” Hégiage se excusó, y le pidió de beber. „Apéate del caballo, dixo sin mas atenciones el pastor, y saca el agua.” A pesar del mal recibimiento de aquel hombre trabó conversacion con él, y despues de algunas preguntas, rechazadas con ásperas respuestas, le preguntó: ¿Qué era lo que pensaba del Emperador? Se detuvo un poco el Arabe, pero no disimuló que le tenia por un mal Príncipe. „¿Y por qué? le replicó Hégiage.” „Porque nos ha enviado por Gobernador el hombre mas malo que hay debaxo del cielo.” Apenas lo

dixo quando llegó la escolta del Gobernador, y se lleváron el Arabe. Al dia siguiente le convidó Hegiage á su mesa, y el convidado hecha su oracion, dixo al ver un bello aparato: „Dios quiera que el fin de esta comida sea tan feliz como el principio.” Empezáron á comer y á conversar; y queriendo Hegiage hacer memoria de la historia del dia antes, le interrumpió el Arabe diciendo: „Dios os prospere en todas las cosas; pero guardaos de divulgar hoy el secreto de ayer.” „Está bien, replicó el Gobernador; pero será con la condicion de que te quedes en mi servicio, ó de que yo te envíe al Califa, dándole noticia de ti.” „Todavia, dixo el Arabe, hay otro partido mejor.” „¿Y cuál es?” „Que me enviéis á mi casa, y no nos volvamos á ver mas.” Hegiage le despachó como lo pedia, pero con un buen regalo.

No debe omitirse otra respuesta muy ingeniosa de un tal Kumeil, á quien Hegiage reconvenia de que en presencia de tales personas y en tal jardin habia dicho contra él estas imprecaciones: „El Señor ponga negra tu cara;” que era decir, se la llenase de verüenza y confusion: „vea yo cortado su cuello, y sea derramada su sangre.” „Es verdad,

respondió Kumeil, que dixé todo eso en el jardin que citais; pero estaba yo debaxo de un emparrado mirando los racimos de uvas que no estaban aun maduras, y lo que deseaba era que se pusiesen presto negras, que las cortasen, é hiciesen de ellas vino." Esta explicacion, dada sobre la marcha, le salvó la vida. Su astrólogo, menos ingenioso que atrevido, no salió del riesgo con tanta felicidad. Tuvo la imprudencia de anunciar sin reparo la muerte á Hégiage, y de acompañar su prediccion con pruebas que le parecieron al enfermo concluyentes, y dixo: „Supuesto que eres tan hábil, me precederás al otro mundo para que yo pueda servirme de ti:" y le envió delante.

Soliman, hermano de Walid, era un Príncipe benigno, á quien diéron el sobrenombre *de llave de bondad*. Este remedió los agravios de que se quejaban antes de su ascenso al trono: detuvo el curso de los desórdenes, animó el comercio, puso en libertad á los presos, á excepcion de los que estaban detenidos por delitos capitales. En su reynado se vió acometida Constantinopla; y durante el sitio, que fue de doce meses, murieron de hambre treinta mil hombres y otros tantos de peste,

en términos que ningun Árabe volvió á su casa. Desgracia seria de una ciudad que estando sitiada tuviera dentro hombres del apetito de Soliman ; pues se dice que para almorzar se comia tres corderos asados, y que no obstante hacia honor á la mesa al medio dia; por lo que se cree que murió de indigestiones. Otros historiadores escriben que le dió veneno Yecid su hermano, porque en perjuicio suyo habia nombrado á su primo Omar para sucederle. Reynó Soliman tres años.

Omar II no duró mucho tiempo en el trono, pero conservó en él las virtudes morales con que le ocupó, la escrupulosa atención á las obligaciones religiosas y aun á las prácticas mas menudas, la separacion de los placeres y el gusto del retiro, y todas las qualidades de un anacoreta. No estuvo en su mano que no se uniesen los partidarios de Omar y de Ali. Prohibió que se maldixese á estos en las mezquitas y en las oraciones públicas, segun costumbre; pero los zelosos gritaron: *La ley se desprecia, la fe se ha perdido.* Mas no por eso dexó de quitar aquella costumbre que entre los Musulmanes era señal de cisma, y perpetuaba la antipatía. Se sospecha que la causa de la muerte de este

Príncipe fue la devoción y la piedad en su fanatismo, porque no le permitió mirar con indiferencia los males que amenazaban á la religion mahometana si le sucedia Yezid, á quien le pintaban como á un impío. Dexó que se percibiesen algunas disposiciones dirigidas á separar del trono á este Príncipe; y los Omiadas, que temieron ver pasar el centro á otra familia, le envenenaron. Sus amigos, que sospechaban el delito, le exhortaban á que tomase algun remedio para su curacion; y él respondió: „Estoy tan fuertemente persuadido del término fatal é inevitable de la vida de los hombres, que si para curarme no tuviera que hacer mas que frotarme una extremidad de la oreja con aceyte, de ningun modo lo haria.” Era en extremo frugal: nunca llevó vestidos ricos ni suntuosos: segun dixéron sus mugeres no tenia mas que una camisa para remudar: habiendo ido á verle uno de sus Generales quando estaba enfermo, le halló en un estado de negligencia que parecia el derviz menos delicado en el aseo.

Bien sin tiempo habian inspirado á Omar sospechas sobre las opiniones religiosas de su primo Yezid; porque á la verdad, aunque

no era tan mortificado como su antecesor, nunca degeneró de su padre Abdalmalec en quanto al zelo por la propagacion del mahometismo. Hizo edificar hermosas mezquitas, y ademas de esto persiguió á los Christianos, cosa que no hubiera hecho un Musulman indifferente. Es preciso que los historiadores hallasen muy poco que decir de él respecto que se ocupáron en decirnos que mandó exterminar en su Imperio los perros, las palomas, los gallos blancos, y todos los animales de este color; pero los quatro años que reynó habrian bastado sin duda para esta destruccion si se hubieran executado bien sus órdenes. Amaba con pasion á una cantora llamada Hababah. La arrojó en una comida en el campo un grano de uva: ella quiso tragársele, y se ahogó. Yecid murió de la pesadumbre.

No son mas importantes las cosas que se saben de su hermano Heshan. Este fue el verdadero contraste de Omar II, cuya penuria y voluntaria desnudez hemos notado, pues apenas tenia camisa con que mudarse; pero á Heshan quando murió se le halláron diez mil y setecientos cofres llenos de vestidos de toda especie. La advertencia de estas extravagancias no parecerá inútil á los que estudian á los

hombres. También observarán el amor propio de artista, en lo que sucedió á un tocador de laúd que bebía vino, y gustaba de las cantoras; y habiéndole acusado de estos delitos delante del Califa, dixo el juez: „A ese pícaro denle con su tambor sobre las orejas;” y viéndole llorar quando recibía el castigo, le reprehendió el verdugo, pero él dixo: „No lloro yo por lo que padezco, sino porque degradan á mi laúd tratándole de tambor.” Reynó Hesham diez y nueve años, y vivió cincuenta y tres.

En los reynados de estos Príncipes continuáron los Arabes sus terribles conquistas: se extendiéron por las provincias de los Imperios de Oriente y Occidente. Saliéron de la Africa á inundar la España, y de esta pasáron á las Galias, oponiendo un dique al torrente de los Turcos que venían de las riberas del mar Caspio, y aspiraban á entrar también en la repartición de los bellos y ricos países invadidos por los Arabes. Los Califas desde sus palacios, habitación de las delicias y la sensualidad, enviaban á sus ejércitos, á distancia algunas veces de mil leguas, órdenes que eran tan respetadas, que en viéndolas los Generales vencedores dexaban el mando,

porque si resistian, se les deponia con violencia ó los asesinaban. Solamente la extremada veneracion para con los sucesores del Profeta pudiera obrar este prodigio. Se debe advertir que la obediencia siempre era pronta y entera, fuese como fuese el sucesor de Mahoma, religioso ó impío, asegurado ó vacilante en su trono: de tal modo que los impulsos y movimientos que se daban en el centro de la autoridad nada perdian de su fuerza en las extremidades.

El sucesor de Hesham fue Walid II, hijo de su hermano Yecid II. Este luego que se vió dueño de los tesoros de su tío, los deramó con profusion. Hesham habia tenido sus provisiones y vestidos encerrados en cofres, cuyas llaves reservó tan guardadas, que quando murió no se encontró una sábana para amortajarle; pero Walid todos los abrió, y todo lo gastó distribuyendo estos ahorros á los pobres de Damasco, y regalando á las señoras muchos perfumes y adornos. Parecian dos mercaderes, uno que almacena, y otro que despacha en la tienda. Por algun tiempo ganaron al pueblo las generosidades de Walid, pero sus defectos le subleváron. Se le censuraba de muy dado á la embriaguez y á toda es-

pecie de excesos, y sobre todo de que hacia profesion del zendicismo, que era con corta diferencia lo que el saduceismo entre los Judíos y el deismo entre los modernos. El descontento general degeneró en sedicion. Hizo presente á los amotinados su liberalidad y su cuidado de no agravar los impuestos, y le respondiéron: „Bien conocemos esas buenas calidades, pero las exceden los vicios;” y se los fuéron contando por menor. Le depusieron, y perdio la vida á los quarenta y dos años, habiendo reynado quinze meses. Dexo Walid muchos hijos, y lo mismo sucedió á sus predecesores y sucesores; por lo qual se juntó una multitud de tios, sobrinos y primos que se cruzaban en las pretensiones al trono.

A Walid II no le sucedieron sus hijos, sino Yecid III, hijo de Walid I. Murió de peste á los seis meses de reynado y quarenta años de edad. Le remplazó su hermano Ibrahim. Merwan, Gobernador de Mesopotamia, se declaró vengador de la muerte de Walid II; y ganando una batalla hizo declarar Califas á los dos hijos de Walid, Hakin y Othman. Por desgracia se hallaban estos Príncipes en poder de Yecid, y este les quitó la vida. Como

preveían ellos su desgracia , habían declarado que si se verificaba reconociesen los Musulmanes por Califa á Merwan; y este fue el titulo de substitucion á esta dignidad que él no dexó inútil , porque persiguiendo á Ibrahim , le hizo deponer á los tres meses de reynado. No le quitó la vida ; pero segun se cree , se la quitó algunos años despues un hijo de Merwan.

En los cinco años que gozó Merwan de la dignidad de Califa solo se ocupó en defenderla contra los competidores que la acometiéron en varias partes del Imperio. Los mas peligrosos fuéron los descendientes de la familia de Ali. Estos se volviéron á presentar en el Korasan cerca del Irak , y declaráron que no reconocian por Califa á Merwan , pues por la cesion de Hakin y Othman , los dos hijos de Walid que ya habian muerto , todo el derecho de la casa de los Omiadas estaba en el Gobernador de Mesopotamia. Le persiguiéron pues encarnizados para quitar el único estorbo á sus propias pretensiones. Habia dos hermanos llamados Ibrahim y Abul-Abas , que procuráron publicar antes profecías anunciando que ellos habian de destruir la casa de los Omiadas. Sus partida-



rios llevaban su estandarte con estas dos palabras, *sombra y nube*, que explicaban de este „modo: Así como las nubes no cesarán de cubrir la tierra, y esta tendrá siempre sombra, así el mundo en adelante siempre tendrá Califas de la casa de Abas.” Algunas veces puede mas con los pueblos la persuasion que el derecho: pues acudieron en tropel los habitantes del Irak, á aquellos mismos á cuyos antepasados habian abandonado en otro tiempo.

Tuvo Merwan la imprudencia de mostrar desconfianza de los habitantes de Damasco, llevando los tesoros del califado á su Armenia, creyendo que allí estaban mas seguros. Este paso le quitó el afecto de los Siros, bien que se sostuvo con el auxilio de otras tropas. Cayó en sus manos Ibrahim, que era uno de sus rivales, le encerró en una prision, y allí murió envenenado, segun los historiadores mejor instruidos; pero Merwan, despues de muchas derrotas, se vió precisado á huir á Egipto, y herido con una lanza en una mezquita adonde se habia refugiado, halló á los sesenta años de su edad el fin de sus honores y su vida. En una de sus expediciones se apoderó de un monasterio de vírgenes: una de ellas le encantó con su hermosura; y

advirtiendo la vírgen christiana unos deseos que horrorizaban á su pudor , le ofreció un unguento, suponiendo que hacia invulnerable la parte que con él se frotaba , y proponiéndole que hiciese en ella misma la prueba. Merwan la frotó el cuello : sacó el sable , dió el golpe , y la quitó la cabeza. Tal vez en el sexó tímido se hallan mas exemplos de intrepidez reflexionada.

Del nombre de Abul-Abas vino el de los Abacidas , que son la segunda dinastía de los Califas. Hizo este Príncipe quanto pudo por destruir la de los Omiadas , que era la primera. A pesar de sus pesquisas se le huyó un hijo de esta casa , del qual descendió Abderraman , que renovó la familia en España , y tomó en ella el título de Califa. Abul-Abas , aunque por otra parte le hacen benigno y humano , executó una grande matanza en los Omiadas , sin perdonar ni aun á los de su propia familia , si descendian como él de Ali ; y por hallarse mas cercanos ó mas directos se creian con mejor derecho que él para aspirar al trono. Se desembarazó pues de todos sus competidores ; y quando creia que estaba para gozar tranquilamente la corona , despues de quatro años de guerras y fatigas , murió de viuelas á los treinta años.

Almanzor su hermano siguió sus pasos, y no reparó en deshacerse de quantos pudieran darle inquietud, así Omiadas como Alidas. Los sucesos mas ilustres de su reynado son las hazañas contra los Turcos, á los quales echó de la Armenia, y la conquista de Ciliacia y Capadocia; pero al mismo tiempo perdió su influencia en España, en donde Abderraman se hizo tan célebre por los magníficos edificios que levantó en Córdoba, como Almanzor en Asia con la fundacion de Bagdad, en donde colocó la silla de su Imperio. Era este Príncipe hábil, prudente y de amable trato, pero demasiado inexorable con sus enemigos, á algunos de los quales hizo matar en su presencia, por mas que se le rendian y suplicaban; y viéndose soberano vengó las injurias que le hicieron quando era particular. Un cortesano, que en tiempo de su hermano le habia hecho no sé que falta, pagó su imprudencia con la vida. Tambien se advierte que viéndose en el trono separó de sí con dureza á los compañeros que habia tenido antes, aunque eran hombres de mérito. Tal vez sentiria verse obligado á enriquecerlos, porque era de una sórdida avaricia.

Estando para morir llamó á Mahadi su

hijo, y le hizo este discurso: „Te exhorto á que trates á tus parientes en público con las señales mas grandes de distincion, porque de ello te resultará á ti mismo gloria y honor.” Pero le añadió: „No creo yo que hagas nada de esto. Aumenta el número de tus libertos, porque te pueden servir de mucho en algunos reveses de fortuna; pero, continuó, no creo yo que hagas nada de esto. No hagas edificar en la parte occidental de la capital, porque no podrás dar la última mano á los edificios; yo creo, no obstante, que lo has de hacer. Cuidado con que tus mugeres jamas se mezclen en los consejos de estado: no las permitas influencia en tus consejos. Con todo eso sé bien que harás lo contrario. Estas son mis últimas órdenes, y si no mis últimos avisos. Dios te bendiga.” Bien conocía Almanzor la eficacia de los consejos de un hombre que está para morir. Tenia sesenta y ocho años, y veinte y dos de reynado.

Habia hecho Almanzor la peregrinacion de la Meca con mucho fausto; pero Mahadi la hizo con asombrosa ostentacion de lujo y delicadeza. Fue tan prodigiosa la cantidad de nieve que llevaban sus camellos, que

tuvo la suficiente para refrescar él y su comitiva entre los arenales de la Arabia, para conservar en su flor las frutas deliciosas que llevaba, y para beber frio mientras estuvo en la Meca, donde la mayor parte de los habitantes jamas habian visto nieve. Le ofreció un Araabe una bota del calzado de Mahoma: y aunque la recibió, y pagó bien, dixo á sus cortesanos: „Yo no creo que Mahoma calzó jamas esta bota; pero si no la hubiera tomado, creerian que la despreciaba, y el pueblo se escandalizaria.” Hizo grandes liberalidades aun en el templo; y admirado de que uno de los asistentes no se acercaba como los otros á recibir cosa alguna, le dixo: „¿Y tú no pides nada?” respondió el devoto Musulman: „Vergüenza me daría pedir en la mezquita, casa de Dios, otra cosa que á él mismo.”

En su reynado se vió un hombre llamado Makoin, que de soldado, y despues Escribano, se hizo Profeta. Era contrahecho y tuerto: y para ocultar esta última falta siempre iba con un velo sobre el rostro, diciendo que le llevaba para que los que le miraban no se deslumbrasen con su resplandor. Sabia el maligno Escribano mas de una treta, y entre otras se cita, que hacia salir por la noche de lo

profundo de un pozo un cuerpo luminoso en forma de luna, y por esto le dieron el nombre *de hacedor de lunas*. Su doctrina nada tenia de extraordinario: no se dice qual era su moral; pero sin duda debia ser muy cómodo quando tuvo tantos discípulos, que Mahadi se vió en precision de enviar contra él un ejército. No contento con ser Profeta, suponía el Escribano que poseía la divinidad, la que habiéndose infundido de siglo en siglo en todos los Profetas, por último se habia detenido en él; pero á la verdad que bien pudiera haber elegido otra habitacion mas bella. Mokain, viéndose encerrado en una ciudadela por último recurso, y muy estrechado, dió vino emponzoñado á todos sus compañeros: les quemó despues de muertos los vestidos con todas las provisiones y los ganados, y entonces se arrojó á las llamas. Pero no dexó sin esperanza á los otros que le seguian, porque les prometió que su alma pasaria al cuerpo de un anciano de cabellos blancos montado en una bestia rucia, y que entonces los haria dueños de toda la tierra. Por muchos siglos han estado esperando al anciano y á la bestia rucia, y se han vestido de blanco por oponerse á los Abasidas que ordinariamente visten de negro.

Mahadi persiguió de muerte á todos los Sectarios y Hereges , á los Zendicistas , ó Deistas , que no son menos comunes entre los Mahometanos. El Califa no hizo la guerra en persona ; pero sus Generales lograron por todas partes victorias. Uno de estos precisó á la célebre Irene á pedir la paz. Mahadi , desde su residencia de Bagdad , gobernaba con justicia y prudencia sus vastos estados , y despachaba por sí mismo con aplicacion y diligencia : no le engañaban sus Ministros ; pero si hacian alguna falta , los reprehendia con suavidad. „¿Hasta quando habeis de estar incurriendo en faltas ?” le dixo á unos ; y él respondió : „Mientras Dios os conserve la vida para nuestro bien , tenemos nosotros que caer en faltas , y es propio de vuestra persona perdonarlas.”

Durante el reynado de Mahadi se hizo Médico un Boticario algo charlatan , que se llamaba Isa. Habiendo enfermado una de las mugeres del Califa , encargó á un esclavo que fuese á consultarle sin que conociese quien le enviaba ; y el comisionado presentó la orina de su ama , diciendo que era la de una muger pobre. El Boticario estuvo considerando la botellita con ayre de muy inteligente , y

dixo: „¿De una muger pobre? Esta sin duda es la de una grande Princesa que se halla en cinta de un Rey.” Esto lo decia él por chanza; pero el esclavo contó estas palabras á la Sultana, y ella encantada con la adivinacion hizo un gran regalo á Isa, prometiéndole mucho mas si la profecía se realizaba; con efecto parió un Príncipe, y entonces el Boticario se dexó colmar de bienes, y llamar á la corte como Médico. En lo que verdaderamente no era charlatan, es en que confesaba de buena fe que solo habia acertado por casualidad.

Se cuenta de Mahadi que habiéndose extraviado en la caza entró en la cabaña de un árabe para tomar algun refresco. Este le presentó pan baxo y leche. Le preguntó el Califa si no tenia otra cosa mejor; y el huésped le llevó un cántaro de vino. Bebió el Príncipe un trago, y preguntó si le conocia; á lo que dixo el árabe que no: „Pues yo soy, dixo el Príncipe, uno de los principales señores de la corte del Califa.” Sobre esto bebió otro trago, é hizo la misma pregunta: „¿Me conoces?” „Acabais de decirme quien sois,” respondió el árabe. „No es eso, replicó el bebedor: todavia soy mas que lo

que te he dicho;" y bebiendo tercera vez, preguntó lo mismo. „Me atengo, continuó el árabe, á lo que me acabais de decir." Entonces dixo el preguntador: „Yo soy el Califa ante quien se postra todo el mundo." Al momento se arrojó el árabe sobre el cántaro, y se lo llevaba. Le preguntó Mahadi, ¿por qué le llevaba el vino? „Porque temo, respondió, que si bebeis el quarto trago, me digais que sois el Profeta, y si el quinto, que sois el mismo Dios." Se alegró el Califa al oír la salida de su huésped, y le dió una gran cantidad de dinero, lo que el árabe agradeció con estas palabras: „Decid ahora lo que querais, que siempre os tendré por hombre verídico, aunque aumenteis vuestras altas calidades hasta el quarto y quinto trago." Este Mahadi murió por un descuido. Una de sus mugeres, envidiosa de Hasana, que era su favorita, y para deshacerse de ella, la dió una pera envenenada. Era la pera tan hermosa que Hasana la tuvo por digna del Califa, y se la presentó ignorando que estaba envenenada. Al punto que el Emperador la comió sintió dolores violentos, y espiró algun tiempo despues á los quarenta y tres años de su edad y diez de su reynado.

Le sucedió su hijo Muza; y uno de los cuidados mas importantes de este Califa y de sus sucesores fue reprimir el zendicismo que se iba esparciendo entre los Arabes, y mayormente entre los Grandes; y que se dirigia nada menos que á destruir la fe de su Mahoma, y por consiguiente la sumision á los Califas sus sucesores, artículo para ellos de suma importancia. Muza, á exemplo de su padre, persiguió á estos sectarios sin perdonar á sus mismos parientes, que ridiculizaban sus peregrinaciones á la Meca, sus lavatorios y postraciones, y que por lo mismo las practicaban con mas exâctitud los Califas. A las máximas de estos deistas antimahometanos se pueden atribuir las freqüentes sediciones que experimentáron los Abasidas, en las quales regularmente se mezclaba la religión. Mucho admira que Muza á la edad de veinte y quatro años eligiese sucesor; pero qualquiera que fuese el motivo de esta resolucion, excitó bastante disension en la corte. Pretendia su madre Kizaran que la corona pasase á su hijo menor Harun-Al-Rashid, y Muza queria ponerla en la cabeza de su propio hijo que estaba en la adolescencia; y aun dicen que para efectuar esta intencion se propuso envenenar á

su madre, y quitar la vida á su Visir. Ya estaba oculto en el palacio el asesino esperando la ocasion de executar el golpe, y á media noche oyó que le llamaba Kizaran. Acudió presuroso, y mostrándole ella misma su hijo tendido en la cama y muerto, le dixo que una fuerte tos, seguida de un estornudo, le habia puesto repentinamente en aquel estado. Es de presumir que ayudáron con algo mas á estos síntomas. Este Muza gustaba de la poesía; y encantado con unos versos que le presentó un poeta llamado Merwan, le dixo: „Escoge por premio de tu trabajo, ó tomar treinta mil dracmas de contado, ó cien mil despues de haber pasado por todas las dilaciones y formalidades del manejo de la hacienda.” El poeta respondió: „Treinta mil ahora, y cien mil á su tiempo.”

Sin duda pasó por cierto lo de la tos y el estornudo; pues al punto que murió Muza asistieron los Grandes de la corte, que fuéron al quarto de su propio hijo, le sacáron de la cama, y le obligáron á que reconociese por Califa á su tio: debia ser esencial esta formalidad para la legitimidad de Harun-Al-Rashid, que se sentó tranquilamente en el trono. Fuese por estar convencido, ó porque nece-

sitaba aparentarlo, se mostró muy escrupuloso en la práctica de las observancias mahometanas: ocho ó nueve veces hizo el viage desde Bagdad á la Meca, y una de ellas á pie: hacia que trescientas personas fuesen á la peregrinacion quando él no podia, dándolas todo lo necesario. Mandaba este Príncipe en persona sus tropas, principalmente contra el Imperio griego, en las varias expediciones que gobernó. Experimentó algunos reveses, pero regularmente volvía victorioso. Se hacían estas guerras con destrucciones que despoblaban los campos, arruinaban las ciudades, ponian multitud de infelices en las cadenas de la esclavitud, y concluian con tratados equívocos que servian de pretexto para dar ocasion á nuevos horrores.

Tuvo Harun tres hijos, que procuró criar con grande cuidado. Quiso que fuese á palacio á instruirlos un célebre maestro que daba leccion en la ciudad; pero le respondió este: „La ciencia á nadie debe hacer la corte, todos se la deben hacer á ella.” Harun dixo: „Teneis razon, y así irán adonde los demas jóvenes reciben vuestra instruccion:” y con efecto se los enviaba con toda exáctitud. Aunque la respuesta de este doctor denota-

ba un poco de satisfaccion propia, merecia ser estimado, porque de quarenta y ocho quæstiones que le propusieron un dia, tuvo bastante resolucion para confesar su ignorancia acerca de treinta y quatro. La educacion que en su escuela recibieron los Príncipes los hizo dignos de que su padre les repartiese viviendo el gobierno de sus vastos estados. Por esta distribucion se ve qual era entonces la extension del Imperio mahometano, porque dió á Amin la Siria, el Irak, las tres Arabias, la Mesopotamia, la Siria, la Media, la Palestina, el Egipto, y todo quanto en Africa habian conquistado sus antecesores desde las fronteras de Egipto y Etiopia hasta el estrecho de Gibraltar, con la dignidad de Califa. A Monin, que era el segundo hijo, le entregó la Persia, el Kerman, la Judea, el Korasan, y las vastas provincias adyacentes. A Kasen, su tercer hijo, tocó la Armenia, la Natolia, la Georgia, la Circasia, y todas las posesiones musulmanas hácia el Ponto Euxino. En esta enumeracion no se habla de la España, porque estaba en manos de otra familia. Los tres hijos debian sucederse el uno al otro.

En tiempo de Harun sucedió la desgra-

cia de los Barmecidas, á los quales unos historiadores pintan como ilustres desgraciados, y otros como conspiradores delinquentes. Eran estos de una de las mas ilustres familias del Oriente, cuyo nombre venia de una soberbia mezquita llamada Neubahar, que habian edificado en Balkh, y eran por derecho de herencia los superintendentes. Dió Muza por Gobernador á Harun su hijo á Yahia, cabeza de esta familia, cuya muger habia criado al jóven Príncipe. Tenian quatro hijos, y el segundo, llamado Giafar, parece fue la causa, ó bien culpable ó bien inocente, de las desgracias de su familia. Le amaba Harun como á hermano: no podia vivir sin él, y le habia dado la mayor confianza. Se supone que para tenerle siempre consigo le casó con Abasa su hermana, y añaden que fue con la condicion de que nunca tuviesen comercio maridable. Aunque los esposos prometieron el cumplimiento, se olvidáron, y tuviéron dos hijos. Harun, enfurecido, mandó matar al padre, y precipitar á la madre y los hijos en un pozo, haciéndole cegar con tierra. Se dice no obstante que al pronunciar esta cruel sentencia derramó algunas lágrimas; pero este casamiento con sus condiciones y el resultado parece de-

ben ponerse en la clase de las fábulas, por la circunstancia ruidosa que se siguió á la muerte de Giafar. Se dice que el Califa hizo cortar en pedazos su cuerpo, y ponerle sobre las puertas de Bagdad, colgando la cabeza en el puente del Tigris; pero ¿cómo Harun, siendo un Príncipe de juicio, habia de tener la imprudencia de hacer tan público un castigo dado por semejante causa?

Lo mas probable es que Giafar y dos hermanos suyos abusáron de la confianza del Califa; y llegando á serle peligrosos, pagáron con la vida, igualmente que su padre, los temores que le diéron. Perdonó Harun á Mahomet, uno de los quatro, que sin duda no habria tenido parte en los designios ambiciosos de esta familia. Escribió el Emperador á las provincias ó á sus Gobernadores que estuviesen alerta contra sus partidarios, parientes y amigos, y se deshiciesen de ellos; lo que es otra prueba de que fue la conspiracion muy dilatada y temible. Hasta su nombre proscribió, prohibiendo con pena de muerte que le pronunciasen; pero como los Barmecidas habian manifestado generosas qualidades durante el favor, y habian atraído á tantos con sus liberalidades, quedó su memoria

en veneracion á pesar de la prohibicion de Harun. Un anciano llamado Mondir tuvo la osadía de hacer públicamente el panegírico de sus bienhechores. Le condenó el Emperador á muerte, y antes que le llevasen al suplicio pidió licencia para decir al Príncipe dos palabras: en lugar de dos palabras se dilató el generoso anciano en un largo discurso sobre los servicios que los Barmecidas habian hecho al mismo Harun. El Príncipe se conmovió, y le perdonó, dándole un platillo de oro que tenia á la vista. Se postró Mondir para darle gracias, segun la costumbre del Oriente, y al levantarse dixo: „Véase aquí una nueva gracia que recibo de los Barmecidas.” No se enojó el Califa por este nuevo atrevimiento.

No solamente fue indulgente, sino tambien justo con una muger que le volvió una réplica demasiado viva. Llegó á quejarse de que los soldados habian saqueado su casa, y la dixo el Emperador: „¿No has leído en el Alcoran que quando los Príncipes pasan con armas por un lugar le destruyen?” Y ella replicó: „Tambien he leído en el mismo libro que las casas de esos Príncipes serán desoladas por las injusticias que han cometido.”

Entonces dió orden de que se la reparase todo el daño. No se sabe si fue justicia, pero fue á lo menos una justicia muy rigurosa la que acompañó á la última accion de su vida. Se estaba muriendo quando le traxéron preso el hijo de un rebelde, y mirándole dixo: „Si yo tuviera tiempo para decir dos palabras, diria *matadle*.” Quitáron la vida al infeliz, y espiró el Califa como á los cincuenta años de edad, y veinte y tres de reynado.

Tenia en su corte médicos, astrólogos, filósofos, poetas, y hasta un loco muy grave, porque los hay de toda especie. Admirado el Califa de los dichos de este, que calificándose de ser dios, en todo lo demas estaba racional, le dixo un dia por provocarle: „Aquí me han presentado un hombre que hace el loco, y quiere pasar por Profeta enviado de Dios: le hice encarcelar, se le ha hecho su proceso, y se le ha condenado á cortarle la cabeza.” El loco, que le habia escuchado con grande atencion, le respondió: „En esta ocasion te has portado como fiel siervo mio: yo no he concedido á ese miserable el don de profecía, ni ha recibido de mi parte orden ni mision alguna.” Uno de sus médicos, llamado Gabriel, curó á su favorita de un mo-

do singular. Volviendo de un éxtasis de placer, halló que su mano derecha no tenia movimiento: todos los remedios habian sido inútiles contra esta enfermedad: llamáron á Gabriel, que ya era célebre por otras curas: y este suplicó al Califa que mandase á la señora que al levantarse se presentase allí delante del público. Hizo Gabriel una accion como que la iba á desnudar; y confusa la Sultana agarró sin reparar con la mano enferma el vestido que la arrancaban; y volviéndose el médico hácia el Califa, le dixo: „Comandante de los creyentes, ya la teneis curada.” Despues explicó el médico que su resolucion se habia fundado en conocer el juego y efectos de las pasiones.

La leccion que dió Harun á un sabio que habia tomado por consejero secreto, debieran meditarla todos los que los Príncipes eligen para darles el peso de su confianza. En su primera conferencia, que el doctor queria fuese digna de su fama, sobre la grandeza de los objetos y sobre la magestad del discípulo, le interrumpió el Califa, y le dixo: „Oye las condiciones que deben ser la basa de nuestra buena inteligencia. Jamas pretendas enseñarme en público; nunca te apresures á darme consejos en particular; espera siempre á

que yo te pregunte; respóndeme con términos precisos, dexando los superfluos; guárdate de querer preocuparme en favor de tus pensamientos, y de exígir demasiada deferencia mia á tu capacidad; no seas largo en tus historias, ni en las tradiciones que juzgues á propósito contarme; si ves que me aparto de la justicia, vuélveme al camino con suavidad, y sin valerte de expresiones duras; ayúdame en los discursos que tenga que hacer en público, en la mezquita ó en otras partes; y por último, nunca me hables en términos misteriosos." Esto era decir que Harun queria la verdad cubierta con decencia, pero no disfrazada: por lo qual admiraban á un Soberano que tanto se habia estudiado á sí mismo.

La division que hizo Harun del gobierno de sus estados entre sus tres hijos le habia dado sin duda ocasion para reconocer sus qualidades, y en consecuencia de esta observacion debia dexar el trono de Bagdad al segundo, llamado Mamun, mas bien que al primero, llamado Amin; pero Mamun, que vivia tranquilo en su gobierno de Persia, no apresurándose por la potestad suprema, se dexó prevenir por su hermano mayor, y se

hubiera mantenido contento en el segundo lugar, si su hermano, mal aconsejado, no hubiese formado la empresa de quitársele. Pero Amin no era el mas propio para conseguirlo. Unicamente ocupado en los placeres, dado al vino, apasionado por el juego, danza y música, solo vivia con sus mugeres y eunucos, á quienes con loca prodigalidad repartió los tesoros de su padre sin exceptuar á la parte destinada para sus hermanos. Se entregaba tan escandalosamente á las torpezas, que el pueblo y los Grandes le depusieron, aunque movidos de su arrepentimiento volviéron á colocarle en el trono. De poco le sirvió esta leccion á Amin, pues continuó en sus desórdenes.

A estos añadió la imprudencia de romper abiertamente con Mamun, á quien miraba como fomentador de su desgracia, porque quando á él le depusieron estuviéron para llamarle. Se encendió entre ellos la guerra, y la hizo Mamun con la mayor felicidad por la destreza de un General llamado Taher, que retiró al Califa hasta su misma capital; pero ni un peligro tan urgente pudo sacar á Amin de su ordinaria indolencia. Mientras los enemigos estaban tomando á Bagdad, quando

las máquinas arrojaban dardos, piedras y fuegos sobre esta infeliz ciudad, que estaba á punto de ser ganada por asalto, jugaba él tranquilamente al alxedrez con Kutar su liberto: porque estando con este, todo lo demas lo miraba con indiferencia. Llegó un correo á anunciarle la derrota de su ejército y la muerte del General, á tiempo que él se divertia en pescar; y dixo al correo: „No me interrumpas la diversion, porque ya Kutar ha cogido dos peces grandes, y yo nada he pescado.” Los principales de Bagdad no juzgáron que debian exponerse á las últimas calamidades por hombre semejante; y teniendo Amin indicios de lo que trataban: resolvió prevenirlos, rindiéndose con alguna confianza de que le dexarian la vida; pero Taher le hizo cortar la cabeza. Tenia treinta años, y habia reynado casi cinco.

Viendo Mamun que las primeras victorias en la guerra á que le precisó su hermano le daban esperanzas, tomo el título de Califa. Los habitantes de Bagdad, aunque con algunas dificultades, le reconocieron despues de haberla puesto sitio. Se halló con quatro sediciosos contra sí en diferentes partes de su Imperio; pero de todos triunfó su General

Taher, á quien dió en premio el gobierno de Ispaan para sí y sus descendientes. Aunque no fue fundador Mamun de esta ciudad, que hoy es capital de la Persia, debe pasar por su bienhechor, porque la aumentó y adornó considerablemente. En ella hubiera fixado su corte á no haber atendido á la preocupacion del pueblo que ya estaba acostumbrado á reconocer por primer Califa al de Bagdad.

Su deseo era quitar á sus vasallos todo pretexto de cisma, y aun los colores que le ocasionaban. El color de los Abasidas era el negro, y Mamun intentó introducir en Bagdad el verde, que era el de los Alidas. Con este motivo sobreviniéron disputas que estuviéron para degenerar en sedicion, por lo que el Califa tuvo que dar otra vez á sus Persas el color negro, y siempre le han conservado. El deseo de conciliar las sectas le ha quitado mucha reputacion entre los rígidos Musulmanes. Sospecháron que tenia poca fe, y le censuran por haber introducido, ó á lo menos favorecido á la filosofia y las demas ciencias especulativas entre los llamados creyentes que, segun ellos, deben tener bastante con solo el Alcoran. No se sabe si con el fin de disminuir la curiosidad de este libro ordenó al Gobernador de

Bagdad que obligase á los jueces y conservadores de las tradiciones que sostuviesen que el Alcoran fue creado en tiempo, y castigase rigurosamente á los que defendiesen la opinion contraria. En su reynado honró la astronomía, la medicina y todas las ciencias, llamando á su corte á los que las cultivaban, de qualquiera religion que fuesen, Indios y Magos, Judíos y Christianos, los llenaba de bienes, y hacia traducir sus libros. No solamente se hizo illustre Mamun por el gusto de los conocimientos, sino tambien por el de su bondad. Decia de sí mismo. „Si supieran mis vasallos el fondo de clemencia que yo poseo, hasta los mas culpados se apresurarian á venir á mí.” Sin duda un Príncipe que daba de sí públicamente semejante testimonio, no rezelaba que pudiesen contradecirle. Tenia quando murió quarenta y nueve años, y habia reynado veinte.

Mamun, siguiendo la disposicion testamentaria de su padre Harun, no obstante que tenia un hijo, nombró por sucesor á Motasen. Este Príncipe, reconocido por su mismo sobrino, derrotó por medio de sus Generales á algunos rivales, y á imitacion de su antecesor no quiso que tuviesen al Alcoran por increado. Os-

tentó en el trono una magnificencia que pasma, pues dicen que tenia ciento treinta mil caballos pios en sus caballerizas (bien puede ser que jamas hayan nacido tantos). Poniendo á cada uno un saco de tierra levantó una montaña en medio de Samarra, ciudad que habia edificado en el Irak Arábigo, porque no le gustaba Bagdad. Tambien dicen que tuvo ocho hijos y ocho hijas: reynó ocho años, ocho meses y ocho dias: nació en el octavo mes del año: fue el octavo Califa de los Abasidas: dió ocho batallas: tenia ocho mil esclavos: dexó ocho millones de oro, y murió á los quarenta y ocho años. Por estos *ochos* le diéron el nombre del Califa *ochero*. Fue el primero que tuvo Turcos en sus exércitos.

Watek su hijo se vió tambien expuesto á conspiraciones, y puede creerse que la causa de ellas fue la perseverancia con que persiguió á los que profesaban la eternidad del Alcoran, pues este dogma ridículo parecia el punto de reunion; bien que, en consiguiendo el Califa que los rebeldes le abjurasen, les perdonaba. Quando murió estaban las cárceles llenas de las personas mas distinguidas del Imperio, aunque su prision no era rigorosa,

porque Watek se preciaba de imitar la benignidad de su tío Mamun.

Tambien se parecia á su abuelo Harun en el amor que tenia á las ciencias. Murió de hidropesía á los treinta y dos años de su edad, y dicen que el principio y la causa de su mal fue una bebida irritante, con la qual, siendo muy dado á mugeres, pretendia avivar su pasion. Reynó cerca de seis años.

Quando murió Watek, estuviéron los Grandes dudosos entre Motadi su hijo, y Motawakel su hermano. Al fin resolvieron por este, porque el otro era demasiado jóven para hacer en calidad de Iman la oracion en la mezquita, funcion anexa al califado. Por este defecto se alteró muchas veces el órden de la sucesion, impidiendo que los hijos reemplazasen á sus padres. Tambien se cree que Motawakel debiese en gran parte su dignidad á la proteccion y defensa de un cuerpo de Turcos, que ya antes llevaban los Califas para guardar su persona. Este Príncipe repartió sus estados como el Califa Harun entre sus tres hijos, haciendo que los reconociesen por sus sucesores. Por la distribucion parece que el Imperio era casi nada diferente de como le hemos visto en la que hizo

Harun, no obstante que habia tenido con las naciones limítrofes, y especialmente con los Griegos, sangrientas guerras que pudieran haber estrechado ó dilatado los límites; pero las que sostuvo Motawakel, aunque tan ruidosas y encarnizadas, no hicieron mutacion alguna en su Imperio.

Este Príncipe, en quien se reconoció el gusto á las ciencias, debe perder mucho de su lustre en la memoria de los Arabes por haber sido el primero de sus Emperadores que al suplicio de muerte añadió la invencion de los tormentos. Se dice que en su tiempo sucedió poner á los infelices en un cofre de hierro guarnecido de puntas, y que le iban calentando segun querian; que á uno de estos desdichados que le pedia gracia, respondió: „La piedad es baxeza de alma;” pero mas cierto es que la crueldad es de cobardes. Hasta sus diversiones las acompañaba con crueles extravagancias. Algunas veces estando á la mesa con sus amigos hacia soltar un leon, y de este modo los llenaba de susto. Otras veces hacia pasar serpientes por debaxo de la mesa, y romper jarras llenas de escorpiones, sin permitir que ninguno mudase de sitio ni aun se levantase; pero curaba con su triaca á los que

habian mordido ó picado. Sin duda por miedo de tan peligrosas diversiones no se atrevieron muchos sabios á ir á establecerse en su corte por mas que los convidaba con grandes promesas.

A la verdad lo que sucedió á un médico Christiano , llamado Honain , era bastante para que no se atreviesen á ceder á sus instancias. Por ver si podia confiarse de este hombre , le mandó Motawakel preparar un veneno sutil para quitar la vida á un enemigo suyo , de tal modo que penetrase tan naturalmente que no pudiesen sospechar que él le habia dado la muerte. Honain desechó con horror la proposicion ; pero el Emperador insistió , suplicó , amenazó , y le hizo encerrar en una cárcel en donde le tuvo un año. Despues le hizo comparecer en su presencia y renovó sus instancias ; pero el médico permaneció firme. „¿De donde te viene, le dixo el Emperador , esa firmeza quando tienes la muerte delante de los ojos?“ „De mi religion y mi profesion , respondió Honain : la primera me manda hacer bien á mis enemigos , y no hacer mal á mis amigos : la segunda no tiene otro objeto que el beneficio del género humano , y yo al abrazarla juré

solemnemente que nunca contribuiria para preparacion alguna que fuese nociva ó mortal." Agradó tanto al Califa que le dió toda su confianza; pero un favor comprado á costa de un año de prision no sería tentacion muy fuerte para los sabios á quienes pretendia atraer con sus liberalidades.

Su conducta con los que tenia cerca de su persona hace creible la que dicen observó con su hijo Montaser. Cuentan que le daba muy mal trato, que le hacia burla, le castigaba, y le imponia penas rigurosas por leves faltas, y aun le hacia beber vino con exceso para que los Mahometanos, testigos de su embriaguez, le despreciasen. Añaden que por esto conspiró el hijo contra la vida de su padre; pero el padre ya muerto no tuvo defensor contra el hijo que vivia y reynaba; por lo que puede ser que sean exâgeradas sus injusticias en el principio y los efectos, pues no hay excusa en un hijo que mata á su padre, aunque se pruebe que este conspiró contra la vida de su hijo. Montaser daba en rostro á su padre con este delito; pero Motawakel por el contrario acusaba á Montaser de negras conspiraciones contra sus dias. Le amenazó á él y á su madre de que los

habia de poner en justicia ; y el hijo, temiendo este escándalo , resolvió prevenir á su padre y adelantarse. Ganó á la guardia turca , á cuyo capitan habia descontentado el Califa , y apostados los soldados se arrojaron sobre él estando á la mesa , y le mataron á puñaladas. Entre tanto que él bregaba , uno de sus favoritos llamado Fatah procuraba defenderle , y gritaba con toda su fuerza : *¡Ay Motawakel , no te quiero yo sobrevivir!* Y por otra parte no daba menores voces su bufon , diciendo : *¡Ay Motawakel , cómo me gusta vivir despues de tu muerte!* Cada uno de estos consiguió lo que deseaba.

Con estas sangrientas intrigas se mezclaban las querellas en punto de religion , porque la eternidad del Alcoran era siempre motivo de discordia : de quando en quando se despertaba la rivalidad de los Omiadas y los Alidas : á un Califa que habia sido favorable á una secta , le reemplazaba un Príncipe que protegía á la otra ; y de este modo alternaban , por decirlo así , las persecuciones. Parecía este el vicio de aquel siglo , porque al mismo tiempo los Emperadores Griegos unos despedazaban y otros veneraban las imágenes , imponiendo por fuerza á sus

pueblos con edictos de persecucion la fe y el culto que juzgaban mas á propósito. Motawakel proscribió á los sectarios de Ali, á quienes sus tres últimos antecesores protegian. Quiso prohibir á sus vasallos la peregrinacion al sepulcro de Hosein, y para conseguir su intento procuró borrar hasta los vestigios de su sepultura; y no solo la destruyó, sino que emprendió la obra de hacer pasar sobre ella un rio. Vanos esfuerzos, dicen aquí los Aliadas, creyendo que se detuvo el agua por respeto, y retrocedió sobre sí misma. El reynado de Motawakel, que reynó catorce años, es notable por las plagas de toda especie, por guerras, rebeliones, persecuciones, hambres, huracanes terribles, y espantosos temblores de tierra, tanto que le llamáron el reynado de los portentos. Vivió este Príncipe quarenta años.

Montaser declaró en pública asamblea que estaba inocente en la muerte de su padre, acusando á Fatah, el favorito que no quiso sobrevivir á su señor, y aseguró que para castigar su maldad le habia hecho despedazar. Pero los remordimientos del parricidio daban testimonio de su crimen, porque siempre llevó una vida, aunque corta, per-

seguida por el verdugo de su pecado, y atormentada de las furias vengadoras. Quisiera haber podido aniquilar quanto le traía á la memoria su atrocidad exêcrable: destruyó el palacio de su padre, y dexó la ciudad en donde le habia quitado la vida; mas parecia que se empeñaba la Providencia en ponerle delante de los ojos lo que él procuraba retirar de su vista. Estaba un dia mirando en una rica tapicería á un hombre á caballo adornado de su diadema, y con una inscripcion en lengua persiana. Hizo que se la explicasen, y hacia este sentido: „Yo soy Syruyeth, hijo de Corsru-parvic, que quité la vida á mi padre, y no reyné mas que seis meses.” Se quedó pálido, como si leyera la sentencia de su muerte, y se la confirmáron los espantosos sueños en que se le representaba su padre ensangrentado, y llamándole á la sepultura, á la qual vino á parar á los seis meses de reynado, y veinte y cinco de edad. Se cree que los cómplices y los que le instáron al parricidio temiéron que se arrepintiese, y le diéron veneno.

El infeliz jóven, ademas de sus remordimientos experimentó toda la pena que se puede esperar de la complicidad con los mal-

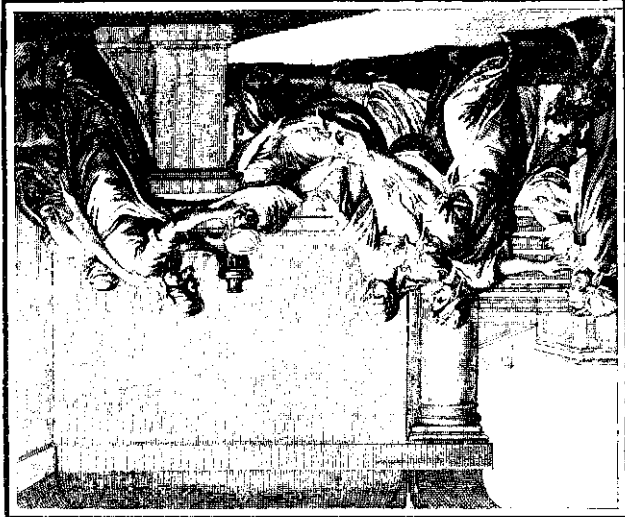
vados, y la menor es el no ser ya dueño de su voluntad. Los dos capitanes de la guardia turca, principales autores del delito, le precisáron á declarar por excluidos del califado á sus dos hermanos Motaz y Mowiad, temiéndole que vengarian á su padre; y viéndose dueños de la eleccion diéron la corona de Iman á Mostain, primo hermano del difunto. Estos oficiales riñéron despues entre sí, y cada uno procuró apoderarse del Califa. Aquel á quien se entregó el Príncipe quedó peor, y huyó á Bagdad con su Califa. Le recibió bien el Gobernador de esta ciudad, muy contento por tener en su posesion al xefe del Imperio. El otro capitán turco, expulsado su rival, sacó de la cárcel á Motaz y Mowiad, que estaban encerrados por orden de Mostain, y fue á sitiar á Bagdad, siguiendo las banderas de Motaz. El Gobernador, indiferente en la eleccion de señor siempre que el que tuviese la autoridad le dexase la suya, aconsejó á Mostain que renunciase con la condicion de dexarle la vida y bienes correspondientes á la fortuna que él dexaba. Tomó la plaza Motaz, y continuó el Gobernador en su empleo. En estas intrigas, guerras y negociaciones se pasó todo el tiempo

de casi quatro años que duró el reynado de Mostain. Era indolente, suave y tímido. Estas calidades podrian tener su vida libre de las empresas de otro rival; pero se dexaba fácilmente arrastrar de quantos consejos le daban, y esto era suficiente para que se le pudiese temer. Al fin le asesinaron sin saberse quando ni de qué edad. Por efecto de estos alborotos la obediencia de los Gobernadores y Generales distantes no pasaba ya de pura condescendencia. Reconocian al Califa, se autorizaban con su nombre, pero apenas executaban sus órdenes sino quando les era útil obedecerlas.

Motaz subió al trono, y quitó la vida á Mowiad y á Monaffec, dos hermanos suyos que se le hicieron sospechosos porque estaban muy queridos; y á Ahmed, que era el tercero, le permitió, como gracia, vivir obscuramente en Bagdad. Sin duda tenia un consejo, al qual se debe en gran parte culpar de estas violencias; pero al mismo tiempo que se le culpa de las acciones reprehensibles, es justo alabar la destreza con que un Príncipe de diez y ocho años se sostuvo por el espacio de quatro contra la guardia turca, que se habia hecho temible. Motaz hizo que se descubrie-

*tarronde. Héro de la somn esculptado que
 per su recate le paskan los thores, muerre a su
 madre cubiada; pero esta quae mas que su hijo
 previene que ptoarse de parte alguna de su in
 munes herores, de los quales ha desoye hueres
 muerre cubija, muerre de su palacio. No de
 muerre a esta madre de muerre de muerre que
 muerre para para la somn cubiada que paskan
 sus muerre a su muerre muerre*

Riquezas de Cuba.



sen los xefes entre sí, y que unos á otros se castigasen por las empresas intentadas contra la autoridad del califado, que debieran defender: y así perecieron la mayor parte de los capitanes en las querellas que hábilmente se procuráron suscitar entre ellos. Creyó el Emperador que ganaba mucho en valerse de una guardia de Magrebianos, que eran los Musulmanes de Africa; pero á estos los hicieron pedazos los Turcos; y prendiendo al Califa le obligáron á hacer su dimision, y despues le dexáron morir de hambre á la edad de veinte y dos años.

Dicen que pudiera haberse librado de sus manos dando la cantidad de cincuenta mil escudos, que ellos le pidiéron por modo de sueldo; pero estaba tan mal administrada su hacienda que no pudo darlos. Recurrió á Cubiah su madre que tenia inmensos tesoros, y se los negó. A esta madrastra, quando el sucesor de su hijo la echó de palacio, la halláron un millon de escudos de oro, un celemín de esmeraldas, otro de perlas, y muchos hermosos rubíes que pesáron once libras.

La guardia turca, que se vió señora de la corona, dió el trono á Motadi, hijo de Watek, de edad de treinta y ocho años. En el

espacio de uno que reynó limpió el palacio de músicos, baylarines y bufones, y se deshizo de los leones, perros y otros animales que sustentaban sus antecesores: proscribió los juegos y el vino, mandó la práctica de las leyes del Alcoran, y daba personalmente el exemplo: disminuyó los impuestos, arregló la hacienda, y administraba por sí mismo justicia con toda imparcialidad. Estaban los pueblos esperando su felicidad con el gobierno de este Califa, quando la guardia turca, cuya mucha libertad quiso reprimir, conspiró contra él. Esta le pidió con insolencia cosas injustas, que él no quiso conceder. Le amenazaron, y se mantuvo firme á la cabeza de los Magrebianos; mas por desgracia tambien fuéron vencidos. Unos historiadores dicen que Motadi murió en el combate: otros que habiendo caido en poder de los Turcos le quitaron estos la vida entre tormentos, porque no queria renunciar al califado.

El anciano Califa Motavakhel habia dexado dos hijos: el mayor, que se llamaba Motamed, era indolente, nada aficionado á manejar negocios, y únicamente amigo del descanso y los placeres. El segundo, Monaffec, era activo, vigilante, valeroso, tan bueno para

el gobierno como para la guerra. A este no le escogieron los Turcos para suceder á Motadi, tal vez porque le temian. Pero Motamed tuvo el acierto de dar á su hermano una confianza sin límites, dexándole la disposicion de lo civil y lo militar: de suerte que quanto sucedió en el califado de Motamed debe mirarse como obra de Monaffec. Casi todo el tiempo que gobernó tuvo las armas en la mano, ya contra los rebeldes, ya contra los Griegos. Se aprestaba para librar á su hermano de la tiranía de los Turcos, quando una irrupcion de los pueblos llamados Zinghianos con Habid su Rey, le precisó á valerse de esta falange siempre amenazadora que él queria destruir. El General árabe retiró á los Zinhgianos de las tierras de su hermano, y mató á su Rey; pero sobrevivió poco á su triunfo, porque en la flor de sus años se le llevó una enfermedad. Dexó un hijo llamado Motamed, que le reemplazó en la confianza del Califa, el qual le dió toda la que habia tenido su padre, y con el cuidado de su sobrino pudo continuar su descanso en el seno de la sensualidad, que era todo su bien. Murió á los cincuenta y tres años de edad, y veinte y tres de reynado. La inscripcion de su

sello era esta : ; *Dichoso aquel que se instruye con el exemplo de otro!* Este modo de instruirse no pide trabajo , y era el conveniente á su genio.

Aunque Motamed tuvo un hijo llamado Giafar , nombró por Califa á su sobrino Motaded , haciéndole reconocer antes de morir. La dignidad nada añadió á su poder , porque ya le poseia antes por entero. Durante su reynado enriqueció la abundancia sus provincias , y la paz no se alteró sino por causa de los Kármatas fanáticos , cuyo origen no es muy conocido. En tiempo de este Motaded vino de la Persia á la Arabia un pobre miserable llamado Karmalk , que al parecer hacia una vida muy austera : decia que era inspirado de Dios , y que le habia mandado hacer oracion cincuenta veces al dia. Quando se vió con un partido poderoso , eligió entre sus sectarios hasta doce hombres , á quienes dió el título de apóstoles para dirigir á los demas y propagar su nueva doctrina. Viendo el Gobernador de la provincia que la gente del campo dexaba su trabajo para hacer la oracion cincuenta veces , hizo que prendiesen al tenido por santo , y juró que le habia de quitar la vida.

Una doncella, esclava del Gobernador, que oyó este juramento, movida de compasión, tomó de noche de debaxo de la almohada de su amo las llaves de la cárcel: puso en libertad al tal Profeta, y las volvió á dexar en donde estaban. No hallándole al día siguiente en la prision, no quedó duda de que le habia librado alguna potestad divina. Volvió á parecer lejos de allí para confirmar su mentira, y dixo á sus discípulos, que ninguno tenia poder para hacerle daño: es verdad que tuvo la prudencia de no exponerse, pues no se oyó hablar mas de él. Su doctrina no era muy diferente de la de Mahoma: sus sectarios reconocian ángeles, acompañaban la oracion con genuflexiones, se sujetaban á los ayunos, y esto no obstante profesaban un ódio tan declarado á los Mahometanos que no les daban quartel. Los Kármatas se multiplicáron prodigiosamente en poco tiempo, y necesitó Motaded emplear todas sus fuerzas para rechazarlos del centro de sus estados al que ya amenazaban. Baxo las apariencias de devociones reynaba entre ellos el mayor libertinage, y esto les dió muchos soldados. Con el tiempo formáron exércitos numerosos que asolaron con el mayor furor las mas bellas pro-

vincias del Asia. Motaded era justo, pero muy severo: su reynado duró seis años, y fue tranquilo. Murió á los cincuenta años envenenado; ó aniquilado con los placeres. Con la proteccion que dispensó á los que cultivaban las ciencias, florecieron estas en su tiempo.

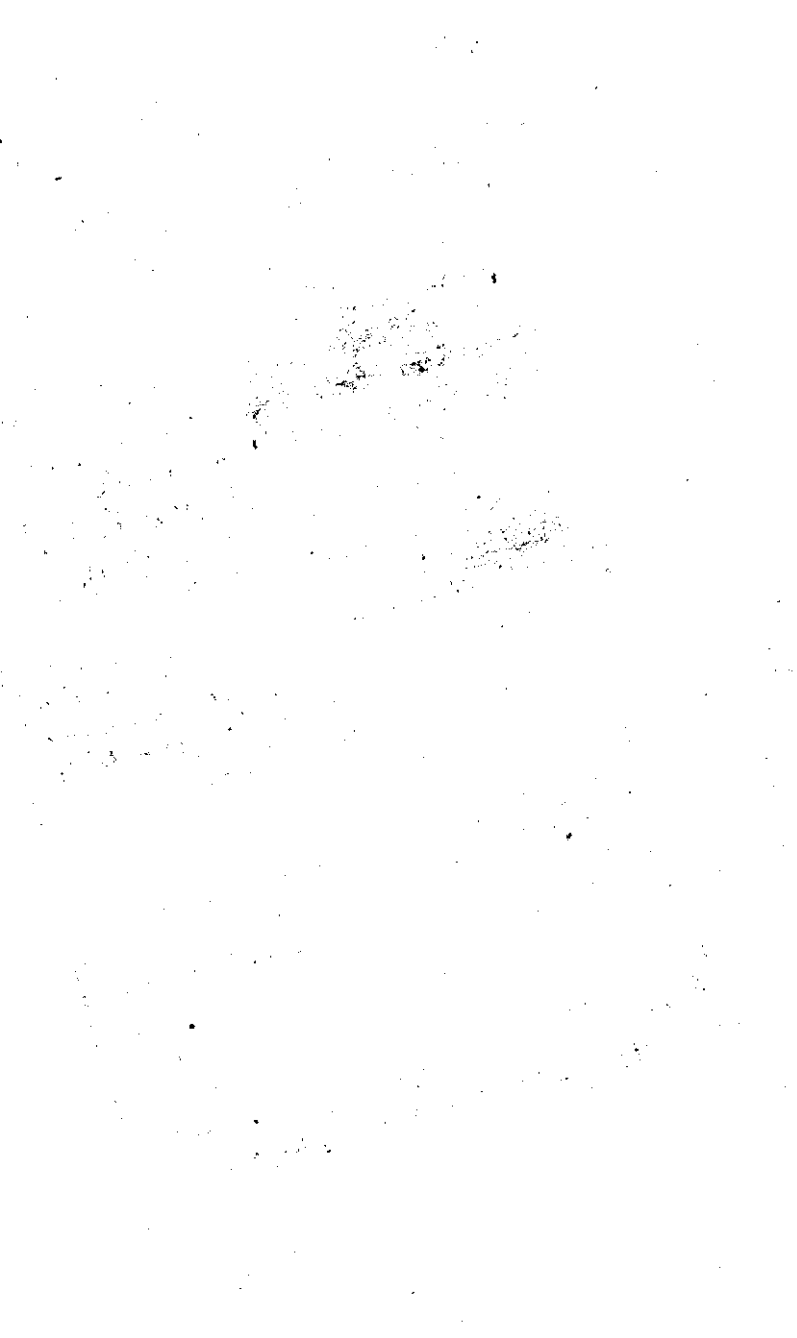
En el mismo dia de la muerte de su padre fue Moctasi declarado Califa en Bagdad, de donde estaba distante por las expediciones militares que mandaba. Los Kármatas se presentaron en muchas partes de sus estados con exércitos de cien mil hombres. Mandaba uno de estos un General de veinte y dos años de edad, llamado Hosein, y que juntaba la astucia con el valor. Decia que era descendiente de Mahoma, y daba por prueba un lobanillo que tenia en el rostro así como el Profeta. De este modo aquellos Kármatas tan enemigos de los Musulmanes, se identificaban, por decirlo así, con ellos quando lo pedia su interes, porque no hay medios, aunque sean contradictorios, que no adopten la ambicion y la codicia. Si los Kármatas eran crueles y sanguinarios, tampoco les perdonaban nada en los suplicios, porque Moctasi hizo espirar entre tormentos á los xefes que cayéron en sus manos, y uno de

ellos fue Hosein. Tenia el Califa numerosos exércitos bien mandados que reuniéron á su Imperio el Egipto y la Siria que se habian separado en tiempo de sus antecesores. A pesar de su cuidado , reynando él robáron por la primera vez la caravana de la Meca , y los Kármatas siempre terribles lleváron un botin inmenso ; pero le perdiéron por haberlos sorprendido quando le repartian. Moctasi, ó en persona, ó por medio de sus Generales, peleó tambien contra los Griegos y los Turcos , y ademas de los exércitos de tierra tuvo sus armadas. Murió á los treinta años , y solo reynó seis. Rara vez dormia mas que quatro horas : todo el resto de la noche le empleaba en el estudio y trabajo del gobierno. Dexó su hacienda en buen estado , y grandes exércitos en pie. Le hacen de genio benigno y humano , y á pesar de sus guerras enemigo de la efusion de sangre , porque no la derramó sino obligado de la necesidad. Con estas prendas , ¿qué hombre no hubiera sido Moctasi, si su carrera hubiera sido mas larga?

Quantos tenian algun dominio en el Imperio interesaban en que ocupase el trono un muchacho : los ministros para gobernar á su

voluntad : los comandantes de las provincias para ejercer su autoridad sin temor : la milicia para vivir con libertad ; y los habitantes de Bagdad para conseguir gracias y privilegios : y así Moctader , hijo de Moctasi, fue colocado en el trono á los catorce años de su edad con unánime consentimiento. No debemos olvidar una clase de votos que le mereció su juventud , y no es la menos poderosa. Estos fuéron los de las mugeres y los eunucos , lisonjeándose de que se apoderarian fácilmente del corazon de un jóven : y no quedaron frustradas sus esperanzas. No dicen los historiadores el número de mugeres que tenia en su palacio ; pero aseguran que el de los eunucos negros llegaba á treinta mil , y el de los blancos á quarenta mil. Esta enumeracion se halla en la descripcion del recibimiento de un Embaxador griego , la que nos dará una idea de la magnificencia de la corte de los Califas en este período.

Adornáron el palacio real con los mas bellos muebles , y con toda especie de armas. Los soldados de la guardia en número de diez y seis mil estaban dispuestos en órden de batalla : les pagáron su sueldo en bolsas de oro : setecientos hugieres y porteros





Fausto de Moctader.

Esta tan inmensa las riquezas de Moctader que para recibir a un Embaxader griego, hizo cubrir la avenida de su palacio de alfombras exquisitas: el oro, la seda, los ricos muebles, y la numerosa tropa de guardias y domésticos daban á la ceremonia un auro de extraordinario fausto. Pero estente Moctader en esta la sólida opulencia de su trono, è el fruto de los impuestos con que aniquilaba á sus pueblos?

ocupaban las avenidas y las puertas. En el río Tígris había infinidad de barcos soberbiamente empabesados que formaban un espectáculo brillante: por dentro y fuera del palacio se extendieron diez y seis mil piezas de seda, quinientas de brocado, doce mil quinientas alfombras de exquisita obra, y de precio inestimable. En medio de la sala de la audiencia se vió un árbol de oro macizo que tenía diez y ocho ramas principales, en las que muchas y diversas especies de aves revoloteaban y cantaban armoniosamente.

Esta pomposa ostentacion tenía por objeto dar á los Griegos idea ventajosa del poder del Califa, y apartarlos de toda intencion de hacer la guerra. Bastante ocupado le tenía la de los Kármatas, que la mayor parte del tiempo de su gobierno le atormentaron, y lograron grandes victorias. Los mandaba en su principal expedicion un jóven de diez y nueve años, llamado Taher. Moctader, que era con corta diferencia de la misma edad, no teniendo por conveniente medirse con él, envió sus Generales, los cuales no impidieron que el jóven Kármata le detuviese una caravana, y la entregase al pillage de sus soldados; cebo que alentó á las tropas para

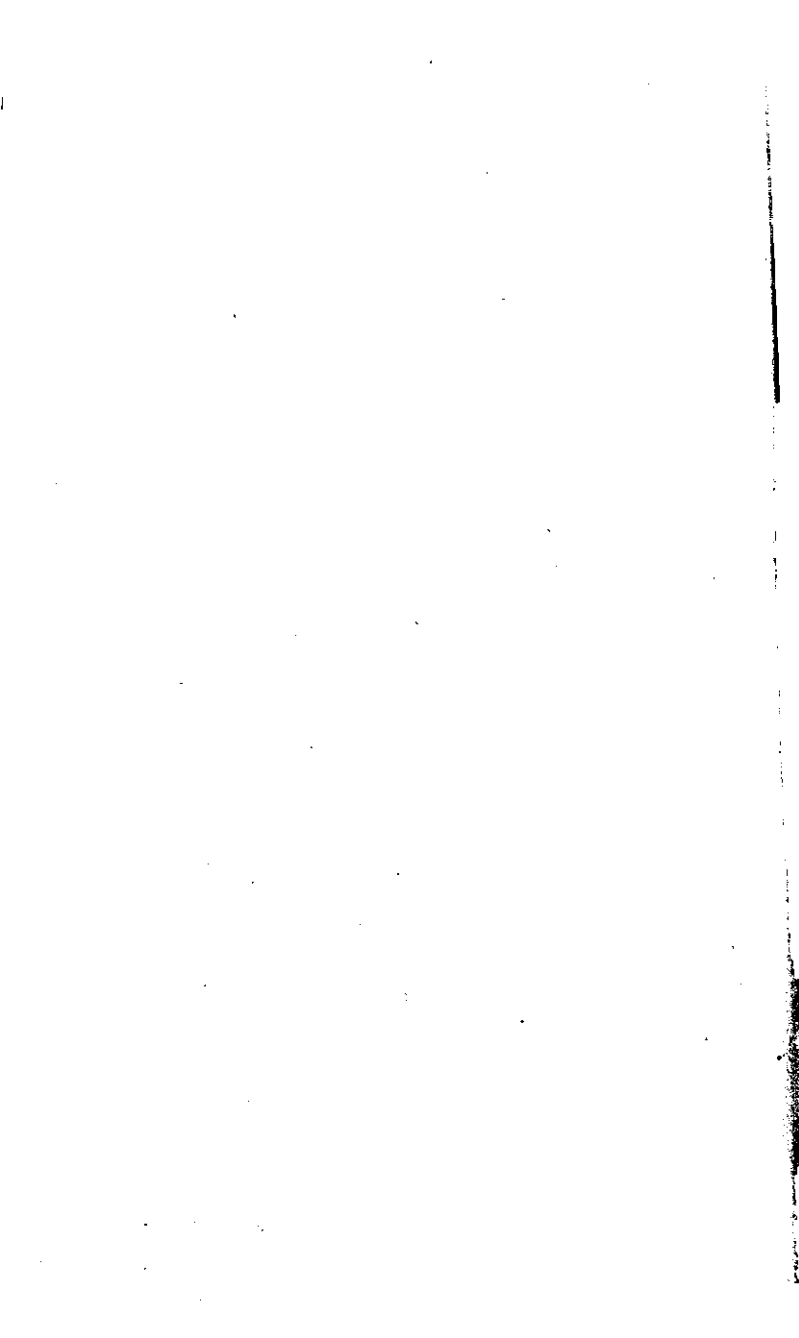
penetrar hasta la Meca. Entró en ella , mató en el templo á muchos peregrinos, llenó el pozo sagrado de cadáveres, demolió parte de los edificios, despojó la Cabaa de todos sus ornamentos , y entre otras profanaciones se llevó la famosa piedra *negra* , á la qual tenían los Musulmanes en tanta veneracion como los Israelitas al arca del testamento. Ofrecieron los Mecanos por ella grande cantidad de dinero , y los Kármatas no la aceptáron. Para quitar á esta piedra su crédito publicáron que no tenia virtud alguna ; pero los devotos, por una especie de desafio, hicieron que los poseedores la echasen en el agua, y supusieron que habia subido á la superficie, nadando en ella con admiracion de los incrédulos. Saqueáron tambien la ciudad santa en donde matáron á un Principe de la Meca, y así las riquezas de la ciudad como los ornamentos del templo , todo fue presa del vencedor.

Estas desgracias que atacaban á la religion eran atribuidas por los zelosos á la cabeza del gobierno. El aumento de los impuestos, y la mala administracion de la policia, descontentáron á los habitantes de Bagdad. Se quejaban de que el Califa nada hacia por sí mismo, dexándose gobernar de sus mugeres



La piedra negra.

*De quantos estragos y profanaciones permitidas en la Mecca á sus inmediaciones el infame Tahir, nada más á los Moros tan detestable, como que los llevase la piedra negra, objeto de su mayor veneracion, y por la qual ejecucion indubitablemente un cruce de veneno literario su per-
turbaba y el noble Tahir miró esta inútil piedra como el fruto mayor de su victoria. Tanto, y tan radicalmente llegó á alucinarse los hombres!*



y eunucos. Las tropas vencidas, en muchos reencuentros y mal pagadas, murmuraban de sus mismas derrotas, atribuyéndolas á la inercia del Emperador y á la falta de sueldo. De la murmuracion pasáron al motin, y Munés, su General, se vió precisado á ceder á su voluntad y deponer al Califa. Pusieron en su lugar á Kaher su hermano; pero á los tres dias se reconocieron los soldados, y permitiéron que volviese Moctader á ocupar el trono. Parecia que no guardaba resentimiento contra su hermano; pero fuese por castigo del alboroto que se creia haber él excitado, ó por algun atentado nuevo, pusieron preso á Kaher, el qual desde el calabozo tramó la muerte de su hermano, y con circunstancias bien singulares.

Moctader gustaba mucho de ver correr los caballos. Ganó Kaher á un Africano excelente jinete, y le dixo que se presentase á su hermano para correr. Desempeñó la carrera con tanta destreza y buena gracia, que el Califa le hizo volver á empezar muchas veces, y para verle mejor mandó que se retirase su guardia. En este momento apretó el Africano su caballo sobre el Califa, y arrojó un venablo al medio de su pecho con

tal fuerza, que cayó muerto de la silla. Fue corriendo el Africano á rienda suelta para poner á Kaher en libertad; y pasando por el mercado encontró con un asno cargado de zarzas, con lo que se espantó el caballo, y dió tales saltos que arrojó al jinete en las que estaban dispuestas para una hoguera, en donde quedó colgado de un garfio por la barba, y mientras el caballo se iba librando de él para huir, los que le perseguían viéndole así pusieron fuego á las zarzas, y abrasaron al asesino: con lo que la muerte de Mochtader quedó castigada al instante que fue cometida. Vivió treinta y ocho años, y reynó veinte y cinco. Sin poner ahora en cuestión lo á propósito que son las mugeres para todas las ciencias, no puede menos de admirarse que una jóven de su corte fuese, por decirlo así, el oráculo de la justicia. Esta se llamaba Yamek, y poseia tan á fondo los puntos mas importantes en el derecho mahometano, que los jueces recurrían á sus luces en las causas civiles y criminales.

Munés deseaba elevar al califado á su discípulo Abul-Abas-Mostacid, hijo de Mochtader; pero venció el partido de Kaher, el qual pasó de la prision al trono, del trono volvió un año despues á la prision, y li-



Codicia y crueldad de Kaber.

Ve contento Kaber con haber subido al califado por entre los herreros de un fratricidio, hizo poner á la tortura á toda la familia de su hermano Mectader, para que confesase las sumas que pudiera haber recibido. Debía la vida á la madre de aquel desgraciado; pero los codiciosos no rompen los vínculos de la sangre sin dexar antes atrepelladas las obligaciones de la gratitud.

bre últimamente fue mas infeliz que en las cadenas. Mereció tan dolorosas vicisitudes, porque quando se vió con el poder, hizo llevar á su presencia los hijos, las concubinas y los domésticos de Mochtader, y mandó darles tormento para que confesasen las cantidades que su antecesor pudiera haberles distribuido. Ni aun perdonó á la madre de su hermano que le habia salvado la vida, disuadiendo al Califa de que le matase como pensaba. Sospechando que Ahmed, hijo de Mostasi, queria usurparle su dignidad, le llamó el bárbaro á lo mas retirado de su palacio, y le hizo clavar por los quatro remos en la pared. Despues, ansioso siempre de dinero, envió á llamar á Abu-Yahya, hombre muy rico, le mandó aprontar una buena cantidad, y excusándose sobre que no podia darla, le respondió el tirano: „Ahmed, el que está en el quarto inmediato me ha dicho que bien puedes, y es de parecer de que la entregues.” Abu-Yahya fue allá, y al entrar en el quarto se quedó helado de horror y de miedo con el horrible espectáculo que se presentó á sus ojos; y así prometió y dió quanto exigió el bárbaro.

La milicia turca, tan injusta en la depo-

sicion de algunos de los antecesores de Kather, exerció un acto de equidad precipitándole del trono. Le sacaron los ojos, y le volviéron á su prision, en la qual estuvo doce años. Le sacó de nuevo uno de sus sucesores, pero sin dalle, no digo bienes para sostenerse en situacion decente, pero ni aun con que subsistir. Un historiador contemporáneo escribió que le habia visto á la puerta de la gran mezquita de Bagdad cubierto de andrajos, y que extendiendo la mano decia estas palabras: „Acordaos de aquel que en otro tiempo fue vuestro Califa, y ahora se ve reducido á pedir una limosna.” Murió, no de despecho ó pesadumbre, sino de enfermedad, á los cincuenta y cinco años.

Luego que le depusieron, proclamáron Califa á su sobrino Radi, hijo de Moctader; ¡pero qué degradada estaba ya esta dignidad! ¡quánto se habian estrechado los términos de su poder! Ya es preciso cercenar de ellos el Irak arábigo, el Irak de Persia, la Persia propiamente tal, las ciudades de Basrá, Cusa y Mosul, y aquellos dominios antiguos tan importantes, el Egipto, la Siria, la España, las provincias musulmanas de Sicilia y de Creta, la Georgia, el Kirman. Todos es-

tos vastos países los poseían Soberanos, que aunque representaban al Califa de Bagdad, solamente le concedían una especie de preeminencia que tocaba mas á la religion que al gobierno político. Puede decirse que no le habia quedado al Califa mas que Bagdad y sus cercanías. No obstante, como si esta porcion fuera todavia difícil de gobernar, creó Radi un empleo superior al del Visir con el nombre de *Emir-al-Omura*, que quiere decir, *Comandante de los comandantes*. Viviendo él, se disputáron ya los ambiciosos este empleo con mano armada, y á poco tiempo no les quedó á los Califas mas que el derecho de inscribir su nombre en las monedas, de hacer la oracion pública y los discursos en la gran mezquita, de oirse proclamar en las preces, y de decidir los puntos de derecho siempre que recurrian á ellos.

Esta decadencia fue efecto de la mala conducta de los Emperadores, de la brevedad de sus reynados, del desórden en la sucesion, del poder de la milicia, de la falta de sujecion en los pueblos, principalmente en los habitantes de Bagdad, que creían que á ellos solos pertenecia dar movimiento al Imperio: y como si estas causas de destruccion no fue-

sen suficientes, se juntó con ellas una multitud de sectas que tiraban á debilitar la ley de Mahoma, y el respeto, ó por decirlo así, la adoracion que hasta entonces daban al Califa. Ya hemos visto como, á favor de sus opiniones nada reverentes, Kármata, con ser un hombre cuyo nacimiento y fin se ignoran, tuvo sectarios que diéron funestos golpes al islamismo hasta en sus santuarios. En tiempo de Radi un tal Salmageni, llamado así con el nombre de su patria, predicó la impiedad de que en todas las criaturas estaba Dios repartido, y que las almas pasaban de unos cuerpos á otros durante una serie indeterminada de siglos. Este no reconocia la mision del falso Profeta Mahoma; pero llamado á la presencia del juez, no sostuvo lo que enseñaba, en lo que se conoce que no tanto lo creía quanto deseaba establecer una nueva religion. Le condenáron á muerte, y se executó esta con aparato para espantar á sus semejantes. Por las opiniones de este hombre se ve que el sistema impío de Espinosa nada tenia de nuevo, y que lo mas que puede decirse de este Judío filósofo, es que se propuso persuadirle. El de la metempsícosis, ó paso de las almas á otros cuerpos, que enseñó Pitágoras,

parecería el mas ingenioso de los sistemas heterodoxós, si no incluyera la extravagancia de querer averiguar la causa de las desgracias ó felicidades de las criaturas en este mundo.

Vivió Radi dependiente de los *Emires-al-Omura*, tanto de los que él mismo creó, como de los que le quitáron con mano armada la autoridad; bien que conservó una sombra de esta en los siete años que reynó habiendo vivido treinta. Los historiadores reconocen en él humanidad, buen genio, gusto por las letras, principalmente por la poesía, que cultivó con felicidad, y aun talentos para gobernar; aunque la fatalidad de las circunstancias no le dexó emplearlos.

De aquí adelante no pueden hacer los Califas de Bagdad en la historia otro papel que el de unos hombres reducidos á las funciones de Imanes ó Pontífices de la ley, es decir, que sus promociones servirán de datas para disponer el órden de los sucesos curiosos ó interesantes que nos podrá ofrecer este Imperio degenerado.

En todas las revoluciones hay temores y esperanzas. A Motakí, hijo de Moctader, privado del trono que Munnés habia procurado

presentarle al tiempo de la muerte violenta de su padre, le llegó su turno despues de dos sucesores. ¿Pero qué trono era el que ocupaba? Radi fue el último Emperador que entre los Musulmanes mandó exércitos, dispuso de los fondos del estado, y tuvo verdadera autoridad sobre los Arabes. Los siguientes incurriéron en la imprudencia de no conservar el privilegio exclusivo de officiar en la mezquita; y el haber abandonado esta funcion á otros algunas veces disminuyó la veneracion del pueblo en un tiempo en que habian cometido otro desacierto aun mayor, qual fue el de dexar á los *Emires* toda la fuerza militar. Se engañaron extremadamente los Califas, creyendo que pues ellos daban esta dignidad, serian siempre los dueños. Es cierto que depusieron á algunos Emires; pero mas veces se viéron ellos depuestos.

Esta triste mudanza experimentó Mottakí: removi6 al Emir de su antecesor; pero el que nombr6 le arroj6 á él de su capital. Otro por conseguir tenerle en su poder le lisonje6 con la esperanza de restablecerle en Bagdad con el cuerpo de tropas que él mandaba. Se fi6 el Califa en la palabra de Tuzun su Emir, y fue á su campo: al punto que



Perfidia de Tuzum.

Viendo Meilaki en la palabra que le dio su Emir Tuzum de restablecerle en el califado, pasó á su campo, en donde al punto que le vió aquel, se apacó, y postro á sus pies con el mayor respeto; pero apenas le tubo en su poder le hizo sacar los ojos, y colocó en el trono á Meilaki, acción abominable! pero, quantas veces la perfidia de los malvados ha logrado fixar la desgracia en la suerte de los hombres de bien!

el Emir le vió, echó pie á tierra, y marchando á un lado de su caballo, se postró en su presencia, y le trató á él y á su familia con las expresiones del mas profundo respeto. Entre tanto escribió á Bagdad para que le enviasen á Mottakí hijo de Mostacfi, y entonces se mudó toda la escena: quitáron el trono á Mottakí, y le sacáron con la mayor crueldad los ojos: despues le dexáron andar errante como el hombre mas infeliz con un vestido indecente y zapatos remendados. En esta desdicha llegó á la edad de sesenta años, y habia reynado quatro.

Durante su reynado se manifestáron dos sectas entre sí contrarias, y muy encarnizadas una contra otra. Lo que disputaban entre sí, como que es incomprehensible, ha suscitado entre los Musulmanes muchas y muy acaloradas querellas, queriendo reducir al pequeño vaso del entendimiento humano el mar inmenso de la sabiduría de Dios en sus acertadas providencias. El punto era nada menos que averiguar si Dios lo gobierna todo con providencia general ó con particulares voluntades. Trataban de saber si hacia lo mejor y mas conveniente, ó si arroja, por decirlo así, confusamente el bien

y el mal que sucede á cada uno, y no segun su mérito, sino segun las leyes universales. La doctrina católica es que Dios siempre hace lo mejor para sus fines, y que estos siempre son justos por ser bondad infinita, que es todo lo que el hombre puede llegar á conocer; pero estos Musulmanes se entraban como por su casa á disputar el profundo secreto de la predestinacion, y Al-Asari decia que era absoluta, y Jabbai, que habia sido su maestro, defendia que era relativa. ¿Quién dixera que la heregía del optimismo, que los modernos abrazan á dos manos como si fuera un hallazgo, se defendia y se impugnaba ya entonces entre los Arabes?

A Motakí sucedió Mostacfi, hijo de Motasi. Una de sus mugeres, llamada Alama, le favoreció con sus intrigas para colocarle en el trono; y esta misma, ó por descontenta, ó por mal manejo, contribuyó á derribarle. A los dos los castigó el Emir que habia sido cómplice con ellos en la injusticia executada con Motakí: al año de su elevacion, y á los quarenta y uno de su edad, sacáron á Mostacfi los ojos; y cayendo Alama en poder de los conjurados, la cortáron la lengua. Despues de dos interrupciones se volvió á

ver la familia de Moctader en el trono de los Califas en la persona de su hijo Moti. Estaba el padre en posesion de Bagdad y sus cercanías: á Moti le confináron en una parte de la ciudad, y todos sus administradores y su cuerpo diplomático consistian en un secretario. Con todo eso la paz y la guerra se hacian en su nombre, así con los Griegos que estaban lejos, como con los Kármatas que estaban mas cerca; pero él no hacia papel alguno. Por consistir la exístencia de esta corte en el respeto religioso del pueblo, procuraba distinguirse en la frecuencia y exâctitud de las prácticas del mahometismo: al mismo tiempo era Bagdad el centro de las controversias; pero las verdaderas ciencias, mal premiadas por el Califa poco opulento, pasáron á Alepo en el reynado de Moti, y allí tuviéron un Príncipe rico y generoso llamado Abul-Azan, distinguido por su magnanimidad, valor, conocimientos, amor á la justicia, y muy arreglado en el cumplimiento de lo que ordenaba la religion mahometana. Era su palacio la habitacion de los poetas y sabios, de suerte que ninguno salió de su corte sin experimentar los efectos de su generosidad.

Reynaba como gran Príncipe en aquella parte del antiguo Imperio de que se habia hecho un estado floreciente; al mismo tiempo que el infeliz Califa con las vexaciones del Emir carecia aun de lo necesario, porque este Emir, entregado á los placeres y sin ahorrar ni para los precisos gastos, contaba insolente con la economía de Moti. Faltando en una ocasion la paga á la milicia, pidió dinero al Califa; y respondiendo este que no podia dárselo: „Mejor seria, le dixo el Emir, hacer por bien lo que desean los soldados, que esperar á que os obliguen por fuerza.” Fue tanto el miedo que le causó esta amenaza, que vendió hasta los muebles de su palacio; y poniendo el dinero en manos del Emir, este le dissipó en locuras. Moti ocupó el trono veinte y nueve años en tan vergonzosa sujecion, é hizo su dimision quando ya tenia setenta y tres, dos meses antes de morir.

Las prendas y naturales virtudes de Moti eran las de un particular, y las mismas dexó á Tay su hijo, que tambien heredó el espíritu de economía; pero le sirvió lo mismo que á su padre, pues parecia que los Califas iban acumulando para los Emires. A los

diez y ocho años de reynado, sospechando el Emir que ya tendria llenas de dinero las arcas, pidió licencia al Califa para hacerle una visita en su palacio; y Tay, no sospechando cosa alguna, mandó preparar una fiesta para recibirle. Llegó el Emir, se postuló delante del *Comandante de los creyentes*, y tomó la silla que le tenian preparada. Durante la ceremonia entró una multitud de soldados con pretexto de acompañar al Emir; y viendo que ellos podian mas, sacaron al Califa de su trono, le envolviéron en una alfombra, le llevaron fuera del palacio á un cierto parage, en donde le hicieron renunciar por fuerza. Todavía vivió despues doce años, y murió de setenta y tres.

Sin embargo de estar el trono tan degradado, no dexaba de ocupar los espíritus de los que tenian algun derecho, y era el objeto de sus deseos. El correo que llevó al sucesor de Tay la noticia de su eleccion, le halló contando á sus amigos un sueño que habia tenido la noche antecedente, y que le presagiaba su futura grandeza. Se llamaba el electo Kader, y en su persona volvió el califado á la familia de Moctader, de quien era nieto. ¿Seria por ventura lo flexible de su genio, el há-

bito de rendirse á las circunstancias, ó el no exáltarse con las felicidades ni sentir demasiado las desgracias, por lo que le duró su carrera política quarenta y tres años, y su vida hasta los ochenta y seis? La historia de su vida está llena de las acciones de otros, y aun es necesario escoger con discrecion: pues un historiador de su tiempo que registraba los anales, dixo de buena fe, preguntándole que hacia: *Estoy recopilando mentiras y bagatelas.*

Cierto escritor ennoblecó esta expresion *bagatela* añadiendo el epíteto extraño de *moral*; y bien podemos colocar en esta clase la breve reflexiön de Aziz, Califa de Egipto. Habia compuesto un poeta satírico versos contra su Visir, sin perdonar en ellos al mismo Príncipe. Se quejó el Ministro suplicando al Califa que castigase al autor; y Aziz le respondió: „Pues yo tambien participo del agravio, deseo que tú tengas parte conmigo en el perdon que le concedo.” El contraste de este language de clemencia se halla en una proclamacion, especie de mandamiento de Kader contra los Califas de Egipto: y en él se ve quanta hiel puede verter la teología mahometana, pues dice: „Que el que

por entonces reynaba era un hombre de nada, que salió de la baxeza como los hongos: que cayesen sobre él todas las plagas y maldiciones de Dios: que era hijo de Said, á quien Dios no diese propiedad alguna: que procedia de padres que eran la espuma del género humano, oprobrio de la humanidad, peste de la sociedad, infames é impostores. ¡Dios condene eternamente estos rebeldes y réprobos: malditos sean para siempre de los que gustan de la verdad y de la virtud!”

Durante el reynado de Kader se vió Kabus, Rey de Mazanderan, destronado por sus mismos vasallos que no pudieron sufrir su excesiva severidad, y les dixo: „Ese es un pretexto falso: la causa de mi triste situacion es no haber derramado la sangre de cinco ó seis de vosotros.” Su hijo, á quien llamáron los rebeldes, y le precisáron á recibir la corona amenazándole con que la darian á otro si él no la queria, luego que se vió en el trono fue á buscar á su padre, se postró á sus pies, le ofreció la autoridad y acompañarle contra los sublevados. Kabus, que se hallaba entonces retirado en un castillo, satisfecho de las expresiones filiales, le dixo: „Ya he fixado aquí el término de mis acciones y

de mi vida: disfruta de mi soberanía, que yo te la cedo." Estaba gozando en su retiro el placer tranquilo que dan las ciencias al que sabe cultivarlas, y pasaba los mas serenos dias; pero los que le tenian ofendido, no pudiendo creer que los perdonase, le envenenaron.

No se sabe qué habian hecho las mugeres á Haken, Califa de Egipto, respecto que él las atormentó de quantos modos pudo imaginar: las prohibió salir de sus casas, y hasta el pasearse por las terrazas de sus habitaciones; y para que no pudiesen desobedecer ni presentarse en las calles ó lugares públicos, mandó que nadie hiciese el calzado que usaban; prohibió los mercados para que no tuviesen que ir á ellos. Los hombres eran los que llevaban por las calles los géneros, y las mugeres los compraban sin pasar del umbral de la puerta, porque la transgresion se castigaba con la muerte. Semejante tiranía debia ser destruida por una muger. La misma hermana de Haken le hizo asesinar; y para que no se creyese que ella habia tenido parte en el asesinato, mató á puñaladas con su propia mano á los asesinos.

Mamud-Gazis, de simple Gobernador de

Korasan llegó á ser gran Príncipe, y conquistador ilustre en el califado de Kader: sujetó parte de la India, y en uno de sus países halló un templo, cuyo ídolo, siendo de una sola piedra, tenia cincuenta codos de alto. Le hizo pedazos, sacrificó cincuenta mil adoradores, y llevó de aquel templo doce columnas de oro macizo esmaltadas de rubíes y otras piedras preciosas. Por los monumentos gigantescos que aun se encuentran en la India, se ve que en este género de obras no era inferior al Egipto. Las riquezas que sacó Mamud del tesoro de un solo Rey de la India hacen creible lo que se lee de estas columnas de oro. Millones en oro, plata y pedrería, cuyo número pasma, y magníficos muebles con estofas de precio inestimable, todo cayó en manos del Persa sin dar un golpe, como tambien la corona del Indio, que creyó le tratarian con benignidad, y le volverian su reyno por no haberse defendido; pero Mamud le desengañó cruelmente, y le dió una leccion que deben saber todos los Príncipes que engañados con semejante esperanza piensen entregarse á la discrecion de sus enemigos. Dixo pues á este Monarca débil: „;Has leído la histo-

ria? ¿Sabes jugar al axedrez?" Y habiéndole respondido que sí, replicó Mamud: „¿Y has visto que hayan reynado dos en un mismo reyno, ó que se hallen en la misma casa dos Reyes en el tablero del axedrez? ¿Cómo pues pudiendo defenderte, has tenido la imprudencia de entregarme la persona y los estados?" Le envió á Persia, y le dexó vivir en Gazna su capital, tal vez porque su muerte no le importaba. Esto es lo que deben considerar los que se ven reducidos á la triste alternativa de arriesgar la vida defendiéndose, ó de morir con menos gloria rindiéndose.

Un pobre hombre llegó á quejarse á Mamud de que un soldado de sus tropas habia entrado de noche en su casa, le habia maltratado y obligado á dexar su habitacion, su muger y sus hijos. „Si vuelve, respondió el Príncipe, avísame." Con efecto volvió: acudió el pobre al Sultan: llegó este, hizo apagar la luz, y despedazó al insolente. Hecha la execucion mandó encender luz: miró á la cara del que acababa de matar: se postró, dió gracias á Dios, y pidió algo que comer. No habia mas que pan de cebada, y un mal vino: bebió el Príncipe: comió con apetito y rostro alegre; y suplicándole el huésped que



Ambicion de Mahamud.

*Creyendo cierto Rey de la India, que entregando
se echadamente á Mahamud, conservaria la
corona, se dexó despojar sin resistencia; mas el
conquistador con el exemplo del juego del axo-
des, le dió á conocer la incompatibilidad de dos
Señores en una misma casa. Este vicio de ambi-
cion no podrá justificarse; pero confirma que el
Monarca invadido debe vencer, ó sepultarse entre
las ruinas de su throno.*



le dixese ¿por qué mandó apagar la luz, y cómo hallaba satisfaccion con alimentos tan malos? Mamud le respondió: „Desde que me representaste tus quejas, siémpre tuve en el pensamiento que no podia menos de ser un hijo mio el atrevido que cometió tan grande insolencia; y resuelto á no perdonarle, hice apagar la luz por no enternecerme con su vista; pero habiendo reconocido que no era hijo mio, alabé á Dios como viste. Por último, no te admires de que yo me contentase con lo que me pusiste á la mesa: porque era tal mi pesadumbre por el ultraje que te hicieron, que me ha tenido por tres dias sin gana de comer ni de dormir.” Era este Príncipe muy feo, y lo sentia mucho, temiendo que este defecto le hiciese perder la estimacion y amor de sus vasallos; pero le dixo un poeta: „Siempre que en vuestras costumbres no haya mayor fealdad que en vuestro rostro, ninguno tendrá queja.” De este vicio físico sacaba él una reflexión moral, digna de proponerse aun á las personas que no se tienen por feas, y es, que mirándose al espejo digan como Mamud: „Advierto en mí tantos defectos que olvido fácilmente los de los otros.” Antes de mo-

rir habia fixado su habitacion en la India, y en esta extendió con mucho fervor la religion mahometana.

A Kader sucedió pacíficamente Hayen su hijo, y los quarenta y quatro años que este reynó solo sirven de quadro para pintar los hechos de armas, las conquistas y rebeliones que apenas le tocan á él, á excepcion de uno que le arrojó de su capital; bien que arrepentidos sus vasallos le volviéron á llamar, y se cree que debió á sus virtudes morales este regreso. Era sabio, benigno, sufrido, popular, justo: temia á Dios, segun le conocia: por su habilidad en los negocios era capaz de dar excelentes consejos: le oian sus mismos enemigos, y por su influencia conservó la paz en sus pequeños estados. En su tiempo empezáron los Turcos Seljucidas, que despues hiciéron gran papel. Entre los sucesos felices ó desgraciados de este tiempo escogeré la composicion de muchos libros de medicina, y la estimacion que se dió en las cortes mahometanas á los que hacian profesion de esta ciencia. El famoso Avicena, que floreció por entonces, era médico y poeta: solo le faltaba ser astrólogo para tener todos los talentos propios para hacerse amigo de los

Grandes. Dicen que este médico padecía muchas enfermedades, y tampoco era muy sano en las costumbres; pero escribía para curar de las primeras y arreglar las segundas. En el epitafio de un poeta satírico se lee: *Que sus obras de prudencia y filosofía no le enseñáron las buenas costumbres, ni las que tratan de medicina el arte de conservar su propia salud.*

Murió Kayen de sesenta y seis años; y le reemplazó su nieto Muktadi, que solo tenía diez y ocho. Pasa en la historia por Príncipe valiente, magnánimo, y respetado de sus vasallos. Era muy versado en los puntos y prácticas del mahometismo. Este Califa se vió en la precision de sufrir en Bagdad, en lugar de un Emir, un Rey ó Sultan, á quien dió la investidura; pero en esto no hizo mas que mudar el nombre del que le dominaba. Era Muktadi muy compasivo, y gustaba de los hombres de bien y de los sabios. El conocimiento que tenia de las leyes le sirvió para reformar muchos abusos en un reynado de diez y nueve años. La corte de este Califa no estaba reducida como la de sus predecesores á una estrecha economía, pues se habla de las fiestas que dió con la ocasion de su

casamiento, y de que excedieron en magnificencia á quanto se habia visto jamas en este género: se dice que solamente en el desert se gastaron ochenta mil libras de azúcar, y todo lo demas era á proporcion. Murió de repente este Moktadi á los treinta y nueve años de su edad.

Inmediatamente reconocieron por Califa á su hijo Mostader; pero no recibió todos los derechos hasta que dió su consentimiento Barkiarok, Emir, Rey ó Sultan de Bagdad, porque todos estos nombres tenia. Este dió la investidura al Califa, el qual recíprocamente le revistió de su poder dándole el título de *columna y apoyo de la religion mahometana*, y mandando que en las mezquitas se hiciese oracion por él. A lo que parece, estas oraciones nominales eran una especie de consagracion que para con el pueblo legitimaba el poder de los xefes de policía y del ejército. El Califa de Bagdad era el dispensador de aquella gracia que solicitaban de él los Soberanos de Damasco, los de Alepo ó de Antioquía, y aun los de Egipto y los de Persia, no obstante que tambien se llamaban Califas; pero reconocian cierta preeminencia en el de Bagdad. Se ve que le llamaban como

árbitro para todos los tratados de estos Principes rivales, y que estos se los remitian siempre para que él los diese la sancion. Sin duda le acudian con algun reconocimiento por estas tareas, y seria tal vez uno de los ramos mas importantes de sus rentas. Tambien parece que la prenda que mas se estimaba en él era la de conciliador, hábil en el conocimiento de las leyes, y amigo de la paz. Igualmente se deseaba que el Califa de Bagdad fuese benigno, afable, respetable por sus costumbres, para que la misma estimacion diese peso á sus decisiones. Todas estas propiedades se reconocen en Mostader, y brilláron en su persona en los veinte y cinco años que ocupó la silla del califado. Murió á los quarenta de su edad.

Su hijo Mostarhed dió esplendor al trono del califado: no se dexó dominar como sus antecesores: siempre obró en todo por sí mismo. A ninguno recurrió para sujetar á Hasan su hermano, que atentaba á su dignidad: venció á sus tropas: le hizo prisionero, y le perdonó; lo que sin duda admira mucho. Viéron al Califa de Bagdad á la cabeza de un ejército no solo exercer en su ciudad autoridad independiente, sino pretender tambien extenderla sobre los Principes que esta-

ban persuadidos á que solo le debian la deferencia. Tuvo valor para privar á Masud, Príncipe Seljucida, de las oraciones públicas, lo que era una especie de deposicion, y sostener su sentencia con las armas. Verdad es que quedó vencido, pero fue despues de muchas victorias que le diéron la reputacion de Príncipe guerrero; y aun en su misma desgracia estando en manos de su enemigo se hizo respetar. Convino Masud en un tratado; pero este solo fue un modo de cubrir el atentado que meditaba: pues asesinaron á Mostarhed en su tienda, estando en ella baxo la salvaguardia de Masud; y no se vió que este tomase medidas algunas para castigar tan gran delito. Murió el Califa de quarenta y quatro años, y habia reynado diez y siete. Todos le dan el raro talento de saber decir mucho en pocas palabras.

Permitió Masud que reemplazase á Mostarsed su hijo Rashed; pero temiendo que este Príncipe vengase la muerte de su padre, le hizo firmar un escrito concebido en estos términos: „Si yo juntare tropas, si saliere de Bagdad, si quitare la vida á alguno de los que son afectos al Sultan Masud, yo mismo me depongo.” No tardó en suceder el caso

previsto, porque pidiendo Masud al Califa cierta cantidad que suponía habersele prometido, este no la quiso dar, y llamó en su auxilio tropas de las provincias vecinas. Le sitió Masud en su capital; y originándose la desavenencia entre los auxiliares, viéndose tan apretado el Califa, contó por fortuna poder huir de su enemigo. Entró Masud en Bagdad: congregó los jueces y doctores de la ley, y les hizo presente la obligacion de Rashed. No se trató de exáminar quien habia sido primero el agresor, ni si Masud habia provocado al Califa: era Masud el mas fuerte, y así depusieron á Rashed todos á una voz, habiendo reynado solo un año.

Esta misma junta proclamó á Mostasi, tío del depuesto. Como debia su eleccion á Masud, le dexó absoluto dueño, y mientras este Sultan vivió no se mezcló en el gobierno; pero muerto él se apoderó de la autoridad, no solamente en Bagdad, sino tambien en una grande extension de la Persia y de la Arabia que Masud habia gobernado. Su reynado, que duró veinte y quatro años, fue feliz y glorioso. Murió á los sesenta y seis años con general estimacion y sentimiento.

Muchos años antes de su muerte habia

Mostasi declarado por Califa á su hijo Mostaujed, que reconocido sin obstáculo, gobernó pacíficamente once años, y con él reynó la rectitud de la justicia. El pasage siguiente es buena prueba. Habia puesto en la cárcel á un hombre convencido de calumniador, y un Grande de su corte ofreció por la libertad del preso dos mil piezas de oro; pero el Califa respondió: „Pon en mi poder otro hombre que tenga las malas calidades de este, y te contaré hasta diez mil, porque deseo en extremo limpiar mis estados de esta peste.” Murió á los cincuenta y seis años asesinado, segun se cree, por el xefe de su palacio, que temia su justicia.

Al dia siguiente reconocieron los oficiales del palacio y los principales de la corte á Mostadi, hijo de Mostaujed, y le proclamaron con grande contento del pueblo que conocia sus buenas calidades: y á la verdad no se engañaron sus vasallos en sus esperanzas, pues se distinguió como su padre en la rectitud de la justicia, y mas que él en la beneficencia. La autoridad legítima de los supremos Sacerdotes musulmanes se reunió en su persona con la abolicion del califado de los Califas *fatimitas* de Egipto; pero no tu-

vo parte en esta revolucion, la qual sucedió por el conflicto entre los Grandes del pais que aspiraban á la soberanía, y pretendian adquirirse algun derecho para con el pueblo. Respetando la investidura del Califa de Bagdad cesáron ellos de ser Califas, y tal fue el célebre Saladino que vivió en tiempo de Mostadi. Tambien se cuentan otros muchos que eran cabezas de tribus ó familias, Generales de ejército, guerreros y conquistadores, que se hicieron ilustres en su reynado.

Se desembarazó con gran destreza de una conmocion peligrosa excitada por Kimar su General que aborrecia al Visir, é intentó quitarle la vida. No acertó el golpe en su casa haciéndola embestir por las tropas que mandaba, porque el Visir se entró en el palacio del Califa; y Kimar, insistiendo en su designio, hizo avanzar sus soldados hácia el palacio imperial siguiéndolos multitud de pueblo, á la que Mostadi, asomándose á la ventana, dirigió estas palabras: „Ya veis la insolencia de Kimar que viene á desafiarme hasta mi mismo palacio, y así para castigarle os entrego todos sus bienes.” El pueblo, oyendo que le era permitido el saqueo, fue precipitado á la casa de Kimar; y siguiéndole

los soldados para defenderla, cesó el alboroto, y se salvó el Visir. Murió Mostadí á los treinta años, habiendo reynado diez.

Naser su hijo fue el que le sucedió por diligencias del Visir, que consiguió de los Grandes de la corte y de los principales de Bagdad que le prestasen juramento de fidelidad; pero no se extendió hasta el populacho el crédito del ministro. Gobernaba el Visir con mucha prudencia, y se distinguía por su probidad y templanza: jamas habia hecho á nadie injusticia en su hacienda ni en su reputacion; pero no obstante, sin saberse el motivo, fue víctima del furor de la plebe, la qual arrastró ignominiosamente su cadáver por las calles. No tenia el jóven Califa la fortaleza ni el valor de su padre para oponerse á esta violencia, y á lo que parece era de un genio capaz de sacrificarlo todo á su quietud. Su reynado es la data de las hazañas de Saladino, de la guerra mas animosa del tiempo de las cruzadas, y de la irrupcion de los Mogoles en los dominios musulmanes que preparó las conquistas del célebre Genghis-Kan, sin que Naser perdiese un momento de su amada tranquilidad. Se estaba juntando tesoros inmensos, y los gastaba en sus placeres ó en algunos

establecimientos útiles; pero no tuvieron parte en ellos los sabios, porque de estos hacia poca estimacion. Vivió en esta indolencia setenta años, y reynó quarenta y siete. Aunque esta inaccion no favorece á la fama de un Príncipe, es sin duda preferible á los ruidosos sucesos de la ambicion, que tan cara suele costar á los pueblos.

Muy zeloso de su poder el anciano Califá, despues de haberle repartido con su hijo *D-Haher*, pareciéndole este muy atrevido y emprendedor, le hizo poner preso, y todavia lo estaba quando murió su padre. Quitáron pues las esposas de sus manos para poner en ellas el cetro; y como ya tenia cincuenta años dixo: „¡Ay de mí! que no es tiempo de abrir la tienda al anocheecer.” Pero su generosidad, la administracion de la justicia y los beneficios que derramó causáron mucho sentimiento de que no la hubiese antes abierto, y de que la muerte, demasiado pronta, la cerrase á los nueve meses

Mostanser, hijo de *D-Haher*, muy diferente de su abuelo Naser, estimó mucho á los sabios. Edificó un colegio que no tiene semejante en los estados musulmanes, así en la extension, como en la hermosura del edificio

y las rentas. Estableció en él un profesor para cada una de las quatro sectas que pasan por ortodoxâs entre los Musulmanes. Allí recibian el alimento, la habitacion y la instruccion hasta trescientos discípulos, y tenian boticario y médico asalariados: iba muy á menudo Mostanser, por una galería que se comunicaba con su palacio, á exâminar lo que pasaba, y á escuchar detras de las celosias las lecciones de los maestros.

Si las liberalidades que se hacen sin objeto digno se emplean mal comunmente y son reprehensibles, no puede alabarse una liberalidad extravagante para con los habitantes de Bagdad. Viendo que tenian puestas á secarse las vestiduras que habian lavado para asistir á una fiesta, se formalizó sobre que no sacaban vestidos nuevos; y habiéndole respondido que no tenian medios para comprarlos: el Emperador mandó que le hiciesen balas de oro; y distribuyéndolas á sus cortesanos, él y ellos las arrojaban á las terrazas de las casas en donde veian ropas puestas á secarse. Visitando un dia su tesoro, halló una cisterna llena de plata y oro, y dixo: „Oxalá viviera yo el tiempo suficiente para emplear todo este oro y esta pla-

ta;" pero un cortesano que le acompañaba, le dixo: „Yo oí decir á vuestro abuelo el Califa Naser, hablando de esta cisterna, quando para estar llena solo faltaban dos brazas: *Oxalla viviera yo lo bastante para llenarla.*" No se sabe si para acumular tanta riqueza tuvo algun fin que mirase á la utilidad; pero Mostanser las gastó como Príncipe generoso, distribuyendo grandes cantidades á los pobres, reparando las escuelas, las mezquitas, los caminos y los hospitales durante su reynado, que fue de unos diez y siete años.

Ya los últimos Califas no cuidaban del gobierno, ni pensaban mas que en gozar y divertirse. No obstante Mostanser, padre de Mostasem, su sucesor, tomó algunas medidas contra las familias tártaras que le amenazaban. Guarneció de máquinas los muros de Bagdad, y manifestó que hacia resistencia; pero Mostasem, quando le dixéron que era preciso que mandase su ejército y le llevase al Korasan para salir al encuentro á los Tártaros, respondió: „Yo me contento con Bagdad: no es regular que los Tártaros me envidien esta ciudad y su territorio; y pues yo les abandono todas las demas provincias, no vendrán á acometerme aqui: á lo menos res-

petarán el lugar de mi residencia." Pero nunca se contenta el enemigo con la parte que le ceden.

Era entonces Bagdad la ciudad mas rica del universo. Halacú, General de un ejército de Tártaros, despues de haber paseado sus tropas por la Persia y Babilonia, que le ofrecian algunos despojos, daba vueltas al rededor de Bagdad como las da un cazador al rededor de la presa. A lo que parece tenia dentro secreta inteligencia. Ya habia hecho traicion á Mostasem su propio Visir, en quien descuidaba con ciega confianza; pero este ministro habia jurado perderle porque el Príncipe se mostraba contrario á la secta que él profesaba. Era el Califa avaro y vano; y conociendo el traidor Visir su flanco, le aconsejó que licenciase sus tropas, dando por razon que le eran inútiles en un tiempo en que se veia temido y respetado de todos los Reyes que hacian profesion del islamismo. No porque el Principe se dexaba lisonjear con tan vanas esperanzas, se detenia Halacú. Fuéron los principales señores de la corte á ver al Califa, y á exhortarle vivamente á que dexando sus mugeres, eunucos y aves, á las que era muy aficionado, y en fin

su indolencia, pensase seriamente en lo que mas le interesaba. En consecuencia de estas advertencias, manifestó al Visir el deseo que tenia de juntar su ejército, y le engañó el pérfido diciendo: „Aun quando los Tártaros y Mogoles entraran en la ciudad, con solo las mugeres y los muchachos bastaria para matarlos á pedradas desde los terrados de sus casas.”

Por último, fue preciso llegar á una defensa regular. Juntó el Califa sus tropas, y se las entregó al traidor Visir: fuéron vencidas, y la mayor parte se ahogáron en el Eufrates, cuyas aguas habia extraviado hácia el campamento del Califa, y casi solo el General se salvó. Quando el Califa recibió noticia tan funesta, dixo: „Dios sea loado, que se ha salvado el Visir;” y no perdió el infeliz las esperanzas hasta que despues de muchos asaltos se hizo el Tártaro dueño de la ciudad. Entró este en ella: y el Califa se le presentó con vasos en que llevaba la pedrería y las joyas de inestimable precio que sus mayores habian ido atesorando en muchos años; pero Halacú las distribuyó al punto entre los principales oficiales del ejército.

Ningun Califa habia sido tan ostentoso como Mostasen: era su orgullo tan excesivo

que los mas grandes Príncipes Musulmanes conseguian con dificultad hablarle, y en semejantes ocasiones afectaba un luxo y magnificencia que no se habia visto en alguno de sus predecesores. Quando salia, llevaba de ordinario un velo para grangearse el respeto de los pueblos, no teniéndolos por dignos de mirarle. Era tan grande la concurrencia, que las calles y plazas parecian estrechas, y alquilaban á gran precio las ventanas para verle pasar. Por aquellas mismas calles, y á vista del mismo pueblo, que acudió sin duda al espectáculo, hizo el Tártaro cruel arrastrar al desgraciado Califa cosido en un saco de cuero, en el qual pereció; y dicen que le dió este castigo en pena de su soberbia. Muchos de sus hijos murieron en los asaltos; pero él jamas se presentó en estos: los otros fuéron presentados al vencedor con todas sus mugeres que eran setecientas, y con trescientos eunucos que las servian: no se sabe lo que hizo de ellas. Permitted á sus tropas el saqueo de Bagdad por siete dias, y sacaron inmensas riquezas. Así murió el último Califa á los quarenta y seis años de su edad, y diez y seis de su reynado. Todos le reconocian por único y legitimo Califa, supre-

mo sacerdote de los Musulmanes; pues aunque hubo en Africa y en España Príncipes que tomaron este título, solamente le usáron con respecto á sus inmediatos vasallos, y no respecto de los demas Musulmanes, que no reconocian á otro que al Califa de Bagdad por legítimo sucesor de Mahoma. Casi quinientos veinte y tres años estuvo esta dignidad en la rama de los Abasidas.

TURCOS.

Si los Arabes con sus conquistas militares y religiosas se extendieron en las tres partes del mundo conocido: los Turcos, que no fueron menos altivos ni menos entusiasmados por Mahoma, fundaron un Imperio casi tan grande, y se pusieron algunas veces en el mismo lugar que los Arabes. Ya hemos hablado de su origen, segun los Persas, que dicen viniéron de las cercanías del mar Caspio. Los Chinos aseguran haber salido de un gran desierto cerca de la Corea, y así nos señalan su cuna en países bien distantes uno de otro. Los unos los hacen Escitas de origen, los otros Hunnos y Tártaros; pero solamente fueron algo conocidos desde que habitá-

ron el Turkestan , país muy grande de la Tartaria , cuyos límites han variado mucho. Quando empezáron los Turcos sus irrupciones estaba reducido el Turkestan entre los Calmucos , la gran Bucaria y el mar Caspio : es un país llano , fértil , bien regado , y tuvo bellísimas ciudades , y en alguna todavía se ven vestigios y ruinas que aun en su degradacion son estimables.

Los autores distinguen á los antiguos Turcos en dos clases, segun su género de vida : los unos vivian en las ciudades, y tenian habitaciones fixas : los otros vivian en tiendas como los Arabes , y de estos descienden los Turkomanos , padres de los actuales Otomanos. Antes no conocian mas que un solo Dios, Criador de cielo y tierra , al qual sacrificaban caballos , bueyes y carneros ; pero respetaban al ayre , al agua y al fuego , cantaban himnos en honor de la tierra , y creian que sus sacerdotes tenian algun conocimiento de lo futuro. Mala idea nos dan de su carácter los escritores Arabes y Persas , pues los suponen brutales y groseros , y acerca de esto tienen proverbios poco honoríficos para los Turcos. En uno de sus libros antiguos se lee un dístico cuyo sentido es : „Aunque

un Turco, un Tártaro fuese excelente en toda suerte de ciencias, siempre constituiria el fondo de su carácter la barbarie." Continuamente tienen en la boca este proverbio: „Aun quando llegue un Turco á ser doctor de la ley musulmana, todavia se le puede matar sin escrúpulo." Estas sentencias de muerte viniéron de los malos tratamientos que de esta nacion recibieron muchas veces los Persas en las guerras; y los Arabes no los experimentaron mas benignos. Puede decirse que este carácter primitivo es el que domina en el populacho, pues aun en nuestros dias es insolente y sedicioso. Estos pueblos siempre se distinguieron por su valor, y generalmente los Turcos que han conservado la pureza de su origen, tienen un ayre altanero, y parecen nacidos para la guerra.

Ademas de los Imperios que los Turcos formaron en Tartaria, fundaron en medio del Asia quatro grandes monarquías. Las tres primeras las poseian Príncipes de una misma familia llamada Seljucida: la quarta es la que está sujeta á los Príncipes de la familia Othman ú Osman, y á sus sucesores. Los Seljucidas traen su origen de Seljuk, hijo de Dekak, que fue un oficial principal del

Monarca de las tribus turcas que habitaban en las riberas del mar Caspio. Tuvo Seljuk muchos hijos que llegaron á ser poderosos en amigos, y muy ricos en tierras y ganados: habia abrazado el mahometismo, y le siguiéron sus parientes. La religion de Mahoma los hizo sospechosos á sus compatriotas del Turkestan; pero tambien les granjeó la confianza de los Califas de Bagdad, hasta formar de ellos su guardia ordinaria, y mantener numerosos cuerpos de Turcos en sus exércitos.

El Califa Kayen los opuso, como hemos visto, al Sultan Kasud, que invadia sus estados, y les encomendó la defensa de las tierras de los Musulmanes. Con esta ocasion entraron los Turcos en el Korasan, le conquistaron, y se establecieron en él al mando de Togrol-Bek, que fue el primer Sultan Seljucida de la Persia. Durante su reynado, que fue de veinte y seis años, experimentó pocas desgracias, y disfrutó toda especie de prosperidades: como victorias de los enemigos de fuera, paz interior, union en su familia, estimacion y respeto de sus vecinos. Era de buen natural, prudente, gran político, y sin embargo de las ocupaciones militares y civiles que

tenia sobre sí, fue muy exácto en las prácticas y ayunos de la religion de Mahoma. Vivió este Sultan setenta años.

Alp-Arslan su sobrino, que le sucedió por no haber dexado hijos, tuvo las mismas prendas y la misma felicidad: y aun fue mas brillante, porque ademas de otras muchas victorias puso grillos á Romano, Emperador de Constantinopla, y se los quitó. Quando le presentáron el prisionero le dixo: „¿Qué hubieras hecho de mí si yo hubiera caido en tus manos?” Romano, con una franqueza que tenia mas de arrogancia que de verdadera grandeza, respondió: „Os hubiera dado algun castigo vergonzoso.” „Pues yo, respondió el Turco, te doy la libertad.” Esta generosidad la exercitó con expresiones honradas, y le envió á su casa sin quedarse con prendas para su rescate. Antes de la batalla habia ofrecido la paz con razonables condiciones; y viendo que se la negaban, hizo en presencia del ejército fervorosas oraciones: se perfumó, se vistió de blanco, y dixo: „Si me matan, este vestido me servirá de mortaja.” Arrojó el arco y las flechas, tomó el sable y un cetro de hierro; y agarrándose de la cola de su caballo saltó encima, y lo mis-

mo hizo á su exemplo toda su gente. Esta accion se nota porque tal vez es el origen de la costumbre de los Musulmanes de tomar por insignia una cola de caballo.

Este Príncipe tan prudente murió por culpa suya, y aun la reconoció. Irritado con la resistencia de un hombre valeroso, llamado Kotual, que por muchos dias se habia defendido en una fortaleza quando Alp-Arslan contaba con tomarla de paso, y que se vió precisado á rendirse: dió al prisionero una reprehension sobre la temeridad de haber resistido á un ejército como el suyo, y le maltrató de palabras. Kotual, que esperaba por el contrario elogios, le respondió con soberbia; pero mandando el Sultan atarle á quatro postes por los pies y las manos para quitarle cruelmente la vida, Kotual exclamó: „Hombre indigno, ¿es ese el tratamiento que merece mi valerosa conducta?” y al mismo tiempo sacó de las botas un largo cuchillo, y quiso arrojarse sobre el Sultan. Alp-Arslan, que era un excelente archero, mandó que le dexasen, le arrojó una flecha, y erró el golpe: y llegándose á él Kotual, le hirió mortalmente; pero á él le matáron al punto.

Estando para espirar Alp-Arslan, dixo á los

que estaban presentes: „Ahora me acuerdo de los consejos que me dió un anciano maestro mio: el primero que no despreciase á nadie: el segundo que no me estimase demasiado á mí mismo; pero he pecado contra estos dos consejos en los dos últimos dias de mi vida, y me veo justamente castigado. Ayer, mirando mis tropas, creí que no habia en el mundo fuerza capaz de resistirme, ni en la tierra hombre que se atreviese á acometerme; y hoy que prohibí á mi guardia arrestar á ese hombre que venia á mí con el cuchillo en la mano, creí que tendria fuerza y destreza suficiente para defenderme por mí solo; pero ahora conozco que no hay fuerza ni destreza contra el destino.” Conforme á la doctrina de Mahoma. Le enterráron en una ciudad llamada *Manrú*, y pusieron sobre su sepulcro este sencillo epitafio: *Todos los que visteis la grandeza de Alp-Arslan elevada hasta los cielos, venid á Manrú, y la vereis sepultada debaxo del polvo.* Reynó nueve años, y vivió quarenta y quatro.

Malek-Shah quando subió al trono de su padre tuvo que sosegar las sediciones de sus tios; pero esto no le impidió para extender sus estados. Volvió al Turkestan, de donde habian salido sus mayores, y le añadió á su

Imperio como una propiedad que no debía separarse de él; pero un pueblo pequeño de un rincón del Irak de Persia eludió sus esfuerzos. No se sabe qué principio era el fundamental del fanatismo de los Balhanianos, mas conocidos por el nombre de asesinos. Para ellos la vida era nada, y así la exponían con cierta especie de apresuración, no solo por mandado de sus jefes, sino á propuesta solo de alguno que quería deshacerse de sus enemigos, pues todos eran asesinos prontos y determinados. Viendo Malek-Shah que iban tomando fuerzas, les envió un mensaje lleno de amenazas; pero su jefe hizo llamar á la presencia del embajador á algunos de su gente, y mandando á un jóven que se diese de puñaladas, lo hizo sin detenerse: mandó á otro que se arrojase del castillo, y lo executó inmediatamente; y el jefe Balhaniano dixo al enviado: „Id á vuestro Señor, y decidle que tengo setenta mil hombres prontos á obedecerme como esos dos que habeis visto.” Sola esta advertencia fue suficiente para que el Sultán los dexase tranquilos.

Era este Príncipe bien formado, regular en sus costumbres, liberal, valiente, y de bellas propiedades de espíritu. Disminuyó los impuestos, reprimió las vexaciones, reparó

los puentes, los caminos reales y canales: edificó una soberbia mezquita en Bagdad por ser la habitacion del Califa, de quien se llamaban tenientes los Príncipes Seljucidas, aunque eran mas dueños que él: la capital de sus dominios era Ispaan, en donde murió á los treinta y siete años, habiendo reynado veinte, y dexado la reputacion de Príncipe generoso, magnífico, temible para los malos, y protector de inocentes. Era aficionado á las ciencias: presidió á la reforma de su calendario, y fue el que inventó la intercalacion del año bisiesto.

Dexó Malek-Shah quatro hijos, y declaró por sucesor á Mohamed, que era el último, y tenia veinte y dos años, perjudicando á Barkiarok que era el primogénito. Sin duda se debió la preferencia á las instancias de Turkan-Katun, madre de Mohamed, y á los consejos del Visir, que queria mas que reynase un jóven. No causará novedad que se suscítase una guerra civil entre los hermanos. Tambien los tios, hermanos del difunto, hicieron con mano armada su pretension al Imperio; pero venció Barkiarok porque le reconoció el Califa de Bagdad, cuyo voto ponía el sello de legitimidad entre los concur-

rentes. Sin embargo aunque dió el derecho, no dió la paz: pues se vió Barkiarok precisado á repartir con su hermano Mohamed, y despues murió á los treinta y cinco años de edad, y trece de un reynado muy inquieto.

En presencia de los Grandes congregados nombró por sucesor á Malek-Shah su hijo, de edad de quatro años; pero Mohamed, que ya tenia una parte del reyno, invadió la otra. Tambien se presentáron otros que eran sus tios ó primos, y tuviéron victorias y desgracias alternativas, de suerte que hoy daban gracias en la mezquita de Bagdad por uno, y mañana por otro. Es verdad que siempre llevaba Mohamed lo mejor; pero murió de treinta y seis años, habiendo reynado doce. Fue Príncipe grave, benigno y eloquente: dexó el reyno por entero con inmensos tesoros á Mahmud; pero á este le despojó uno de sus tios llamado Sanjar. No obstante dexó á un sobrino el Irak de Arabia y el de Persia, bien que no se sabe si á título de posesion ó de gobierno.

Pero despues de la muerte de Sanjar se apoderó Mahmud de todos sus estados, y se los disputó su hermano Masud. Otro hermano llamado Togrol permaneció fiel, y Mah-

masud, que murió jóven, le dexó en recompensa la corona. Se presentó Masud pretendiente, y tuvo la felicidad de que muriendo su hermano Togrol reunió en su persona todos los estados: reynó diez y nueve años, y murió de quarenta y cinco. Masud siempre victorioso trataba muy mal á los Califas, no obstante que era generoso, amigo de la justicia y despreciador de las riquezas, distribuyéndolas liberalmente. Su golpe en una batalla era terrible: esperaba á un leon y le mataba al primer choque.

En los cincuenta años que pasaron desde Masud, IX Sultan, hasta Togrol II, Sultan XIV del Irak de Persia, y el último de los Seljucidas, experimentó este reyno perpetuas conmociones que anunciaban su entera ruina: porque no solo los parientes, hermanos, tios y primos se disputaban la corona; sino que todos los Califas de Bagdad, que habian vuelto á tomar la autoridad, daban el centro, le volvian á tomar, y aumentaban la confusion. En estos desórdenes no se olvidaban de sí mismos los Grandes, pues aficionándose ya á un Príncipe, ya á otro, segun pedian sus intereses, los deponian y volvian á entronizar, siendo muchas veces ellos víctimas de las intrigas

formadas contra sus Soberanos; y aun la mayor parte de aquellos Príncipes murieron de muerte violenta. Con Togrol, asesinado por un hombre que le debía obligaciones, se acabó en la Persia el reyno de los Seljucidas el año de 1193. Estos Sultanes se distinguieron generalmente por la bondad de su carácter, liberalidad y administracion de justicia. La demasiada condescendencia con sus favoritos, y la excesiva autoridad que al fin diéron á sus Generales, á sus Visires y á los principales señores de la corte, fueron las poderosas causas de su ruina. Nunca la caída de los Imperios debe atribuirse solo á casualidades.

La otra rama de los Seljucidas, llamada de Kerman, empezó por los años de 1063, y acabó en 1187: duró como ciento y treinta años, y produjo once Sultanes, de quienes se saben los nombres. Reynáron en aquella pequeña provincia que se coloca entre la Persia, el Segestan, el Mekran y Ormud: tambien tenian puertos en el golfo Pérsico y algunas islas. La sucesion entre estos Príncipes fue casi siempre regular de padres á hijos; y si faltaban estos, pasaban á los hermanos y á los sobrinos; por lo que se puede

creer que este pequeño estado gozó siempre de bastante tranquilidad.

El Asia menor, compuesta de los reynos de Ponto, Bitinia, Media, Frigia, la Galacia, la Armenia menor, la Capadocia y otros países que forman una grande península entre el Ponto Euxîno, la Propóntide, el Archipiélago, el Mediterráneo, la Siria, hasta el Eufrates, eran parte del Imperio griego: y los Asiáticos, que solo le conocian por el nombre de Imperio romano, llamaban el país de Rum á todas estas tierras. Los Arabes habian entrado en ellas por la Siria: tambien entraron los Turcos persiguiéndolos en las guerras que tuviéron con ellos, y avanzando mucho mas, echáron de allí á los Griegos, y se tituláron señores del país de Rum, llamándole despues *Anatolia*. Esta conquista la empezó en 1072 Malek-Shah, Sultan Seljucida de Persia, que cedió las ciudades que habia tomado, y con fuerzas para continuar á un primo suyo llamado Soliman, fundador de esta dinastía de los Turcos *Seljucidas Rum*.

Las divisiones que reynaban en Constantinopla fuéron de grande utilidad para Soliman, porque buscándole para sí, uno despues de otro, los competidores al Imperio entraba él

como auxiliár en todas las composiciones que se hacian , y siempre se le adjudicaba alguna cosa con que aumentaba sus estados. Tambien se fortificó este Sultán en muchas provincias tomando en ellas puestos que le sirviesen para estar en espera : de este modo se apoderó de Antioquía , é hizo su capital á Nicea de Bitinia. Matáron á Soliman en una batalla , ó él se mató á sí mismo por haberla perdido; pero ya entonces poseia todas las provincias que estan entre el mar Egeo, el mar de Siria, el Ponto Euxíno , el Archipiélago y las costas de la Panfilia y la Cilicia. Despues de su muerte se levantáron con las plazas del Asia menor los Gobernadores de estas , y de este modo volvió con astucias el Emperador de Constantinopla á entrar en algunas ; pero Nicea , que era la capital , aunque vivamente atacada por los Griegos , siempre quedó en manos de Pucaso su Gobernador , y este la entregó á Kili-Arslan , primogénito de Soliman.

Segun parece habia salvado la vida este jóven en Persia con sus hermanos despues de la muerte de su padre. El Sultán , que entonces ocupaba el trono , los detuvo como prisioneros , por lo que hubo un interreg-

no de ocho años en los estados de Soliman. Los Príncipes huyéron de Persia, y el mayor tomó la corona por derecho de nacimiento. Aunque sus principales hazañas fuéron contra los Griegos, tambien logró ventajas importantes contra los de su nacion, que le habian usurpado algunas ciudades, y contra los de las cruzadas, los quales le quitáron á Nicea su capital: pero él hizo otra de la ciudad de Iconio, por lo que sus sucesores tomaron el nombre de Sultanes de Iconio. Kili-Arslan, perseguido despues de una derrota, se ahogó en un rio por haber perdido tierra su caballo. Habia reynado catorce años.

La historia de los Sultanes de Iconio casi toda se toma de los escritores griegos, los quales, por no haberlos conocido personalmente, nos han conservado muy pocas de las aventuras particulares de estos Príncipes ó de sus costumbres, intrigas de corte y caracteres, que son cosas propias para interrumpir la monotonia de los hechos guerreros que siempre vienen á ser muertes, asolaciones é incendios; y así nos vemos reducidos á recoger entre narraciones fastidiosas algunos hechos mas ó menos importantes baxo el nombre y data de estos Príncipes.

A Kili-Arslan I sucedió su hermano Saysan, destronado por otro hermano llamado Masud, que mandó pasarle un hierro encendido por los ojos. Tuvo Saysan la indiscrecion de decir al marido de su ama de leche que veia un poco: este descubrió el secreto á su muger, la qual le guardó tan religiosamente que á poco tiempo se hizo público; y sabido por Masud hizo ahogar al infeliz Saysan. A Masud, que solo por diez años disfrutó el efecto de su maldad, le sucedió Kili-Arslan II su hijo. Este Príncipe tuvo la imprudencia de repartir sus estados entre cinco hijos, los quales no solo se hicieron unos á otros la guerra, sino que echáron á su padre de la capital. Solo uno le fue fiel y le restableció: este se llamaba Kosrou, y le sucedió en la parte principal; pero los otros conserváron las que su padre les habia abandonado.

Rocno-Din Soliman, hermano de Kosrou, no le dexó vivir tranquilo en su capital: le echó de ella; pero Kosrou recurrió al Emperador griego, y este le colocó de nuevo en el trono. Reynáron los dos hermanos con bastante paz, cada uno en la parte que poseia, y Kosrou, muerto su hermano Soliman, reunió baxo de su cetro toda la Iconia. Viéndose Mo-

1914





Lascaris y Kosrou.

Encendida la guerra entre Turcos y Griegos, se encontraron en una batalla Lascaris y Kosrou. Este dió á Lascaris tal golpe con su maza, que le derribó aturdido del caballo, y por desprecio le dexó con vida; pero vuelto en sí prontamente el Griego, hizo caer al Sultan, y le dió muerte. La cabeza de Kosrou en la punta de una pica atribuló á los Turcos; pero debió servir tambien de escarmiento á los presuntuosos.

marca poderoso, hizo la guerra á los Griegos, á quienes no gobernaba ya el mismo Emperador que le habia restablecido en el trono, sino otro llamado Láscaris. Se encontraron estos dos Príncipes en una batalla, y Kosrou, cuyas fuerzas eran extraordinarias, dió á Lascaris tal golpe con su maza que le aturdió y le arrojó del caballo: el Griego al caer sacó su espada; y mirándole el Turco con desprecio, mandó que le llevasen; pero entre tanto que el Sultan volvía la espalda, Lascaris, saliendo del aturdimiento, desjarreto el caballo de Kosrou. Al movimiento que hizo el animal cayó Kosrou, y Lascaris le pasó con su espada: le cortó la cabeza, y la hizo poner en la punta de una pica. Con este espectáculo se asustaron los Turcos, y abandonaron fugitivos la victoria. Le reemplazaron sucesivamente dos hijos suyos, Kaykaus y Kaycobad. A este último le representa la historia como Príncipe prudente, sobrio, que siempre contuvo en el respeto á sus vasallos y á los Grandes de su reyno. En su reynado empezó á darse á conocer Ortogrot, mas conocido por el nombre de Othman, fundador de la familia de los Emperadores otomanos de nuestros tiempos.

Como la Sultania de Iconio se habia formado de las ruinas del Imperio de Constantinopla por el poco poder que tenian los Príncipes Griegos, por sus quereillas domésticas, para socorrer á los vasallos del Asia menor: así tambien la ruina de este reyno provino de la discordia entre parientes, padres, hijos, tios y primos que se disputaban la corona; por lo qual los enemigos extraños halláron la mayor facilidad para invadirles. Acabamos de ver que la dinastía turca de los Otomanos se habia introducido ya en tiempo de Kaykobad; en el de su hijo Kosrou II saliéron los Tártaros Mogoles, y en poco tiempo llegáron á tal poder, que enviáron á su corte á los Sultanes de Iconio, y les diéron órdenes á que no se atrevian á faltar. Estos desgraciados Príncipes recurrian á los Emperadores Griegos, y no conseguian de ellos sino socorros interesados, mas propios para debilitarlos que para sostenerlos. Cada uno tomó su parte en este estado hecho pedazos: Griegos, Turcos, aventureros de todas naciones, y Príncipes de la dinastía Seljucida, que siempre daban título al reyno, aunque algunas veces sin tener en él mucho poder: por lo que se hallan interregnos, y entre

otros uno de diez y nueve años. Llegaron las cosas á tal estado, que ya los Príncipes Seljucidas solo reynaban baxo de la autoridad de los Kanes Mogoles. El último, llamado Kaykobad, recibió de ellos la investidura del cetro de sus mayores; pero cansados los Mogoles de no ser mas que protectores, invadieron su reyno, le quitáron la vida, y de este modo acabáron con la dinastía de los Seljucidas; pero no con la de los Turcos, la qual subsistió en la de los Otomanos.

TÁRTAROS.

La patria de los Tártaros se divide en oriental y occidental: la primera es la de los Tártaros Manqueos, y la segunda la de los Tártaros Mogoles. Este vasto país tiene montañas abundantes en caza, fieras, leones, tigres, y otros animales particulares de aquellas tierras, y llanuras muy fértiles, con rios grandes y pequeños, que hormiguan en pescados. Allí se hallan en grande extension abundantes pastos y hasta en los que llaman desiertos, que solo tienen este nombre por no estar poblados de hombres, pues á excepcion de algunos parages, todos estan cubiertos de

hierbas altas y espesas. Solamente las maderas son allí bastante escasas. De los Tártaros unos son sedentarios y otros errantes: los campos de estos ofrecen un agradable espectáculo, porque los tienen distribuidos en cuarteles como una ciudad. Las tiendas son de ciertas telas fuertes muy tupidas, y variadas con colores muy vivos. En invierno las cubren de fieltro, con lo que las hacen impenetrables al rigor de la estacion. Las mugeres estan alojadas en pequeñas cabañas de madera, que en un momento se pueden desarmar para cargarlas en el carro quando quieren levantar el campo.

La Tartaria es la parte mas elevada del mundo, pues los Matemáticos Jesuitas hallaron que los paises que ellos recorriéron se levantaban casi dos leguas sobre el nivel del mar. Por esta elevacion es la Tartaria mucho mas fria que otros paises que estan en la misma latitud. En medio del verano sucede algunas veces helar de modo que el hielo tiene el grueso de un escudo, y esto proviene de que el viento nordeste sopla con bastante constancia en estas llanuras vastas y escasas de árboles, y de la abundancia del salitre de que está impregnada la tierra hasta

quatro ó cinco pies de profundidad. Cavando allí no es cosa rara hallar terrones helados y montones de hielos, por lo qual los árboles ni son muchos ni de hermosa vista, no obstante que hay algunas selvas. En este pais se han fundado grandes Imperios: de él salieron los conquistadores de la India y de una grande parte de Asia, y los actuales señores de la China. Allí por muchos siglos se han visto guerras sangrientas: allí batallas en gran número que han decidido de la suerte de las naciones: allí se han reunido y disipado muchas veces todas las riquezas del Asia meridional. Por último en aquellos paises, que casi han llegado á estar desiertos, fuéron muy cultivadas por largo tiempo las ciencias y las artes, y floreciéron poderosas ciudades que al presente estan sepultadas en sus ruinas. Los Tártaros se dividen en tres ramas: *Mogoles*, *Kalkas* y *Elutos*. Estos son mas conocidos por el nombre de Kal-mucos; pero el origen de estas apelaciones no se sabe.

La fisonomía tártara tiene un carácter nacional que la diferencia de todos los otros. Son de mediana talla, pero bien dispuesta y robusta: tienen la cabeza gruesa y muy

ancha: el rostro chato: la tez del color de olivo, que tira al del cobre: los ojos negros y brillantes, pero muy separados uno de otro, poco abiertos, pero muy rasgados: la boca es bonita: los dientes blancos como el marfil: la nariz aplastada, y casi á nivel con el resto de la cara, de suerte que en algunos apenas se distingue mas que la punta, la qual se abre en dos grandes ventanas: las orejas son grandes: el cabello negro, y duro como la clin, se le rapan enteramente, á excepcion del mechon que llevan en la coronilla, y se le dexan crecer quanto quiere. Estos rasgos mas suavizados en las mugeres constituyen una buena pareja tártara.

De los Tártaros los unos son civiles y honrados, los otros duros y groseros, segun la condicion y género de vida. Generalmente tienen buen natural, con una alegria no interrumpida por la melancolía ni el hambre: siempre parecen contentos, y no estiman las cosas mas que por su utilidad, sin atencion á si son raras ó hermosas. Conservan con gran cuidado su genealogía, y estiman mucho esta ciencia; pero no son incapaces de las otras. Viven sin cuidados, y son enemigos de toda sujecion y violencia. Son tam-

bien buenos ginetes, hábiles cazadores, diestros en disparar la saeta á pie y á caballo. Este es el primitivo carácter, aunque en las ciudades le va borrando la sociedad, así como muda el vestido que originariamente era de pieles; pero siempre han conservado la forma, que consiste en largos calzones y grandes camisas, cubiertas con una ropa larga apretada por la cintura con un ancho ceñidor, con botas también anchas, y birretas pequeñas y redondas. Es muy corta la diferencia en el vestido de los dos sexos; pero ambos estiman infinitamente el color encarnado.

Sus armas son el arco y la flecha, la pica y el sable, y solo á caballo van á la guerra. Sus caballos son buenos y vigorosos: aprecian más estas calidades que la hermosura: tienen camellos, carneros de cola ancha, y los bueyes más grandes del mundo. Apenas comen otra carne que la de caballo y carnero, prefiriéndola á la de buey, así como gustan más de la leche de yegua que de la de vaca. De la leche de yegua, vaca, oveja, cabra y camella, indistintamente mezclada, saben hacer licores fermentados, con los cuales se regalan en sus convites hasta embriagarse. También gustan mucho de fumar, y este

es el único uso del tabaco entre ellos.

El comercio solamente le hacen con los vecinos , y por la mayor parte es de cambios. Es difícil hacerle por mayor en aquella vasta region repartida entre una infinidad de pequeños Príncipes que se oponen unos á los designios de los otros. Muchos de ellos van, por decirlo así, á caza de hombres para venderlos á los Turcos y á los Persas, y su riqueza principal son los esclavos. A falta de extranjeros roban los hijos de sus vasallos. Otros xefes, quando en la guerra hacen esclavos, los reparten entre sus súbditos para aumentar el número de estos; y los Tártaros pastores son los que mas comunmente dan este exemplo de humanidad. La poligamia es general, y hay familias que solo se atienden á sus madres, bien que á los quarenta años no les parece que puede servir la muger sino para cuidar de las mas jóvenes, y emplearse en los trabajos penosos del gobierno de la casa, y entonces ya no la tocan. Los hijos se crian en la profesion de su padre y en un religioso respeto hácia él, que dura hasta despues de la muerte, pues le hacen los funerales mas magníficos que pueden, y van una vez al año á visitar el sepulcro paterno cargán-

dole de ofrendas. A las madres las olvidan. Unos queman los muertos, otros los entier-
ran. Hasta en los desiertos se han hallado mo-
numentos funerarios que prueban que enter-
raban con los muertos los caballos, armas, jo-
yas y aun esclavos, cuyos cadáveres estan ten-
didos al rededor del cuerpo principal. Tam-
bien se han hallado ciudades enteras no de-
terioradas, y la mayor parte con muebles y
manuscritos en lengua y escritura del Tibet,
que es la lengua y la escritura sabia. La
lengua corriente es muy antigua: tiene va-
rios dialectos, pero todos se entienden.

Los Tártaros, segun parece, fuéron al
principio puros deistas; pero ahora unos son
Mahometanos, y otros siguen la religion de
los Lamas, que reconocen á Fó por su fun-
dador. El gran Lama tiene su silla principal
en el Tibet. Si sus profesores ó sectarios no
abrazasen la metempsícosis ó transfiguracion de
las almas, pareceria dibuxada por el christia-
nismo, y principalmente por el catolicismo,
enseñado por algunos misioneros, pues creen
otra vida, el purgatorio, la invocacion de los
santos, el culto de las imágenes, la confe-
sion y absolucion, el rosario, la aspersion
de agua, y por último casi todas nuestras

ceremonias exteriores. Los Lamas ó Sacerdotes tienen una especie de prebendas consistentes en tierras y ganados que pasan de unos á otros. Creen que *Fo*, á quien llaman Dios en carne, se reviste de forma humana, y preside en el Tibet, en donde le adoran como á Dios con el nombre del gran Lama. A los representantes que tiene en diferentes parages de la Tartaria los llaman *Kutuktu*. Estos viven con mucho esplendor: reciben las adoraciones de los Tártaros, rodeados de sus Lamas ó Sacerdotes, que para con ellos gozan de diferentes grados de dignidad que constituyen cierta gerarquía. Dicen que el gran Lama jamas muere, sino que desaparece algunas veces. Al lado del que reyna se va criando un jóven, al qual acostumbran desde niño á los honores divinos. La ciencia del Lama consiste en leer libros sagrados en lengua del Tibet. Rezan sus oraciones con tono grave y bastante armonioso. Este es casi todo el culto de su religion, porque no tienen víctimas ni sacrificios. No les falta conocimiento de la medicina, y se venden por hábiles en la ciencia de lo por venir.

El gobierno de los Tártaros es, digámoslo así, patriarcal. En cada familia reside

la autoridad en el padre, y muchas juntas forman una tribu, y muchas tribus un reyno, cuyo xefe llamado *Kan* se elige por los otros que hacen cabeza de familia, y es ordinariamente de la misma tribu del antecesor. Eligen al mas anciano de los Príncipes de la sangre, llamada *Tayki*, á no ser que tenga impedimento por algun defecto en su persona; y tambien le deponen algunas veces por delito ó por mal gobierno. En sus cortes y exércitos hay graduaciones de dignidad y de empleo que corresponden á nuestros títulos de Príncipes, Duques y Condes; pero los puede quitar esta dignidad el *Kan* como que son sus vasallos. Van á la guerra, siguiendo cada uno el estandarte que tiene el nombre de su tribu, con la figura de algun animal favorito, como caballo, camello ú otro. Muchos de ellos tienen actualmente mosquetes de horquilla que disparan con gran tino y alcanzan hasta seiscientos pasos. En los combates se les ve con cotas de malla y capacetes de hierro. No conocen el método de líneas, y así acometen en tropas cuyo comandante va el primero, y quando parece que estan derrotados vuelven con nuevo vigor. ¡Ay del enemigo quando ellos rompen el órden con que le

van persiguiendo! porque entonces es quando está en mayor peligro. Los Tártaros pagan cada año dos diezmos de sus cosechas, de sus ganados y de su renta, sea la que fuere. Un diezmo es para el Kan, y otro para el xefe de su tribu. Tienen precision todos de ir á la guerra quando los envian, y no esperan otra paga que el botin ó despojo.

M O G O L E S.

Los Mogoles, tribu de Tártaros, ya existian hácia el medio de la Tartaria confundidos con los otros, quando Ghenguis-Kan los hizo para siempre célebres extendiendo sus conquistas por el espacio de mas de ochocientas leguas por un lado, y de mas de mil por el otro. Se dilató mas que los Arabes con mas prontitud que ningun Príncipe, y con tanto esplendor que le llamáron *Rey de Reyes, y Señor de los tronos y coronas*. Se conocen los nombres de siete de sus mayores, y se sabe que se distinguieron por su valor al rededor de sus estados, y aumentáron insensiblemente el círculo de su distrito. Pisouca, padre de Ghenguis-Kan, habiendo vencido y muerto al xefe de muchas tribus, dió

en memoria de su victoria á un hijo que le nació el nombre de Temugin por ser el del Príncipe vencido. Le crió con mucho cuidado, y permaneció en su menor edad baxo la tutela de un ministro hábil. Entonces estaba la Tartaria dividida en una infinidad de tribus, siendo la mas poderosa la de los Keraitas, situada entre el monte Altay y la Tartaria oriental, y cuyo xefe se llamaba el Gran Kan. La China, dividida en dos partes, se llamaba Kitay ó Katay. La setentrional estaba sujeta á los Tártaros orientales, de quienes descienden los Tártaros Manqucos, que hoy son dueños de la China, y se llamaba Karakitay. En las cercanías habia muchos reynos pequeños. Al occidente del monte Altay hasta el mar Caspio, país que tenia el nombre general de Turkestan, reynaban tambien pequeños Príncipes, de los quales unos eran independientes, y otros tributarios de los Persas y de los Rusos.

Quando murió Pisouca la mayor parte de las tribus que habia sujetado, viendo que en Temugin le habia quedado por Rey un muchacho de trece años, hicieron lo posible por substraerse de su autoridad; pero favorecido ó guiado de su madre Uluna, muger valerosa,

se puso Temugin á la cabeza de las tropas , dió la batalla á los rebeldes , y les hizo entrar en su deber : accion que le dió grande reputacion en toda la Tartaria. No obstante tuvo muchas desgracias , por las quales le fue preciso buscar el refugio en el Gran Kan que habia recibido servicios de Pisouca su padre : y tanto por corresponder al padre , como por estimacion que hizo del jóven Temugin , le restableció el Gran Kan en sus estados , y le dió su hija por esposa. El favor que gozaba en la corte de su suegro , aunque merecido con muchas hazañas guerreras en beneficio del Gran Kan , excitáron la universal envidia contra él , así en la corte por parte de sus hermanos , como en las provincias por la de los vasallos que no podian sufrir la autoridad absoluta que con sus victorias exercia el suegro.

Aquellos Príncipes vasallos , entre los quales habia Reyes , empezáron la guerra : les salió el Gran Kan al encuentro , y fue vencido mientras Temugin estaba ocupado en otra parte. Recibió el yerno en su campo al suegro , quando ya se habia visto reducido á renunciar la corona , y le restableció en el trono con una ruidosa victoria , seguida de un

castigo terrible. Hizo llenar de agua setenta grandes calderas, las dió fuego, y quando el agua estaba hirviendo, mandó precipitar en ellas de cabeza á los principales rebeldes. Con estas proezas, cuyo mérito siempre resaltaba en Temugin, fue mas activa la envidia de la corte del Gran Kan: tanto que su mismo suegro llegó á sospechar de su yerno, se coligaron los vasallos subyugados para sacudir el yugo, y procedieron con tal destreza que llegaron á persuadir al Gran Kan, que solamente se unian contra la ambicion de su yerno. Sabiendo Temugin estas intrigas, dió todos los pasos pacíficos que le sugirió la prudencia para desengañar á su suegro; pero viendo que todo era inútil, formó por su parte una liga de muchos Príncipes, admiradores de su talento guerrero, ganados ya con su afabilidad y los regalos que liberal hacia á sus amigos. Hubo una batalla decisiva, en la qual murió el Gran Kan, y Temugin se apoderó de su reyno, aunque no sin mucha resistencia de sus envidiosos, á quienes tuvo que sujetar unos despues de otros.

Tenia entonces Temugin quarenta años, y viéndose señor de mil vastos estados, resol-

vió legitimar de algun modo su poder con el público homenaje de todos los Príncipes sujetos á su Imperio. Los convocó pues á Karakorum su capital: concurriéron todos en el dia señalado con vestiduras blancas como los Príncipes de la sangre: se adelantó el Emperador con su corona en la cabeza por medio de asamblea tan augusta: se sentó en su trono, y recibió los cumplimientos de todos los Kanes y los de otros señores, haciendo todos súplicas por su salud y prosperidad. Le confirmáron el Imperio de los Mogoles y el de todas las naciones subyugadas para sí y sus sucesores, declarando privados de todos sus derechos á los descendientes de sus Príncipes.

Despues de otras victorias renovó Temugin la misma inauguracion á la cabeza de su ejército con ceremonias de menos pompa, pero mas enérgicas en su sencillez. Se sentó en una silla sin adorno alguno, colocada en una eminencia formada de césped, y desde allí arengó á la junta con una eloqüencia que le era natural. Concluido su discurso se sentó en el suelo sobre un paño negro, y el orador que tenia el encargo de hablar, hizo este breve discurso: „Por grande que sea, ó Príncipe, vuestro poder, le teneis del cielo:

Dios echará su bendición á vuestros desig-
nios, si gobernais á los vasallos con justicia. Lo
contrario sucederá, si abusais de vuestro poder:
os vereis negro como el paño en que estais
sentado, es decir: miserable y reprobado.”
Recibido este buen consejo, le levantáron con
respeto siete Kanes, le colocáron en el tro-
no, y le declaráron cabeza de todo el Im-
perio del Mogol. Se halló á propósito uno
de sus parientes, llamado *Kokja*, que por
su rigurosa práctica en las obligaciones de su
religion pasaba por hombre inspirado. Este
se llegó al Príncipe, y le dixo: „Vengo de
parte de Dios á deciros, que desde hoy os
llameis *Ghenguis-Kan*, y mandeis que en ade-
lante os den vuestros vasallos este nombre.”
Debe advertirse que esta palabra significa *el
mayor de los Kanes*. Se le ratificó esta de-
nominacion con las mas grandes expresiones
de alegría; y como los Mogoles creyéron la
falsa revelacion, empezáron á mirar el resto
del mundo como una propiedad perteneciente
al Gran Kan por derecho divino; en este
concepto no respiraban ya mas que guerra; y
aun la resistencia de los Príncipes que em-
prendian la defensa de sus estados les parecia
un delito contra el cielo.

Con un ejército muy numeroso, bien disciplinado, y lleno del entusiasmo de que todo era de su Emperador, no habia cosa que Ghenguis-Kan no creyese poder emprender. Tal vez se hubiera reducido á la Tartaria, que subyugó casi toda, y es un pais unido sin murallas ni fortalezas, si el Rey de la parte septentrional de la China no hubiera incurrido en la imprudencia de pedirle el tributo que le pagaban los Príncipes á quienes Ghenguis-Kan habia destronado; pero esta pretension irritó al fiero conquistador. La gran muralla que habian levantado los Chinos para librarse de la invasion de los Tártaros, y las fortificaciones de las ciudades no le acobardáron, aunque los Tártaros ignoraban el arte de poner sitios, y no son á propósito para emprenderlos. Entráron como un caudaloso torrente por la China: ahuyentáron los ejércitos, asoláron los campos, y sacáron un botin inmenso. Las ciudades y la misma capital cayéron en manos de Ghenguis-Kan, con sucesos que ni debiera esperar ni prever, y que contaremos en su lugar. Entró la discordia entre los Grandes de la China, unos fuéron traidores á su Emperador, otros le defendiéron mal, al fin le quitáron la vida, y en cinco años se halló el

Mogol dueño de aquel hermoso y vasto país. Puso por Gobernador, y nombró Generalísimo de sus tropas y teniente suyo á Muhuli, su mejor General, con el título de Rey, y el privilegio de que esta dignidad fuese hereditaria en su familia.

Fue despues volando á nuevas conquistas por el lado de la Bukaria y de la Persia, en donde subyugó las tribus de la nacion turca; pero como en todo debe haber límites, resolvió Ghenguis-Kan poner por barrera de su Imperio los estados de Mohamed, Sultan de Karasman, que era el vecino mas poderoso. Con este fin determinó hacer alianza con aquel Príncipe, y le envió Embaxadores encargados de exponer al Sultan que habiéndose hecho dueño de todos los estados desde el fondo del Oriente hasta las fronteras de su Imperio, deseaba mucho vivir en buena inteligencia con él para beneficio recíproco. No respondió Mohamed con mucha finura á esta propuesta; pero se conformó no obstante. Tenia este Príncipe un enemigo peligroso en Nacer, Califa de Bagdad, á quien en algunas ocasiones habia tratado con altivez; y tanto para vengarse, como para defenderse de las empresas con que el Sultan le

amenazaba, concibió el Califa el designio de hacer alianza con Ghenguis-Kan, y de atraer sus armas contra el de Karasman. El consejo del Califa, en donde el asunto se trató, se dividió en pareceres. Los zelosos le representaron que era contra la ley musulmana introducir los enemigos de Dios en el pais de los fieles. Nacer respondió: „Un tirano mahometano es peor que un infiel, y en la hora en que alguno se ve amenazado de perecer, debe tentar todos los medios de evitar esta desgracia.”

Prevaleció el parecer del Califa: despacharon un expreso á Tartaria, y por temor de sorpresa grabaron en su cabeza la credencial con una aguja y alguna droga colorante. Esperó á dexar crecer el cabello: partió; pero en llegando se mandó pelar, y se vieron claramente los caracteres. Ghenguis-Kan abrazó la proposicion de romper con Mohamed. „Acabo, dixo al enviado, de ajustar la paz con él, y así no convendrá por ahora declararle la guerra; pero se la declararé á la primera ocasion que me dé para quejarme; y esta ocasion no puede tardar mucho entre dos grandes Imperios limítrofes.” Sucedió cabalmente como lo habia previsto. Maltrataron y

robáron los vasallos de Mohamed á unos comerciantes tártaros, y no les quiso hacer justicia, sin embargo de las reconvenciones de Ghenguis-Kan. La querrela de los particulares se hizo querrela entre los Soberanos: se agriáron estos recíprocamente, y uno y otro se preparáron para hacerse la guerra hasta perderse.

Envió el Gran Kan un manifiesto á todos los Príncipes, tanto á los aliados como á los que le pagaban tributo, instruyéndolos de los motivos que le obligaban á atacar al Sultan de Karasman, y convidándolos á venir con sus tropas para juntarse con él. De este modo recogió hasta setecientos mil hombres, y mandó antes de partir que no cesasen de hacer reclutas en sus estados, ni de enviárselas; y dictó á su ejército estas imperiosas leyes: „Qualquiera que huya sin haber pechado, sea el que fuese el peligro de la resistencia, será castigado con la muerte. Si de diez combatientes, que forman juntos un solo cuerpo, llegasen algunos á separarse por fuga, ó por otras razones, morirán todos sin remision. Si los de una decena vieren á sus compañeros empeñados en el combate, y no fueren á socorrerlos, ó hallándose prisionero alguno de sus camaradas

no procurasen librarle, tambien serán castigados con la muerte." Despues de estos severos reglamentos hizo otros sobre la disciplina, subordinacion, y quanto puede servir para poner en órden á tan considerable multitud; y aun llegó su providencia hasta disponer en su testamento los medios para conservar la tranquilidad en sus estados en el caso de que él muriese en la expedicion.

No podia haber escogido tiempo mas á propósito para esperar un buen éxito, porque la China meridional, gobernada por Emperadores pacíficos, no le podia inquietar. Dominaba él la septentrional: toda la Tartaria con una grande parte del Turkestan reconocia sus leyes. Mohamed que poseia el resto, era tambien Señor de la gran Bukaria y del Karasman, que daba nombre á su Monarquía, y tenia en su poder toda la Persia, el Irak persiano y las fronteras de la India: y así pudo levantar un ejército de quinientos mil hombres; pero este era ya el último esfuerzo, pues no tenia que esperar socorro de la Georgia ni de la Armenia, cuyos Reyes no querian mas que sacudir el yugo del tributo que le pagaban; ni de los que poseian el Egipto y paises adyacentes, los quales te-

nian sobre sí las armas de las cruzadas; y mucho menos del Califa de Bagdad, Señor del Irak arábigo, de la Caldea, de las tres Arabias, porque era su enemigo secreto. Por último, no le darian auxilio los Seljucidas de la Anatolia, ni los Emperadores griegos porque estaban en guerra unos contra otros. Todos estos medios de hacer diversiones faltaron á Mohamed: y así se veia solo, expuesto al torrente que no habia tenido la prudencia de extraviar por otro lado.

Pero no era solamente un torrente desolador, sino un rayo que caia con estruendo sobre muchos países á un tiempo, incendiándolos y consumiéndolos. No puede pintarse mejor la rapidez y la extension de las hazañas de Ghenguis-Kan. Jamas se vió conquistador que mas destruyese: á un mismo tiempo se pusieron sus tenientes sobre todos los puntos del Imperio de Karasman abrasándole como un incendio devorador. Las mas bellas ciudades, las mas florecientes en el comercio y en las ciencias no eran ya quando las dexaban sino montones de cenizas, y no porque el Sultan no procurase socorrer á su reyno infeliz con el mayor esfuerzo; pero siempre en las grandes acciones fuéron sus tropas ven-

cidas, y si lograron algunas ventajas parciales, sirvieron solo para dilatar mas la ruina de algunas ciudades y paises, ó para hacer ilustre el valor de algunos Generales. Entre otros citan á Kan-Malek, tributario del Sultan de Karasman, y al mismo tiempo Sultan de Kajead, el que despues de haber hecho prodigios en el sitio de esta plaza, salió de ella con estratagemas, y unas veces por tierra, otras en barcas siguiendo la corriente del rio de Sir, eludió los esfuerzos de un ejército numeroso, y se puso en seguridad.

Mohamed, perseguido sin que le dexasen respirar, llegó hasta un lugar pequeño que estaba en las riberas del mar Caspio. Mientras entregado á reflexiones amargas buscaba el consuelo en la religion de Mahoma, cuyos ejercicios practicaba con fervor, le dixeron que estaba cerca el enemigo; y el desgraciado Monarca no tuvo mas tiempo que para entrar en un barco que le tenian aprestado. Caian al rededor de él las flechas de los soldados que acudieron á la ribera, le llevó el barco á una pequeña isla, en donde una enfermedad aguda, ademas de su pena, puso pronto término á sus dias. Le sepultaron con sola su camisa, por no haber otro lienzo, y le

hiciéron un funeral muy sencillo. Antes de morir tuvo el consuelo de ver muchos hijos que iban á visitarle en aquella isla, y nombró por sucesor á Jalalo-Din, mandando á los otros que le obedeciesen: y le dió su espada, encomendándole que vengase á los Mogoles.

No estuvo en su mano cumplir las intenciones de su padre, aunque se hallarán pocos exemplares de un valor tan bien sostenido como el suyo, ni de tan grande constancia en las desgracias. A pesar de sus esfuerzos, siempre renovados, y siempre inútiles, tuvo el dolor de ver sus ciudades conquistadas sucesivamente, todas destruidas, y la mayor parte arrasadas hasta los cimientos. El número de hombres que murieron á hierro, y el de las mugeres y niños arrancados de sus hogares y arrastrados á la esclavitud, no cabe en la imaginacion. Aquellos bellos países del Asia tan fértiles y ricos, se convirtieron en desiertos, y sus ciudades en montones de escombros y cuevas de bestias fieras, aunque menos feroces que los desapiadados vencedores.

Hacian los Mogoles con los hombres lo que Ghenguis-Kan executaba con los animales

en las célebres cacerías , cuyo ejercicio se ha perpetuado entre los Tártaros , y es el de las tropas en invierno. El modo es como se sigue. Manda el Emperador á los monteros trazar en aquellos vastos países un círculo de muchas leguas de extension , en el qual colocan los oficiales sus tropas. Resonando los instrumentos de guerra avanzan todos á un mismo tiempo siempre hácia el centro, llevando por delante á las bestias y fieras que hallan dentro del círculo ; pero no se les permite matar ni herir animal alguno por mas violencia que este haga ; y todas las noches se acampan , executándose puntualmente quanto se practica en la guerra. Continúa la marcha por muchas semanas , y empezando ya el círculo á reducirse , las bestias que se sienten estrechadas se dirigen á las montañas y á los bosques ; pero al punto las desalojan , porque los cazadores abren sus cuevas y huroneras con azadones , y algunas veces dan barrenos , y las hurgan para que salgan de sus retiros.

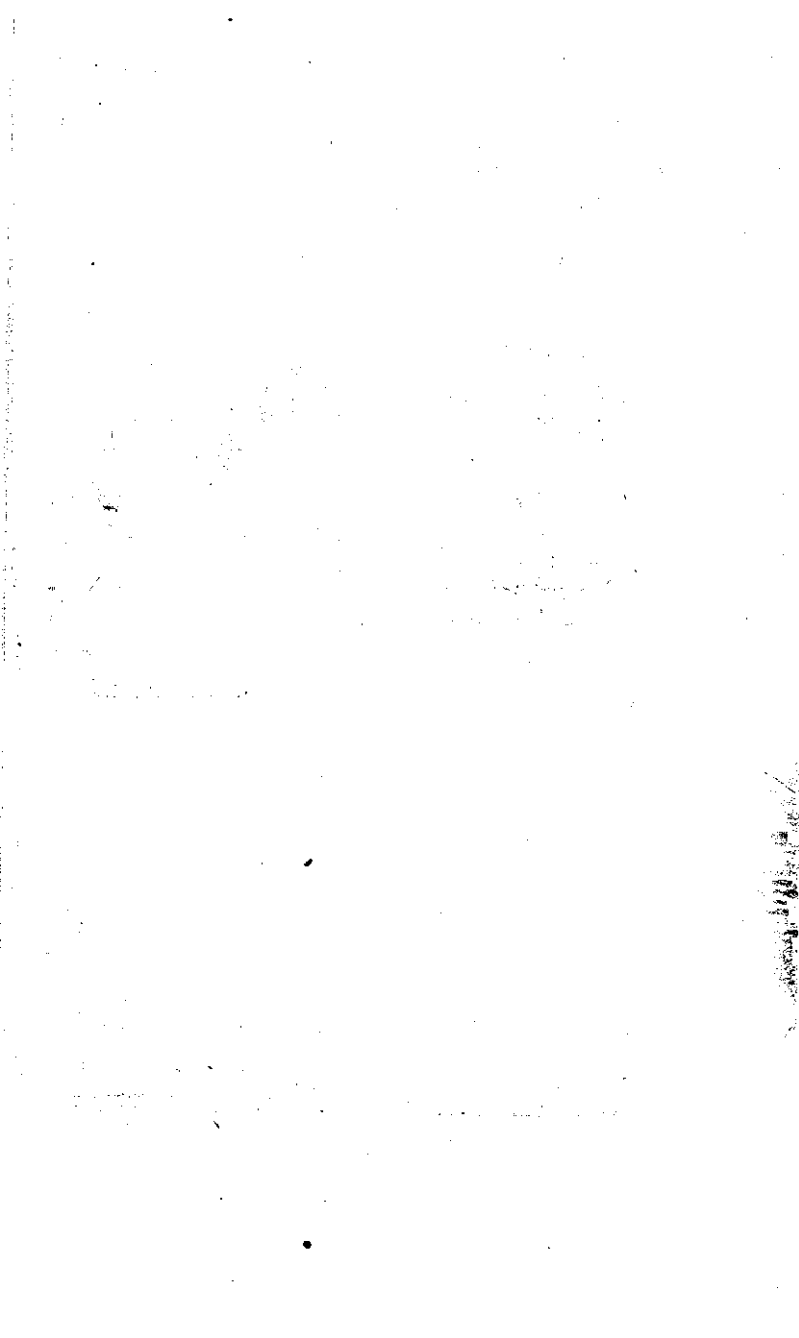
Como las falta el terreno ordinario , poco á poco se mezclan las diversas especies , y así hay animales que se ponen tan furiosos que arrojándose á los mas flacos , los devoran ; y aun los soldados las hacen pasar ade-

lante con mucho trabajo y á fuerza de gritos. Por último quando ya el círculo se ha estrechado de modo que ocupa tan pequeño espacio, que ya se puede ver en él juntos á todos los animales, tocan los tambores y timbales, y resuena toda suerte de instrumentos. Este ruido, agregado á la gritería de los cazadores y soldados, causa en los animales tan grande estremecimiento que pierden toda su ferocidad. Los leones y los tigres se aman-san, los osos y jabalíes se ven tan abatidos y consternados como los animales mas tímidos.

El Gran Kan, acompañado de sus hijos y de los oficiales principales, es el primero que entra en el círculo con espada en mano y con su arco, y empieza la matanza, hi-riendo á las bestias mas feroces, algunas de las quales suelen enfurecerse á veces intentando defender sus vidas. Despues se retira el Emperador á una eminencia en la que le tienen preparado un trono: desde allí está observando el ataque, al que todos se arriesgan sin excepcion, por grande que sea el peligro á que se expongan; y quando ya los Príncipes y señores han dado suficientes pruebas de su valor y destreza, entran en el círculo los jóvenes del ejército, y hacen una grande carnicería.

Esta fue la caza que Ghenguis-Kan dió por modelo á sus sucesores. Para concluir la se presentáron los hijos del Emperador, que aun eran niños, suplicando que se diese la vida y la libertad á las bestias que habían quedado: uno y otro se les concedió; y de este modo tuvo fin la cacería despues de haber durado quatro meses.

La misma maniobra empleó Ghenguis-Kan contra Jalalo-Din, tomándole todas sus fortalezas y ciudades, avanzando siempre, y estrechándole por todas partes, hasta encerrarle en un círculo pequeño en las orillas del rio Indo. El Sultan, reducido á esta extremidad, determinó arriesgar un combate decisivo. Mandó quemar los barcos para quitar á su ejército todo recurso, á excepcion de una barca que dexó para su familia. Despues esperó al enemigo á pie firme. Sus soldados, rodeados como en una cacería, se defendieron como leones y tigres que despiertan de su primer aturdimiento. Hiciéron morder la tierra á una multitud de Mogoles; pero era muy superior el número. Estrechados los Karasmanos por todas partes, se refugiáron á unas rocas adonde no podia llegar la caballería tártara; pero reducido Jalalo-Din á solos setecien-





Conflicto de Jalalo-Din.

Reducido Jalalo-Din por Chenguís al último a punto, y viendo frustrados los esfuerzos de su valer, se arrancó de los brazos de su afligida familia anegado en lagrimas, y abandonando una corona llena de perlas, montó á caballo, y supo huir con acombre de su mismo enemigo. Dexó expuestas prendas sin duda muy amables; pero creyó preciso reservarse á la esperanza de vengarse, y de vengar con ellas á sus vasallos.

tos hombres, se vió imposibilitado para sostener segundo ataque. La barca que había de transportar su familia estaba casi abierta por todas partes, y aquellos infelices aun se hallaban en tierra. Fue el Príncipe á abrazar á su madre, á su muger y á sus hijos: se arrancó de sus brazos deshecho en lágrimas: dexó la corona y todas sus armas, á excepcion de la espada, la aljaba y el arco: montó en un caballo descansado, y se arrojó al rio.

Ghenguis-Kan acudió á la ribera, y el Sultan desde el medio del rio, como para desafiarle arrojó contra él todas las saetas de su aljaba. Admiró el Tártaro su valor: detuvo á algunos capitanes mogoles que querian entrar á perseguirle; y hablando con sus hijos que tenia al rededor, les dixo: „Dichoso el padre que tuviere tal hijo: que para desafiar el peligro de que acaba de huir este Príncipe puede exponerse á otros mil: y el hombre prudente que le tenga por enemigo siempre estará con mucho cuidado.” Pero esta admiracion, que todos creyeron ser compasiva, no pasó de un momento, porque el vencedor mandó traer la familia, y quitarla sucesivamente la vida. Jalalo-Din llegó felizmente

á la orilla opuesta , y pasó la noche en un árbol por temor de las fieras. Al otro dia, tristemente errante por la ribera , se encontró con una pequeña tropa de soldados , y tres oficiales de sus confidentes que habian hallado un barco para seguirle , y estos le dixeron que habia dos mil soldados que quedáron vivos en la primera derrota. Al mismo tiempo le llevó un oficial de su casa un barco cargado de armas , víveres , dinero y estofas para sus soldados. Con este socorro formo para sí en la India un establecimiento ; pero no el suficiente para olvidarse de su primer reyno: y así volvió á él y le sostuvo su valor por algun tiempo contra su mala fortuna. Por último se rindió y murió en estado bien obscuro , y poco despues de Ghenguis-Kan.

Mientras este Príncipe por un extremo señalaba el rio Indo por límite á su Imperio, sus tenientes sujetaban por otro la Persia: ponian el mar Caspio en sus dominios , y los extendian hasta los Sultanes de Iconio , y los estados de otros soberanos turcos , haciéndolos tributarios. Volviendo de sus expediciones los Príncipes y Generales, los convocó á todos en una llanura de siete leguas de circunferencia ; y aunque tan grande , apenas podia con-

tener las tiendas y equipages de los convocados, porque el cuartel del Kan ocupaba casi dos leguas de circuito, y en la tienda destinada á la junta cabian dos mil personas, y estaba cubierta de blanco para distinguirla de las otras. En ella levantaron un magnífico trono, pero sin olvidar el paño negro en que se sentó el Monarca quando le nombraron Ghenguis-Kan. Este símbolo de la primera pobreza de los Mogoles siempre fue mirado entre ellos con veneracion, mas ya se habian apartado mucho de la primitiva sencillez. Todo el luxo del Asia brillaba en sus vestidos, en los arneses de los caballos, en sus armas y en sus muebles. Recibió el Emperador con magestad el homenaje respetuoso de sus grandes vasallos, y con ternura el de sus hijos y nietos, admitiéndolos á todos á besarle la mano. Aceptó con mucho agrado sus presentes, y les correspondió con otras mas magníficas. Tambien los soldados tuvieron parte en sus liberalidades.

Aunque los negocios que tenia que arreglar en un Imperio tan vasto eran numerosos, ya Jagatay su Ministro habia dado á las leyes tan buen orden que sirvieron para arreglarlo todo sin la menor dificultad. Como

el Kan gustaba de hablar en público, se valió de esta ocasion para hacer el elogio de sus leyes, á las quales atribuyó todas sus victorias y conquistas, y las fue refiriendo con toda exâctitud. Mandó despues que entrasen los embaxadores y los diputados de los paises de su obediencia: los oyó, y á cada uno le despidió muy satisfecho. Se concluyó la ceremonia con una grande fiesta que duró por muchos dias acompañada de convites, en los quales se sirvió lo mas exquisito que habia en sus vastos dominios, así en bebidas, como en frutas y caza.

A esta especie de triunfo se siguiéron empresas concluidas siempre con felicidad, porque la prosperidad le acompañó fiel hasta el sepulcro. Murió á los sesenta y seis años de su edad, y veinte y dos de reynado, conservando su autoridad hasta el fin de su vida en todo quanto le rodeaba. Ordenó que le sucediese su hijo Octay, y que Toley, otro hijo suyo, fuese regente del reyno hasta que llegase su hermano que estaba distante. Los Grandes, los Generales, los Ministros, los Príncipes y sus parientes se postráron, y le prometieron hacer que se cumpliese su voluntad. Se celebráron sus funerales con la ma-

yor magnificencia, y sin los sacrificios humanos que habian ensangrentado el sepulcro de sus sucesores; pero el suyo, erigido simplemente debaxo de un árbol, á cuya sombra solia descansar, llegó á ser el objeto de la veneracion de los pueblos, los quales tuvieron el gusto de hermosearle.

Ghenguis-Kan merecia este respeto de estimacion si se consideran sus grandes prendas, pues tuvo quantas pueden formar un conquistador: ingenio para proyectar excelentes empresas: prudencia consumada para dirigir-las: eloqüencia natural y persuasiva: paciencia á prueba para las fatigas y obstáculos: admirable templanza: gran juicio, y la viva penetracion con que inmediatamente elegia el mejor partido. En lo que mas resplandeció su talento militar fue en la felicidad con que consiguió que los Tártaros, hasta entonces incapaces de freno y de yugo, recibiesen una disciplina exácta y una policia severa. Todo estaba arreglado, el servicio, los premios y los castigos. No servia de excusa el vino: ni el nacimiento ni el poder daban derecho para proceder mal. Profesaba el deísmo; pero á cada uno le permitia abrazar la religion que queria, con tal que cre-

yese que solamente hay un Dios. Algunos de sus hijos y de los Principes de la sangre eran christianos, otros profesaban el judaismo, otros el mahometismo: y nada de esto llevó á mal.

Sus leyes eran sencillas, quales convienen á un pueblo nuevo con pocas convenciones sociales. En ellas mandaba creer en un solo Dios: eran exêntos de impuestos las cabezas y oficiales del culto qualquiera que fuese, y tambien lo eran los médicos „Ninguno, pena de la vida, se hará proclamar Gran Kan sin ser electo en una dieta general. Nunca hareis paces con Rey, Príncipe ó pueblo mientras no se sujete. Cada vasallo tiene obligacion de servir al público en qualquiera género de servicio. Un Mogol no tendrá por criado á otro Mogol pena de la vida. Un Tártaro no dará de beber ni de comer á esclavo que no sea suyo sin el permiso de su amo.” De este modo se dificultaba la desercion de los esclavos. Fijaban estas leyes la proporcion de los castigos y delitos: y condenaban á muerte á los adúlteros. De esta ley murmuraron los habitantes de una provincia acostumbrados á ofrecer sus mugeres á sus huéspedes y amigos, por lo qual Ghenguis-Kan les

permitió esta costumbre , pero declarándolos infames. Permitió la poligamia con la mayor extension; pero no podian casarse dentro del primero y segundo grado.

Para multiplicar en las familias las alianzas podrian estas hacerse hasta con los muertos , y de este modo se podrian escribir contrato de casamiento, y hacer las ordinarias ceremonias entre un mancebo y una doncella difuntos: por este medio se reputaban los muertos por casados , y sus familias por verdaderamente emparentadas. Todavía dura este uso entre los Tártaros: arrojan el contrato al fuego, y creen que el humo le lleva á los que son esposos de futuro , y que se casarán en el otro mundo. Se prohibia, pena de la vida, saquear al enemigo antes que diese el General su permiso; pero por desgracia nunca se negó este permiso en este reynado. Con el exemplo de su Monarca todos los Generales de Ghenguis-Kan fuéron inexórables y sanguinarios: pues segun el cálculo menos exâgerado se pudieran contar mas de dos millones de hombres pasados á cuchillo, sin los que pereciéron de pena ó por los horrores de la esclavitud; y tal vez cincuenta mil ciudades destruidas, y muchas de modo que apenas se hallan los ves-

tigios. A una Reyna muy querida de sus pueblos, y á quien cautivó Ghenguis-Kan, la paseó encadenada con sus mugeres en un elevado carro por los estados en donde habia reynado. ¿Seria esto bárbara vanidad del vencedor, ó advertencia á aquellos vasallos de que habian pasado irrevocablemente al dominio de otro? De qualquier modo que se interprete esta accion, no podrá dar idea ventajosa de la generosidad tártara.

Aunque Octay fue declarado Emperador por su padre Ghenguis-Kan, no quiso aceptar la corona hasta que se la diéron los estados. Dos años pasáron entre la celebracion de la junta y la muerte del Gran Kan, y en ellos gobernó Toley con aplauso general. Fue necesario obligar á Octay á tomar la carga de la soberanía, y habia elegido su padre los Ministros y Generales con tanto acierto, que no se trató de mudar ninguno. El nuevo Emperador continuó á Yelu la confianza que el difunto tenia en él, por ser hombre íntegro, sabio en las leyes, de una prudencia consumada, y ocupado únicamente en el bien del Imperio. Puso á la cabeza de los exércitos á Toley su hermano, á quien amaba tiernamente, y no le pesó de su eleccion.

Sus talentos le sirviéron mucho en la guerra que le había dexado su padre contra los Chinos meridionales, á quienes Ghenguis-Kan queria subyugar. En esta guerra deben notarse muchos rasgos de firmeza heroyca. El Gobernador de una ciudad importante, llamado Chin In, cuyo valor detuvo por mucho tiempo la conquista, viéndose en términos de entregarla, dixo á su esposa que pensase en su seguridad; y esta le respondió: „Supuesto que he sido compañera en las honras de la vida, tambien lo quiero ser en el sepulcro.” En el instante ella y sus hijos tomaron veneno; y Chin-In despues de haber presidido á sus exêquias, se mató á sí mismo, y fue conquistada la ciudad.

Ilapua, oficial excelente, amado y estimado de todos, habiéndole hecho prisionero en una batalla, rehusó constantemente la vida, que se le concedia con la sola condicion de que mudase de servicio: „Yo soy, dixo, uno de los primeros Generales de los Kines, y deseo morir en los dominios de mi señor.” Aunque con sentimiento le concediéron lo que pedia, quitándole la vida. Hos-Hang, Príncipe de la familia imperial, famoso por su valor, grandeza de alma, y muchas bellas acciones, se ocultó

en una derrota, y despues se presentó pidiendo que le llevasen á la presencia de Toley, y le dixo: „Yo soy de la familia imperial, mi nombre es Hos-Hang: soy comandante de las tropas que llaman fieles, tres veces he derrotado vuestros exércitos: no he querido morir con una tropa de soldados desconocidos: quiero que mi fidelidad sea conocida de todo el mundo: la posteridad me hará justicia.” Debia desearse que el Príncipe Tártaro hubiera conservado un hombre tan valiente; pero él le entregó á los soldados, los quales le atormentáron, y le quitáron la vida; pero otros Tártaros mas generosos derramáron en su obsequio leche de yegua, y le suplicáron que si resucitaba volviese á vivir con los Mogoles.

En el sitio de la capital, llamada Peking, se valiéron los Tártaros de máquinas que arrojaban hasta piedras de molino. Los Chinos inventáron otras diferentes que arrojaban fuego, y las llamaban *pao*, palabra tomada del ruido que hacia la explosion. Con ellas arrojaban globos de hierro, llenos de pólvora, que poniéndoles fuego reventaban, y hacian un ruido semejante al del trueno. Este fuego barrenaba las corazas, y abrasaba al rededor hasta dos mil pasos. Para desalojar de las minas

á los sitiadores que estaban cavando baxaban los sitiados de sus murallas estos globos atados con cadenas de hierro, se encendian á la entrada de la mina por medio de una mecha, y hacian estrago en los enemigos, los quales temian particularmente estas armas, y las alabardas de fuego que usaban los Chinos. Estos mortales efectos, semejantes á los de nuestra pólvora, persuaden, contra la opinion comun, que al principio del siglo trece ya los Chinos la hacian servir en usos muy diferentes de los fuegos artificiales de sus fiestas. En diez y seis dias y diez y seis noches de ataque murieron de una y otra parte un millon de hombres.

El Emperador Chino se llamaba Sheu, y si hemos de formar juicio por sus acciones no le faltaba valor; pero era hombre indeterminado, sin ciencia del gobierno, y sin conocimiento de los hombres. Desafiaba al enemigo, huia, volvia otra vez, se mantenia firme en una ciudad, y la abandonaba. Estas variaciones lo pusieron todo en el estado mas triste: perdió la estimacion de sus pueblos, pero no el valor. El mismo Sheu se hacia justicia en quanto á la estimacion: pues hallándose en una ciudad por donde pasaba

huyendo con toda su familia, sus vasallos derramaban lágrimas, y les dixo: „No os pido que hagais ningun caso de mí; pero acordaos de lo que debeis á mis mayores.” A estas palabras rompiéron todos en sollozos. Este Príncipe hecho juguete de la fortuna, en lugar del cortejo brillante de la prosperidad, solo vió al rededor de su persona el de la desgracia, ingratitud, insolencia, y aun tiranía de los mismos á quienes habia hecho poderosos. Uno de estos últimos, con pretexto de atender á la seguridad del Emperador, le tuvo preso en su mismo palacio, con el fin de lograr la recompensa de los enemigos. Viéndose el infeliz baxo de los cerrojos de la perfidia, exclamaba: „¡Oh cuánto siento no haber sabido elegir oficiales! ¡Oh qué dolor es verme encerrado por un esclavo, á quien he colmado de beneficios!” No faltáron vasallos fieles que le pusieron en libertad matando al traidor.

Estaba entonces el Emperador en su última ciudad, cuyo sitio proseguian los Tártaros encarnizados: en ella se padecia una hambre horrible, y despues de haber comido los animales, cocian los cueros de las sillas y los de las botas y tambores: ya ha-

bían quitado la vida á los ancianos, á los enfermos, y á muchos prisioneros y heridos, para comerlos: los soldados que habian quedado cogian los huesos de los hombres y animales muertos para mezclarlos con las yerbas secas haciendo una olla horrible. Esta terrible extremidad determinó á Sheu á emplear el último esfuerzo para retirar á los enemigos. Hizo una salida con los mas valientes, pero le rechazaron. Se hicieron los Tártaros dueños de una brecha, desde la qual estaban ya para esparcirse por toda la ciudad.

Llamó el Emperador á Chang-Lin, uno de sus parientes, y en presencia de todos los grandes le suplicó que admitiese el Imperio, diciendo: „Si tú puedes huir, continuarás nuestra familia, y levantarás este tan abatido trono. Yo, añadió, en los diez años que he tenido la corona no creo haber cometido grandes faltas: no temo la muerte, y veo que la mayor parte de las dinastías se han acabado baxo de Príncipes brutales dados á la embriaguez, á la avaricia ó la torpeza. Bien sabes que yo no tengo estos vicios; y no obstante acaba en mí la dinastía de los Kines. Lo que veo con dolor es que los Príncipes en cuyo tiempo han espirado las dinastías,

se han visto ordinariamente expuestos á los insultos, ultrajes y prisiones, y tratados con indignidad; pero hoy declaro que nada de esto me ha de suceder á mí." Entonces tomando un vestido ordinario, dió como un furioso sobre los Tártaros que avanzaban; pero la muerte que buscaba todavia le respetó en medio de sus enemigos. Estando ya para prenderle se retiró á una casa que habia hecho rodear de paja y haces de leña: mandó que la pusiesen fuego quando él se quitase la vida: con efecto se hirió, murió y quedó la casa consumida en el incendio.

Quando Ghenguis Kan se vió dueño de una parte del pais de los Kines, quisiéron demostrarle los cortesanos codiciosos, que de nada les serviria si no mataba á todos los habitantes. „Entonces, le decian, se pueden lograr hermosos pastos que den mucha ganancia." Sin duda, hombres que hacian especulaciones tan codiciosas y crueles, pensaban en poner pastores asalariados que les diesen mucho producto para que sus riquezas se aumentasen inmensamente. El Ministro Yelú detuvo la execucion de este proyecto bárbaro, y dixo al Emperador: „Ahora no teneis mas que una pequeña parte de la China; pe-



Muerte de Sheu.

*No habiendo podido contener los Chinos las numerosas victorias de los Tartaros: el infelice Sheu, despues de hacer proveer de valor en defensa de la única plaza que le habia quedado, se encerre en una casa, la hizo rodear de paja y leña, y la mandó incendiar quando se habia-se dado muerte. Quanto se desmintió con esta rebu de resolucion el que tan gloriosamente ha-
bia sabido exponer su vida por sus vasallos.*

ro estableciendo en ella un buen orden, las tierras de labor, la sal, el hierro, el producto de los rios y otras mercaderías pueden producir cada año inmensas rentas en dinero y en géneros, sin maltratar á los pueblos; y añadió: el conquistador debe pensar en hacerse famoso por otro medio que la exterminacion de los vencidos. No hay duda que se necesitan soldados y capitanes para pelear; pero tambien son inexcusables magistrados para gobernar, paisanos para trabajar, comerciantes para traficar, mandarines para cuidar de las rentas del Imperio, y literatos que ilustren los pueblos, y conquisten los espíritus." Estos sabios consejos prevalecieron en el espíritu de Ghenguis-Kan, y produxéron felices efectos; pero todavia pudieron mas en el de Octay, que conoció tambien toda su importancia, y así entregó á este Ministro el cuidado de la execucion. Hizo Yelú reglamentos llenos de prudencia y equidad, con que florecieron el comercio y la agricultura. Estableció aduanas, fixó los impuestos: se tomaba para el Emperador el diezmo sobre el vino, el arroz y el trigo, y una trigésima parte sobre los demas géneros: la sal parece que estaba arrendada. Tambien se opuso este Ministro á

un aumento que propusieron algunos tratantes sobre las aduanas, haciendo ver que seria la ruina del pueblo; y no prevaleciendo sus razones, dió un suspiro profundo, diciendo en alta voz: „Que la miseria á que iban á reducir á los Chinos se veria presto seguida de las mayores desgracias.” Quando Octay subió al trono, repartió sus provincias entre sus hermanos, sus parientes y los principales señores, los cuales las gobernaban con perfecta moderacion baxo la inspeccion severa del Emperador. De este modo tuvo un reynado tranquilo, pero que no pasó de trece años. Vivió cincuenta y seis, y murió de resultas de una espléndida comida, en que no se abstuvo lo bastante. A lo que parece era Príncipe enemigo de la adulacion y la baxeza. Tenia una ley que prohibia pena de la vida degollar á los animales, y mandaba abrirles el vientre y arrancarles el corazon. Esta ley, como todas las de esta especie, envolvian un principio de política: y era facilitar que los Mogoles se acostumbrasen á comer las entrañas de las bestias, que antes no se atrevian á tocar. Un Mahometano compró un carnero, y le cortó la cabeza. Un Mogol que le vió cerrar con cuidado su casa, sospechó su

intencion: subió al tejado, lo estuvo viendo todo: fue siguiendo al culpado, y le llevó delante del Emperador. Estuvo Octay reflexionando algunos momentos, y envió absuelto al Mahometano, porque la misma cautela con que se ocultaba daba á entender que respetaba la ley; y condenó á muerte al Mogol por haber contravenido á las ordenanzas de pública seguridad subiendo al tejado de su vecino sin que este lo supiese.

Muerto Octay, la Emperatriz Tolyekona se hizo reconocer regente á pesar de las instancias del Ministro Yelú, que pretendia se proclamase segun la intencion del Emperador difunto á Shelyemen su nieto. La viuda, sin excluir al pretendiente, suspendió el nombramiento por dos años, y quando ya tenia asegurados los votos hizo nombrar á su hijo Kayuk, y fue quitando insensiblemente su poder al Ministro. Dicen que este murió de pesadumbre, lo qual debe sorprehender, porque no hubo hombre que tuviese tantos recursos para consolarse en qualquier desgracia. Era Yelú muy hábil en las ciencias chinescas: propusieron sus enemigos quando murió que se reconociesen sus bienes; pero este exámen los dexó avergonzados, porque se halló po-

co dinero, y muchos libros escritos de su mano sobre historia, astronomía y agricultura, gobierno y comercio, con medallas, instrumentos de música, libros antiguos, inscripciones grabadas en piedras, mármoles y metales. En sus viages, en lugar de las riquezas que pudiera haber adquirido, juntó con mucho cuidado estas curiosidades. Poseia en grado eminente las calidades de gran Ministro, firmeza inalterable, extraordinaria presencia de espíritu, exácto conocimiento de los países sujetos á su Monarca, discernimiento en la eleccion de sus vasallos, recursos seguros para juntar en caso necesario grandes sumas de dinero y provisiones. Gastó mucho en atraer obreros, oficiales, ingenieros y sabios de todos los países. Se aplicaba sin cesar á inspirar á los Príncipes el amor á sus vasallos y á la policia, y en fomentar en los pueblos la aversion á la crueldad y á la rapiña. Quando se tomó la capital de la China y el palacio del Rey, mientras los otros se hartaban, por decirlo así, de recoger riquezas, él solamente tomó mapas, libros, pinturas, y algunos fardos de ruibarbo que le sirviéron despues para curar á los soldados de una maligna fiebre epidémica.

No pueden alabarse dignamente los esfuerzos que hizo por reformar las costumbres y carácter de los Mogoles. El fue su primer maestro, y como su primer legislador. Les dispuso un kalendario: hizo prudentes reglamentos para el comercio, la hacienda, las aduanas públicas, los pósitos, y para la subordinacion de los oficiales civiles y militares. Oponian grandes obstáculos á sus intenciones la natural ferocidad de los Mogoles, su ignorancia y educacion, y todos supo vencerlos. Durante su ministerio se abolió la costumbre de elegir en ciertos tiempos para el palacio del Emperador las doncellas mas hermosas. Por último puede decirse que el poder que tuvo este hombre grande en los reynados de Ghenguis-Kan y de Octay honra su memoria. En los anales de la China se refiere que los Tártaros penetraron hasta unos paises, cuyos habitantes tenian los ojos azules y el cabello largo, y en donde eran tan largos los dias en el solsticio del verano, que apenas habia noche. Por estas señas se reconoce que hicieron irrupciones en Rusia, Polonia, Moravia, y aun en la Bohemia, Austria y Hungría.

La Emperatriz Tolyekona tuvo mucho

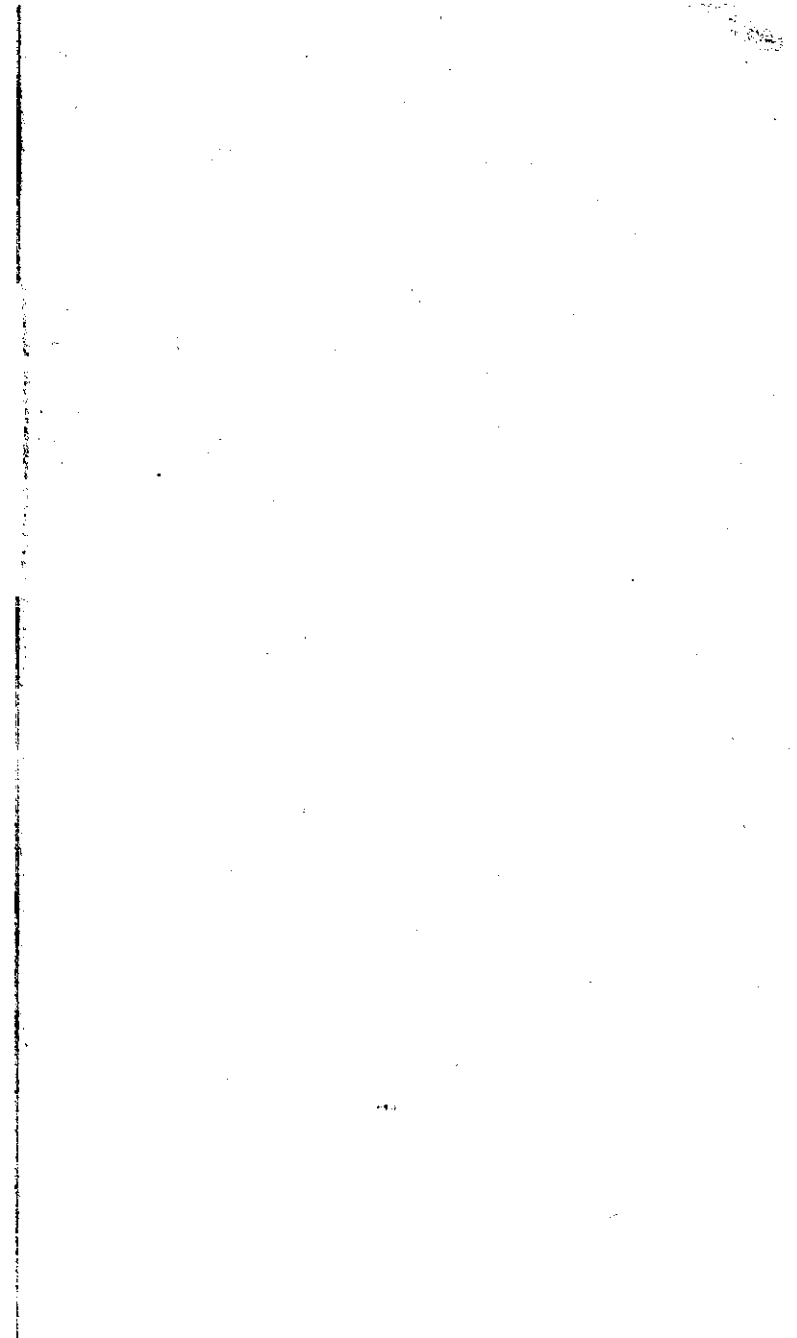
poder en el reynado de Kayuk. Se censura en este Príncipe el no haber gobernado por sí mismo, y que dió demasiado poder á su madre y á los Grandes, como tambien que favoreció demasiado á los Bonzos y á los Lamas. Alaba la historia su bondad y el valor que manifestó en la guerra, mandando en persona sus exércitos en la conquista de la Corea, y de los países cercanos al mar Caspio; pero notan de excesivas sus liberalidades. Murmuraban altamente los pueblos, y se quejaban porque los precisaban á dar caballos á los señores que de dia y de noche corrian la posta, y de que gastaba mucho la corte en joyas y pedrería que compraba á los mercaderes mahometanos á precio muy subido, al mismo tiempo que apenas habia en el tesoro para pagar á los grandes exércitos que era preciso mantener en pie. Murió Kayuk á los quarenta y tres años de edad, y ocho de reynado. Aunque dexó hijos, Tolyekona con la viuda favorita, llamada Wulianisha, emprendieron la elevacion de Shelyemen, que la primera habia hecho retirar para dar el trono á Kayuk. Con la esperanza de esta dignidad vivió Shelyemen como Emperador los dos años que duró la

regencia de las dos Princesas mientras se juntaban los estados; pero con grande admiracion del Príncipe y de sus protectoras cayó la eleccion en Mengko, nieto de Ghenguis-Kan, aunque no de la rama reynante.

Despues de estos sucesos no hará novedad que hubiese movimientos en favor del que habia tenido el trono tan cerca, y así los hubo en muchas provincias del Imperio; pero Mengko los sosegó con su firmeza, y con la prontitud de sus medidas, tomando la precaucion de tener acampado un buen ejército cerca de Korakoron, que era la capital. Le acusan de cruel porque quitó la vida á las dos Emperatrices, cuya rebellion no se probó bien sin duda, pues las matáron como á reos de sortilegios, que es el delito de las personas que no le tienen. Al Príncipe Shelyemen le encerráron en una fortaleza, y no se habla mas de él. El Emperador, para ganar el corazon de los vasallos mas instruidos, ofreció un sacrificio solemne al cielo, segun el rito de la China, y renovó esta ceremonia muchas veces. Reconoció en el Imperio una religion dominante, y fue la de los Lamas, á la que dió xefe con el nombre de *Doctor y Maestro del Emperador*. Se alivió mucho de

los cuidados del gobierno de la China, erigiendo feudos para los Príncipes de su casa, dexándoles la utilidad con la carga de los servicios, y reservándose la soberanía.

El que en esto logró mejor partido fue su hermano Kublay, cuya historia es un grande elogio. Eligió por Ministro á un Chino llamado Yaoh-Shu, de reconocida integridad, y de prudencia no comun. Resolvió el Príncipe gobernarse en todo por sus consejos, y le fue muy bien. Habia, como sucede despues de las guerras de conquistas, lugares y ciudades sin habitantes, y grandes y bellas campiñas desiertas. Juntó Yaoh quantos paisanos y labradores pudo, y distribuyéndoles tierras, los proveyó de quanto necesitaban para hacerlas valer. Quedó arreglado lo que habian de dar todos los años, así para el servicio del Emperador, como para los almacenes y pósitos públicos. Estas disposiciones agradáron mucho á los Chinos encantados de ver que el Príncipe cultivaba las ciencias y estimaba sus costumbres. Los Tártaros por otra parte estaban muy contentos porque los pagaban bien. Distinguia Kublay á los oficiales de mérito, consultaba á los experimentados, y se exercitaba en disparar el arco con los que iban





Muerte de Mengko.

El espíritu de conquista que caracterizó á Atenguís, y que parece trascendió á sus hijos, empuñó á Mengko, su nieto, en la invasión del pueblo de Sóng; pero este Príncipe, menos fíel, é menos acertado, murió penetrado de heridas en la brecha de una ciudad que deseaba forzar. Para vencer no basta ser valiente. La juiciosa convicción de planco ha decidido casi siempre de la felicidad de las empresas.

á la caza , haciendo quanto les agradaba.

Este gobierno suave y moderado se le representáron los envidiosos del Príncipe al Emperador como un proyecto formado para hacerse independiente. Mengko, muy inclinado á sospechar , empezó por privar á su hermano del gobierno, y retirar á los Generales que le pareció demasiado afectos á él. Nombró oficiales que ocupasen su lugar , y Mandarines para hacer el proceso á los que hallasen delinqüentes. Kublay , irritado con una desgracia tan poco merecida, desde luego se inclinó á tomar las armas ; pero como nada executaba sin el consejo de Yaoh-Shu, fue por su parecer sin guardias ni tropas á ponerse en manos del Emperador. Aquí despertó en Mengko el amor á su hermano á vista de su humillacion y confianza , y así le abrazó muchas veces llorando , revocó sus órdenes , y le dió plenos poderes durante la guerra que iba hacer á los de Song , pueblo chino que deseaba conquistar ; pero las medidas mal tomadas , y un sitio puesto sin tiempo le costáron la vida , y murió penetrado de heridas en la brecha de una ciudad que queria forzar. Tenia cincuenta y dos años , y reynó nueve.

Al mismo tiempo que estaba espirando á vista de los muros de Song, los atacaba su hermano por otra parte, y con la noticia de la muerte del Emperador acudió al ejército que acababa de perder su jefe: y aunque al principio no quiso admitir condiciones muy ventajosas, que le ofrecia Kya-tse-tao, Ministro del Li-Tsong, Emperador de los de Song; las aceptó despues, sabiendo que Alipuko, su hermano, aspiraba á la corona, y estaba ya á la cabeza de un ejército cerca de Korakoron, que era la antigua capital, pues ya Mengko habia elegido otra nueva llamada Chan-Tú. El tratado entre los Tártaros y los de Song satisfizo á los dos Emperadores: al Tártaro porque conseguia un tributo; al de Song porque su Ministro le habia ocultado esta vergonzosa condicion, persuadiéndole á que la paz, tan gloriosa para él, era el fruto del valor de sus tropas y de sus victorias. Kublay, tranquilo por esta parte, marchó contra su hermano, que tenia ya un partido poderoso, dió la batalla, y le puso en fuga.

Entonces se rodeó de sabios ministros, cuyos consejos produxéron los bellos reglamentos que han hecho tan célebre el reynado de este Príncipe. No obstante uno de ellos, lla-

mado Ahama, desgraciaba las buenas intenciones de los otros. Habia hallado el flanco de su señor, que gustaba mucho del dinero, y sabia procurársele; y este talento tenia sordo al Emperador para no oír las representaciones que le hacian sobre que no diese tanto poder á un ministro que con sus exâcciones le deshonoraba. No se enojaba el Príncipe por la libertad de los hombres honrados; pero siempre se servia del fiscal que creia tan útil, parecido en esto á muchos que ven y aprueban lo mejor, pero hacen lo peor. En todo lo demas puede ser Kublay modelo de Monarcas. Se preciaba de conocer por sí mismo á los vasallos que podian contribuir á hacer su reynado ilustre por las armas, ciencias y comercio. Se impuso la ley de valerse de los hombres de mérito de qualquiera nacion que fuesen. Hasta entonces apenas habian hecho caso los Tártaros de otro mérito que el militar; pero Kublay dió estimacion á los Mandarines letrados, encargados de gobernar los pueblos, y de hacer justicia á los particulares. Arregló el número, la clase, la autoridad, su competencia y sus sueldos, y estableció tribunales de guerra, comercio, manufacturas y obras públicas. Construyó un palacio en honor de sus

mayores, y fue el primer Príncipe Mogol que llegó en persona á rendir en él sus respetos. La observancia de las ceremonias que por entonces hizo ha llegado á ser en la China asunto de estado, y una estrecha obligacion de que jamas se han dispensado sus sucesores. A Kublay se debe la primera coleccion de instrumentos de matemáticas, que recogió por todas partes, la de libros originales y traducidos: un colegio de astrónomos, encargados de hacer el kalendario, de fixar el turno de las festividades, y quanto es respectivo á la religion: formó una academia de literatos, ocupados principalmente en la historia del pais; sus miembros se llaman *Hanlin*, y tienen mucha estimacion. Por último nombró censores del Imperio, que seria el establecimiento mas útil, si la intrepidez acompañara siempre á la vigilancia. Encargó Kublay al xefe de los Lamas, llamado Pasopa, que inventase caracteres propios á los Mogoles, que hasta entonces habian usado indiferentemente los de los pueblos conquistados. Este los inventó para representar la palabra á diferencia de los caracteres chinos que pintan las cosas. El buen Emperador no se desdeñaba de preguntar por sí mismo á los Mogoles so-

bre sus progresos en la ciencia ; y para juntar la emulacion con el exemplo hacia dar á sus hijos una educacion conforme á sus principios.

No por estas ocupaciones descuidó de pedir el dinero que le debia dar el Emperador de Song, y así envió á buscar el tributo. El Ministro Kya-tse-tao, sorprendido con esta demanda, que iba á descubrir á su señor su torpeza, hizo asesinar á los embaxadores antes que llegasen á la corte. Esta barbaridad, en que no se podia creer que dexase de ser cómplice el Monarca, le suscitó una guerra muy funesta. El mando del ejército mogol era muy pretendido, y cada Ministro presentaba ordinariamente un General de su eleccion. Kublay á ninguno consultó sino á sí mismo, y nombró un General, conocido ya por muchas hazañas, llamado Peyen. Hay pocos exemplares de una guerra en que los vasallos hayan manifestado mas energía, amor al Soberano y zelo patriótico que los de Song, y en que menos les favoreciese el gobierno: como que estaba este en manos de una muger, abuela de un Príncipe de doce años, dirigido por el traidor Kya-tse-tao. Es verdad que quando los negocios empezaron á desgraciarse, le despidió la Emperatriz ; y des-

pues le matáron los Mogoles en el retiro que habia escogido.

Necesitó Peyen de toda su habilidad y valor, y de la intrepidez y obstinacion de sus tropas para vencer á los de Song, que se defendiéron como desesperados. Quando ya no podian resistir, preferian matarse unos á otros, ofrecer el cuello á los enemigos, ó precipitarse en los pozos ó los rios antes que entregarse. No presenta la historia muchos exemplares como este no solo de familias, sino de ciudades enteras que se sacrificáron de este modo, ó se destruyéron con las llamas: de suerte que quando entráron los vencedores no halláron mas que cadáveres y cenizas. Hizo la Emperatriz tentativas para conseguir la paz, hasta ofrecer la condicion de hacer á su hijo vasallo de los Mogoles. Procuraba su embaxador excitar la compasion del General, representándole la injusticia que seria despojar á un niño; pero Peyen respondió: „En quanto á la corta edad del Príncipe debeis reflexionar que vuestra dinastía en otro tiempo quitó el Imperio á un Príncipe que era con corta diferencia de la edad del vuestro. Hoy quita el cielo el Imperio á este para dárselo á mi señor. Esta es la suerte, y es necesario sujetarse á ella.”

Esta respuesta anunciaba una disposicion irrevocable. Consintió pues la Emperatriz regente en ponerse en manos del General con su hijo Kong-Tson : la trató con la mayor atencion; pero quitándola no obstante, y al jóven Rey poco á poco todas las insignias de su dignidad, los envió á la corte del Kan. Kublay, sabiendo que estaban cerca, envió para recibirlos á la Emperatriz Hong-Kila, su primera muger, Princesa recomendable por su moderacion, la qual hizo quanto pudo por consolar á los ilustres cautivos; y como el Emperador expusiese á los ojos de los Príncipes y Princesas de su corte las joyas y tesoros hallados en el palacio del de Song, y todos contemplasen con gozo estas riquezas, no pudo Hong-Kila contener las lágrimas, y dixo á su esposo : „Señor, las dinastías no son eternas: por lo que veis que sucede en la de Song, juzgad lo que ha de suceder á la nuestra.”

En medio de la turbacion por la toma de su capital salváron los fieles Chinos á dos Príncipes jóvenes, hijos del último Emperador, aunque de otra muger, y levantáron sus estandartes en nombre del mayor de ellos. Murió este de enfermedad, y colocáron á Ti-Ping en el trono. Si entre ellos no hubiera

habido desunion , y á no ser por las traiciones con que los vencedores los engañaron , y por el terror de los vencidos , todavia estaban en estado de defenderse con provincias enteras , soldados determinados , buenas ciudades , naves y otras reliquias que siempre dexa tras de sí la ruina de un imperio vasto. Lo que les convenia era haber sostenido la guerra á fuerza de ardides , y así hubieran incomodado mucho á los Mogoles ; pero los Generales chinos , queriendo dar fin á la guerra de un golpe , reuniéron sus tropas : y era tanta la confusion y falta de disciplina , que se dexáron sorprehender. Vencidos en tierra se refugiáron á las naves , pero en ellas no hicieron mayor resistencia. Ltsyeufú , uno de los xefes , viéndolo todo perdido , bogó á la nave del Emperador , en donde estaban su propia muger y sus hijos , y los hizo arrojar al mar. Acercándose despues al jóven Príncipe , le dixo con entereza : „ Señor , no deshonreis vuestra familia siguiendo el exemplo de vuestro hermano Kong-Tson : morid Príncipe soberano para no vivir esclavo de una nacion extranjera.” Dichas estas palabras le abrazó llorando : se le echó al hombro , y se arrojó con él al mar. La mayor parte de los Mandarines

hicieron lo mismo. La Princesa madre, que estaba un poco distante de las otras naves, esperaba con impaciencia noticias de su hijo: queria consolarla el que se las llevó; pero ella sin hablar palabra ni verter una lágrima se arrojó al mar, y á su imitacion se arrojaron tambien sus damas y demas criadas. Dicen los historiadores chinos que se ahogaron hasta cien mil hombres. Así acabó la dinastía de los de Song, cuya familia se llamaba Chao.

El gusto de las conquistas, que no costaban á Kublay mas que dar órdenes, le hizo subyugar á los Chinos meridionales y á los Japones. Estos despreciaron sus amenazas, y maltrataron á sus embaxadores. Una tempestad dispersó las naves que envió contra ellos, y perecieron mas de sesenta mil Chinos y Tártaros en esta expedicion, la qual desagradaba mucho á los Grandes y Ministros. Tambien se murmuró mucho que el Emperador continuase su confianza á Ahama; y porque despues de haber castigado á este exáctor, cuyos robos se le probaron, nombró por Ministro de Hacienda á otro que no era mejor. Todavía quisieron algunos Mandarines fieles abrir los ojos á Kublay diciendo: „si no lo hacemos así, la posteridad nos hará justicia, y pasare-

mos en ella por gentes sin honor. El bien del Imperio pide que demos á conocer quien es el que le arruina." Uno de ellos, llamado Cheli, se sacrificó por el bien público, y el Emperador irritado le hizo apaleaer tan cruelmente que le salia la sangre por narices y boca. Creyó Kublay que el acusador viéndose así confesaría que habia hecho mal, y le hizo interrogar de nuevo; pero él respondió: „El bien del estado y el honor del Príncipe son los que me han hecho hablar: muera yo si no pruebo mi acusacion." El Kan, al oír una respuesta tan valiente, examinó el asunto, descubrió la verdad, castigó al culpado, y se arrepintió de haber maltratado á Cheli, quejándose de que no le hubiesen desengañado antes. Los censores del Imperio le dixéron que hasta entonces habia sido peligroso advertirle las intrigas de los malos Ministros.

Kublay pasó el último año de su vida en perfeccionar los establecimientos útiles que habia hecho para que todos los pueblos conociesen el beneficio de su influencia: para esto estaba la mitad del año en la Tartaria, y la otra mitad en la China, como lo han hecho despues sus sucesores. Entre los grandes bienes que hizo en sus conquistas se deben

contar los canales de comunicacion entre los rios, y los inmensos trabajos con que los hizo navegables. Vigilaba sobre todos los puntos de la administracion con aplicacion tan grande que daba general actividad á todo el gobierno: y en este particular le ayudaba admirablemente su hijo primogénito Cheng-Kin, intitulado Príncipe heredero. Murió á los quarenta y tres años, y desde la infancia habia manifestado inclinacion á las buenas costumbres. Quando fue á relevar al célebre Peyen, á quien el Emperador llamó á su corte despues de sus hazañas en la China, pidió el Príncipe al General que le aconsejase sobre la conducta que debia observar, y este le dixo: „Príncipe, no os dexeis llevar del vino ni de las mugeres, y todo os saldrá bien.” No se sabe si este aviso fue una censura indirecta del Emperador Kublay, de quien se cree haberse entregado con exceso á estas dos pasiones. Tambien le notan de haber favorecido demasiado á los sectarios de Fó, bien que por otra parte pasa por uno de los mejores Príncipes mogoles. Vivió ochenta años, y reynó cincuenta y dos. Le tienen por el primer Emperador tártaro de la China, y su familia, substituida á los de Song, se llamaba la dinastía de los de Iven.

El Príncipe Cheng-Kin habia dexado tres hijos, y no se sabe por qué Kublay destinó la corona á Timur, que era el último. Kan-malo, que era primogénito, no murmuró de esta eleccion; y dando á los otros exemplo de obediencia á las disposiciones de su abuelo, prestó el juramento á su hermano menor, y siempre vivió sujeto á él. Timur, asegurado de su fidelidad, no dudó confiarle el gobierno de la Tartaria, en la que fue singularmente estimado por sus bellas calidades; y la muerte, que se le llevó siendo aun jóven, causó un luto general.

Timur por su parte cautivaba el corazón de los Chinos, y con su suavidad los reunió á todos baxo de su Imperio, cosa que no habian podido conseguir sus predecesores con sus hazañas. Pasa en la historia por un Príncipe perfecto: su virtud dominante era el amor de sus pueblos, y así nada omitia por aliviarlos. Además de los hombres que enviaba á las provincias encargados de descubrir las necesidades de sus vasallos y remediarlas, pasaba él algunas veces en persona. Ningun Príncipe tuvo mejor eleccion de Ministros y Generales, ni con mas constancia manifestó el aborrecimiento á la adulacion y al luxo, que son



Nobleza de Ayulipalipata.

Per muerte de Timur recayó la corona en Haishan; pero su ausencia, y las intrigas de la Emperatriz, siuda, le pusieron á punto de perderla. Finjéase competider Ayulipalipata; pero quando acudie Haishan recibie de las manos de este generoso rival un cetro que este conservaba en depósito. Emprenderle to do por ocupar un thono, ni es noble ni raro, pero, quon peccat saxo se conquistat para ceteris!

dos vicios demasiado comunes en las cortes. Murió á los quarenta y dos años de edad, y catorce de su reynado, sin dexar hijos ni sucesor.

Quando cerró los ojos se hallaba Hayshan su hermano á la cabeza de un poderoso ejército cerca de la capital. La Emperatriz viuda deseaba colocar en el trono á un hijo de Kan-Mala, aquel que tan generosamente habia cedido la corona á Timur, su hermano menor. Aunque los votos de los Mogoles y de los Chinos estaban por Hayshan, le perjudicaba su ausencia; pero un hermano suyo, llamado Ayyulipalipata, se opuso á la faccion, dando á entender que trabajaba para sí mismo: y le salió bien la idea; porque engañándose Hayshan, acudió creyendo que tenia un rival mas que vencer; pero se sorprendió agradablemente quando vió que su hermano le entregó el cetro, de que solo se habia hecho depositario con el fin de asegurársele. Hayshan manifestó una inclinacion decidida á la doctrina de Confucio, y así hizo traducir sus libros en la lengua de los Mogoles, y les encargó mucho su lectura. Los sectarios de Fo por el contrario perdiéron mucho de su crédito, que habia sido grande en los últi-

mos reynados. Los bienes de los Bonzos eran exêntos de impuestos; pero este Príncipe los sujetó á la contribucion. Era Hayshan buen guerrero, equitativo, generoso, protector de los literatos; pero se entregó demasiado al vino y á las mugeres. Estas dos pasiones le abreviáron los días de la vida, y así murió de treinta y un años, y tres de reynado.

Era razon que Ayyulipalipata, que tan generosamente habia conservado el trono para su hermano, le reemplazase despues de su muerte; y así es que subió á él sin dificultad. En su reynado se vió muy afligido el Imperio con sequedades, hambres, inundaciones, terremotos, epidemias y eclipses de sol, especie de azote que los Chinos temian mas que todo, no obstante que conocian la causa, pues los calculaban. Segun parece habia en la China divisiones religiosas. Los discípulos de Confucio atribuian todas estas desgracias á los Bonzos, y estos se defendian vivamente; pero el buen Emperador tomó el partido de cargarse él con la culpa en los escritos que publicó, diciendo: „Que las calamidades que experimentaban sus pueblos eran el castigo de las culpas que él habia cometido en el gobierno, y prometia emendarse.” Si semejante con-

fesion hace honor á un particular, rara vez es útil en un Príncipe. Ayyulipalipata se aplicó mucho mas que á la guerra al gobierno interior. Puso en su vigor el exámen anual de los Mandarines, que estaba despreciado, aunque prescripto en las leyes, y él mismo era el presidente. El objeto de este exámen era elevar á otro grado superior á los que hubiesen cumplido bien, y hacer que descendiesen los culpados de prevaricacion ó negligencia. Asoció Mandarines Tártaros con los Chinos; y pudiera creerse que quiso hacer justicia consigo mismo, como con los otros, quando abdicó la autoridad soberana, de que tal vez se juzgaba incapaz; pero el Príncipe su hijo no quiso ocupar el trono que su padre le cedia. Ayyulipalipata desistió de su proyecto; pero declaró al Príncipe heredero por su Teniente General, y le encargó todos los negocios. Solos nueve años reynó, y murió á los treinta y seis: Príncipe mas loable por no tener vicios que por haber tenido virtudes morales.

A los diez y nueve años de su edad tomó Chotepala las riendas del Imperio, y le gobernó como Príncipe consumado. Reformó en su corte el luxo, las torpezas y la avaricia, que por la debilidad de su padre habian

tomado incremento. Su profunda veneracion á los mayores y á los ritos de la religion le merecieron la estimacion de los Chinos, y esta se aumentó con la disminucion de los impuestos, y liberalidades distribuidas con discernimiento por los consejos de su Ministro Paychú, hombre excelente en todos géneros. Fuéron acusados los censores del Imperio de que se ocupaban mas en hablar mal del Emperador que en advertirle lo que pasaba; y algunos fuéron castigados. Generalmente quando semejantes cuerpos publican sus observaciones, son muy temibles para el Soberano. La demasiada confianza perdió al jóven Emperador. No imaginó este que los parientes de un Ministro, á quien habia quitado justamente la vida, pensarian en vengarle aunque pudiesen; pero estos formáron una conspiracion de muchos descontentos con las reformas, y entrando de improviso en el palacio, matáron al Príncipe y á su Ministro: tenia Chotepala veinte y tres años de edad, y habia reynado quatro. Paychú habia mostrado tal vez demasiada aversion á los Lamas, tratándolos de hombres que no tenian otro cuidado que el de atesorar dinero, y que protegian á los malvados; pero el Emperador era amado gene-

ralmente, y daba grandes esperanzas, por lo que su muerte causó en todos grande aflicción.

Los conspiradores pensaban en colocar en el trono á Yesun-Temur, hijo del Príncipe Kan-Mala, y que á la sazón era comandante en las fronteras de la Tartaria. Le diéron parte de su proyecto; pero estuvo Yesun tan lejos de consentir, que envió correos para avisar al Emperador, mas ya llegaron tarde y halláron consumado el delito. Creyó Yesun que era prudencia no irritar á los culpados; y aunque al principio concedió un perdón general, y promovió á las dignidades á algunos de los mas distinguidos: despues de este primer esfuerzo de política á casi todos los castigó con la muerte, prision, destierro ó confiscacion de bienes. Se llevó á mal que hubiese perdonado á algunos, y sobre esto hubo graves quejas dadas en un memorial que el Emperador permitió le presentasen públicamente, tal vez porque no pudo impedirlo. Le exhortaban á que fuese mas severo contra los Ministros culpados de injusticias y vexaciones, porque la impunidad de semejantes delitos hace temer con justa razon la próxima ruina de los Imperios. En consecuencia suplicaban al Emperador que visitase las cárceles

para descubrir si habia en ellas personas que estuviesen gimiendo en la opresion , y que enviase por todas partes comisarios encargados de exâminar el estado de las ciudades, el de los campos y el de las tropas , y distribuyesen socorros y remedios á los pobres enfermos. Los mismos comisarios habian de impedir la pesca de las perlas , porque en ella moria mucha gente ; y poner limites al valor de la pedrería , porque los Gobernadores la compraban á todo precio para hacer regalos en la corte , contando por nada la ruina de las provincias siempre que por este medio conservasen su crédito.

„Un Príncipe , decian , debe pensar en gobernar el Imperio como padre de sus vasallos, sin apoyar su poder con la autoridad que da á los Bonzos y á los Lamas. Desde que se hacen tantos sacrificios y súplicas á Fó, ha dado el cielo continuas señales de su indignacion , y mientras no veamos abolido el culto de Fó , y desterrados á los Bonzos solo podemos esperar ser infelices.” A lo que parece estaban desenfrenados contra los ministros de la religion de Fó , y sobre todo contra los principales que vivian en la corte ostentando un luxo escandaloso ; y el fa-

vor de las Princesas les daba un poder de que abusaban en detrimento de los pueblos. En el mismo memorial exhortaban al Emperador á que echase de su palacio á los eunucos, los astrólogos, los médicos, las mugeres y otras personas ociosas, cuyo mantenimiento subia á sumas exôrbitantes. „El Imperio, añadian, es una familia, cuyo padre es el Emperador, y no es razon que entre sus hijos se esten muriendo algunos por falta de socorro y de cuidado, mientras otros viven en la abundancia. Todavía es menos conveniente que un Príncipe tenga por cosa indigna de su grandeza oír los gritos de los miserables.” Yesun no fue totalmente insensible á las quejas de este memorial; pero remedió pocos desórdenes, y murió en su indolencia á los treinta y seis años de edad, y cinco de reynado.

Dexó un hijo llamado Asukipa, que habia sido nombrado Príncipe heredero; y esto daba un derecho al Imperio, que nadie debiera disputar. No obstante hubo una faccion que emprendió colocar en el trono á dos hijos de Haysun, llamados Hoshila y Tutemur. Hubo muertes de muchos Grandes, á las quales el partido vencedor dió el nom-

bre de castigos. Así que se vió Hoshila en el trono, nombró á su hermano Príncipe heredero, y al primer año de su reynado murió de repente. Se sospechó que su mismo hermano contribuyó á su muerte.

Si Tutemur cometió el fratricidio, no gozó por mucho tiempo el fruto de su maldad, porque su reynado, en el qual hubo varias conspiraciones, solo duró tres años. Se nota que fue el primer Monarca tártaro que entró en el templo del Cielo, y en él sacrificó en persona. Tambien dispuso que entre las mugeres del Emperador sola una tuviese el título de Emperatriz. En el reynado de Ghen-guis-Kan le habian tenido veinte y una, y en los de otros Emperadores siete ó cinco. Murió á los veinte y nueve años, y reynó tres. Dexó mandado que proclamasen á uno de los hijos de su hermano Hoshila.

El primero á quien eleváron, llamado Hinchipin, murió dentro de algunos meses, y le habian reconocido por influxo de la Emperatriz Putasheli, la qual, no obstante que tenia un hijo llamado Yentyekutse, pidió que se executasen las disposiciones de su difunto esposo. Muerto Hinchipin, hizo colocar en el trono á Tuhan-Temur, otro hijo de Hoshila,

aunque la instaban á que colocase á su propio hijo. No se pudo hacer peor eleccion, porque Tuhan solo gustaba del luxo, del regalo y los placeres. Era tímido y cruel, propiedades que generalmente van juntas. Tembló quando subió al trono á vista del gran poder del Ministro que allí le habia colocado; y si este no hubiera muerto á tiempo, puede ser que él le hubiera quitado la vida, como lo hizo con la Emperatriz Puthaseli, á quien debia la corona, y cuyo gran poder, fundado en la estimacion del pueblo, le sobresaltaba.

Su separacion de los negocios la aumentó con astucia un ministro suyo llamado Oga-Tay. Conociendo el carácter irresoluto é indolente del Monarca, le presentó la pintura de sus ocupaciones como una obra imposible, le aterró con la idea de que gobernando por sí mismo, caeria de falta en falta, y que seria lo mejor abandonar todos los cuidados de la administracion á ministros. Así lo hizo; pero como no tenia solidez ni constancia, mudaba de Ministros continuamente, y de aquí nació conspiraciones en la corte, y sublevaciones en las provincias; ademas de que los capitanes y xefes se aprovechaban del descontento de las tropas y de los pueblos para

apoderarse de la autoridad en sus distritos, y hasta cinco se hicieron proclamar Emperadores.

La Emperatriz Ki, nacida en la Korea, dominaba en la corte. Esta tenia un hijo, llamado Ayyeushilitata, cuyo carácter independiente no quiso recibir la educacion de los Príncipes Chinos, que se reducía á asistir todos los dias á las lecciones que daban los Mandarines en palacio, y en las cuales los hijos del Emperador estaban mezclados con los otros. No le gustaron al Príncipe heredero los severos principios de los letrados sobre las causas de la ruina de las dinastías, y con expresiones que escandalizaron á los directores trataba de inútil y obscura charlatanería lo que le enseñaban. La Emperatriz por su parte tambien vivía sin sujecion á los estilos establecidos, y no era escrupulosa en puntos de etiqueta. Dos cortesanos, aunque muy desacreditados por el desarreglo de sus costumbres, tenían entrada libre en palacio, y se les veía en él continuamente. Se atrevieron los censores del Imperio á representar sus quejas al Emperador; y la Reyna consiguió que su débil esposo los castigase. Era muger vana y emprendedora. Para colocar

á sus parientes en el trono de Korea hizo asesinar al Rey de esta provincia; y empeñando á favor de los usurpadores á su esposo, demasiado condescendiente, envió este un ejército: se le hicieron pedazos: y con esta desgracia completó los desastres del Imperio.

Mientras le acometían por todos lados, no habiendo subordinacion en las tropas, y gimiendo con el peso de los impuestos los pueblos consumidos por los malos años, se presentó en las fronteras por la parte del mediodía un hombre de obscuro nacimiento llamado Chú, de quien se cree haberse criado sirviendo en un monasterio de Bonzos. Tomó partido en las tropas quando empezáron los alborotos: se hizo cabeza de bando, se asoció con muchos capitanes, cuyos soldados reunidos formáron un ejército: tomó el mando, é hizo hazañas acompañadas de rápidas victorias. Decía Chú que estaba destinado para dar la paz al mundo, y hacer felices á los pueblos. Tuvo destreza para conseguir de sus Generales, que al principio eran una especie de bandidos como él, que no se cometiesen muertes ni saqueos. Este modo generoso de hacer la guerra le ganó el corazón de los Chinos: estimándoles él, mereció que le estima-

sen, y mucho mas porque se aplicaba á saber sus leyes y á manifestarles confianza; al mismo tiempo que el Emperador instigado por sus ministros los trataba de vasallos sospechosos, y les quitaba las armas. ¡Cómo seria posible que aquellos pueblos, vexados y despreciados por los Mogoles, no se aficionasen á un vencedor que decia: „Los Chinos deben gobernar á los Tártaros, y no los Tártaros á los Chinos!”

Resonó el contento en toda la nacion quando esta vió que Chú recibia el cetro y título de Emperador á instancias de los compañeros de su fortuna, y sentándose en el trono les dixo: „No acepto el título de Rey sino para hacer felices á los Chinos. Al principio de mi reynado es preciso aceptar buenas leyes, pues por lo contrario se han perdido los Mogoles. En quanto á los ritos y ceremonias, soy de parecer que ante todas cosas piense seriamente cada uno en reformar su corazon. Hasta aquí, añadió, habeis sido mis amados compañeros, continuad en ayudarme, y no tengamos otro objeto que el bien.” Executó Chú lo mismo que proponia. Puso por basa de su gobierno las leyes practicadas en las mas estimadas dinastías. Empe-

zaron de nuevo los exámenes de las gentes de letras, de los oficiales, y de todos los encargados de algunas funciones públicas. Hizo buscar á los hombres de mérito, y los empleó, segun sus talentos, en la guerra ó la navegacion, en las artes y ciencias, sin omitir las matemáticas, y los premió como Príncipe generoso. Jamas le pudiéron dar en rostro por algun gasto indebido, porque siempre retiró de sí todo lo que podia afeminar el corazon. En el palacio que edificó en Nankin, su capital, no quiso que se gastase demasiado en preciosos muebles, ni en las cosas raras traidas de paises extranjeros. Desterró severamente las estatuas ó pinturas indecentes. Ganó el corazon de los aldeanos, de los artesanos y de todo el pueblo, conversando con ellos sobre los puntos de su profesion. Tenia grande cuidado de indemnizarlos de sus pérdidas, y socorrerles. Una conducta tan loable no solo supone, sino que prueba un ingenio superior, valor, ciencia militar, grandeza de alma, equidad en la distribucion de las gracias y los empleos; pero todas estas prendas reconoce la historia en la persona de Chú, primer Emperador de la dinastía de los de Ming.

La de los de Yven se extinguió en la China por los vicios en todo contrarios de Tuhan-Temur. Contra esta familia que iba desapareciendo, hicieron divulgar todos los defectos que podian envilecerla y deshonrarla; y así decian que los hermanos habian dado veneno á los hermanos; que el hijo se habia tomado las mugeres de su padre, y que ya en esta familia no habia religion ni costumbres, y estaba perturbado el órden de la sucesion. Esto lo decian particularmente por Tuhan-Temur, haciéndole pasar por hijo del último Emperador Song, que se habia hecho Lama en Tartaria. Kublay, públicamente enamorado de la muger del Lama, adoptó para conseguirla á su hijo, que era Tuhan-Temur. Esta fábula y otras semejantes que se aventuran en las revoluciones, las recibia el pueblo con satisfaccion, y las apoyaba Chú con victorias continuadas: medio el mas seguro para hacer que se crean aun los mayores absurdos. Toda la estimacion de la familia reynante se iba perdiendo al paso que se arruinaban con las derrotas los medios de resistencia.

Tuhan-Temur, viendo á su contrario cerca de su capital, mandó enfardar sus efec-

tos y preparar carruage para su familia: y se despidió de sus vasallos como que iba á hacer un viage. Entró en la Tartaria, y se estableció en una ciudad, á la qual hizo su nueva capital. No le persiguió Chú, ni el sentimiento de los Chinos turbó su serenidad en la fuga. Todavía vivió dos años, y murió á los cincuenta y uno, habiendo reynado treinta y cinco en la China y la Tartaria. A falta de alguna bella accion de este Príncipe, concluiremos con una muy sensata de un ministro suyo llamado Taying. Se habia este desgraciado, y le aconsejaba un amigo que se matase, sin duda porque miraba la desgracia como ignominia, ó como un mal insoportable; pero Taying le respondió: „Yo no he cometido culpa; y quitarme la vida seria confesar que era culpado. Dexemos obrar al cielo.”

Ayyeushilitata, hijo de Tuhan-Temur, que entre los Chinos no se hizo mas honor que su padre, le sucedió en Tartaria; y él y sus sucesores tuvieron que sostener grandes guerras contra los Chinos, á los quales, no obstante la grande muralla que los separaba, todavía les parecia que los Tártaros estaban demasiado vecinos; y los Tártaros por su parte

no podian ver sin grande sentimiento el hermoso reyno de donde los habian echado : motivos perpetuos de querellas entre estos dos pueblos, que nunca han cesado de perseguirse y atormentarse ; pero casi por trescientos años no tenemos noticias circunstanciadas de sus hostilidades recíprocas que han sido muy perjudiciales á las dos naciones. En quanto á la suerte de los mismos Mogoles en Tartaria se sabe ha variado mucho , pues han llegado á ser vasallos de los Tártaros Manqueos , que tambien á su tiempo invadiéron la China. Inútilmente han pretendido los Mogoles sacudir el yugo , pues ya los tienen subyugados.

KALKAS Ó KALMUCOS.

La tercera tribu de Tártaros , llamados Kalkas, y por corrupcion Kalmukos, ha permanecido independiente. Por largo tiempo formó un Imperio ; pero la ambicion de un hombre que se valió de la religion para apoyar sus pretensiones ha sido causa de su disipacion. Los Kalkas obedecian en lo espiritual al gran Lama , que desde el Tibet , en donde reposa su divinidad en un palacio de de-

licias, ve con mucha satisfaccion respetadas sus leyes en vastos Imperios. El de los Kalkas era una de las mas hermosas joyas de esta corona, porque tenia entre ellos un representante ó Kutuktu que se cansó de ser un dios segundo, y de no juntar á su dignidad la autoridad temporal, y así excitó y sostuvo á un hermano suyo por xefe temporal contra el Kan. Este reclamó la soberanía del Gran Lama, y el supremo sacerdote envió cierta especie de legados, á quienes Kutuktu disputó la preeminencia. Causó este cisma muchos desórdenes, porque los Chinos fuéron llamados por los partidarios de Kutuktu; y los Clutos, que era otra rama de Tártaros, sostuvieron la superioridad en 1696. Kang-Hi, Emperador de la China, tenia en Tartaria tres ejércitos. Estos dispersáron á los Kalkas que se habian rebelado contra sus defensores, y los reduxéron á no formar ya cuerpo de nacion.

ELUTOS.

Los Elutos se separáron sin saberse como, del Imperio mogol. Se nos presentan desde el principio del siglo quince con un Kan ó Soberano de su nacion que no descendia de

Ghenguis-Kan, cuya familia dominaba en todas las otras tribus de Tártaros. Uno de sus Kanes, llamado Onchon, estando en guerra con los Taykis, vecinos de la Siberia, fue acometido de las viruelas en su campamento: todo el ejército levantó el campo, como lo solian hacer los Tártaros quando veian esta enfermedad, dexando al Kan solo en su tienda. Le halláron los enemigos así abandonado, y le cuidáron tanto que se restableció. Vivió con ellos tres años sin darse á conocer, y huyendo de sus manos llegó á la frontera de su reyno, y desde allí dió noticia de su aventura á su hermano Sengha, el qual no solamente habia ocupado su trono, sino que se habia casado con su muger. Sengha sintió mucho una novedad que le quitaba la corona y al mismo tiempo una esposa muy querida, y así la consultó sobre lo que debia hacer en ocasion tan crítica. Ella le respondió: „Que pues vivia su primer marido, no podia menos de volver con él.” Esto fue la sentencia de muerte para el infeliz Onchon; pues en lugar de embaxadores que le introduxesen en su reyno, le envió Sengha asesinos que le deshiciéron de él.

No quedó este delito sin castigo, por-



Asesinato de Onchón.

Aterrados los tártaros al ver á Onchón acometido de muchas bayas, dexándole abandonado en su tienda, le resquebraron y cuitaron con comere sus enemigos; pero solícitos de su resgate su hermano Sengha, y temiendo perder la esposa y terno que le habia usurpado; éste le acompañou en el camino; infelís Onchón! Debo la vida á la generosa piedad de tus enemigos, y te priva de ella un vilísimo hermano!

que un hermano de Onchon, llamado Kaldan, vengó su muerte, y se hizo elegir Kan de los Elutos. Se juntó con los Mogoles, pero se rindió con ellos en la guerra en que los Chinos, gobernados por Kang-Hi, triunfaron completamente de los Mogoles. Fue tan grande la destruccion de los Elutos, que en todos aquellos vastos paises solamente quedaron diez ó doce familias, y de este modo extendió Kang-Hi su dominacion hasta los grandes desiertos y selvas que constituyen la frontera de la Rusia. Unos dicen que Kaldan murió en una batalla, otros que viendo sus cosas tan desesperadas se mató con veneno. Hubo no obstante un nieto suyo llamado Raptan, que no se desdeñó de congregar las reliquias de tan dilatado Imperio, y aun consiguió, animando la agricultura, que refloreciese su nacion, y que fuesen respetadas sus armas en el Tibet, adonde hizo una invasion feliz. Desde este tiempo se dispersáron los Elutos, y algunas tribus perseguidas por los Chinos invocáron la proteccion de la Rusia; y se ve que en 1720 se sujetáron algunos á la dominacion de esta potencia. Actualmente no se sabe mas de aquellos vastos paises que lo que se conoce del curso de algunos

rios grandes, que antes de perderse en el Océano se convierten en arroyuelos.

K I P I A C O S.

Los Sultanes de los Kipiacos reynáron en muy vastos países, y su tronco todavía arroja ramas que algunas veces reverdecen. Ghenguis-Kan, satisfecho de la buena conducta de su hijo Tushi en la guerra de Karasan, le dió las grandes llanuras que se dilatan desde el mar Caspio hasta las fronteras de Rusia. Además de los reynos de Astrakan y Kasan incorporo Tushi en sus estados la pequeña Tartaria y algunas provincias de Europa, formando un grande Imperio, que sus sucesores viéron extenderse ó estrecharse, segun les era favorable ó contraria la suerte de las armas. Unos cuentan diez y siete, y otros quarenta Príncipes, cuya historia presenta suficientes hazañas para inferir que fuéron generalmente belicosos. Batú, que fue el segundo, sujetó á mediados del siglo trece á los Moscovitas y Vúlgaros: atraveso la Rusia, asolo la Polonia, la Moravia, la Dalmacia; y quando ya marchaba hácia la Hungría á sitiar a Constantinopla, puso la muerte fin á sus vastos pro-

yectos. Burgha, que fue el tercero, abrazó la religion mahometana, y la propagó en sus estados á fines del siglo trece en lugar del puro deismo, que era la religion de Ghen-guis-Kan.

U S B E K E S.

Usbek, séptimo Sultan, se concilió de tal modo el afecto de sus vasallos, que para darle una pública demostracion tomaron su nombre; y el octavo Sultan, llamado Jani-Bek entró por la Persia, y sacó quatrocientas cargas de camellos en oro y joyas, sin contar otros efectos preciosos que distribuyó á sus soldados. El décimo Sultan Usbek, á fines del siglo catorce, tuvo primero alianzas, despues guerras, y nuevas alianzas con sus vecinos; esto es, disensiones y composiciones. Estos Usbekes son distintos de los que estan vecinos á la Rusia.

C R I M E A.

Las guerras son los pleytos de los Sobranos, y así como los particulares se arruinan, aun quando los ganan, así los Príncipes se empobrecen con sus mismas victorias. Los

Sultanes Kiacos y Usbekes, siempre en guerra con las naciones que tenían al rededor, se hallaron insensiblemente echados por los Rusos de sus antiguas posesiones hácia el mar Caspio, y reducidos á la península de Crimea, llamada tambien la pequeña Tartaria. La rama que en ella se estableció y se perpetuó tenia el nombre de Keray, y le conserva todavia. Desde el año 1553 hasta 1708 se cuentan en Crimea quarenta Sultanes de este nombre, que ya eran soberanos y ya vasallos de los Turcos ó de los Genoveses que poseyeron esta península; y últimamente lo son de los Rusos: y los que los subyugaban tomaban el título de protectores. En Jambal, puerto de Crimea, habia una especie de depósito de Príncipes de donde la puerta Otomana tomaba los Kanes que queria substituir en lugar de los que no la gustaban, y donde tambien hoy los halla la Rusia, en caso de necesidad para reemplazar á los que destituye. De este modo en nuestros dias han sido y continuan en ser estos Príncipes y precarios Soberanos el juguete de la política de estos dos grandes Imperios.

Ya hemos visto á los Tártaros baxar con diferentes nombres desde su grande y alta lla-

nura á la China y á los países meridionales de la Moscovia, llegando hasta la Crimea por detras del mar Caspio. Ahora los veremos extenderse al rededor de este mar por la antigua Persia, subyugar á los de Bukaria y á los de Irak, formar la nueva Persia, y desplegar sus banderas en los países que riegan el Ganges y el Indo.

La Bukaria es la Bactriana y la Sogdiana de los antiguos, con sus dependencias. Nada ha negado la naturaleza á este país para hacer su habitacion agradable, porque los montes abundan en leña y minas: los valles en frutas y legumbres: allí crece la hierba hasta la altura de un hombre: los rios hormigean en pescados, y el terreno es el mas rico de toda la Asia septentrional. Se divide en dos partes, la grande y la pequeña: la grande se subdivide en tres, que son la Bukaria propiamente tal: la provincia de Samarkanda y la de Balk. Cada una tiene su Kan particular; pero algunas veces uno solo posee las dos, y casi nunca las tres. Bukar en mogol significa sabio, y la Bukaria país de los sabios, porque hubo tiempo en que florecian en él las ciencias, y los Mogoles iban allá, y enviaban á sus hijos para instruirse.

La Bukaria propiamente tal tiene mas ciudades que las otras provincias , y es cosa digna de admiracion que se haya conservado Bukaria su capital , situada á la orilla de un rio , cuya agua es tan malsana que engendra en las piernas unos gusanillos , que es preciso rodear todos los dias en un palito hasta extraerlos enteramente : porque si los revientan , y queda alguna parte en la pierna , muere el enfermo infaliblemente. Con todo eso no se les permite beber otro licor que agua y leche de yegua : qualquiera que fuese sorprendido con vino ó aguardiente en su casa , ó que se conociese por el aliento que le ha bebido , seria castigado con cierto número de palos. Este rigor viene del xefe de la religion mahometana , que allí es mas respetado que el mismo Kan , pues le depone quando quiere.

La lengua de los Bukarianos es la de los Persas , á quienes estuvieron sujetos por largo tiempo ; pero al presente son sus enemigos irreconciliables , porque estos abominables hereges , como ellos dicen , no se raen tan bien el vigote como lo executaban todos los demas Tártaros. Aunque tienen monedas de cobre y plata corrientes , las grandes pagas se hacen en oro y plata que se corta y se pe-

sa. El comercio debiera ser inmenso y floreciente en este hermoso país, por ser naturalmente un depósito entre la China, la India, la Persia y la Rusia; pero tiene en las ciudades muchas trabas por la tiranía de los Kanes y sus oficiales. No hacen escrúpulo, quando deben por una parte, de tomar prestado por otra, y con esta circulacion de empréstitos se hallan al fin los mercaderes reducidos á nada. Los robos de los Tártaros errantes que se hacen en el país llano son todavía mas perjudiciales al comercio, que á pesar de estos inconvenientes, se sostiene por la feliz situacion y fertilidad del país. La corte de Bukaria provee á los estados del Gran Mogol y á la Persia de toda especie de frutas secas de un gusto exquisito.

Casi todas las ciudades de la provincia de Samarkanda, que en otro tiempo fue tan floreciente, se hallan arruinadas ó en grande decadencia. La capital, aunque ha decaído mucho de su esplendor antiguo, todavía es famosa por una academia la mas célebre y frecuentada de todos los países mahometanos. La provincia de Bulk, mas bien cultivada que las otras, produce al Kan una excelente renta. Este vigila con mucha atencion sobre la

libertad y prosperidad del comercio. Sus vasallos tienen en su propio pais minas de rubíes, de oro y plata, y las disfrutan. Algunas veces no les cuesta mas trabajo que recoger estos dos metales preciosos en los rios que los llevan en sus corrientes.

En la gran Bukaria se distinguen tres naciones diferentes: los Búkaros, que son los antiguos habitantes: los Jagatayos ó Mogoles que se establecieron allí en tiempo de Jagatay, hijo segundo de Ghenguis Kan; y los Tártaros Usbekes, que son los que la poseen en el dia. Los Búkaros viven en las ciudades, y por esto los Tártaros los llaman Tagikes, que quiere decir ciudadanos: son bien formados y bastante blancos para el clima en que estan. La mayor parte tienen ojos grandes, negros y vivos. La nariz aguileña, buen rostro, pelo negro y hermoso, y la barba espesa; en una palabra, nada tienen de la fealdad de los Tártaros entre quienes habitan. Sus mugeres generalmente son altas y bien formadas, de facciones y tez admirable. En poco se diferencian los trages de los dos sexos, pues uno y otro le usan largo; bien que el de las mugeres es mas adornado. Su religion es la mahometana, su subsistencia el

comercio y los oficios. Nunca se mezclan en la guerra ni el gobierno, porque dexando este cuidado á los Usbekes y á los Kalmucos, se contentan con pagar exáctamente los impuestos. Por esta razon los desprecian los Tártaros, y los tratan de gente cobarde y simple. Se ignora su origen; pero dicen ellos que viniéron de un pais muy distante. Algunos conjeturan que descienden de las diez tribus que Salmanasar, Rey de Siria, hizo transportar al pais de los Medos, creyendo que se halla en ellos alguna semejanza con la fisonomía de los Judíos, y que se parecen en algo en su ceremonial de sociedad.

Los Tártaros Jagatayos y los Usbekes son el mismo pueblo con dos denominaciones, y pasan generalmente por los mas civilizados de los Tártaros mahometanos, bien que no son menos ladrones que los otros. Su modo de vestir es corto, propio para el exercicio, y el de las mugeres no se diferencia del de los hombres. Los manjares mas exquisitos son arroz cocido y carne de caballo. La bebida ordinaria son dos licores que sacan de la leche de la yegua: su idioma es una mezcla del turco, mogol y persiano, pero mas se acerca á este último. Hace poco tiempo que empezáron á usar



armas de fuego; pero el dardo, la flecha, y sobre todo la lanza son muy temibles en sus manos: usan tambien cotas de malla, y escudos contra la cuchillada. Los Tártaros de la Bukaria son los mas robustos y valientes de todos: á estos los acompañan en la guerra sus mugeres, y no temen mezclarse con los combatientes: algunas son muy bien formadas, bastante bonitas y aun hermosas.

Los caballos de los Usbekes no tienen grupa ni pretal: son de cuello largo y derecho como un baston, de pata muy alta, y casi no tienen vientre. Casi todos son muy flacos; pero en extremo vivos, y casi infatigables. En casos urgentes les basta la hierba mas comun. Casi siempre estan estos pueblos en guerra con los Persas, vecinos suyos, en unas llanuras que favorecen á sus correrías; pero no entran tan fácilmente por los estados del Gran Mogol, porque los separan elevados montes. Los que entre ellos sacan su subsistencia de los ganados, viven en tiendas como los Kalmukos, y sientan el campo ya en una parte, ya en otra, segun hallan mejor comodidad. Los que cultivan las tierras tienen aldeas y lugares.

La pequeña Bukaria no se llama así porque

sea menos grande que la otra, sino por menos fértil y menos poblada, como que se compone de una muy larga cadena de montañas, que elevandose en los desiertos arenosos desde los Kalmukos hasta el Nord-Oveste de la China, á lo largo de los Mogoles y del Tibet, parece un mar sembrado de islas y de rocas. Ya se advierte que para ir de un lugar habitado á otro habrá dificultades, y que se exponen á riesgos, porque sin cesar los acechan los Tártaros, que andan en aquellas llanuras, como los piratas que infestan las costas. Este pais da mucho oro en polvo y piedras preciosas, sin exceptuar los diamantes; pero sus habitantes no saben cortarlos ni pulirlos. Los rios que acarrean oro y plata se pierden en las arenas. En este desierto hay parages que ni tienen hierba ni agua; pero otros se ven atravesados de algunas lenguas de tierra bastante buenas, muy bien conocidas por los viajeros del pais, aunque no tanto como por sus camellos que la huelen desde lejos, y se dan prisa por llegar allí á refrescarse.

Aunque los habitantes de la pequeña Bukaria son parecidos á los de la grande, se observa entre ellos la diferencia de ciertas

medias tintas que deben notarse aquí. Son mas morenos sin duda por el reflexo de las arenas del desierto, gustan mas del comercio, y son en él mas que hábiles. También se diferencian en el vestido, que es mas largo. Sus mugeres van mas adornadas, y se tiñen las uñas de encarnado: sus muebles lo menos que tienen es el fausto, y consisten en cofres guarnecidos de hierro, arrimados á la pared, en los cuales guardan de dia los colchones que les sirven de noche. Se acuestan desnudos, no gastan mesas, sillas, cuchillos ni tenedores. Ponen los manjares en un mantel que les sirve de servilleta. Inventáron antes que nosotros una especie de pastillas compuestas de carne picada, que se guardan, y les sirven en los viages para hacer muy buena sopa. Conocen el pan, y preparan el té con leche, manteca y sal.

Compran como los de Bukaria las mugeres, y entre ellos son las hijas una verdadera riqueza. Prohíbe la ley á los esposos de futuro hablarse ó verse desde el contrato hasta la celebracion; pero no se dice si el intervalo es corto ó largo. Otra ley manda que los esposos no se vean durante la ceremonia del matrimonio. Y el casado no puede ha-

blar con su muger hasta despues de comer, y con mucha brevedad. La dexa, vuelve al anochecer, la halla en la cama, se echa vestido á su lado en presencia de otras mugeres. Se renueva esta farsa por tres dias, y hasta el quarto no usa de su derecho. La muger que ha parido se tiene por tan impura en los quarenta dias siguientes que no se la permite ni aun decir sus oraciones. Tienen la poligamia por pecado; pero la mayor parte gustan de cometerle, y así hay hombres que mantienen hasta seis mugeres y mas.

Un médico en este pais no es otra cosa que un hombre que está leyendo al enfermo un pasage de algunos libros: le sopla muchas veces, y da vueltas por las mexillas con una navaja muy afilada para cortar la raiz del mal. Si el enfermo muere, le ponen sobre el pecho el Alcoran: práctica en que se conoce que el mahometismo es la religion dominante; pero los Kalmucos, sepultados en una grosera idolatría, á ninguno creen se debe violentar en quanto á la religion. La extravagancia de los de Bukaria consiste en decir que Dios comunicó el Alcoran á los hombres primero por Moyses y los Profetas, y que despues fue Mahoma el que dió la explicacion. Ve-

neran mucho á Jesuchristo, y le tienen por un gran Profeta. Dicen, como Mahoma en su Alcoran, que nacio Jesus de la Vígen María, sin obra de varon; pero mezclan el nacimiento y la infancia de la Señora y su divino Hijo con infinidad de fábulas; y así creen que quando la Vígen participó á sus parientes la noticia del recién nacido, la diéron muchas reprehensiones: que suplicó á su Hijo que la justificase: y que él abogó victoriosamente en defensa de su Madre. Segun la doctrina de estos fue Jesus perseguido por los asesinos; pero Dios le hizo desaparecer, y castigo á los malvados sucesivamente dándoles la figura del Profeta; y los enemigos que le perseguian, engañados con la semejanza, se arrojáron sobre ellos y los matáron.

Los Bukarianos creen la resurreccion y otra vida; pero no el artículo de que Dios condena al hombre á penas eternas; y suponen que siendo el diablo el autor del pecado solo sobre él caerá el castigo. Si discurrieran mas razonablemente, debieran decir que tambien los culpados recibirán su pena, con lo qual á lo menos se intimidarian en este mundo. Confiesan diferentes grados en el paraiso y el infierno; y contra-

diciéndose en su doctrina precipitan en lo mas profundo del lago á los embusteros, iracundos y sembradores de discordias. Dicen que entre cien hombres hay un escogido, y entre las mugeres una por mil. Tienen por pecado decir que Dios está en el cielo, dando por razon que está en todas partes. Cinco horas señalan para la oracion, y un mes de ayuno, el que durante el dia es muy rigoroso, pero permiten desquitarse durante la noche.

En la gran Bukaria han reynado veinte y cinco Príncipes descendientes de Ghenguis-Kan y de la rama de Jagatay, su hijo mayor. Subsistió su Imperio por ciento y setenta años, y se acabó el segundo año del siglo quince por la discordia entre parientes que unos á otros se arrojaban del trono. El último no era mas que un Príncipe titular que acompañaba á Tamorlan, y mandaba algun cuerpo del ejército de este conquistador. Por el mismo Jagatay descendian tambien de Ghenguis-Kan los Kanes de la pequeña Bukaria, pero entre estos no duró tanto la línea recta, porque fue interrumpida; y al principio del decimoquarto siglo se halla haberse casi enteramente extinguido, aunque se vuelve á pre-

sentar por intervalos hasta el quinto año del decimoséptimo: tal vez existirá todavía, pero se la ha perdido de vista. En la vocacion de Togalak, que fue el primero de estos Príncipes que abrazó el mahometismo, se ven circunstancias singulares. Cazando encontró con un mercader mahometano, á quien trató brutalmente; pero movido de la paciencia del buen musulman, prometió abrazar una religion que inspiraba tanta paciencia. Se olvidó de su resolucion sin embargo; y en vano pretendió el apóstol Musulman que se acordase de su palabra, porque no pudo hallar entrada con el Príncipe, como tampoco su hijo, á quien al morir dexó encargada esta buena obra. Este, despedido siempre del palacio del Kan, pensó en una mañana hacer su oracion sobre un cerro poco distante: con tan alta voz la hizo que despertó á Togalak. Hacer llamar al devoto, preguntarle por qué gritaba así, traerle á la memoria su promesa, y convertirse, todo fue en un instante. Le imitaron sus cortesanos, menos uno, y este prometió convertirse con cierta condicion, diciendo: „Aquí hay un Mogol de extraordinaria fuerza, si el Mahometano quiere luchar con él y le derriba, yo abrazaré su religion; pero no de otro

modo." Aceptó el misionero, y sin duda tenía tanta fuerza en la mano como en el pecho, porque de un revés tiró al Mogol á tierra, en donde por algun tiempo quedó tendido sin sentido ni conocimiento. La eficacia de esta instruccion convirtió inmediatamente al Tártaro y á su campeon.

I R A N.

Lo que vamos á decir de los Príncipes que reynáron en el Iran, es comun á los que reynáron en la Bukaria, porque estos dos países fuéron el teatro de los célebres Tártaros Ghenguis-Kan y Tamorlan, y el de su posteridad. Los Orientales llaman Iran al Irak de Arabia y al de Persia, y así los daremos el mismo nombre; pero del que principalmente se trata es el segundo que al presente tiene por capital á Ispahan. Despues hablaremos de la Persia moderna, ó Persia de los Sofis; y para no dexar nada de lo que pertenece á los Tártaros y sus vecinos, daremos una ojeada por el Imperio del golfo Pérsico, los Turkomanos y los grandes Usbekes, antes de entrar en la India.

Muerto Ghenguis-Kan en 1227, se go-

berνό el Iran por Generales que enviáron allá sus sucesores, hasta el año 1251, en el que Mengco, IV Kan de los Mogoles, confió esta provincia á su hermano Hulagú, el qual la limpió de los Ismaquianos, aquel pueblo de asesinos que hacian temblar á los Reyes; entró en la Iconia, tomó á Bagdad y á su Califá, se apoderó de Alepo, Mosul, Damasco y parte de la Siria. Todas estas conquistas las hizo en seis años, y es reconocido por cabeza de la dinastía de los Príncipes Mogoles en Persia, bien que llega hasta Ghenguis-Kan, de quien descendia este Príncipe.

Abaka, su hijo, se vió acometido por Barkan, Kan de Bukaria, descendiente como él, de Ghenguis-Kan, y tambien de otro de los descendientes de Jagatay; por lo que se advierte que ya estos Príncipes no respetaban los vínculos del parentesco. Abaka rechazó á los Mamelucos de Egipto, y penetró tambien por la Siria. Murió envenenado por su Visir, á quien habia determinado desgraciar.

Le sucedió su hijo Ahmed por eleccion de los Grandes; pero perdió mucho de su estimacion por haber abrazado el mahom-

metismo, mirado entonces con aversion por los Mogoles. Un sobrino suyo, llamado Argun, tuvo esta ocasion por favorable para subir al trono; pero su tio le hizo prisionero, mandó que le quitasen la vida, y se retiró antes que se executase la sentencia; con cuya oportunidad los malcontentos libraron al sobrino, le nombraron por comandante, fueron corriendo contra Ahmed, que estaba muy descuidado, le alcanzaron, y le mataron.

Argun, que habia llegado al trono por su odio al mahometismo, se declaró tan abiertamente contra él que sus zelosos sectarios temieron le destruyese. Con efecto, separó de sí á un Visir hábil que le protegia, y dió toda su confianza á un médico judío; pero quando meditaba con el auxilio de su Ministro aniquilar el islamismo, cayó enfermo Argun, y antes que él muriese, ya habian quitado la vida al judío.

Eligiéron por sucesor á Ganjatu, hijo de Abaka, y su nombre significa en mogol *hermoso por excelencia*. Hacia administrar bien la justicia, pero se deshonoró con sus torpezas; y muchos señores, cuyas hijas habia robado, conspiraron contra, él y le quitaron la vida.

Baydu, su tio, no reynó mas que ocho

meses; y acusándole de haber sido cómplice en la muerte de Ganjatu, un hijo de Argun, llamado Gazan, creyó que debía vengar á Ganjatu, ó por mejor decir, le pareció que se le ofrecia buen pretexto para invadir el trono. Cada uno de los competidores escuchó las proposiciones de paz que los señores les hiciéron; pero se viéron: y concibiendo sospechas uno de otro, se armáron lazos, y cayó Baydu como menos hábil.

Quando Gazan, por tomar la corona del Iran, salió del Korasan, en donde reynaba tranquilamente, le inquietáron algunos de sus parientes que tanto como él deseaban el cetro de Persia. Reprimió sus deseos Neuruz, que era su Emir; y Gazan, por sospechas mal fundadas, le premió con mandar quitarle la vida. Acometió este Príncipe á la Siria con felicidad; pero así que salió de ella degolláron á los Mogoles que dexó de guarnicion. Gobernó con bastante prudencia y equidad; pero no por eso dexáron de asesinarle á los once años de reynado.

No se sabe si tenia hijos; pero á lo menos Algiaptu que le sucedió no era hijo suyo. Este poseyó tambien el Korasan, y procuró con inútiles esfuerzos volver á tomar la

Siria : le atacaron los Turcos, y los rechazó: fundó la ciudad de Sultania, y la hizo su capital. Hizo florecer la justicia y la religion en sus estados mas que otro alguno de los descendientes de Ghenguis-Kan, aunque solo tenia veinte y quatro años quando subió al trono, en donde reynó doce.

El amor y otras intrigas inquietaron el reynado de su hijo Abusaid. Tenia su padre dos Visires ó Ministros, ambos muy inteligentes; y aunque su hijo los conservó, no tuvo la autoridad ó la destreza de mantener entre ellos la buena armonía: y así el uno suplantó al otro con el auxilio de Juban, célebre guerrero á quien habia ganado. Estos dos hombres se hicieron los dueños; pero con la muerte del Visir se reunió muy presto toda la autoridad en Juban, que era gran soldado; y para atraerle mas y mas, le dió el Sultan por esposa su propia hermana.

Tenia Juban una hija de rara belleza, llamada Katun: y bien fuese que el Príncipe no la conoció, ó bien extravagancia, no se enamoró de ella hasta que se habia casado con un señor llamado Hasan. El Sultan, arrastrado de su pasion, se valió de su autoridad para pedirla á su padre fundado en una ley de

los Mogoles, por la que qualquier particular tiene obligacion de repudiar á su muger quando el Sultan se quiere casar con ella. El padre no quiso consentir en el divorcio, y retiró de la corte á su hija y á su yerno. Picado el Príncipe manifestó sentimientos que diéron inquietud al General; y retirándose este al Korasan, en donde le estimaban mucho, levantó un ejército; pero á pesar de su habilidad no le fue la guerra favorable. Despues de algunos sucesos felices los emisarios del Soberano le ganáron la mayor parte de sus tropas, y estas le abandonáron. Se refugió en la casa de un hombre que antes habia sido su pupilo, y le debia muchas obligaciones; pero este no resistiendo á las ofertas de Abusaid, quitó la vida á su tutor, y envió la cabeza al Príncipe. Quando ya iba á recibir la recompensa prometida, se quedó pasmado con la noticia de que Hasan habia cedido la muger al Sultan; y esta, cuyo padre acababa él de matar, gozaba del mayor poder y estimacion con su nuevo esposo. No obstante prosiguió, le recibieron con frialdad, y debió tenerse por muy venturoso, pues le dexáron volver, aunque frustradas todas las promesas. La autoridad de la Princesa Katun

la suscitó envidiosos, los quales inquietaron el espíritu del Príncipe con zelos, persuadiéndole que su muger veia en secreto á su primer esposo. Si no le desengañó, le sosegó, como sabe hacerlo toda muger hábil en semejantes ocasiones; pero viendo luego que volvía á sus sospechas, y temiendo ser al fin víctima de ellas, le hizo dar veneno. Murió á los treinta y dos años de edad, y diez y nueve de reynado.

Abusaid, demasiado jóven para gobernar, y por otra parte juguete de sus pasiones, de las de los Grandes, y las de los Ministros y Generales, dexó el reyno lleno de discordias. Los Mogoles no reconociéron ya la estirpe de Ghenguis-Kan. Los señores se acantonaron en las provincias saqueándolas, y acometiéndose los unos á los otros. Los descendientes de Hulacu, antiguo Sultan, y los del desgraciado Generalísimo Juban, reynáron los primeros setenta y seis años en el Irak de Arabia y parte de la Acerba: los segundos solos veinte en la otra parte del Irak Pérsico; pero estas provincias pequeñas se confundiéron por último en la de Tamorlan.

Timur Bek, á quien conocemos por el nombre de Tamorlan, nació en medio de los

alborotos del Irak. Tenia veinte y cinco años quando perdió á Tragay, su padre, que fue uno de los Generales que, muerto Abusaid, se apoderáron de una parte de estas tierras, y para salvar sus posesiones tuvo que hacer alianza con sus vecinos, siendo el principal de estos el Emir Husain. Uno y otro se viéron en grandes riesgos en las guerras que tuviéron que sostener. Timur se portó con mucho valor en todas las circunstancias peligrosas, porque sabia mandar y combatir. Todo quanto llaman fortuna de la guerra lo experimentó en su persona, porque se vió vencedor, derrotado, prisionero, puesto en libertad, herido, fugitivo, casi solo por los desiertos, presentándose de nuevo con algunos vagos que juntaba, aumentando sus tropas, recibido en las grandes ciudades, ya en buena armonía con Husain, y ya separado de él. Por último se vió con mas poderoso partido que este colega, cuya envidia, avaricia y malas propiedades le ahuyentaban las tropas y los Generales; al mismo tiempo que el valor de Timur, su rectitud y afabilidad le ganaban los corazones de todos.

Entre tanto habian ido extendiendo ambos su Imperio á pesar de la antipatía de su





Muerte de Husain.

Declarada por Timur la guerra al perverso Husain, quedó este prisionero. Presentándole á Timur, el qual, enterrocado con la presencia de sus antiguos amigos, schuabak decretar su muerte; pero temiendo los Timures la venganza de Husain si quedase vivo, é interpretando la indecision de Timur, le quitaron la vida. Quantos no serian desgraciados si otros no se atreviesen á interpretar la mente del soberano!

carácter ; pero Timur procedía con tal modestia que parecía hacer el segundo papel en lo que era comun de los dos , y relativamente al gobierno general de los estados que habian añadido á sus primeras posesiones. No se contentó Husain con los derechos que Timur le cedia : le dispuso emboscadas , pretendió sorprehenderle , y fue tanto lo que hizo , que Timur , precisado á defenderse , le declaró la guerra. No fue ventajosa para Husain , porque todos los principales tributarios ó vasallos abrazaron el partido de Timur , el qual sitió á su rival en Balk , y le hizo prisionero. Quando se le presentaron , se le saltaron las lágrimas con la memoria de su antigua alianza. Le decian que diese la sentencia sobre la suerte de su prisionero , y solamente respondió : „Yo renuncio al derecho que tengo para quitarle la vida.” Los Emires ó Grandes del Imperio , viendo enternecido á Timur , y temiendo el resentimiento de Husain si quedaba con vida , juzgáron que el dicho del Emperador no debía tomarse como palabra de gracia , y así retirándole de su presencia le quitaron la vida. Con esto se halló Timur solo , gobernando un grande Imperio , y todavia le aumentó con victorias que le

dan lugar distinguido entre los mas ilustres conquistadores, baxo el nombre de Tamorlan.

Es difícil decidir si las guerras que tuvo Tamorlan que sostener con los Príncipes que quisieron sacudir ó sacudieron el yugo quando él subió al trono deben llamarse rebeliones: pues por su conducta para con ellos debe juzgarse que no los miraba como rebeldes, respecto que no los trataba como tales, sino como á Príncipes vencidos en una legítima defensa. Hay exemplares de que los perdonaba dos y tres veces, los llamaba á su corte, y los entretenia en ella con regalos, honras y empleos. Lo contrario hacia con los vasallos que habian tomado las armas y hecho porfiada resistencia á instancias de sus Emires: á estos los trataba con una severidad que se acercaba á la barbarie. No se penetra bien el motivo de esta diferencia, á no ser que intentase inspirar en los pueblos odio y desprecio para con aquellos Príncipes, que despues de haberlos arrastrado al peligro, no solo no los libraban de la desgracia, sino que sacaban de ella mayor ventaja.

¿Qué arroyos de sangre no hizo correr al ambicion de Tamorlan? Decia „que no era concebible ni bien visto que la tierra

fuese gobernada por dos Reyes." Su primera expedición quando se vió Emperador fue contra los Getas: la segunda contra el Korasan. Mucho le diéron que hacer los pueblos de estos países, ambos belicosos, y tuvo que volver repetidas veces á la carga; pero al fin los sujetó, y con las dificultades se aumentó su gloria y su poder. Llegó su corte á ser la de un Monarca superior á todos los otros. Sus oficiales se llamaban Kanés y Sultanes, títulos que equivalen al nombre de Rey y á las dignidades que entre nosotros son mas eminentes. Estaba rodeado de Emires, principales oficiales civiles y militares, y de Sheikes, descendientes de Mahoma, hombres muy respetados que se aplicaban á las ciencias, y profesaban toda la severidad de su secta.

Había fixado Tamorlan su habitacion en Samarcanda; pero aumentó y engrandeció á Kesh, hasta hacerla una soberbia ciudad. Si antes era un seminario de las ciencias, él la enriqueció con todo quanto para adornarla halló en la capital de los Reyes Guris: hasta las puertas, con grande arte trabajadas y cargadas de curiosas inscripciones, las hizo trasladar á su ciudad. En ella depositó tam-

bien los tesoros de los Reyes Guris, que consistian en plata, moneda, pedrería en bruto ó abillantada, ricos tronos, coronas de oro, preciosa baxilla, y brocados de oro y de plata, con otras cosas de grande estimacion que habian ido juntando por muchos siglos. A los habitantes les impuso una contribucion por modo de rescate; pero fuéron en esto mas felices que los Getas, que se atrevieron á resistir á las armas del conquistador, pues habiendo hecho mas de dos mil esclavos, mandó ponerlos vivos amontonados uno sobre otro con cal y ladrillo para ir construyendo torres. Mas de una vez repitio Tamorlan esta crueldad horrible.

Estas atrocidades se extrañan mucho en un hombre á quien no faltaba sensibilidad; pero sin duda no la tenia, como otros muchos, sino en lo que le tocaba muy de cerca. Por exemplo, en la muerte de su hijo Gehanghir y de dos de sus mugeres tuvo tanto sentimiento que le reduxo á una especie de estupor. Se estuvo encerrado en el palacio, entregado á la pesadumbre y á las lágrimas, y descuidando de todos los negocios, se ocupaba únicamente en oraciones. Por último, á instancias y representaciones de sus

Ministros volvió á sus ocupaciones ordinarias. „Estoy convencido, decia, de que una hora que el Soberano emplee en administrar justicia, es mas importante y útil que el culto que pudiera dar á Dios, y las súplicas para que le dirija en toda su vida.”

Seria asunto cansado seguirle en todas sus conquistas en Persia, en la Armenia, en la Georgia, en el Turkestan y el Karasm, entre los Kipjacos, los Turkomanos, delante de Astarabad, Tauris y otras mil ciudades que tomó por capitulacion ó por asalto. A estas últimas rara vez las perdonó; y para confusion de los feroces vencedores, y prevenir horrores semejantes, si posible fuera, debemos referir el terrible castigo de Ispahan, capital de la Persia, que se habia rebelado. Mandó Tamorlan pasar á cuchillo á todos los habitantes, á excepcion de los que habian salvado la vida de algunos de sus soldados; y para asegurarse de la execucion de sus órdenes obligó á cada compañía á presentarle cierto número de cabezas, y las compraban para completar su contingente. Perdonáron á tan pocos que al fin se vendian á vil precio. Por los registros del *Divan* llegaron las cabezas al número de setenta mil, y con ellas

se construyéron torres en muchos parages de la ciudad.

De Ispahan llevó Tamorlan sus armas siempre victoriosas á la Rusia, atraveso los grandes rios Volga, Jaik y el Obi: penetró hasta las partes septentrionales de la Moscovia, vió el mar Glacial, llevó sus tropas á lugares en donde no viéron en meses enteros vestigios de hombres. Tomó las plazas mas importantes de aquellos paises, como son Astrakan, Tobobik y Moscow, y trató á las que se defendiéron con corta diferencia como habia tratado á los de Ispahan. Envió este Príncipe exércitos contra los Kurdos, nacion errante que vivia del robo y la rapiña; ¿pero cómo podia reprehender esto un hombre que estaba saqueando el Asia, y la iba á inquietar hasta en sus desiertos? Es preciso confesar, que los laureles que recogió en estas expediciones los mereció por su habilidad, cuidado, vida laboriosa y valor, y así no sufría ni la sombra de la poltronería. Por una ventaja poco importante que se dexó ganar uno de sus capitanes, le hizo quitar las barbas, despues de haberle severamente reprehendido, y le pintáron la cara con blanquete y bermellon; le pusieron un peynado

de muger, y en este estado le hizo pasear descalzo por la ciudad.

Por el contrario á los valientes que le complacian los premiaba con magnificencia, y recibia gran gusto despues de sus victorias en ver á sus exércitos descansar de los trabajos con juegos y convites, que duraban muchos dias. Entonces daba á sus Generales vestidos de honor y pedrería: se interesaba en su felicidad, asistia á sus bodas, y recibia enhorabuena por las prosperidades que les sucedian, con demostraciones de verdadera sensibilidad. Con ocasion de los cumplimientos que le hizo su hermana por haberle nacido un nieto, dió un magnífico convite. Ocupaban las tiendas el espacio de dos leguas: su pabellon colocado debaxo de un dosel, sostenido de quarenta columnas, era tan espacioso como un palacio. Quando ya estaba todo pronto, se adelantó el Emperador con la corona en la cabeza y el cetro en la mano, y se sentó en un trono adornado de brillante pedrería, y colocado en medio de su tienda: grande número de las mas bellas damas del Asia ocupaban los dos lados del trono, cubiertas todas con velos de brocado de oro, y cargadas de piedras pre-

ciosas. Estaba la música distribuida en dos líneas: nueve metredoteles con mazas de oro iban delante de los platos, y se les seguían coperos con botellas de cristal llenas de vino tinto, blanco, de Masanderan y otros diferentes: llevaban también aguardiente tan claro como el agua que mana de las rocas. Daba grande brillo á la concurrencia la multitud de hermosas señoras con los cabellos trenzados y pendientes hasta el suelo. Se concluyó la fiesta con danzas y espectáculos, y sola ella puede dar una idea de la magnificencia y galantería asiática.

También tenemos la descripción de dos palacios que edificó Tamorlan: el uno cerca de Samarcanda, obra de los más hábiles arquitectos de Persia y de Bagdad. En cada uno de los cuatro ángulos había un pabellón: las paredes estaban pintadas al fresco, y sus pinturas igualaban á los quadros de los mejores maestros: el patio estaba enlosado de mármoles: el pie de las paredes, así por dentro como por fuera, estaba revestido de china. El otro palacio más distante de la capital se construyó en una hermosa llanura, y le llamó *jardin que alegra el corazon*, añadiendo á este nombre el de una Sultana fa-

vorita. Era un quadrado regular, y en medio de cada lado habia una puerta: tenia el edificio tres altos, todos embovedados: las plataformas estaban adornadas con flores á la mosaicca, y las paredes revestidas de china: su decoracion era quanto puede encantar á los ojos, y juntaba la solidez con la hermosura. Un cerco de columnas de mármol le daba cierto ayre de grandeza: el jardin se repartió simétricamente en quadros para las legumbres y en vergeles: las calles tenian á los lados unas higueras silvestres, y otros árboles frutales, y cada uno de los quatro ángulos, adornado con un pabellon, estaba revestido de las mas hermosas porcelanas colocadas con un arte admirable.

Para que Tamorlan no se fixase en tan bellos sitios, era preciso que el movimiento de las marchas y el ruido de las armas hubiesen llegado á ser en él una imperiosa necesidad. Desde los paises septentrionales del Asia le volvió su infatigable deseo de conquistas al mediodia y á los afortunados terrenos que riegan el Indo y el Ganges. Tambien le excitaba á esta empresa su zelo fanático por el mahometismo. Era Príncipe muy devoto al mismo tiempo que cruel; y

notan sus historiadores que si en sus viages habia, aunque fuese á distancia, el sepulcro de algun santon, torcia el camino por ir á visitarle. Pero en ninguna ocasion se mostró tanto el ansia por hacer prosélitos, que suele parar en crueldad, como en la guerra del Indostan, y en la de Georgia que se la siguió.

Ya habia prometido ir con sus armas á la China á exterminar á los infieles, que así llaman los Mahometanos á los que no son de su secta. Por desgracia de los Indios algunos de sus Generales, en consecuencia de la hostilidad, se entraron por sus paises. Así que recibió la noticia Tamorlan, se inflamó su zelo, y resolvió tener parte en la gloria de la *Gazi*, que quiere decir guerra santa, y determinó marchar en persona, porque aunque profesan el mahometismo en Dehli y otras ciudades de aquel Imperio, la mayor parte estaba habitada por los Guebros adoradores del fuego, y tratados de idólatras por los Mahometanos. Quando estos se vieron apoyados de un protector tan poderoso, se quejaron de las vexaciones de los Guebros, con ser estos los mas benignos del mundo. Tamorlan sin mas exámen dió sobre aquellos que suponía perseguidores, é hizo una

gran matanza , persiguiendo á unos en sus ciudades , y á otros en las cavernas de los montes. Los de las ciudades sufrieron por todas partes la mas bárbara suerte , arrancados de sus casas , entregados á los soldados brutales , y vendidos como esclavos. Una de estas ciudades ofreció rescatar la vida de sus habitantes con dinero , y mientras se ajustaban sobre el precio entraron con sable en mano las tropas de Tamorlan por la brecha. Los Guebros dispersados pusieron fuego á sus propias casas , arrojaron á las llamas sus bienes , mugeres é hijos , y perecieron hasta el último , defendiéndose con valor en aquellas humeantes ruinas. Los habitadores de las cavernas , que se creian inaccesibles , se estremecieron al ver las arcas que colgadas de cadenas vomitaban á la entrada de sus refugios feroces soldados que los seguian en la obscuridad , y por entre los senos de aquellas cuevas , matándolos á puñaladas.

Todo esto mas bien fue una caza que una guerra , hasta que se presentáron los dos grandes ejércitos. El de los Indios , mandado por Sultan Mamud-Kan , Emperador de la India , acompañado de muchos Reyes aliados ó vasallos , que le habian llevado lo mas

escogido de sus tropas. Antes de la batalla hicieron presente á Tamorlan, que su campo rebosaba en prisioneros, casi todos Guebros é idolatras, y que estos podrian durante el combate juntarse con los enemigos, y dixo en alta voz: „*Que los maten.*” Y en menos de una hora quitáron la vida á mas de cien mil. Despues de un preliminar tan espantoso, llegaron á las manos con el furor digno de gentes que peleaban los unos por la defensa de sus hogares, hijos y mugeres, y los otros por la gloria de una religion supersticiosa que prometia premios inefables á los que morian mártires, como llaman á los que perecen en la guerra. Venciéron los fanáticos, mas no sin una vigorosa resistencia que causó grande pérdida en los vencedores. Mahamud y sus Generales huyéron abandonando el país á los desenfrenados bárbaros, así como se dexa que se extiendan las aguas de un torrente quando no se halla medio de extraviarlas.

Dchli, la capital, fue tomada y destruida: la misma suerte sufriéron otras ciudades muy importantes; pero á los Guebros no se les concedia gracia alguna: por todas partes los pasáron á cuchillo, y sin exâgeracion se puede decir que pereciéron á millones. El prí-



Inhumanidad de Tamorlan.

Quando en la guerra de la India, moviéndose por el fanático celo de Tamorlan, llegaron a avistarse los dos ejércitos, advertido Tamorlan de que su campo rebosaba en prisioneros que durante la acción podían unirse á los enemigos... Que los maten... dijo, y al momento perecieron mas de 1000 víctimas de tan atroz decreto. De tantos medios como tenia para su seguridad este bárbaro, prefirió el mas inhumano.

vilegio de los que eran Mahometanos consistió en reducirlos á la esclavitud. No se puede imaginar el enorme botin que adquirieron en esta expedicion las tropas de Tamorlan, pues toda ella fue saqueo y asolacion. Cada soldado iba cargado de joyas, preciosos despojos del pais mas rico del mundo: y cada uno llevaba tras de sí multitud de esclavos, en términos que el mas infeliz los tenia á docenas. Estos hechos no serian creibles si no los aseguraran autores contemporáneos, que ó los vieron por sí mismos, ó los oyeron á testigos oculares. Notan estos autores que antes de la batalla decisiva de la suerte de los Indios se puso Tamorlan en una montaña, y levantando las manos al cielo, pidió con mucho fervor á Dios y á su Profeta, que le diesen la victoria. No estaban de acuerdo los Astrólogos sobre el momento propio para el combate, y querian algunos retardarle; pero él les dixo: „La felicidad y la desgracia no dependen de los astros, sino del Criador del universo. En tomando yo las medidas y precauciones necesarias, no retardaria un instante la execucion de mis proyectos por esperar otro que sea feliz.” No obstante, bien fuese por satisfacer á su particular

devocion, ó por animar á sus tropas, abrió el Alcoran, y fuese de propósito ó casualmente, dió con un versículo que le prometia victoria completa: esperanza que procuró comunicar con gran cuidado á su ejército.

No se sabe el fin que se propuso Tamorlan en tan bella conquista, si pensaba en fixar allí su habitacion, si en poner Gobernadores en su nombre, ó en contentarse con que el Emperador, hecho su vasallo, reconociese su superioridad, ó en fin si concluida la *Gazi*, ó guerra santa, y la matanza religiosa, pensaba volver cargado de riquezas, y abandonar un pais, que en recobrándose de su aturdimiento pudiera darle bien que hacer; pero cesan estas suposiciones ó dudas en sabiendo que le obligáron á volverse los alborotos que se levantáron en la Persia, y que con sola su presencia se sosegáron. Los causaba la demencia de un hijo suyo á quien habia confiado el gobierno del Iran. Habia padecido este Príncipe un accidente que le turbó algo el juicio; pero se aumentó su locura con la compañía de los libertinos, músicos, baylarines, y mucha gente de mala vida, que aprovechándose de su enagenacion le sumergiéron en sus torpezas, y empeoró

de su mal. A todos los hizo ahorcar Tamorlan sin excepcion de las gentes distinguidas; y ni aun se libertó cierto poeta, estimado no solo por sus versos, sino por su ciencia y agradable conversacion. Buena leccion para los que usan mal de sus talentos respecto de sus Príncipes.

Despues de esta guerra de la India se presentó otra no menos meritoria en Georgia. Allí no habia que distinguir como en el pais de los Guebros, porque todos eran Christianos, y por consiguiente buenos para sacrificarlos á la ley musulmana. Tamorlan los asaltó con su ordinaria impetuosidad. Iban sus soldados á caza de Christianos por las rocas y cavernas de la Georgia, del mismo modo y con el mismo acierto que lo habian executado con los Guebros. En todas partes por donde pasáron destruyéron las Iglesias, y matáron á los Sacerdotes y Christianos perseverantes en su fe. Toda la Georgia hubiera sufrido el yugo, si una querella, mas que de intereses de rivalidad, no hubiera hecho que Tamorlan volviese sus banderas contra las de Bayaceto, Emperador de los Turcos.

Estos dos Príncipes, rivales en la gloria, se abrasaban en deseos de medir sus fuerzas.

Bayaceto echó el guante, y Tamorlan le recogió con gusto; pero antes de empezar esta guerra entró en Siria, y la subyugó toda: destruyó la ciudad de Damasco, avanzó hasta Bagdad, y la conquistó. Tenian los soldados orden de llevar cada uno una cabeza, y obedecieron con demasiada puntualidad, y así edificaron allí torres de cabezas, como lo habian hecho en otras partes. De una vez hizo el vencedor precipitar en los fosos de una ciudad que habia tomado quatro mil caballos con sus ginetes, enterrándolos vivos. Los pueblos de la Anatolia, asustados con razon por estas atrocidades, suplicaron á Bayaceto que no atraxese contra ellos aquel azote. Condescendió con la súplica, y escribió una carta disculpándose: no satisfizo con esto al fiero Tártaro; pero tampoco agradaron al Emperador turco las proposiciones que él le hacia. Llegaron pues á las manos, hicieron prisionero á Bayaceto, y fue tratado con mucha atencion. Murió sin embargo en las cadenas de Tamorlan, el qual enriqueció sus tropas con el saqueo de la Anatolia, como lo habian temido sus habitantes. Desde allí amenazó al Monarca de Egipto: este le envió á presentar sus sumisiones, con lo que se contentó, y volvió sobre la Georgia.

Malek, su Rey, habia prometido lo que por haberse retirado Tamorlan no cumplió. Tal vez se creia libre de su promesa quando supo que el Tártaro habia entrado otra vez en sus estados, y todo lo llevaba á fuego y sangre. Le envió Malek á suplicar que suspendiese sus hostilidades, y á decirle que de miedo no se presentaba; pero que en teniendo seguridad, iria con los señores que citaba á postrarse ante su trono y jurarle obediencia. Tamorlan le respondió: „El caso de un Rey christiano no tiene que ver con los Príncipes que cita, los quales son mahometanos: por estos aboga su religion. Pero si el Rey quiere vivir, es preciso que inmediatamente se presente en mi corte; y si Dios no le hace la gracia de abrazar el mahometismo, yo le impondré un tributo: le dexaré el gobierno de su pueblo, y no inquietaré á sus habitantes. Baxo el mismo pie está conmigo el Emperador de Constantinopla.” No se dió prisa Malek á cumplir tan duras condiciones, y el Tártaro, lleno de supersticioso zelo, empezó la *Gazi* ó guerra de religion con su ordinaria barbaridad. Ya entonces le envió el Rey á ofrecer todas sus riquezas, un tributo anual, y proveerle de tropas. Suplicáron los Emires

de rodillas al Emperador que aceptase sus su-
misiones; y como no pareciese que pensaba
en moderar su ardor por la *Gazi*, le pidié-
ron que consultase á los doctores de la ley
y á los Muftis. Dixéron estos, que pues los
Georgianos se ofrecian á pagar tributo, y
prometian no molestar á los Musulmanes, es-
taba por la ley obligado á darles quartel sin
destruirlos mas con muertes y saqueos. Con
esta decision hizo Tamorlan con la cabeza una
seña favorable, y se verificó la paz.

Si Tamorlan no hubiera tenido aquel fu-
rioso zelo por su secta, y la persuasion ma-
hometana de que quanto emprendia por ha-
cerla mas famosa, incluidas las guerras acom-
pañadas de matanza y saqueo, le alcanzaria el
perdon de sus pecados, pudiera haber si-
do un buen Príncipe, y sobre todo despues
que se le dispáron los prestigios de la am-
bicion. Sus naturales y loables disposiciones
se manifiestan en un discurso que hizo á su
consejo: „Hasta ahora, le dixo, no he te-
nido otra ambition que la de conquistar y
extender mi vasto Imperio. Pero ya estoy re-
suelto á procurar únicamente el descanso y
felicidad de mis vasallos, y hacer mis reynos
florecientes. Quiero que todos me entreguen

á mí mismo en persona sus memoriales y me digan sus quejas, que me aconsejen sobre el bien de los Musulmanes para gloria de la fe del Profeta, y para extirpar los malos y perturbadores del público reposo; porque no quiero que en mi juicio pidan venganza contra mí los oprimidos. Tampoco quiero que ninguno de mis valerosos soldados, que tantas veces han expuesto sus vidas por servirme, puedan quejarse de mí ó de la fortuna: pues siento sus trabajos aun mas que ellos mismos. No rezele ningun vasallo de presentarse á mí con sus quejas, pues no tengo otra intencion sino la de que en mi reynado sea el mundo un paraíso: sé muy bien que quando un Rey es muy justo y benéfico se ve su reyno coronado de bendicion y de gloria. Por último, quiero ir juntando un tesoro de justicia para que mi alma sea feliz en la otra vida.”

Me ha parecido no quitar una palabra de este discurso, porque pinta un buen corazón. Tenia este Príncipe gusto en conversar sobre sus obligaciones, lo que es prueba de que deseaba cumplir con ellas. Se le observaba escrupuloso; por lo qual deseaba conocer la diferencia entre lo que era en el Alcoran precepto, y lo que solo era consejo. En una dis-

puta de esta especie dió un dia con estas palabras de Mahoma: *Dios prescribe á los Reyes la justicia y beneficencia.* „¿Por qué pues, dixo á sus doctores, no me decis lo que debo evitar?” y ellos respondieron: „No necesita vuestra Alteza de que le aconsejemos: antes bien debemos nosotros aprovecharnos con la imitacion de vuestro exemplo.” „No gusto de esos cumplimientos, replicó el Emperador, que huelen demasiado á lisonja; y mi intencion, quando pregunto, es de instruirme, y así espero que me advirtais los abusos para poder reformarlos.”

Uno de los doctores, que enviaba á las provincias á exâminar lo que en ellas pasaba y darle cuenta, impuso á los habitantes de una ciudad una grande contribucion con el pretexto de hacer al Emperador un presente. Llegó á saberlo, y con ser este doctor uno de sus familiares, y de los mas grandes señores del reyno, mandó que le pusiesen esposas en las manos, y una horquilla al cuello, en cuyo estado le envió á la misma ciudad con el dinero que habia robado. En un viernes, dia de pública oracion, vieron al culpado en la mezquita principal-ata-do al púlpito del predicador, y el que le

habia llevado restituyó de parte de Tamorlan á los habitantes la cantidad que les habia exigido violentamente. Despues volviéron á llevar al doctor á Samarcanda, en donde su mayordomo, cómplice y tal vez incitador de sus extorsiones, fue ahorcado á su vista.

No puede menos de sentirse que el fanatismo supersticioso arrastrase á tantos yerros á un hombre tan proporcionado para corregir los agenos. Sin duda le pareció acto meritorio quando pensó en otra nueva guerra, y la anunció á su consejo en estos términos: „Amados compañeros: pues mis grandes conquistas no se han hecho sin mucha violencia, por lo que han causado la destruccion de gran número de criaturas de Dios: para expiar mis culpas pasadas he resuelto hacer una buena obra. Esta es la guerra á los infieles, y exterminar los idólatras de la China. Conviene pues que mis tropas, que son las que me ayudáron á cometer mis culpas, sean tambien los instrumentos de mi penitencia. Mando que se pongan en marcha para la China á fin de adquirir el mérito de esta santa guerra, arruinando los templos de los ídolos, y construyendo en su lugar mezquitas.” A la verdad que es bien singular el

modo de espiar sus crueldades.

Antes de ir á la conquista de la China determinó Tamorlan casar sus nietos, y con este motivo dió una funcion que tiene muy pocos exemplares. Todos los Grandes fuéron convidados á la fiesta: acudiéron en tropel los pueblos del Asia á disfrutar placeres y espectáculos de toda especie. Ricas tiendas llenas de los géneros mas raros, anfiteatros cubiertos de brocados y tapicería de Persia y cargados de baylarines y músicos: todos los oficios se presentaban con los atributos de sus profesiones, y con disfraces análogos á estas: los carniceros vestidos de pieles de bestias, y en una disposicion cómica: los guanteros disfrazados de leones, tigres, raposas, ostentando cada uno los primores de sus hechuras: los tapiceros con telas pintadas: los lenceros formáron un alto quadro que parecia de ladrillo: los vendedores de frutas presentaban jardines portátiles llenos de melocotones, almendras y granados. No habia animal, hasta el elefante, que no se imitase en varios géneros de máquinas que hacian andar con resortes.

A todo el pueblo se le admitió con órden y policia en el convite nupcial. Cuentan que en cocer las viandas se consumió la

leña de muchos bosques. En toda la extensión de una gran llanura habia mesas cubiertas de manjares diversamente condimentados, frascos de vino, é infinidad de cestas llenas de frutas. Para que fuese perfecta la alegría, dispuso Tamorlan que se hiciese una proclamacion en estos términos: „Este es tiempo de fiesta, placer y regocijo, y así á ninguno es permitido querellarse en él, ni reprehender á nadie: no se ponga el rico sobre el pobre, ni el poderoso sobre el débil. A ninguno se le pregunte, cómo ó por qué has hecho eso.” No hablamos de los inmensos presentes que se hicieron á los novios, cargados con simetría en camellos y elefantes, ni de las iluminaciones, justas y fuegos artificiales. Duraron las fiestas dos meses, y pasados estos despidió á la asamblea, y revocó la libertad concedida para solo aquel tiempo. Se prohibió entonces beber vino, y hacer cosa que fuese ilícita. Se encerró despues el Emperador en su gabinete, y se le oyó pronunciar estas palabras: „Gracias á Dios por sus favores, y porque de pequeño Príncipe me ha hecho el Emperador mas dichoso del mundo, dándome tantas victorias y conquistas, y haciéndome su siervo escogido.”

Los preparativos de la expedición de la China fueron inmensos. Era preciso llevar un ejército de mas de doscientos mil hombres atravesando desiertos ó países asolados. Quando partió hacia un frio tan áspero que las tropas pasaron los mayores rios sobre el hielo, y para coger agua era necesario romper á la profundidad de dos ó tres codos. A muchos se les helaron los pies, las narices y las orejas, ó perecieron en el camino con sus caballos. Tamorlan, que por ningun obstáculo retrocedía, todo lo animaba y alentaba con su presencia. Ya le detuvo la fatiga en una pequeña ciudad no lejos de las fronteras de la China: en ella enfermó; y declarándose tabardillo, todos temieron que muriese, y él mismo presintió que su fin se acercaba. Siempre lleno de las esperanzas que le daba el Alcoran, creía que estaba oyendo los celestiales *houris* que le llamaban al paraíso. Llamó el Monarca, estando para morir, á todos los Grandes y á los de su familia, y como advirtiese que se deshacían en lágrimas al rededor de su cama, les dixo: „No lloreis, rogad por mí: espero que Dios me ha de perdonar mis pecados aunque muchos: tengo el consuelo de no haber permitido que



Muerte de Tamerlan.

Resuelto Tamerlan á expiar con la conquista de la China las violencias de sus expediciones, y después de sufrir trabajos infinitos, quando pisaba ya sus fronteras, le ardió la enfermedad de que murió, dando á los afligidos circunstancias congojos de moral de que no habia hecho uso. En vano recomendará el moribundo las mas solidas máximas, si con una conducta opuesta le han visto despreciarlas.

los poderosos oprimiesen á los pobres. Procurad todos la felicidad y seguridad de los pueblos, pues quando sean juzgados los que han tenido autoridad, darán una cuenta muy severa." Nombró por su heredero universal y sucesor al Imperio á su nieto Pir-Mehemed-Gehanguir: encomendó á los asistentes que le obedeciesen, y murió con gran sosiego, pronunciando la fórmula distintiva de los Musulmanes: *No hay mas Dios que Dios*. Tenia entonces setenta y un años, y habia reynado treinta y seis.

Tengo por ocioso referir por menor las prendas de este Príncipe, respecto que las pintan bien sus acciones. Se habrá advertido que estaba dotado de un excelente juicio, que le distinguia en los consejos, como su intrepidez y valor le hacian sobresalir en las batallas. En todos los reynos adonde llevó la guerra no se contentaba como los antiguos conquistadores con algunas señales de sumision, sino que la exigia enteramente así de los Príncipes como de los pueblos. En quanto al gobierno de sus estados juntaba dietas como sus antecesores; pero no se fiaba de ellas únicamente, siguiendo siempre lo que su prudencia le dictaba. Inmóvil en sus resoluciones abrazó la polí-

tica de presidir á la execucion de sus designios, hallarse en todo, y despacharlo todo por sí mismo. Sus edificios, palacios, mezquitas, colegios, monasterios de Dervís, hospitales, ciudades enteras, puentes, canales, caminos soberbios, y fundaciones para los enfermos y caminantes pudieran ilustrar el reinado de muchos Monarcas.

Aunque no importa mucho conocer el exterior de los Príncipes, es este tan famoso que se desea tener idea de su persona. Era Tamorlan grueso y repleto, de alta y bien formada talla: tenia la frente grande, la cabeza abultada: era ayroso, de tez blanca y encarnada, de larga barba, robusto y nervioso, ancho de espaldas, sus dedos eran gruesos y las piernas largas. Por efecto de heridas era manco y coxo del lado derecho; y aunque no eran sus ojos muy brillantes, los tenia llenos de fuego: su voz era alta, sonora y penetrante. Conservó aun en la vejez sano el juicio, vigoroso el cuerpo, mucha firmeza, y constancia inalterable. En su presencia no habia que chancearse ni disfrazar las ideas con palabras, porque gustaba de la verdad desnuda aunque fuese contra él. La divisa de su sello era esta: *No soy sencillo y*

sincero. Nunca se alteró la igualdad de su alma ni en las desgracias ni en las felicidades.

Vigilante y activo penetraba las intrigas mas ocultas : advertia los artificios mas refinados , y por la fuerza de su razon percibia los sucesos en sus causas , y se sirvió algunas veces de esta sagacidad para hablar con ayre de Profeta. Gustaba de la lectura , y sobre todo de la de la historia. Todas las noches antes de recogerse conversaba con los sabios preguntándolos para instruirse. Su memoria le servia admirablemente : y quando llegaba á algun parage en donde ya habia estado , se divertia en preguntar por tal ó tal persona , y en que habia parado tal diferencia ó tal negocio : parecia que no tenia en su cabeza mas que estos objetos. Su secreto era para él solo. Muchas veces concertaba en pleno consejo sus medidas , y las comunicaba á todos los Generales. Si el ejército titubeaba quando estaba para partir , daba contraórdenes que cambiaban todos los planes. Una de las cosas mas notables de este hombre extraordinario era el estar íntimamente convencido de que nada podia , y de que todo se lo debia á la Providencia ; persuasion bien rara en las gentes venturosas. En cierto dia se le oyó una

confesion que hizo llorar á los que le escuchaban. Estaban sus tropas sitiando un casti-
llo mientras él se hallaba con calentura ; y
no pudiendo sosegar sin ver el estado de las
cosas , se hizo llevar á la puerta de su tien-
da colocada en una altura. Le sostenian dos
personas por los brazos ; mas como estaba tan
débil , dixo que le tendiesen en tierra , y en
este estado dirigió estas palabras á uno de los
asistentes : „Considera mi flaqueza , y quan
destituido estoy de fuerzas , pues no tengo
manos para obrar , ni pies para andar ; y si
ahora me acometieran , no estoy para defender-
me : si me dexáran en la situacion en que
me veo , me cogieran como en un lazo sin ser
capaz de ayudarme para detener los males
que viniesen sobre mí : no obstante ya ves
que el Omnipotente ha sometido á mi obe-
diencia las naciones , me abre la entrada de
las plazas mas inaccesibles , llena la tierra del
terror de mi nombre , y postra en mi presen-
cia á los Reyes y Príncipes.”

Era Tamorlan de la misma tribu de
Ghenguis-Kan , y siempre mostró grande ve-
neracion á este Emperador ; de suerte que
en su reynado se resolvia en los juicios con
esta fórmula : *En virtud de las leyes de Ghen-*

guis-Kan. No se ve que dexase leyes para sus vastos estados; porque como era tan afecto á la religion de Mahoma, creyó sin duda que el Alcoran bastaba para todo. Bien que está probado por la historia que no es la multitud de las leyes la que hace felices á los pueblos, sino la exâctitud en hacer que se observen las que exísten: y en esto pudiera servir este Príncipe de modelo; exceptuando las ocasiones en que su fanatismo supersticioso le hizo quebrantar hasta las leyes naturales.

Dexó treinta y seis hijos y treinta y siete hijas, y así no se admira que entre tantos naciese la discordia, y causase en menos de un siglo la extincion casi entera de esta posteridad. Pir-Mehemed, nombrado por Tamorlan, estaba muy distante quando murió su abuelo. Hussayn, hijo de una de sus hijas, que se hallaba mas cerca de la corona, no se detuvo en echar mano á ella, y ponerla sobre su cabeza, apoderándose de Samarkanda y de todos los tesoros del difunto. Otro hijo llamado Kalil, que no estaba tan lejos como Mehemed, se hizo tambien declarar Emperador, y uno y otro publicáron que solo tomaban el trono por guardarlo para el que habia nombrado Tamorlan. Con esta astucia

ganaron Capitanes y Generales , que despues de hacerse pagar bien caros sus servicios les hacian traicion : los obligaban á renunciar al Imperio , y despues volvian á establecerlos en él. Todas estas mudanzas experimentó Kalil; pero como tenia prendas amables por ser benigno , generoso , bien formado , valiente , y por hallarse á la cabeza de las mejores tropas tártaras y persianas , hay apariencias de que hubiera fixado su fortuna á no haber disipado en locas prodigalidades los inmensos tesoros de su padre , y sobre todo , si no se hubiese dexado dominar de Shadi-Mulk , muger de baxo nacimiento , de quien estaba perdidamente enamorado , y por la qual cayó en multitud de faltas.

Como Shadi-Mulk era de inferior clase respecto de las mugeres del Emperador difunto , viéron estas su elevacion con envidia , y ella las cobró aborrecimiento. A instancias suyas dispuso Kalil de aquellas Princesas de un modo que reprobáron todos los hombres de bien. Las hizo casarse con gentes que no merecian ser sus criados , y esta indecente conducta le acarrió el desprecio de toda la nacion. Mientras así perdia la estimacion general , que es el arma mas necesaria en tales circunstan-

cias, se iba acercando Mehemed, y le escribió para recobrar sus derechos; pero Kalil le respondió francamente que su derecho era la posesion. Apoyáron sus doctores este argumento con el siguiente discurso que escribiéron á Mehemed: „Es verdad que Tamorlan os ha nombrado por sucesor; pero el cielo no ha ratificado su voluntad. Si os hubiera destinado para el Imperio, estariais mas cerca de la capital quando murió el Emperador. El mejor partido pues que debeis tomar es contentaros con lo que Dios os ha dado, y no aventurar las provincias que poseeis por querer apoderaros de las agenas, no sea que perdais el cuerpo por correr tras de la sombra.” Poco satisfecho Mehemed con estas reflexiones avanzaba siempre. Tuvo una batalla y la perdió: por un tratado renunció su derecho al Imperio; y contentándose con lo que tenia, dexó á Kalil en posesion.

Mehemed, volviendo al Candahar, que era su propio estado, dió por su debilidad ocasion á Pir Alitaza, su ministro, para que este se rebelase, y atentase á la corona. Puso preso á su señor; pero siendo difícil sentarse en el trono sin el consentimiento de los principales del estado, tuvo descaro para propo-

nerse á sí mismo en estos términos: „El mundo está en grande confusion. Hay señales evidentes de que se acerca el grande último dia. Este es el tiempo de los pícaros, y mandan los impostores. Ya murió Tamorlan, que era el impostor coxo: ahora reyna el impostor calvo, y despues de él vendrá el impostor ciego. Si ha de reynar el calvo, aquí estoy yo que lo soy.” Pero el impostor calvo no tuvo talento para persuadir: le echáron de allí, buscó su refugio en casa de Shah-Rukh, y este castigó su traicion.

Era Shah-Rukh quarto hijo de Tamorlan, y habia recogido á Hussayn, el primero que se apoderó del trono, y á quien Kalil desposeyó y puso en fuga; y así tenia en su poder á los dos competidores de Kalil, Hussayn y Mehemed. Solamente le faltaba el mismo Kalil, mas no tardó en apoderarse de él. Habia dexado arruinarse entre sí á los pretendientes al trono de Tamorlan; y mientras ellos se hacian la guerra, procuraba él conservar sus fuerzas. Kalil, siempre esclavo de su pasion, vivia con indolencia en Samarkanda, dominado de Shadi-Mulk. Tenia esta un criado antiguo llamado Baba-Termes, hombre de bajo nacimiento, de tosca figura, grosero y

sin educacion. Desde el momento de la eleccion de su ama le sublimó á los primeros empleos del estado. Todo lo disponia él á su placer, sin respetar al mismo Visir Allahdad.

El Visir, indignado con la insolencia del criado que habia llegado á hacerse amo, excitó alborotos en Samarkanda, y estos le sirviéron de pretexto para levantar tropas, y con ellas prendió á Kalil, á su favorita, y al que esta protegia. Shah-Rukh, teniendo noticia de lo acaecido, acudió á socorrer á su sobrino. Allahdad, que no se consideraba con fuerzas superiores, abandonó la ciudad; pero se llevó consigo á Kalil como en rehenes, dexando á su favorita. Los oficiales del vencedor, sin duda con su consentimiento tácito, la ultrajáron de mil modos: la pusieron en tormento para que descubriese las riquezas, y despojada de todo la lleváron por la ciudad diciéndola tantas injurias como á la criatura mas infame. Reservaban á Baba para mas cruel tortura; pero él huyó de las guardias al pasar por un estanque, y en él se precipitó y ahogó. Prendiéron á Allahdad, y le castigáron. Kalil, recobrando su libertad con la muerte del pérfido Visir, se retiró á las fronteras del Turkestan, en donde pasaba el tiempo com-

poniendo elegías en lengua persiana sobre la ausencia de su querida Shadi-Mulk. Por último, no pudiendo tolerar la separacion de ella, volvió á Samarkanda poniéndose en manos de su tío. Shah-Rukh le recibió muy bien, y sin hacer memoria de lo pasado le entregó el objeto de su cariño, y le dió un gobierno, de que no gozó por mucho tiempo, porque su tío le hizo envenenar. Shadi-Mulk, no pudiendo sufrir esta nueva desgracia, se degolló, y la enterráron en el mismo sepulcro con su infeliz marido.

De este modo Shah-Rukh, quarto hijo de Tamorlan, se halló dueño de todos los estados interiores de su padre por la muerte violenta ó natural de Hassayn, de Mehemed y de Kalil sus sobrinos, á quienes tuvo sucesivamente prisioneros. Por estar muy ocupado con las facciones de los Grandes, y con lo que pasaba al rededor de su corte, no pudo conservar entero aquel vasto Imperio, cuyas fronteras se iban estrechando con las irrupciones de las naciones contérminas. No obstante fue un gran Príncipe, que reynó gloriosamente quarenta y tres años, y dexó como su padre numerosa posteridad, semilla de nuevos alborotos. Sus hijos le fuéron cercenando su reyno,

y en esta desmembracion favorecieron á sus descendientes con los estados que habian dexado los otros hijos y nietos de Tamorlan: de suerte que en la Tartaria, el Indostan y la Persia, desde el Ponto Euxino hasta el mar Glacial, y desde el rio Oby hasta el Indo, pocos estados hay que en el siglo quince no hayan tenido Príncipes descendientes de este conquistador, que reynaron baxo los nombres de Sultanes, Kanes, Emires, y aun de Shahs, que quiere decir Emperadores. De las ruinas de este inmenso Imperio se formaron reynos y principados pequeños. Así las piedras de un palacio arruinado sirven para continuar con ellas otros, ó para edificar cabañas.

PERSIA.

La familia de los Sofis de Persia la derivan de la línea recta y masculina de Ali, yerno de Mahoma. El modo con que se hizo ilustre la ha merecido una veneracion que la ha elevado á la grandeza que adquirió. Volviendo Tamorlan de la Anatolia, despues de haber vencido á Bayaceto, traia tras de sí una multitud de cautivos que él destinaba á que fuesen muertos en alguna ocasion importante.



Atravesando por Ardebil, capital del Azenberjan, supo que en aquellas cercanías había un Sheikh ó descendiente de Mahoma, muy estimado por su piedad: y la del Emperador no le permitió pasar adelante sin ver á aquel santón. Fue tanto lo que le agradó que le dixo que pidiese quanto quisiera, y se lo concedería. Pidió el Sheikh la vida de aquellos cautivos, y la consiguió, poniéndolos Tamorlan en sus manos para que hiciese de ellos lo que fuese su voluntad. Así que el Sheikh los tuvo en su poder hizo provision de vestidos y otros efectos necesarios, que distribuyó entre los cautivos, y los envió cada uno á su pais. Esta generosidad ganó de tal modo los corazones de aquellos infelices y los de sus compatriotas, á quienes enviáron las noticias, que no pasaba dia en que no fuesen á visitar á su bienhechor y á regalarle.

Estas expresiones de reconocimiento se continuáron por tres generaciones hasta Juneid, nieto del Sheikh, que vivia sujeto á un Príncipe zeloso, á quien hacian sombra aquellas visitas, y así las prohibió. Juneid, temiendo otra cosa peor, se retiró al Adiarbek, en donde fue tan bien recibido del Rey que le dió á su hija por esposa. Sirvió con utilidad á su

suegro , principalmente contra los Georgianos , en cuyos dominios hacia freqüentes correrías con pretexto de religion , forzando á los prisioneros á que abrazasen la suya. Penetró tambien por el reyno de Trebisonda: mató al Rey , y colocó en el trono á su hijo Haydar. El fue á establecerse en la provincia de Schirvan , cuyo Rey envidioso de sus riquezas , le quitó la vida , y su hijo tambien murió por querer vengarle ; pero dexó otros dos muy jóvenes , Ali y Ismael , expuestos al odio de su familia. El primero pereció ; pero Ismael , el segundo , libró la vida , y le crió con mucho cuidado en el Kilan un Sheikh amigo de su padre.

Habia entonces entre los Mahometanos de Asia muchos sectarios de Ali , cuyos dogmas habia Haydar profesado altamente. Ismael , su hijo , sabiendo que habia grande número de ellos en la Caramania , en donde les daban el nombre de Haydarianos , pasó allá , y juntó siete mil hombres afectos á su familia. Con este pequeño ejército fue á la edad de catorce años á atacar al asesino de su padre : le mató en una batalla , y se hizo dueño de sus estados. Desde este punto toda su vida fue una serie de prosperidades , que no se inter-

rumpió sino con su muerte. Decia: *Un solo Dios en el cielo, y un solo Rey en la tierra.* Con esta máxíma, que habia sido la de Tamorlan, miraba como delinquentes á quantos se oponian á sus armas; y era tan terrible con sus enemigos que encendia las hogueras, y los arrojaba en ellas vivos. En una expedicion mando matar á todos los que habian llevado las armas contra su padre Haydar, y pereciéron hasta quarenta mil. Se nota que el trono del primer Sofi de Persia fue teñido de sangre, y que la cabeza de esta dinastía fue un vencedor cruel. En su reynado empezó la contienda entre los Persas y los Turcos. La felicidad de Ismael se rindio á la de Selim, el qual le echó de Tauris. Se retiró Ismael á Kasbin, y murió algun tiempo despues sin ser vengado. Este fue el que tomó el nombre de *Sofi*, que quiere decir en la verdadera significacion un hombre vestido de lana; bien que ellos entendian por esta expresion un varon religioso. Este nombre le hizo en extremo respetado de sus vasallos, á quienes entretuvo él cuidadosamente en su fanatismo. Quando murió Ismael tenia treinta y ocho años, y habia reynado veinte y tres.

Le sucedió Tamasp su hijo, Príncipe indolente, que dexaba los cuidados de la administracion á sus Ministros, y se concentraba en los placeres del serrallo. Se aprovecharon los Turcos de su indiferencia, é hicieron progresos; y Tamasp, en lugar de enviar contra ellos á su hijo Ismael, jóven ardiente y vivo, encerró su valor en un castillo fuerte, en donde le tuvo preso porque manifestaba ambicion. No desconfió tanto de otro llamado Baydar, el qual de concierto con su madre le dió veneno porque tardaba demasiado en dexar vacante el trono; pero apenas se sentó en él, quando una hermana suya, llamada Periakonkonna, la mayor de todos los hijos de Tamasp, y soberana del serrallo, hizo asesinar al parricida, y llamó á Ismael. Reynó Tamasp cincuenta y tres años, y fue el que hizo el primer exemplar de asolar su propio pais para que el enemigo vencedor no hallara subsistencias en él. Esto es lo que ha mantenido en estado de desierto las fronteras de Turquía y Persia, siendo uno de los mas bellos paises del mundo.

Salió Ismael de la prision, en donde habia estado veinte y cinco años, como una fiera que, huyendo de la jaula, despedaza á

diestro y siniestro todo quanto encuentra: quitó la vida á todos los amigos de Haydar, á los demas hermanos, y á todos los que sospechó que habian aconsejado á su padre ó aprobado que le encerrasen: de suerte que verificó á la letra el proverbio que dice: „el reynado de un Príncipe que vuelve del destierro, siempre es sangriento y cruel;” pero la hermana, haciendo justicia y cansada de ver aquellas violencias, le hizo asesinar á los dos años de reynado.

Mohammed, hermano y sucesor de Ismael, no pudiendo sufrir la policia que iba introduciendo su hermana en el serrallo, exigió antes de aceptar la corona que le librasen de esta peligrosa intendenta; y así se hizo. A la verdad este Príncipe aceptó el trono contra su gusto y aun violentado, porque vivia con tranquilidad en el gobierno de Korasan, vacando devotamente á las obligaciones del mahometismo, por lo que le diéron el nombre de Kodabendé, que quiere decir religioso. Tenia muy poca vista, y por este defecto le perdonó Ismael quando quitó la vida á los demas hermanos. No pudieron conseguir que subiese al trono sino haciéndole presente que si él no le admitia, siendo el

único heredero , caería el reyno en una confusion , de cuyas resultas habia de resentirse su amada tranquilidad. Se vengó de la violencia que le hacian imitando la indolencia de su padre Tamasp. Los mismos defectos que á él se le atribuyen: ninguna atencion al gobierno , y grande repugnancia á la guerra ; bien que esta no seria vicio , á no tener en los Turcos enemigos que debiera reprimir. Estos se hicieron de Tauris una plaza de armas en sus estados , edificando en ella una ciudadela. En la guerra que á pesar de Mohammed exístió entre los dos pueblos , deben notarse dos rasgos de crueldad. Un General hizo juntar en un monton tres mil cabezas de prisioneros , se sentó en medio , y desde aquella horrible cátedra dió audiencia á un Príncipe Georgiano. Sucedió que despues los Persas derrotaron á los Turcos al paso de un rio , y con treinta mil cabezas levantaron un horrendo monumento del valor persiano. Reynó Kodabendé siete años.

Dexó tres hijos , y los dos primeros , Hamzeh é Ismael , no hicieron mas que pasar por el trono , y apenas se les cuenta entre los Emperadores. El primero habia mostrado en tiempo de su padre capacidad y va-

lor contra los Turcos : el segundo , mas hábil en la intriga , ganó á los principales señores , y asegurado de su aprobacion , se presentáron unos asesinos bien instruidos á la puerta del serrallo disfrazados de mugeres : dixéron que eran las esposas de algunos Kanes á quienes habia llamado el Emperador : abrieron las puertas , y las mugeres fingidas se arrojáron sobre el Príncipe , y le matáron. El tercer hijo de Kodabende , llamado Abbas , venia de su gobierno á rendir sus respetos á su hermano : supo su muerte , y retrocedió ; pero tenia un Visir , llamado Kouli-Kan , que creyendo que Abbas seria tarde ó temprano víctima de Ismael , y que él no podia esperar mejor suerte que la de su señor , formó en su corte una faccion de malcontentos. Sobornáron al barbero de Ismael , el qual le degolló al afeytarle , y los señores que se halláron presentes hicieron pedazos al asesino , para que no quedase vestigio de su delito. Pasó todo esto en ocho meses.

Shah-Abbas tiene en la historia el sobrenombre de Grande ; pero se verá como le mereció. Su primera accion quando subió al trono fue salir de la dominacion de Kouli-Kan , que le habia librado del cuchillo ase-

sino de su hermano. Valiéndose este Visir del mérito de este servicio, obraba con insolencia y altivez hasta con el Emperador, y parecia que despreciaba su juventud, porque no tenia mas que veinte años; pero llamó Abbas á tres señores de su consejo, y les dixo: „Yo quiero la vida de Kouli-Kan: id á darle el golpe de muerte:” fuéron, y se vió obedecido. Al punto mandó matar á los parientes y amigos del Ministro, y á quantos pudieran formar queja ó vengarse. Este fue el método constante que siempre siguió en semejantes circunstancias. Se aplicó despues Abbas á la guerra contra los Turcos, haciéndosela en persona con toda felicidad: les volvió á tomar á Tauris, y los derrotó por quatro veces en batalla campal. No le faltaron pérdidas; pero su habilidad y valor las reparaban inmediatamente. Sus tropas le servian con ardor, porque él con su valor las habia ganado la confianza. Le ayudaban bien sus Generales, porque sabia atraerlos con premios y lisonjeras distribuciones. Despues de una gloriosa campaña, que acababa de hacer uno de ellos contra los Turcos, salió á recibirle el Emperador, y quando llegó á su presencia le dixo: „Amado Agá, acabo de

conseguir por tu medio tan preciosa victoria, que no se la podia yo pedir á Dios mas grande. Monta sobre mi caballo, que quiero servirte de palafrenero." En vano porfiaba el General para no recibir una honra que, como él decia, le expondria á la risa de todo el ejército: le fue preciso obedecer. Tomó Abbas la brida del caballo, y le siguiéron á pie todos los Kaes, aunque solamente algunos pasos.

Lo mas admirable en los sucesos militares de Abbas es que los procuraba por medio de los que debian oponerse á sus aciertos. Quando tomó la corona, estaba el reyno dividido entre mas de veinte Príncipes, á quienes tuvo que sujetar porque se habian hecho Soberanos cada uno en su distrito; y para impedir que en adelante volviese el reyno á dividirse, arruinó todas las familias antiguas: reformando, para hacerse absoluto y despótico, las tropas que tenian á sus antecesores con cuidado. Estas tropas y sus familias eran de la casta de los Kurkas, que son aquellos Tártaros tan conocidos y célebres por sus irrupciones. Estaban tan unidas para su recíproca conservacion, que se las podia considerar como señoras del reyno. Eran conocidas por la señal

comun de un turbante encarnado , distincion con que se honraban , y de la que tomaron el nombre de Kesilbhaes , que quiere decir *cabezas encarnadas*. Tuvo Abbas la habilidad de hacerlas concurrir á su grandeza contra el propio interes de ellas. Las fue debilitando sin que lo advirtiesen , juntando con estas tropas , así en su corte , como en sus exércitos , señores y soldados sacados de las partes septentrionales de la Persia , y entre otras de la Georgia. Al paso que iba creciendo el poder de estas , se disminuia el de los Kurkas ; y quando los necesitaba , hallaba estas tropas así mezcladas dispuestas para ir contra los pequeños Soberanos con quienes hubieran contemporizado sus compatriotas. Tambien tenia el arte de dividirlos entre sí , y excitar á los unos contra los otros. Si se ha de juzgar por su conducta para con ellos , y la que observó con los Reyes de Georgia , se puede inferir que su política no carecia de engaños y aun perfidia.

La Georgia , objeto de los deseos de los Turcos y los Persas , se dividia en dos reynos , el de Caket y el de Carthuel. Al primero le poseia Taymuras , y al segundo Luarzab. Resolvió pues Abbas destruir al uno con el otro,

y apoderarse así de la Georgia entera. Se habia visto precisado Alexandro, Rey de Caket, y padre de Taymuras, á enviar á su hijo en rehenes á la corte de Persia : se habia criado con Abbas, y era con corta diferencia de la misma edad. Quando Alexandro murió, pidió Ketarana su viuda que la enviasen su hijo mayor, poniendo á otro en su lugar, lo qual se la concedió. Por este tiempo reynaba Luarzab en Carthuel, baxo la tutela de Morad, Ministro muy hábil. Sorprehendió el tutor un dia á su pupilo con su hija, que era muy hermosa; y el Príncipe joven, para sosegar al padre, prometió casarse con ella; pero su madre y las otras señoras juraron que no darian los honores de Reyna á una muger tan inferior á su clase. Esta amenaza sirvió al Rey de pretexto para faltar á su palabra. Le aconsejaron pues que se deshiciese de Morad, hombre muy vengativo, y para esto tomó Luarzab sus medidas; pero el Ministro se refugió en la corte de Persia, y llevó allá los deseos de vengar su vanidad.

El amor que le habia puesto en el peligro le sirvió para disponer una trama que perdió á los dos reynos. Tenia el Rey de

Carthuel una hermana muy hermosa, llamada Darejana, que ya estaba prometida al Rey de Caket; pero Morad consiguió que Abbas se enamorase de ella, engañándole con un retrato que mandó pintar, persuadiéndole que se la parecía. La pidió pues por esposa, y le respondieron que tenia dada la palabra á Taymuras. El Emperador mandó que este no se casase con la hermana de Luarzab, dexándole al mismo tiempo cierto vislumbre de esperanza de dexarse vencer, si no concedia á los Turcos el paso por la Georgia para hacer la guerra á Persia segun la iban disponiendo. Taymuras condescendió con lo que el Persa pedia, y de este modo se privó de una alianza que le pudiera ser muy útil; pero presto conoció su yerro. Abbas, libre ya de este temor, fingió mas que nunca estar enamorado de la bella Darejana: publicó tambien que ella le correspondia con el mismo amor, y declaró que la queria ver en su corte.

Tenia en sus tropas muchos Georgianos, y daba pensiones á muchos señores de aquel pais: Morad todos los dias le conquistaba nuevos apasionados, y algunos Príncipes de la sangre real se habian hecho Musulmanes por conseguir dignidades y gobiernos. Tenia Abbas

en rehenes dos hijos de Taymuras, con un hermano y una hermana de Luarzab, y todo esto le facilitaba la conquista de la Georgia; pero él añadió la discordia que procuró sembrar entre los dos Reyes. Escribió á Taymuras: „Luarzab es un pérfido que falta á todas sus palabras: si quieres ayudarme á destronarle, yo te colocaré en su lugar, y harás un reyno de los dos juntando el Carthuel con el Caket.” Al mismo tiempo hacia las mismas proposiciones y promesas á Luarzab. Pero se viéron los dos Reyes, se explicáron, y el resultado de su conferencia fue que Luarzab dió satisfaccion á los deseos de Taymuras entregándole la bella Darejana.

El Emperador irritado por lo que contemplaba como insulto, entró en Georgia á la cabeza de un ejército fuerte, y lo llevó todo á fuego y sangre: Taymuras, sobre quien cayó despues la tempestad, le envió á Ketabana su madre á pedir gracia. Era esta Princesa, aunque ya de edad, todavia hermosa: Abbas, ó movido de sus gracias, ó fingiendo que lo estaba, la ofreció su mano si queria hacerse musulmana. No quiso el trono con semejante condicion, y murió asesinada, mártir de su fe. Abbas mandó hacer eu-



Abbas burlado

Pensó Abbas apoderarse de la Georgia, que le disputaban los Turcos, sembrando la discordia entre los dos Principes Luvarab y Tagmaras, que la poseian: pero se vieron estos, se descubrió la trama, y satisfechos ambos, entregó Luvarab á Tagmaras en prueba de amistad su prometida esposa la bella Darcjana. Quedó burlado la perfidia de Abbas, pero, quan pocos triunfos logran como este la franqueza y la buena fe!

nucos á sus dos nietos, y persiguió de muerte á su padre; pero este se salvó en Turquía. Desde el reyno de Caket dió el Sofi sobre el de Carthuel, asolándole horriblemente hasta cortar las moreras con que criaban los gusanos de seda: pérdida irreparable. Despues de una gran defensa, que hubiera puesto al Emperador en manos de Luarzab, á no haber sido por el traidor Morad que le sacó de un desfiladero en donde se hallaba cortado, se vió el Georgiano en precision de huir como Taymuras. Abbas, persuadido á que no estaba bien asegurada su conquista mientras este Principe tuviese libertad, le escribió cartas muy finas, persuadiéndole á que se viese con él, y prometiéndole la posesion de toda la Georgia si se fiaba de él; y amenazándole al mismo tiempo, si se negaba, con que continuaria la asolacion, y arruinaria sin recurso aquel infeliz pais.

Por amor á su pueblo fue á visitar á Abbas, y este Emperador le colocó en su trono con toda la solemnidad posible, y con muchos regalos. Entre otras joyas le presentó un penacho de pedrería exquisita, encargándole mucho que la llevase siempre como insignia de la regalía, y sobre todo quando

fuese á verle. Tenia Abbas en su guardia un pícaro muy diestro, á quien mandó que robase aquel penacho. Luarzab, despues de muchas diligencias por buscarle, se presentó sin él, excusándose con que se le habian robado. Se puso Abbas muy furioso: gritó diciendo que era imposible hubiese en su palacio un ladron, y que así el Rey de Georgia despreciaba su regalo. Le hizo prender, y no atreviéndose á quitarle la vida por el temor de alborotar á los Georgianos, le desterró á un parage malsano; y viendo que resistia al mal temple, mandó que le anegasen.

Volvió Taymuras á Georgia con el auxilio de los Turcos: fue restablecido en su reyno de Caket, y todavia le destronó Abbas. Se cree que se sometió al usurpador, y vivió tranquilo dándole su hija y un tributo. Edificó el Sofi en Georgia varias fortalezas, y las llenó de Persas. Se llevó mas de ochenta mil personas georgianas, las repartió en muchos parages de sus estados, principalmente en Armenia, y substituyó en su lugar Persas y Armenios. Se propuso despues conservar con la benignidad lo que habia ganado con la violencia, y prometió con juramento á los Georgianos para sí y sus sucesores

no cargarlos de contribuciones, no hacerlos mudar de religion, no arruinar las iglesias, ni edificar ermitas, y que el Virey seria siempre Georgiano de la estirpe de sus Reyes; pero que si un hijo queria hacerse mahometano, tendria el empleo de gran Preboste y Gobernador de Ispahan hasta tanto que sucediese á su padre. En esta última cláusula se reconoce la política siempre astuta de Abbas, así como se reconoce su crueldad en la conducta que observó con los Kurdos y sus propios hijos.

Son los Kurdos un pueblo errante que vive entre la Turquía y la Persia, y sirve al que mas le ofrece. De estos se sirvió para tomar á Tauris, prometiéndoles el saqueo de esta ciudad, que era para ellos el cebo mas poderoso. Despues que le hicieron este servicio, se le fixó la idea de que, baxo las mismas esperanzas, podrian hacer á favor de los Turcos lo que acababan de executar por él. Para librarse de este temor convidó á los principales xefes á comer; pero habia hecho disponer su tienda con tantas vueltas y recodos, que los que entraban no veian á los que iban delante á la distancia de seis pasos; y en este tránsito estaban dos verdugos apostados que ma-

taban á los convidados segun iban llegando.

Estas crueldades y otras muchas de pura precaucion, que son las mas odiosas de todas, le hicieron insoportable á los Grandes del reyno. Algunos tuvieron valor para arrojar en el quarto del Sofi Mirza, su hijo, un villete en que se ofrecian á ayudarle á subir al trono si se prestaba á las medidas que estaban tomadas. El Príncipe jóven, horrorizado de un proyecto que no se podia executar sin la muerte de su padre, le llevó el villete; pero aunque alabó el Emperador su amor y su afecto, le sobrecogieron tales sobresaltos que no le permitian descanso alguno, obligándole á mudar de mansion todas las noches dos y tres veces, hasta que por último creyó que no podia sanar de sus inquietudes sino con la muerte de su hijo. Este era el único que vivia de los quatro que habia tenido de sus legítimas mugeres: pues los rezelos de su padre habian puesto á tres en el sepulcro. Los dos primeros, que manifestaban gran aficion á las armas, fueron envenenados; y el tercero, previendo la suerte que su padre le destinaba por igual motivo, murió de melancolía. Se dice que hizo quitar la vida á otros muchos; pero la muerte de Sofi Mirza se cuen-

ta de dos modos. Volvia este Príncipe, segun unos, de cierta expedicion gloriosa contra la Arabia con su muger, Princesa árabe, madre de un jóven y de una doncella; y Abbas, envidioso de sus hazañas, le recibió muy mal. No pudo Mirza disimular su descontento: le llevó el Emperador á una pieza retirada; y dexándole solo, entraron al instante siete hombres con una cuerda de arco para ahorcarle; pero como era jóven vigoroso, mató hasta tres, aunque los otros sin acobardarse seguian pretendiendo echarle la cuerda al cuello. Entró entonces el padre, hizo atar á su hijo rendido ya con la fatiga, y mandó que en su presencia le pasasen por los ojos un hierro hecho áscua. La Princesa, sabiendo la violencia hecha á su esposo, fue corriendo, y le halló en una especie de frenesí ó desesperacion. El asió á su hija jóven, y la ahogó con un cordel; y aunque la madre creyó al principio que habia sido simple movimiento de furor, advirtiendole luego que palpaba á tientas en busca de su hijo para executar lo mismo, se huyó con él. Motivos hubo para creer que el infeliz Mirza quiso matar á su hijo como habia muerto á su hija, sin mas fin que dar despecho á su padre que amaba tierna-

mente á estos dos nietos. Murió el Príncipe algun tiempo despues entre horribles accesos de desesperacion.

Otros historiadores dan menos circunstancias á este funesto suceso. Mandó Abbas, segun estos, á Bebut, uno de sus oficiales, que fuese á matar á su hijo: y encontrando Bebut al Príncipe sin mas compañía que un page y montado en una mula: agarró la brida y le dixo: „Pie á tierra, Sofi Mirza: tu padre quiere que mueras;” y al mismo tiempo le arrojó de la mula abaxo. El Príncipe exclamó: „¡Dios mio! ¿pues qué he hecho yo para merecer esta desgracia? Maldito sea el traidor que me la causa; pero pues así lo quiere Dios, cúmplase su voluntad y la del Rey.” Apenas pronunció estas palabras, quando Bebut le dio dos puñaladas, dexándole tendido y muerto. De qualquiera modo que el Príncipe pereciese, no bien se hizo la execucion quando se arrepintió su padre. La madre del desgraciado Mirza fue corriendo al quarto de su esposo, y sin detenerse por el genio cruel del Monarca, le dió en rostro con su inhumanidad: se le tiró á la cara, y se atrevió á abofetearle Abbas aturdido, y como sobrecogido de pasmo, se contentó con res-

ponder : „¿Qué querias que yo hiciese? Me habian dicho que pretendia atentar á mi vida: ya no tiene remedio, ya está hecho.” Se mantuvo el padre encerrado diez dias, teniendo siempre el pañuelo sobre los ojos para no ver luz : en un mes no comió sino lo muy preciso para no morir de hambre. Llevó el luto por un año entero, y en todo el resto de su vida no se quiso poner adorno ni vestido que le distinguiese de los vasallos.

Pero celebró el funeral del Príncipe de un modo digno de su ferocidad. Convidó á un banquete á los Kanes de cuya fidelidad sospechaba, y á los aduladores que le habian sobresaltado haciéndole dudar de la de su hijo, y mandando envenenarles el vino, los tuvo allí hasta que los vió morir á todos. Algunos meses despues le sobrevino una reminiscencia muy fatal para el asesino Bebut. Le mandó que fuese á cortar con su mano la cabeza de su propio hijo, y se la traxese. Viéndole el tirano cruel que se la traia, le dixo : „¿Qué te sucede?” „Ay, señor, respondió Bebut, no creo que necesito decirlo: yo amaba tiernamente á mi hijo, y su muerte me ha de costar la vida.” „Pues bien, dixo el Rey, reconoce quanto ha sido mi dolor quando

me diste la noticia de la muerte del mio: mi hijo y el tuyo ya no existen; pero consuélate considerando que en esto eres igual á tu señor."

Este Príncipe tan temible no se libró de una desgracia que suele no perdonar á los mayores Monarcas. Viajaba con sus mugeres encerradas, segun costumbre, en grandes cestos cubiertos, llevando dos cada camello. Advirtiéndole que un cesto caia mas que el otro, quiso ayudar á enderezarle, y halló al Canciller con la dama; pero á uno y á otro los hizo enterrar vivos allí mismo. Abbas refinó, por decirlo así, su misma crueldad para vengarse de un Gobernador enemigo, que habiéndole prometido entregarle la plaza, le faltó á la palabra, y se dexó prender. Le mandó coser en un cuero de buey recién desollado, y arrojarle al camino real: allí le daban alimento á un sol que abrasaba; y á proporcion que el calor secaba el cuero, le iba oprimiendo, y pasaba los mas crueles dolores, de los quales murió, despues de haber padecido mucho tiempo.

No obstante, se celebra la justicia de Shah-Abbas, aunque comunmente sellada con su natural ferocidad. Hizo arrojar en un horno ardiendo á un panadero que no queria vender pan á los pobres; y colgar de los garfios de



Ferocidad de Abbas.

Mandó Abbas asesinar al único hijo que hasta entonces se había librado de su crueldad; y algunos días después dió orden á Bebut, que había sido el executor, para que degollando á su propio hijo, le llevase su cabeza. Obedeció el triste padre; pero al presentársela no disimuló su pena, y Abbas le dió por único consuelo: „Infiere mi dolor por el tuyo: igual eres en esto á tu Señor.“ Solo así consuelan los feroces.

su tabla, y otros dicen asar, en pleno mercado á un carnicero que vendía con peso falso. No fue tan severo con un juez que recibía dinero de las dos partes. Mandó el Sofí montarle en un asno con la cara vuelta hácia la cola, sirviéndole esta de brida: ordenó que cubriesen de suciedad su lucida túnica, y que así le paseasen por la ciudad precedido de un pregonero que iba diciendo á gritos su crimen. Tenia este Príncipe un gran maestro de artillería á quien estimaba mucho, pero que era el hombre mas zeloso. Quando se presentaba alguno de la vecindad al anoche- cer en la terraza de su casa á tomar el fresco, como se acostumbra en los países cálidos, los eunucos de este oficial de cañones, desde todos los rincones de su jardin mataban á balazos á quantos percibian, con pretexto de que podian estar mirando el serrallo de su señor. Diéron queja, y Abbas dixo al famoso maestro: „Que mirase lo que hacia, y que tuviese á sus mugeres encerradas de noche y de dia si temia que las vieses sus vecinos. A pesar de este aviso continuaba la caza contra los curiosos, y matáron á un hombre de bastante importancia. Toda la familia fue llorando á pedir justicia, y citó hasta mas de veinte

personas que habian muerto de aquel modo. Montó el Rey en cólera, y exclamó: „Vayan á matar á ese perro rabioso, y con él á sus mugeres, hijos y criados: no quede una alma de esa maldita ralea.” Inmediatamente se puso en execucion la sentencia.

Una de las últimas acciones militares de Shah-Abbas fue la reduccion de Ormuz, que habia sido un reyno bastante grande en la costa de Kerman, y se fue reduciendo insensiblemente á la isla de Ormuz y algunas tierras adyacentes. Por su situacion era importante para el comercio del golfo Pérsico. Se la habian tomado los Portugueses á los naturales; y los Ingleses envidiosos de tan buena posicion ayudaron á Abbas á quitársela á los Portugueses, con cuyo motivo lograron condiciones ventajosas para sus navíos traficantes en aquellos mares. No tanto por hacer conquistas, quanto por el deseo de extender el comercio de sus vasallos, se determinó el Emperador á esta expedicion. No omitió medio alguno de inspirarles el gusto de comerciar; pero halló poca disposicion en los Persas por su vanidad y aficion á la comodidad; y así puso los ojos en los Armenios, sobrios, económicos y acostumbrados á la fatiga: pareciéndole

tambien que siendo Christianos serian mas á propósito para tratar con ellos. Les adelantó Abbas grandes caudales, particularmente en seda, á un moderado interes, que habian de pagar á la vuelta. De este modo fue el fundador de su comercio, que despues ha llegado á ser tan considerable en Europa y Asia, y le han adelantado hasta Tunquin y las Filipinas. Desterró de sus estados la usura, y á los Banianos que en ella pasan por tan diestros como los Judíos; pero ya han vuelto á establecerse. Para que no saliese tanto dinero de su reyno desacreditó la peregrinacion de la Meca, y acreditó otra, con su propio exemplo, al sepulcro de un famoso santón que está en sus provincias. Los pueblos del interior de sus dominios, de los quales pudo retirar el azote de la guerra, fuéron felices en su reynado, que duró cincuenta años en una vida de setenta.

Estando para morir mandó que pusiesen la corona en la cabeza de Sofí, hijo del desgraciado Mirza, y que tomase el nombre de su padre. La Princesa, su madre, vivia en perpetuas angustias desde el trágico fin de su esposo; y muerto su suegro se le aumentáron quando llegaron los señores á su-

plicarla que les entregase su hijo para colocarle en el trono. Se encerró con él en su cuarto, y allí se hizo fuerte, imaginando que fuese algun nuevo atentado de su suegro. Por tres dias estuvieron á su puerta sin poder desengañarla. Finalmente la amenazaron con que echarian abaxo las puertas, y abrió. Sacando el hijo agarrado de la mano, le dixo: „Anda, hijo mio, ve á ver á tu padre, pues te enviarán allá los homicidas que te esperan.” ¡Qué gustoso fue su desengaño quando vió que los señores se postraron á sus pies y le proclamaron Emperador! La edad del jóven eran diez y seis años.

Oxalá que los sustos de la madre no hubieran sido mal fundados, y hubiese este nuevo monstruo desaparecido de la superficie de la tierra: porque su vida mas fue la de un verdugo que la de un Príncipe. Ahorraremos al lector que vea contadas por menor sus atrocidades, contentándonos con poner á su vista algunas reflexionadas barbaridades de este nuevo Neron, que en su rostro presentaba todas las señales de bondad y dulzura, y abrigaba en su corazon las inclinaciones de un tirano feroz é inexorable. Supuesto que mereció ser comparado á Neron, ya se

entiende que fue homicida de su familia, y asesino de su madre y de su muger. Empezó por un hermano, hijo de otra madre, al qual mandó sacar los ojos; y aun debiera haberle muerto, pues hizo precipitar de lo alto de una roca á dos tios suyos, á quienes habia dexado ciegos su abuelo, diciendo: „Supuesto que no ven, ¿para qué sirven en el mundo?“

Tenia Sofí una tia de muy agradable conversacion: le dixo esta un dia que se admiraba de ver que siendo jóven y vigoroso, rodeado de hermosas mugeres, no hubiese tenido hijo alguno, quando ella tenia tres de su marido. A esto añadió algunas reflexiones alegres sobre las tierras mal labradas, que son estériles por falta de cultivo. El no hizo mas que reir, y decirla que tenia tiempo para que le naciesen herederos; y ella le respondió imprudentemente: „Señor, por mas medios que pongais, mucho temo que despues de vuestra muerte se han de ver los Persas en precision de recurrir á alguno de mis hijos.“ Lo tomó esto Sofí con seriedad, y al dia siguiente hizo servir á la mesa, en la qual se hallaba convidada su tia, tres ollas cubiertas, y á la vista de esta Princesa sacá-

ron de ellas las cabezas de sus tres hijos. „Consolaos, la dixo el monstruo, porque todavia sois jóven para parir otros.” Quedó ella sorprendida; pero advirtiendo en los ojos del Rey señales de un furor que la amenazaba con la muerte, se arrojó á sus pies, y dixo: „Todo está bien, señor: Dios dé al Rey una feliz y larga vida.” Llamó el tirano á su marido, le mostró aquellas cabezas, y solo salvó la vida aparentando la misma sumision.

Mandó dar muerte por simples sospechas al xefe de su palacio, á su canciller, y á uno de los que mas habian contribuido á colocarle en el trono. Este era un oficial que le fue á dar parte de una conspiracion, exhortándole á deshacerse de los conjurados para asegurar su vida. „Tienes razon, le dixo, y yo empezaré por tí, porque teniendo tú mas edad y experiencia que esos que has nombrado, sin duda eres de la conjuracion.” Una simple dilacion en executar las órdenes del Emperador costaba la vida; pero lo que debe notarse es la resignacion y pronta obediencia de aquellos infelices. Uno sabiendo de cierto que habia de morir, aunque inocente, si no prevenia al Monarca, quiso mas dexarse matar, que faltarle á la fide-

dad. Otro vió entrar á su mayor amigo con dos verdugos, y le dixo: „Sin duda no me traes, amigo, buenas nuevas.” „Tienes razon, querido hermano, respondió el otro, el Rey me ha mandado llevarle tu cabeza, y así es preciso resolverse.” Diciendo esto le asió, y le cortó la cabeza sin hallar la menor resistencia.

Quando Sofí queria hacer estas crueldades se vestia de encarnado, y al ver esta señal de muerte temblaban todos los que tenia al rededor. Quisiéron matarle con veneno, y se le administraron en el serrallo; pero le resistió la fuerza de su temperamento, y solo le costó una enfermedad. Mientras convalecia se oyó por la noche un grande ruido en el serrallo, y al dia siguiente se supo que en él habian enterrado vivas hasta quarenta mugeres. Por entonces corriéron voces de que la Reyna madre habia muerto de peste; pero nadie dudaba que habia sido una de aquellas infelices. A su muger, Princesa muy amable, la llamó un dia despues de un banquete, en que se habia bebido mucho vino. Acudió la Emperatriz; pero hallándole dormido, se escondió, no se sabe por que, detras de unos tapices. Despertó el bárbaro, mandó que se la llevasen; y señalándole con

el dedo el parage en donde estaba, mandó que la diesen cinco ó seis puñaladas. Espiró la infeliz, y él volvió á quedarse dormido con mucha tranquilidad.

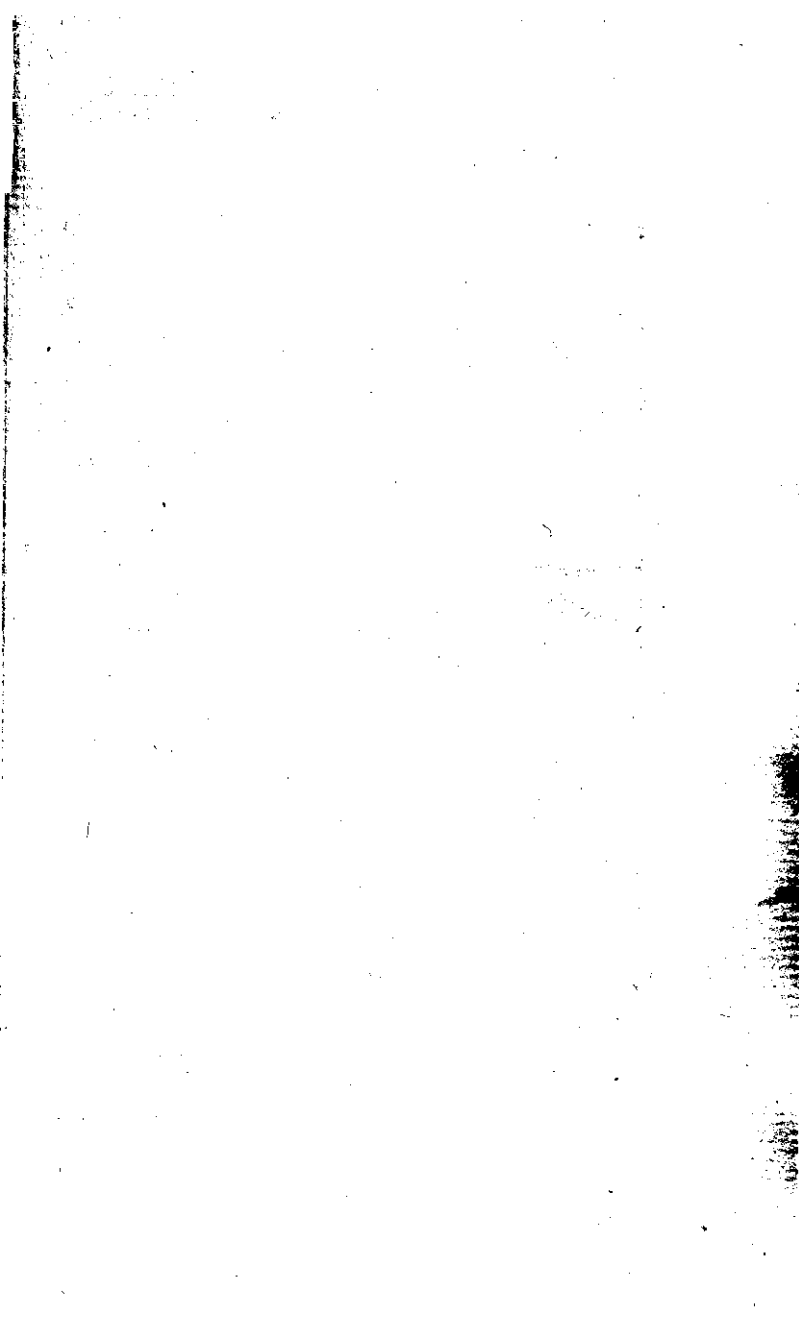
Algunos escritores han querido disculparle, atribuyendo al vino estos horrores; pero no fue la embriaguez la que le hizo mudar la costumbre de pasar un hierro ardiendo por los ojos, y substituir la de arrancarlos para asegurarse de que los infelices no viesesen. Algunos viajeros aseguran una cosa que irrita horriblemente, pero es preciso decirla para dar á Dios las debidas gracias de vernos en tierra en donde son desconocidas tan atroces barbaridades. Dicen pues que arrancaban los ojos con la punta de un puñal, y despues se los presentaban al Rey en un plato: y como para esta operacion comisionaba al primero que se le ofrecia, la executaba algunas veces tan mal que morian los infelices. Habia Sofí mandado que cegasen á su hijo de edad de trece años; pero el eunuco, á quien se lo encargó, le dexó con vista, y le enseñó á fingirse ciego. El Emperador, acometido de una enfermedad mortal, sentia mucho haber dexado á su hijo incapaz del Imperio: persuadido el eunuco de la since-

ridad de su arrepentimiento, le presento el Principe jóven sano de su vista; y entonces el padre le recomendó á los Grandes para que le reconociesen por su sucesor. Se cree que Sofí murió envenenado á los veinte y nueve años de edad, y tres de reynado.

Abbas II tenia trece años quando subió al trono, y ya se puede juzgar qual fue el contento de la corte despues de un reynado tan peligroso como el de su padre para los que vivian en ella. No obstante, poco les duró la alegría de la mutacion de Soberano, porque la embriaguez, la cólera, la pasion irresistible de hacerse obedecer, y la prodigalidad, por decirlo así, de la vida de los hombres, hacian la suerte de los cortesanos tan precaria como en tiempo de Shah Sofí. Habia alojado Abbas I en una casa cómoda y con hermosos jardines á muchos eunucos ya inútiles para servirle; y viendo Abbas II que no se morian tan presto, mandó matar en una noche á los menos ancianos, dexando á los quince más viejos esperando la muerte, porque no podia tardar. Para con su familia no fue mas cariñoso que su padre: pues llevando muy á mal que dos hermanas suyas á quienes habia casado se hicie-

sen embarazadas , mandò darlas bebidas para procurar el aborto. Volvió á verlas en cinta , y las dexó llegar al término , pero ordenó que dexasen morir los niños de hambre. Quatro de sus mugeres fuéron por su órden quemadas vivas : las tres primeras porque habian huido por no embriagarse con él : la quarta porque se habia negado á sus favores.

Los mismos viageros europeos que refieren estos sucesos , elogian mucho las bellas calidades de Abbas II , tanto que uno de ellos dice , que seria dificil citar una prenda buena que le faltase ; bien que al mismo tiempo le alaba por la atencion con que miraba á los extrangeros , lo qual persuade á que esta circunstancia es el fundamento de sus grandes elogios. Vivía este Emperador familiarmente con los extrangeros : los admitia á sus placeres ; y estos mismos viageros , todos comerciantes , ganaban prodigiosamente con él. Reynaban en esta corte el gusto de las buxerías y el de la mecánica : las ciencias no estaban despreciadas en la capital , pues en ella habia tres Príncipes de la sangre ciegos , uno de los quales poseia muy bien las matemáticas y la álgebra : otro hacia perfectamente toda suerte de figuras en madera y en cobre ; y el ter-





Extravagancia de Abbas II.

Pidió Abbas II. informe de la conducta de un mal gobernador á dos sujetos, que por grangearse la amistad de este se la pintáren muy buena. Conociendo Abbas la infidelidad, mandó en castigo arrancar dos dientes al mas joven, y clavarlos en la cabeza del mas viejo. Reclama la justicia el castigo de los crimenes; pero aplicado sin proporción, y con extravagancia, se convierte en injusticia.

cero discernia por el tacto la bondad de las obras mas delicadas.

Abbas II queria la justicia, pero en la aplicacion de las penas añadia circunstancias arbitrarias: falta que algunas veces equivale á la injusticia. Dos hombres á quienes parecia consultar sobre la conducta de un Gobernador, cuyo favor pretendian, diéron de él un testimonio cuya falsedad conocia el Emperador. Se volvió hácia los señores que tenia al redor, y les dixo: „¿Qué os parece de estos aduladores que saben todo lo contrario de lo que me dicen?“ Mandó pues que quitasen dos dientes al mas jóven, y los clavasen en la cabeza del mas viejo, el qual por poco no murió de este castigo, que no puede menos de abominarse por extravagante y no tener analogía con la culpa. Murió este Príncipe víctima de un extraño capricho: pues teniendo un serrallo lleno de las doncellas mas hermosas del Imperio, se le puso en la fantasía que le traxesen para su lecho una baylarina pública: esta se arrojó á sus pies, y le dió tales motivos para excusarse que pudieran haber contenido su pasion; pero él insistió en su empeño, y adquirió por este medio una enfermedad de que murió entre dolores agudos

despues de haber padecido muchos meses. Estaba entonces en el año veinte y quatro de su reynado, y treinta y siete de edad.

Dexó dos hijos, uno de veinte años, y otro de ocho, y falto muy poco para que eligiesen al mas joven en perjuicio del mayor: pues los Grandes preferian una regencia al gobierno de un Principe que ya pudiese tomar conocimiento de los negocios. No obstante, vencio la mejor opinion, y reconociéron á Sofi II, ciñendole por ceremonia un sable á la puerta del serrallo, en donde recibió las felicitaciones de sus vasallos. En solo esto consiste la instalacion de los Sofis de Persia. Le acometió una enfermedad que degeneró en consuncion; y no sabiendo los médicos que resolver, culpáron á los astrólogos, diciendo de ellos que no habian tomado bien el momento para entronizar al Rey. Fue pues necesario volver á empezar: y para esto eligiéron á un tal Ganre de la estirpe de los Rustanes que en otro tiempo habian reynado en Persia. Le colocáron en un trono, en el qual habia por la espalda una figura de madera que le representaba al natural. Llegáron todos los Grandes de la corte á servirle como á su Rey, y en el instante que los astrólogos reconocié-

ron favorable, un oficial derribó de un sa- blazo la cabeza de madera, y el Rey de teatro se levantó y huyó á carrera abierta. Instaláron de nuevo á Sofí II, como si em- pezára á ser Rey, con la muerte del usurpa- dor: y tomó entonces el nombre de Soliman, que conservó despues siempre.

Al principio de su reynado se cuenta el lance atrevido de Ali-Kouli-Kan, General va- liente, pero enredador y peligroso. El mis- mo se llamó *Leon del Rey*, porque muchas veces le habian encerrado, y decia: „Quan- do no sirvo me atan, y quando me necesitan me dan libertad.” Se hallaba aprisionado en una fortaleza quando Abbas murió; pero le trataban con tanta atencion que algunas veces le permitian ir á caza. Sabiendo la eleccion de Soliman, se arrojó quando volvía á la pri- sion sobre el Gobernador, y le hizo dar tan- tos palos que el infeliz pensó morir, y á ca- da golpe le decia: „Esto es para enseñarte tu obligacion, y para que otra vez no de- xes ir á caza á un hombre que el Rey ha confiado á tu custodia.” Despues de este arrojó partió Kouli-Kan á la corte: dió la primera noticia al Rey, y este le recibió en su gracia. Todavía se cuenta de él otra

accion que aumentó su favor, aunque en qualquiera otra parte hubiera sido severamente castigada. Presentó al Rey dos muchachos que tenian muy bella voz: los oyó cantar Soliman, y manifestó sentimiento de no poder introducirlos en su *haran*; pero por nada se detenia Kouli-Kan, y mandando hacer eunucos á los dos jóvenes, quedáron por este medio sin obstáculo para divertir con su voz á las mugeres del Sofi. Hizo grandes servicios en las guerras contra los Usbekes y los Cosacos, que fuéron las únicas del reynado de Soliman, el qual ambas las hizo por medio de sus Generales, siendo mas temible para sus vasallos que para sus enemigos.

Con todo quanto hemos dicho de las crueldades de sus predecesores, y por mas que nos hayamos familiarizado con aquellos horrores: todavia es sensible escribir los que mancháron el reynado de este bárbaro, tan dado á la embriaguez como su padre y su abuelo, y tan malo como ellos. No haré mas que indicar brevemente sus crueldades. Mandó cortar las manos á un músico porque no habia tocado el laud á su gusto. Y al señor encargado de esta execucion porque la retardó le condenó á cortarle una mano. A otro le dió el mismo castigo por haber llevado el hacha

encendida delante del Rey á demasiada distancia, siendo así que era una precaucion tomada para que la llama no le incomodase. Quando en los viages levantaban sus tiendas, era muy comun hallar en las tierras que ocupaban miembros cortados y cuerpos muertos. Estas execuciones se ocultaban mejor en el serrallo, en donde eran freqüentes: hizo quemar viva á una persona joven por quejarse de que habian cortado la mano á un hermano suyo, y desollar vivo á un eunuco porque solicitaba gracia para algunos sentenciados. El mismo Kouli-Kan, no obstante sus servicios, no pagó con la prision como en tiempo de sus antecesores, pues le mandó matar por una bagatela. Se divertia Soliman en insultar á sus Ministros, en deshonorarlos, y en tratarlos con abatimiento; y sin embargo no le faltaban Ministros. Por último, apenas se podrian contar las atrocidades de este tigre sediento de sangre humana. Daremos fin con una que no se podrá leer sin estremecerse; pero al historiador se le ofrecen pasos muy amargos.

En un despecho amoroso contra una de sus favoritas, circasiana y de ilustre nacimiento, mandó que en el instante la casa-

sen con algun hombre despreciable del baxo pueblo, y la casualidad la llevó á manos del hijo de un lavandero. No pareció mal á este, y la dama se conformó con él, de lo que concibió el Rey tal sentimiento que llamó al marido, y le dixo: „Quando te casaste por mi órden con esa incomparable jóven, y de tan alto nacimiento, ¿qué fiestas de regocijo hiciste?” „Señor, le respondió, yo soy un pobre que ni aun tuve para hacer una iluminacion.” „¡Qué, replicó el Sofí, ni aun iluminacion hizo este perro! Que la hagan de su cuerpo.” Tendiéron de espaldas al paciente: le hiciéron con la punta de un puñal innumerables agujeros: los llenáron de aceyte con una pequeña torcida, y en aquel tormento le hiciéron espirar. Murió Soliman en su cama á los quarenta y ocho años de edad, y veinte y nueve de reynado. Si la ferocidad del carácter tiene alguna proporcion con la fuerza del cuerpo, no debe pasmar-nos tanto la barbaridad de este Príncipe. Hacía con la mayor facilidad los mas violentos ejercicios, y doblaba las tazas de oro del grueso de un escudo sin mas diligencia que apretarlas en la mano; pero como el tigre no anuncia ferocidad en la hermosura de su

piel, Soliman atraía á todos con un mirar dulce, un ayre alegre y modesto, y unos ademanes graciosos.

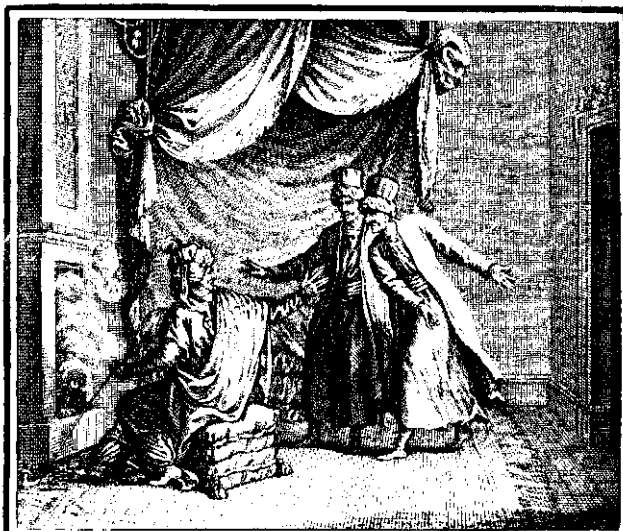
Husseyn, su hijo, fue el mas benigno Príncipe de los de su familia, y el mas desgraciado. Desde luego manifestó calidades estimables, que despues pervirtiéron sus cortesanos, y sobre todo los eunucos. Los vicios de sus predecesores procedian en gran parte de los excesos del vino. Husseyn prohibió el uso de este licor; pero sus eunucos consiguieron con sus instancias, y haciendo que se le ordenasen los médicos como confortativo, que se aficionase á beberle con gusto. No obstante no le hizo el vino cruel, y solamente le fue pernicioso, porque le entorpeció los sentidos, y le dexó indiferente para todo lo que no era placer. Se sepultó, digámoslo así, en las delicias del serrallo, olvidando absolutamente todo lo demas, aun en las circunstancias mas críticas y urgentes. Estando ya sus enemigos á la puerta, y queriendo sus Ministros despertarle por la proximidad del peligro, les respondió con gran sosiego: „Estos son cuidados vuestros: exércitos teneis, dad providencia; pues yo, como me dexen mi casa de Ferabad, estoy con-

tento." Estas palabras explican su casi increíble descuido del gobierno, y nos preparan para no admirarnos de su catástrofe.

Halló el Sofí, establecido en el serrallo, un consejo de estado compuesto de eunucos: le dió nuevas fuerzas, y una autoridad absoluta sobre los Ministros, y aun sobre el primero, pues no le era permitido proceder sin sus órdenes. Estos consejeros disponian de todas las plazas, vendian los empleos; y aunque sin herederos directos, no por eso eran menos codiciosos con el fin de enriquecer á sus familias. Discurriéron enviar con frecuencia á los Gobernadores de las ciudades y á los de las provincias la *calaata*, que es un regalo de honor del Soberano, para que de este modo le correspondiesen los Gobernadores con sus presentes en agradecimiento; pero ellos se resarcian á costa de los pueblos. Tambien quitáron la costumbre de dar gobiernos vitalicios, y de este modo vendian algunas veces en pocos años los mismos puestos: nueva carga para los pueblos, que tenian que pagar la bienvenida. Por componerse este consejo de eunucos blancos y negros, tan opuestos en los zelos de autoridad como en la diferencia de colores, el que que-

ria permanecer tranquilo en la dignidad ó encargo , tenia que expender con unos y otros ; pero siempre recaia el mal sobre los pueblos.

Husseyn solo cuidaba de los edificios. Nada se ahorraba en punto de magnificencia en la arquitectura , en el lujo de los muebles, ni se perdonaba á gastos para vencer las dificultades. Aunque murmurasen las provincias agotadas y consumidas, le era indiferente su descontento , porque procuraban ocultarle la miseria , y estorbar que llegasen á él las quejas. Con tal que la corte y sus alrededores estuviesen florecientes, lo demas le movia poco. Tal vez , menos por devocion que por fausto , emprendió una peregrinacion de mas de doscientas leguas, en la que le acompañaron todas sus mugeres, y una comitiva de setenta mil hombres. Nunca habia sido el *harran* tan numeroso de mugeres, doncellas y eunucos : nunca habia costado tanto ; pero quando en él estaba todo abundante, no se pagaban las tropas , y faltaba toda especie de municiones. A los Generales que enviaba la faccion blanca de eunucos, los volvia á llamar la negra apenas habian llegado á su destino. No habia en el gobierno cosa sólida ni estable.



El Juez iniquo.

Preciado un Armenio á justificar con testigos haber sido robado, y los efectos, creyó que reduciendo al ludren, como le hizo por medio de carta sumta, á que confesase ofreceria la mayor prueba. Le presentó al Juez, pero este le desechó sin verle, solo porque era tambien Armenio, existiendo la ley musulmana. Su objeto era quitarse con lo robado; y por desgracia no faltan en Europa muchos que le imiten.

ladrones, se contentaba con que pagasen su rescate; y si no tenían con qué, los dexaba salir de noche de la cárcel para que pudiesen adquirir el rescate con otros robos.

Con dificultad se conseguia que lo que entraba en manos de estos magistrados volviese á salir. A un Armenio á quien habian robado en su casa, y tenia ya en la cárcel al ladron, le advirtiéron que para recobrar el robo era necesario que justificase con testigos el hurto y sus efectos; y para evitar él toda tergiversacion creyó camino mas corto componerse con el ladron, y ofrecerle cierta recompensa porque confesase el robo. Contaba ya con tener asegurada la restitucion quando el juez volviéndose á mirarle, le dixo con ironía: „¿Y qué no tienes mejor testigo que presentar que un pícaro y un ladron? Vete, buen amigo, y traeme testigos abonados, buenos Musulmanes, y no Armenios, que entonces te daré oidos.” Los caminos reales, que en tiempo de los antecesores de Husseyn estaban tan seguros, en su reynado se veian infestados por todas partes de salteadores; y era inútil quejarse, porque no habia que esperar justicia. La única respuesta que dió un Gobernador á un mercader á quien habian he-

cho un robo considerable, fue esta: „Dime quien es el ladron, y yo haré que te vuelvan tu hacienda.” Irritado el mercader replicó: „Póngame vmd. en su lugar, y póngase vmd. en el mio, y se verá qué presto doy con el ladron.” Con ser la réplica tan punzante, no se dió el Gobernador por ofendido. El mismo que fue testigo de vista de estos hechos nota con este motivo que no hay gentes que sufran con tanta paciencia las reconvenciones, y aun las injurias, como los Persas colocados en empleo, porque ni tienen vergüenza ni remordimientos. Un Gobernador que durante la guerra civil habia entregado su ciudad por dinero, estaba al lado del Emperador á tiempo que este atacaba á otra que le daba mucho que hacer; y preguntándole el Príncipe de qué arbitrio podria valerse para tomar la plaza, respondió con tranquilidad el Gobernador: „Procurando buscar en ella otro traidor como yo.”

Pocos exemplares nos ofrece la historia de una disolucion tan completa como la del reyno de Persia en el tiempo del descuidado Husseyn, y esta disolucion tuvo de particular el haber empezado por la capital. Vivía en ella el Sofí tranquilamente baxo la ti-

ranía de los eunucos; aunque él no la advertía en la confusión de un ministerio corrompido, que á él le parecía orden, como que estaba acostumbrado á no inquietarse por las medidas acreditadas de falsas: porque los recursos de un estado grande dan de sí el medio de corregir los yerros; pero llegaron á ser tantos que uno de ellos le causó el amargo arrepentimiento de todos los otros. La provincia de Kandahar, situada entre el Mogol y la Persia, se pasaba alternativamente ya al uno ya al otro Imperio, segun lo mas ó menos bien que la trataban. Sus habitantes eran belicosos, muchos de ellos errantes, ocupados en el cuidado de sus ganados, y por consiguiente duros para la fatiga: estaba dividida en tribus que reconocian sus xefes, y la tribu principal era la de los Afghanes. Este pueblo, qual nos le pintan, rodeado y defendido naturalmente por montañas, debía ser tratado con mucho pulso; pero los Ministros de Persia, que nunca dudaban, no guardáron con él mas atenciones que con los otros; y le enviáron Gobernadores codiciosos que le oprimian con impuestos y con toda especie de vexaciones. Murmuró pues, se quejó altamente, y rompió en disposiciones para rebelion.

Deseaba Husseyn que se le oyese; pero como no sabia sostener una voluntad absoluta, prevaleció en el Consejo el partido de tenerlos sujetos con el rigor. Les enviaron pues á Gurji-Kan, antiguo Gobernador de Georgia, hombre severo, que revestido de toda autoridad se hizo acompañar de un excelente cuerpo de Georgianos. Entró en el Kandahar como en un pais conquistado, dió rienda á sus soldados, y cometiéron contra el pueblo toda suerte de violencias, y él se reservó para sí los xefes, á quienes hacia sentir su dura dominacion. Uno de los principales, llamado Mir-Weis, fue el que principalmente le llevó la atencion, porque su nacimiento, su ayre gracioso y popular, y ciertas señales de carácter ambicioso le inspiraron sospechas contra él. Le mandó prender, le envió á Ispahan, y escribió como contra un hombre faccionario, sospechoso de los alborotos que se habian ya advertido, y muy propio para fomentar otros nuevos.

Mir-Weis conoció muy presto los partidos de la corte, y se propuso sacar de ellos grandes ventajas. No tenia Gurji-Kan todo el ministerio á su favor, envidiándole muchos la grande autoridad que se le habia dado. Con es-

tos se unió Mir-Weis, tuvo destreza para hacer sospechoso al mismo Gobernador, y no desesperó de hacerse dueño de Kandahar, logrando que le enviasen allá para contenerle. Llegado á su pais no se presentó ya al Gobernador con aquel ayre importante de protegido y satisfecho de sus medidas; todo lo contrario: lisonjeó al Gobernador, procurando introducirse en su gracia; pero no lo conseguia, porque siempre le miraba con zelos Gurji-Kan, y nunca le perdonaba que hubiese logrado regresar á su patria, como para desafiarle. Mir-Weis para disiparle los rezelos se fingió devoto, y emprendió la peregrinacion de la Meca.

Quando volvió halló al Gobernador tan sobre sí, que persuadido á que no tenia que temer de un hombre dedicado á la virtud, no se detenia en hacerle afrontas. Mir-Weis sufría con paciencia, y solo esperaba alguna injuria grave para poder interesar á los otros xefes en su venganza. Ya llegó este insulto, porque Gurji-Kan, habiendo oido hablar de la hermosura de la hija de Mir-Weis, le envió á decir que la pasase á su *haran*. Juntó Weis los principales de su tribu, y otros cabezas de quienes tenia seguridad, les comu-

nicó la órden, con lo que se indignáron mucho, y entonces concertó con ellos sus medidas. En lugar de su hija le envió otra muy bien instruida; y esto le fue fácil, porque en Persia no se ve á las doncellas antes del matrimonio. Convidó despues al Gobernador á una fiesta en sus tiendas: aceptó Gurji-Kan sin desconfianza la diversion en casa de su yerno; pero dexó en ella la vida. Apenas le hizo asesinar Mir-Weis, quando se presentó á las puertas de Kandahar, y la guarnicion privada de su xefe hizo poca resistencia. Catorce años estuvo Mir-Weis peleando con los Persas, y resistiendo á sus armas y á sus falaces ofrecimientos. Su buena conducta, sus discursos y sus victorias reuniéron las otras tribus á la de los Afghanes, cuyo xefe era él. Murió Rey de Kandahar, dexando la corona á su hermano Abdallah, persuadido á que sus hijos eran demasiado jóvenes para sostener un trono aun no bien asegurado.

No tenia Abdallah ni el talento, ni la ambicion, ni la intrepidez de su hermano. El deseo de vivir tranquilo le hizo dar oidos á nuevas proposiciones de los Persas; y sin duda, concediendo condiciones ventajosas, hubieran entrado á poseer el Kandahar; pero

quando iban á firmar el tratado, Mahmud, hijo de Mir-Weis, supo esta debilidad de su tio; y aunque jóven de diez y ocho años, se puso á la cabeza de unos quarenta amigos de su padre, se hizo dueño del palacio, cortó la cabeza á Abdallah, y se hizo proclamar Rey. No se sabe si este Príncipe halló en los planes de su padre el proyecto de apoderarse de la Persia, si se le inspiráron los confidentes de Mir-Weis, ó si le concibió por sí mismo; pero siempre se debe notar que sobreviniéron muchas circunstancias propias para facilitarle. Los habitantes del Herat, vecinos de Mahmud, sacudiéron tambien el yugo de los Persas, y se hicieron república. Los Kurdos, pueblo inquieto de las cercanías de Hamadan, hicieron correrías hasta las murallas de Ispahan. Los Tártaros Usbekes y los Lesgianos, como si se hubieran concertado, entráron desde las riberas del mar Caspio al centro del Imperio. Husseyn, acometido por todas partes, no sabia adonde acudir; y Mahmud se aprovechó de estas diversiones para asegurar su trono. Disciplinó á los Afghanes, los llevó á expediciones ya cercanas y ya distantes, en que experimentó felicidades y reveses: alternativas que son las que hacen aguerrido al sol-

dado ; procuró sobre todo encender mas el odio por causa de religion , que como *Sunnos* , que son los sequaces de Omar , tenian contra los Persas sectarios de Ali. Rara vez dexan de mezclar á la religion en los alborotos.

Llegaron á ser tan temibles los progresos de Mahmud , que determinó Husseyn dirigir todas sus fuerzas contra él. Juntó un ejército de los mejores que en mucho tiempo habia tenido la Persia , mas formidable por su bondad , que por el número de tropas ; y no pudiendo por su falta de experiencia y mucha edad mandarle por sí mismo , nombró Generalísimo á un hijo suyo de diez y siete años , creyendo que la presencia del heredero del trono seria poderoso estímulo para empeñar á los soldados y á los xefes en distinguirse. Iba el Príncipe jóven baxo la direccion de Sofi-Kuh-Khan , hábil General , que se habia retirado por no ver los desórdenes de la corte ; pero volvió , y se prestó á las circunstancias. Tenia tambien Husseyn en su Consejo un hombre muy capaz , íntegro y desinteresado , llamado Fatey-Ali-Khan , á quien hizo su primer Ministro.

Todavía podia sostenerse el Imperio con

estos dos hombres que, hábiles cada uno en su empleo, procedían de buena inteligencia; pero un partido de la corte consiguió que llamasen al General, y el Visir hizo poner otro de su elección, llamado Luft-Ali-Khan. El tal partido, creyendo que no podría hacerse dueño del ejército y apoderarse del corazón del Príncipe joven mientras no derribase al Visir, le calumnió tan á tiempo para con el Sofí, que este mandó sacarle los ojos. Al mismo tiempo hicieron arrestar al General, y se dispersó el ejército. Este suceso aconteció muy oportunamente para Mahmud, porque entre sus rocas del Kandahar estaba instruido con fieles noticias de quanto pasaba en la corte, espionando la ocasión de cumplir el designio á que se preparaba desde cinco ó seis años antes. Sabia este Príncipe que las ciudades y provincias estaban divididas entre sí por opiniones que Abbas I habia sembrado y fomentado con el fin de asegurar su poder; pero estas disensiones civiles, que son útiles mientras las templaba la autoridad suficiente para contenerlas en los justos límites, faltándolas el freno, llegaron á ser perniciosas al gobierno. Cada uno perdió el gusto de la unidad, y se le daba poco cuidado de sa-

ber á quien pertenecia: y así tenia Mahmud por cierto, que si en las provincias que pensaba recorrer no hallaba amigos, hallaria por lo menos indiferentes. Las facciones de la corte le daban tambien las mas lisonjeras esperanzas. Por último, á la cabeza de las reliquias del ejército grande, que ya formaban otro bastante considerable, habian puesto un antiguo Gobernador de Arabia, General traidor ó poco hábil: como que el mismo Mahmud no le hubiera podido escoger mas á propósito para sus fines.

Viéndose Mahmud ya fuerte en semejantes circunstancias dexó traslucir su proyecto, que hasta entonces habia ocultado, y á los ojos del pueblo le revistió de atractivas apariencias, como la facilidad, el cebo del botin, la gloria de hacer triunfar su religion entre aquellos hereges imperiosos que antes los atormentaban. Todos en tropel fueron corriendo á sus banderas; pero de aquella multitud alistó solos veinte y cinco mil hombres bien aguerridos, hechos á la fatiga, y capaces de rápidas y largas marchas. Los que perdió en el camino en algunos pequeños combates los reemplazó con soldados del mismo temple, escogiendo entre los que se presentaban.

Con este ejército de gente escogida llegó á quatro jornadas de Ispahan , adonde le ofrecieron proposiciones tan ventajosas que de ellas infirió la flaqueza de la corte , y no quiso aceptarlas.

Quando ya se vió baxo los muros de la ciudad , hallo un ejército muy numeroso ; pero mandado por aquel mismo Gobernador de Arabia de quien todo podia esperarlo. Tenia el Emperador uno de dos partidos que tomar : arriesgar una batalla , ó hacerse fuerte á distancia de la ciudad , esperando los socorros que prometian las provincias , muchos de los quales iban ya marchando , y dexar á Mahmud consumirse en su campo con peligro de perecer en él de hambre. Esta era la opinion mas prudente , mas no fue la del General ; antes bien quiso pelear quando no era necesario , y se gobernó tan mal en la batalla , que el mismo Mahmud se admiró de haber conseguido la victoria. Entró la consternacion con los fugitivos en la ciudad , y con ellos tambien el hambre , que muy presto llegó á un exceso deplorable por el crecido número de gentes , aumentado con las imprudentemente recibidas de los campos. Quiso Husseyn dexar la corte , y este era el partido mas acertado ; pero su Consejo se opuso.

Quando el Sofi se encerró en su capital, resolvió no encerrar consigo todas las esperanzas del reyno y de su familia. Habia declarado sucesor suyo y depositario de su autoridad á su hijo mayor Abbas-Mirza, el mismo á quien habia puesto á la cabeza de su ejército. Este Príncipe jóven, naturalmente vivo, creyendo que el disimulo era indigno de su persona, empezó el exercicio de su poder mandando quitar la vida al Gobernador de Arabia, aquel General tan desgraciado ó tan pérfido; y condenó tambien á otros muchos señores principales, que por lo menos eran sospechosos. Pero los proscriptos le hicieron caer en desgracia de su padre, y consiguieron que le encerrase de nuevo en el Haran de donde le habia sacado. Le substituyó Sofi-Mirza, que era el hijo segundo, y al cabo de algunos dias, conocido este por demasiado débil, y el tercero por demasiado escrupuloso, se adjudicó por último la corona á Thamasp-Mirza, que era el quarto. Desde luego le hicieron salir de la ciudad, así para ponerle en seguro, como para que sirviese de punto de reunion á las tropas que se esperaban de las provincias. Solamente se habla de un Gobernador que se presentó por

entonces con un ejército de diez mil hombres, cuya llegada asustó á Mahmud, porque la menor pérdida le hubiera dexado sin recurso. Envió al General no tropas, sino negociadores, los quales á fuerza de promesas le hiciéron abrazar su partido. Asegurado Mahmud por esta parte, continuó el sitio, pero ya convertido en bloqueo.

Durante este sitio se comió mas carne humana que quantas se habian consumido en otro alguno, pues dicen que los sitiados no se contentáron solo con los que morian naturalmente ó de herida. Todas las demas necesidades eran á proporcion de esta miseria. Era tanta que movió el corazon del infeliz é insensible Husseyn á que hiciese á Mahmud las mas ventajosas proposiciones, como la de darle una hija suya por esposa, y la soberanía de tres hermosas provincias. Respondió Mahmud: „Nada me ofrece el Rey de Persia que no esté á mi disposicion, porque ya estan en mi poder él y las Princesas: tampoco es dueño de las tres provincias que me ofrece: ahora se trata entre él y yo del Imperio.” No obstante esta respuesta firme y aun decisiva, dexó que el Rey trasluciese alguna esperanza para que no se apresurase



á concluir el tratado, porque conociendo que no estaria seguro en Ispahan, mientras el número de sus habitantes fuese mayor que el de sus tropas, esperaba que se irian disminuyendo con la miseria. Quando vió que la proporcion que deseaba estaba poco mas ó menos verificada, admitió la renuncia del infeliz Sofí.

Antes de la última ceremonia recorrió Husseyn vestido de luto y á pie las principales calles de Ispahan, llorando las desgracias de su reynado, consolando al pueblo que le rodeaba, y dándoles esperanzas de mejor suerte con el nuevo gobierno; pero tuvo la satisfaccion de que todos sentian y se lamentaban de su infelicidad: ninguno le faltó al respeto. Mahmud le envió caballos para que fuese adonde él estaba, porque ya no los habia en la ciudad. El triste Monarca se puso en camino, seguido de unos trescientos de los primeros del estado: marchaban todos lentamente y con los ojos baxos: y el corto número de habitantes que tuviéron valor para ser testigos de aquella lúgubre cabalgata, explicaban su dolor con un funesto silencio.

Le introduxéron en la sala donde le esperaba Mahmud, jóven de veinte y cinco años. Al entrar saludó primero él á su ven-



Husseyñ humillado.

Aprovechándose el jóven Mahmud, xefe de los Afghances, del disgusto de los pueblos, é indolencia de Husseyñ, rompió por las tierras de Persia, y llegó hasta los muros de la capital. Husseyñ encerrado en ella, y en el mayor apuro, se reduxo por el bien de sus vasallos á abdicar la corona, y entregó por su mano el penacho real á su vencedor. Mahmud venció á Husseyñ; pero Husseyñ humillándose logró mayor triunfo.

cedor, y este le correspondió. Se acercaron uno á otro, y empezó Husseyn la conversacion en estos términos: „Hijo mio, pues el supremo Señor del mundo no tiene á bien que yo reyne por mas tiempo, y ha llegado el dia señalado para que tú subas al trono de Persia: yo te entrego con todo mi corazon el Imperio, y te deseo un reynado feliz.” Al mismo tiempo tomó el penacho real de su turbante, y se le puso con su misma mano á Mahmud, diciéndole: *Reyna en paz.* Despues de esto les sirviéron café y té, y mientras le tomaban dixo el Príncipe afghan al Rey destronado estas palabras: „Tal es la inconstancia de las grandezas humanas: el Dios único dispone como quiere de los Imperios: se los quita á una nacion para dárselos á otra; pero yo os prometo miraros siempre como á padre.” Dicho esto le llevaron á un aposento que le tenian preparado, y tomaron los Afghanes posesion de las puertas de la ciudad y del palacio. Así acabó la dinastía de los Sofis, que habia empezado en Ismael doscientos veinte y tres años antes: Husseyn reynó veinte y ocho.

Mahmud se vengó de los que habian contribuido á la ruina del estado por negligencia.

cia, ignorancia, parcialidad, cobardía y traicion. Solamente perdonó al General sospechado de inteligencia con el Príncipe de los Afghanes, y su misma impunidad le hizo tener por culpado. Todos los demas perdiéron la vida, la libertad ó los bienes, haciendo justicia en ello Mahmud. Confirmó á los Persas en sus dignidades y empleos, dándoles á cada uno por adjunto alguno de su nacion, á excepcion del empleo de Gran Visir, que le desempeñaba un Afghan solo. A la verdad reduxo los gastos de Husseyn sobre todo en quanto al serrallo; pero siempre conservó para con él las atenciones personales debidas á su antiguo estado. Le dió este Príncipe una hija suya por esposa, y con este motivo el mismo Husseyn envió por toda la Persia una carta circular ó proclamacion en que decia reconociesen á Mahmud por único Monarca.

Thamasp su hijo, aunque perdió la capital, no se creyó obligado á obedecer á la circular de su padre, antes bien se hizo proclamar en Kasbin, ciudad del Irak, adonde se habia retirado. Muchos Gobernadores le llevaron tropas; pero no hizo la guerra con el ardor y vivacidad que debian esperarse de su edad y su causa. No obstante le eran fa-

vorables las circunstancias, porque Mahmud empezaba á hacerse aborrecer. Para ocultar una derrota mandó celebrar regocijos públicos como si hubiera salido vencedor. Por no verse expuesto en la capital á alguna sublevacion mandó quitar la vida, sin mas motivo que su crueldad, á los Ministros, á los señores y á otros principales xefes persianos, habiéndolos llamado á un convite. A doscientos jóvenes de la primera nobleza los sacaron de la academia, en donde los criaban, é hicieron de ellos una cruel carnicería. La misma suerte sufrieron tres mil hombres de las tropas de Husseyn, que el usurpador habia admitido en el servicio. No paró aquí, porque mandó matar á todos los que por haber recibido sueldo se reputaban soldados. Por último se deshizo secretamente de un grande número de habitantes de Ispahan en estado de tomar las armas, y con extorsiones de toda especie exigió grandes sumas.

Entre los mismos Afghanes habia tambien disensiones. Se quejaban algunos xefes de que Mahmud se habia apoderado de todo, y de que no les habia cumplido la palabra de repartir el botin ni las promesas que les habia hecho. No obstante continuaban en ser-

virle , pero no con aquel ardor que asegura constantes las victorias ; por lo que Mahmud experimentó algunas pérdidas de que pudiera haberse aprovechado Thamasp , si ademas de su indolencia no se le hubiera juntado la necesidad de resistir á los Turcos y á los Rusos , los quales con la noticia de los alborotos que despedazaban la Persia , renováron entre sí las antiguas pretensiones , y entráron cada uno por su lado en aquel desgraciado reyno. Por entonces empezó la Rusia á valerse de la diestra politica que despues se la ha conocido. Espantando primero con la ostentacion de terribles fuerzas se baxó á proposiciones de paz , y consiguió con ellas lo que tal vez no habria alcanzado con las armas. Probó Thamasp á desembarazarse de los Turcos con un tratado de paz ; pero se halló prevenido de los Rusos que , á pesar de su composicion con él , habian entrado en negociacion con los Turcos , y conseguido que estos confirmasen y saliesen garantes de lo que habian adquirido por el tratado con Thamasp , con la condicion de no oponerse á las invasiones que los Musulmanes meditaban : de suerte que no pudiendo Thamasp conformarse con unas condiciones que le despojaban de

una parte de sus estados, se vió precisado á continuar la guerra con los Turcos.

Pero al mismo tiempo que las empresas de estas potencias tenian en justa inquietud á Thamasp, la conducta de Mahmud le daba esperanzas, porque él mismo se perdia. Le acusaban los Afghanes de que despreciaba sus costumbres austeras, prefiriendo el luxo de los Persas, y de que mostraba inclinacion á la religion de estos. Tenia un primo hermano hijo de Abdallah, llamado Ashraf, de quien se habia siempre rezelado, y este rezelo se aumentó con algunas felicidades que favoreciéron á aquel jóven, y con el afecto que le manifestaban los compatriotas. Mahmud le hizo encerrar sin causa legítima, lo que desagradó mucho á los Afghanes, y ya desechados no peleaban con el mismo valor. Atribuyó Mahmud sus desgracias menos al desaliento de los soldados que á la cólera del cielo, y para aplacarle determinó hacer un retiro espiritual que llaman *Riadhiat*, que los Indios mahometanos habian introducido en el Kandahar.

El *Riadhiat* se hace de este modo: se encierran por quince dias en un lugar en donde no entra la luz, y estan repitiendo

con fuerte voz , sacada de lo profundo del pecho la palabra *Hou* , que expresa uno de los atributos de Dios , y no toman mas alimento que un poco de pan y agua puesto el sol. Las perpetuas agitaciones del cuerpo, acompañadas con violentos gritos, desordenan toda la máquina ; y quando ya la debilidad y obscuridad causan extravíos del entendimiento en los penitentes , se figuran que ven espectros y oyen voces , y creen que durante esta penitencia obliga otra potestad superior al diablo , á que les dé á entender lo por venir.

A lo que parece el Riadhíat de Mahmud le trastornó el entendimiento , pues solo veía al rededor de sí traidores y conspiradores. Le dixéron que Sofí-Mirza , hijo mayor de Husseyn , se habia huido del palacio , y sin mas exámen mandó llevar á un patio todos los Príncipes con las manos atadas atras , asistidos de algunos confidentes suyos , y los quitó la vida á sablazos. El infeliz padre al oír sus gritos acudió , y salvó la vida de los dos mas pequeños , el mayor de los quales no pasaba de cinco años. Recibió una herida en la mano por detener el golpe ; y viendo correr la sangre de Husseyn , se detuvo el asesino,

porque estaba acostumbrado á respetarla. Como cien muertos se cuentan, lo qual no debe admirar habiendo tantos Príncipes: pues ninguno de los predecesores de Husseyn habia tenido tantas mugeres: y en el espacio de un mes habían visto llevar al Haran hasta treinta cunas. Al delirio de Mahmud se agregó una enfermedad aguda que le hizo recurrir no solamente á los médicos, sino á todos los remedios supersticiosos que le decian: y poco le importaba que fuesen de Christianos ó de Musulmanes; bien que tanto le sirviéron unos como otros. Se aumentó su crueldad con sus dolores; y viéndose sus Capitanes á punto de hallarse sin cabeza, estando en una ciudad no bien sujeta, y en medio de un reyno aun no subyugado, pusieron los ojos en Ashraf; pero este no quiso aceptar la corona mientras no le llevasen la cabeza de su primo, que habia quitado la vida á su padre. Estaba entonces Mahmud en el último grado del frenesí, y aunque le faltaban muy pocas horas de vida, todavia se las abreviaron.

El que destruyó la dinastía de los Emperadores Persas no gozó de su triunfo mas que dos años, y no pasaba de veinte y siete quando murió. Ni la talla ni la figura le

hacian recomendable, porque tenia la cabeza muy sumergida entre los hombros, el rostro ancho, la nariz aplastada, poca barba, que tiraba á roxa, el mirar feroz, y toda su fisonomia tenia un no sé qué de aspereza desagradable. Comunmente iba con los ojos bajos, y todo su ayre era de un hombre que va cavilando siempre. Mahmud no tuvo mas que una sola muger. Dormia poco: á todo atendia: era infatigable é intrépido en atacar; pero en las desgracias se dexaba fácilmente abatir. Su expedicion contra Ispahan fue loca y temeraria, y solo la fortuna del buen éxito pudo justificarla. De él se dixo que era á propósito para hacer conquistas; pero que le faltaban las calidades necesarias para conservarlas.

Ashraf mandó quitar la vida á toda la guardia de Mahmud, y á sus ministros y confidentes, sin perdonar á los que le habian colocado en el trono, sin duda por temor de que hiciesen á otro el mismo servicio. Igual suerte infeliz experimentaron el hijo único de Mahmud y su madre; haciéndose Ashraf aborrecible con estas execuciones que reduxeron sus partidarios á un corto número, é hicieron grande brecha en su ejército. Considerando

Ashraf que no podia sostenerse, ofreció su corona á Husseyn, y no hay duda en que se retiraria al Kandahar, en donde se propondria hacerse una dominacion proporcionada á sus fuerzas; pero el Sofi estaba muy contento con verse libre de los cuidados del gobierno, y no la quiso admitir. Completó Ashraf la satisfaccion del Príncipe destronado confiándole la superintendencia de sus edificios, y Husseyn le dió en recompensa una hija suya por esposa.

Quando el padre rehusaba un trono, le llegaba á su hijo Thamasp un socorro no previsto para colocarse en él. Se habia retirado este Príncipe á una provincia del Imperio, en la que vivia dependiente del Gobernador; pero estando en esta triste situacion, le envió Nadir-Kuli á ofrecer sus servicios, y cinco mil caballos que estaban á sus órdenes. Este Nadir fue hombre famoso, porque despues de haber reconquistado la Persia baxo los Afghanes y los Turcos, usurpó el trono.

Segun los mejores escritores era hijo de un xefe de tribu, exercitado en las armas desde su juventud; aunque otros para amenizar su historia dixéron que su padre era

un pobre artesano, y que él, hasta la edad de trece años, iba á juntar la leña que llevaban á vender al mercado en un asno y un camello, riqueza única de su familia. Le hicieron prisionero los Tártaros Usbekes, se huyó, se hizo ladron, fue mancebo de un mercader, le robó la hija, mató al padre, volvió á ser salteador de caminos, y despues, siendo caxero de un gran señor, se distinguió, acompañando á su amo, por algunas acciones valerosas. Llego á conseguir un grado de Coronel, le halláron en la corte un contrabando, y se vió precisado á volver por la tercera vez al oficio de salteador; pero salteador de primer órden, porque robaba los castillos y las caravanas, y ponía las provincias en contribucion. A este punto habia llegado quando se ofreció á Thamasp.

Desde la primera campaña tomó sobre Ashraf y los Afghanes un ascendiente que jamas perdió. Su reputacion aumentó el ejército de Shah, y este le nombró Generalísimo. Despues de una victoria casi decisiva, no pudiendo este Príncipe hacerle mayor honra, le dió su propio nombre Thamasp ó Thamas, al que siempre añadía el que habia tenido anteriormente, de lo que resultó

el nombre de Thamasp-Kuli-Khan, con que se hizo tan célebre. En tres campañas hizo dueño á Thamasp de quanto los Afghanes poseian en Persia. Los echó á países arruinados, en donde les faltaban víveres y reclutas; por lo que su ejército, digámoslo así, se derritió. Ofreció Ashraf dexar la corona, y restituir todas las riquezas que habia heredado de Mahmud; pero Thamasp-Kuli-Khan no quiso dar oidos á composicion alguna, y le persiguió de muerte. Con doscientos hombres que le quedaban se defendió este Príncipe como desesperado; mas por último se rindió, le matáron; y en él se acabó el reinado efímero de los Afghanes.

Despues de haber destruido á los usurpadores en el centro del Imperio, y puesto á Thamasp en el trono, marchó el General contra los Turcos, y les quitó quanto en las fronteras habian conquistado durante los alborotos. Contaba con no gastar con ellos mas atenciones que con los Afghanes; pero sin su noticia, y quando menos lo esperaba, hizo el Rey con ellos una paz, por la qual reconoció al Emperador Otomano por único Iman, y cabeza de la religion musulmana, siendo esta una honra que constantemente le

había negado Ashraf en su desgracia. Le cedió muchas provincias, y creyendo que ya estaba seguro en virtud de este tratado, despidió las tropas que tenía consigo, y mandó á su General que diese licencia al ejército. Kuli Khan, muy lejos de obedecerle, juntó sus oficiales, y declamó contra aquella paz como contra una traicion que los Ministros no podían haber inspirado sino con mala intencion, pues habían cedido tan bellas provincias á los Turcos, teniendo en pie un ejército suficiente para humillarlos.

Con su discurso, que tenía ayre de zelo patriótico, se le aficionó el ejército. Tomó el camino de Ispahan á la cabeza de setenta mil hombres, casi todos Tártaros, en quienes podía fiarse; y llegando cerca de la capital fue á ver al Rey, y le probó que le habían engañado sus malos Consejeros, como Husseyn su padre fue engañado de los suyos. Thamasp convino en esto; pero viendo el General que no hacía de ello el mérito que él quería, pues no castigaba á los culpados, conjeturó que también el Rey podría ser sacrificado. Tomó sus medidas con los principales oficiales, convidó al Rey á una revista, y allí á un festin, en el que el Príncipe con poca precau-

cion de los excesos del vino, fue llevado con buena guardia á un aposento retirado. Pendiéron á sus domésticos; y el dia siguiente, Thamasp-Kuli Khan, juntando los Ministros de Estado y principales Capitanes, les hizo presente la incapacidad del Rey, y las funestas conseqüencias de la paz si no le deponian. Todos aprobáron su dictámen: lleváron al hijo de Thamasp, que aun estaba en la cuna, le prestáron juramento de fidelidad, y le proclamáron Emperador con el nombre de Abbas III.

Siendo el Príncipe Abbas un niño de seis meses, ya se dexa conocer que Thamasp-Kuli-Kan era el verdadero Soberano de la Persia. De todo disponia á su gusto; pero se debe confesar que siempre cedia en ventaja y gloria del reyno. Venció á los Turcos, pidiéron estos la paz, y no la concedió el Regente sino con la condicion de que restituyesen todas sus usurpaciones, y volviesen á entrar en sus antiguos límites. A los seis meses murió el pequeño Emperador, y juntando Kuli-Kan de nuevo los Gobernadores, los Generales y oficiales principales, les propuso que colocasen otra vez en el trono á Thamasp, si le juzgaban capaz de gobernar. To-

dos se reuniéron para pedir á Kuli-Khan que se sentase en el trono ; pero él no consintió sino con tres condiciones : la primera, que declarasen la corona hereditaria en su familia : la segunda, que ninguno tomase partido en favor de la última familia Real ; y la tercera , que no volviesen á maldecir á Omar , Osman y Abu-Bekra , ni se juntasen tampoco para hacer conmemoracion de la muerte de Husseyn , el hijo de Ali. Esta última cláusula , que establecia una especie de tolerancia de la secta de los Sonnitas, odiosa á los Persas , fue la que tuvo mas dificultades que vencer ; y porque el xefe de los Ministros de la religion dominante se aventuró á reprehenderlo , le hizo el Emperador ahogar con un cordel. Convocó despues á los principales , y les dixo : „No habiendo evitado con vuestras oraciones las desgracias de la nacion , se prueba que no son agradables á Dios : los que merecen mantenerse con las rentas de la religion son mis soldados que las han remediado ; y en consecuencia de este modo de pensar confiscó todos los bienes dedicados al servicio de la religion mahometana , y publicó inmediatamente un edicto para la reunion de los Shiitas



Elevacion de Tamasp-Kouli-Kan.

Las victorias de Tamasp, la manéscia deposición del Príncipe de Persia, y la temprana muerte de Abbas III, le abrieron el camino para el trono. No le admitió sino con ciertas condiciones, y siendo una de ellas contraria á un punto religioso, se opuso el jefe de los Shiítas, y Tamasp le hizo ahorcar con un cordel. ¿Que podían esperar de un soberano que empezaba así atropellando la religion del país?

y de los Sonnitas, y entonces tomó el nombre de Shah-Nadir.

El reinado de este Príncipe fue un reinado de gloria y de victoria: su gobierno fue absolutamente despótico con el auxilio de un ejército de Tártaros, y de otros pueblos independientes y belicosos que siempre tenia cerca de su persona. Los Persas tenían poca autoridad: y aunque siempre estaban sobre aviso, mordian su freno en silencio; pero con un secreto despecho que el Emperador no ignoraba: conocimiento que para él era una razon de hacerles pesado el yugo para contenerlos. Suponen que cansado de las precauciones que tenia que tomar, pensó en libertarse de sus temores con una matanza general de los principales Persas. Se descubrió el proyecto, los amenazados se juntaron, los conjurados se veian en medio de un ejército sacrificado enteramente al Shah, y era preciso forzar una guardia de la mayor confianza. No sabian positivamente en donde estaba su tienda, ni como distinguirla entre las otras; pero nada de esto los detuvo, porque la desesperacion allana todos los obstáculos. Cinco solos entraron de noche en la cerca Real: mataron á un eunuco y á una vieja: entraron en un

pabellon , reconocieron al Emperador en el brillo de los diamantes que siempre llevaba, por ser su pasion favorita , se puso en defensa , y mató á dos conjurados. Otro le dió un golpe mortal , y él exclamó : „Gracia: á todos os perdono.” „No , respondió otro tercero , jamas has hecho gracia á nadie , y tampoco la hay para tí.” Diciendo estas palabras le cortó la cabeza.

Así que se supo su muerte acudieron los Tártaros á las armas , y diéron sobre los Persas , se defendieron estos con valor , y en esta accion perecieron cinco mil hombres. Se desordenó el ejército , y fue llevando la confusion el desórden y la anarquía , que desde entonces ha desolado aquel infeliz reyno , casi siempre hecho presa de las guerras civiles. Shah-Nadir , mas conocido en la Europa por Thamasp Kuli-Khan , reynó catorce años. Sus hazañas en la India , cuya relacion haremos , le adquirieron una gloria inmortal. Era de un ayre agradable , y no menos interesante principalmente quando hablaba : su talla era de seis pies , y su temperamento muy robusto. Con una memoria extraordinaria juntaba tan rara presencia de espíritu , que tomaba su resolucion tan presto como lo habia pensado.

No se dice qué se hicieron Shah Husseyn ni Thamasp, pero se conjetura. Los Reyes que consienten en baxar del trono, por pacífico que sea su carácter, no deben esperar una vida libre de violencias. Nunca perdonaba Thamasp-Kuli-Khan á los que le podian hacer sombra: bien que de él no puede decirse, como de sus predecesores, que mató á nadie á sangre fria, ni por su propia mano.

Los Persas, sin embargo de sus guerras civiles, se mantienen siempre en cuerpo de reyno. Con dificultad les entran los Turcos, á pesar de que son sus constantes enemigos; y entre los Príncipes que sucesivamente se han sentado en un trono tan vacilante, ha habido algunos que acordándose de la antigua gloria de su patria, han sabido hacer respetarla.

O R M U Z.

Ormuz fue un reyno que se extendia por las costas de Persia y las de Arabia, y comprehendia todas las islas del golfo Pérsico. Actualmente está reducido á una isla que dista de la tierra cinco leguas por la costa de Persia, y nueve por la de Arabia. Esta isla se abrasó en otro tiempo, y el fuego la de-

xó muy desigual y arroyada: tiene mucho azufre y sal mineral, pero tan corrosiva que no sirve para sazonar los alimentos ni para la salazon de las carnes: sus rios y sus fuentes son saladas, y así hay que llevar de tierra firme casi toda el agua dulce; bien que cerca de una isla que no está distante la toman en el mismo fondo del mar en vasijas tapadas con la mayor exâctitud para sacarlas á traves del agua salada. En este parage se pescan las ostras que contienen en sus conchas las mejores perlas del mundo, baxando el pescador á buscarlas á diez ó doce brazas de profundidad. Los calores en Ormuz son excesivos, y casi increíbles para los que no los han experimentado. No obstante se vive allí mucho, porque el ayre es muy bueno y mas sano que en la costa de Persia, cuyos habitantes tienen precision de dexarla en tiempo de los grandes calores para ir á respirar el fresco en las montañas. Con ser las aguas de esta isla tan saladas, hay mucha caza, gamos, zorras, y otros animales que pueden pasar, segun se ve, sin el agua dulce.

Se sabe poco mas ó menos el tiempo en que la ciudad de Ormuz, edificada en la costa de Persia, dexó de existir por las guerras

que la destruyéron , pues á principios del siglo catorce se trasladó el Imperio á la isla. Uno de los Reyes de este primer reyno nos dió la historia de sus predecesores , y hasta nueve consecutivos fuéron excelentes Príncipes. Este estado se extendió á los principios con el comercio ; pero el comercio que la sostuvo fue la causa de su decadencia. Se habia mantenido en un estado floreciente á pesar de las guerras entre los que se disputaban su pequeño trono : y hasta veinte y siete le habian ocupado sin interrupcion , quando los Portugueses , deseando apoderarse exclusivamente del comercio de aquella parte de Asia , se hicieron dueños de Ormuz en 1514. Mientras estos la domináron conserváron su autoridad los Reyes naturales ; pero con limitacion , como que eran vasallos del Rey de Portugal. Esto duró ciento y catorce años hasta el de 1622 , en el qual los Persas se hicieron señores de Ormuz con el auxilio de los Ingleses.

TURCOMANOS.

Los Turcomanos , así llamados , como si dixéramos *semejantes á los Turcos* , por su figura y costumbres , debe creerse que son de

origen Tártaro. Tienen el rostro moreno y chato: habitan poco en las ciudades, y solo por necesidad, porque no les gusta: son voluntariamente errantes, mas pastores que labradores, inquietos, belicosos, y sufren con impaciencia el yugo. Es difícil seguirlos en sus emigraciones desde las cercanías del mar Caspio, de donde se dice que salen, á la Persia, á la Turquía, á las fronteras, y á lo interior del Asia, por las montañas de Armenia, por las inmensas llanuras que el Eufrates riega, y cuya navegacion infestan al mismo tiempo que por tierra roban las caravanas. Se dividen en orientales y occidentales: entre ellos se ha mantenido la distincion de las familias y el conocimiento de sus filiaciones. Dos son las familias que han hecho conquistas y producido Soberanos: estas se han distinguido en tribus *del carnero negro y el carnero blanco*, por el color del animal pintado en sus banderas. Shah-Nadir, de quien acabamos de hablar, descendia de los Turcomanos Orientales. Tambien los Occidentales produxéron guerreros, cuyas expediciones han sido menos célebres por su extension; pero sus hazañas suponen osadía, valor y capacidad. Este pueblo es muy activo, nunca es-

tá ocioso: las mugeres van hilando sobre los camellos, ó moliendo el trigo con molinos de mano que llevan estos animales. Su lengua en general es la del país que habitan, Turca entre los Turcos, Persiana entre los Persas; pero mezclada en todas partes de algunas palabras primitivas, y pronunciada con una dureza que parece originaria. Profesan la religion mahometana, pero sin mortificarse mucho por cumplir sus obligaciones. La tribu del carnero blanco contaba al principio del siglo trece hasta trece xefes que se habian sucedido en el Diarbekir, en donde habian formado un reyno mas ó menos grande. Todavía le habitan muchos, pero sujetos á los Kesilbaschas ó Persas que matáron á su último Príncipe.

U S B E K E S.

Los Tártaros Usbekes tambien vienen de las cercanías del mar Caspio. Quanto pudiéramos decir de su figura, carácter y religion seria repetir lo que hemos dicho de los Turcomanos. Lo que hay notable es que viviéron pacíficamente baxo el dominio de tres Príncipes, el abuelo, el padre y el hijo, reconocidos todos por espíritus limitados, y

aun llamados en la historia pusilánimes; pero el último era al mismo tiempo supersticioso y gran cazador. Esta dinastía reynó en la Gran Bukharia, y otra en el Karasin.

El Karasin consiste principalmente en dilatadas llanuras de arena como la gran Tartaria; pero es fértil en donde le riegan rios. Lo que mas se alaba de sus frutos son las sandías que se trasportan muy lejos, y pueden comerse en cantidad sin hacer daño. Atraviesan este pais dos grandes rios que desembocan en el mar Caspio, y otro tercero que desagua en un gran lago; el qual no tiene comunicacion con el mar, ni se hincha mas con las aguas de este rio que el mar con los dos grandes rios que recibe. Se cuentan en este pais veinte provincias: tenia en otro tiempo muchas ciudades; pero actualmente todas han caido de su grandeza, porque se la debian al comercio, y los Usbekes en vez de cultivarle temen la comunicacion con otros pueblos, que es lo que podia hacerle florecer. En esto ha sido tanta su precaucion que extraviáron un grande rio que entraba en el mar Caspio, y formaba en su embocadura un puerto excelente. Otro puerto que les ha quedado le aprovechan poco, y solo contra su voluntad y con astucia con-

siguen los Rusos alguna correspondencia.

Antes de los Usbekes se cree que habitaron este país los Sartas, cuyas costumbres y carácter se ignoran; pero hay mas probabilidad de haberse formado de una mezcla de Persas, Arabes y Turcos, y por último prevalecieron los Tártaros Usbekes. Todavía son menos cultos y mas inquietos que los de la Gran Bukharia. Los buenos pastos no los contienen ni fixan sino en quanto pueden salir desde allí á los países vecinos y extraer esclavos, que son su riqueza principal. A falta de extrangeros que robar se roban unos á otros. Los Usbekes hacen una vida verdaderamente de salteadores, sin conocimientos, sin ciencias, ociosos, y únicamente ocupados en conversaciones frívolas, hasta que llega el caso de que la noticia de algun robo los saca de aquella especie de letargo: y entonces todo el aduar se pone en movimiento. No conocen el pan, comen mucha carne, principalmente de caballo. Su principal bebida es la leche de yegua, de la que hacen una bebida que los puede embriagar. Para cazar los caballos silvestres, muy multiplicados en sus llanuras, se valen de unas aves de rapiña, que los montan y se agarran de la cabeza ó cuello del ani-

mal, y entre tanto que se fatiga por sacudirla de sí, llega el cazador y los mata fácilmente. Este país siempre está hecho presa de los bandos ó facciones que produce la multitud de hijos de los Príncipes, todos pretendientes al trono. La historia de estos un poco regular tiene su data desde el principio del siglo diez y seis.

Pero la sucesion conocida de los diez y siete Kanes ó xefes de estas tribus, errantes hasta el principio del siglo diez y ocho, casi no nos ofrece hechos notables, porque todos se reducen á correrías de unos contra otros, rápidas marchas, sorpresas, combates sangrientos entre algunos puñados de hombres que se han disputado algunas tierras frescas y hermosas de las que se hallan en los áridos desiertos. Es verdad que las pasiones humanas hacen el mismo papel en estas cortes pequeñas que en las grandes, descubriéndose proyectos ambiciosos, intrigas, crueldades, fratricidios y aun parricidios; pero tenemos de todo esto muchas menos noticias que de lo sucedido en los grandes Imperios. Notaremos sin embargo en una accion de Din-Mahamet, VII Khan, una ceremonia de sacrificarse á sí mismo. Resuelto á romper por los batallo-

nes enemigos, para arrastrar consigo sus tropas que estaban un poco tímidas, tomó un puñado de polvo, le esparció sobre su cabeza, y exclamo: „Yo sacrifico mi alma á Dios, y mi cuerpo á la tierra.” Cargó sobre el enemigo, le siguiéron sus soldados, y ganó la victoria.

Hajim, Khan XII, castigó á un hijo suyo, que aun era muy jóven, por haber sufrido que un hombre del campo matase un carnero gordo para convidarle, y dixo: „Tengo ya cincuenta años, y jamas he empeñado á nadie en tanto gasto. Si ahora que eres jóven tienen los pobres paisanos que matar carneros en tu obsequio, quando seas mayor tendrán precision de matar caballos y vacas: querrán los otros seguir este exemplo, y será el medio de reducirlos á todos á la mendicidad.” Este pasage al mismo tiempo que pinta la sencillez de las costumbres, es una leccion para los ayos de los Príncipes sobre que nada debe despreciarse y todo debe corregirse en la infancia respecto de aquellos á quienes en el resto de su vida jamas podrá llegar la reprehension, porque los adularán todos. Este mismo Hajim era temido y respetado de sus vasallos en términos, que el historiador

406 COMPENDIO DE LA HISTORIA UNIVERSAL.
dice que si les hubiera prohibido por un año tratar con sus mugeres, le hubieran obedecido, y aun no se acercarian mucho á sus propias casas por no darle motivo de la menor sospecha.

Los Rusos que pasan por este pais para comerciar en la China, ya en el año 1724 conjeturaban que el Khan de los Usbekes podia poner en campaña doscientos mil caballos; pero este mismo es el número de sus vasallos varones entre jóvenes y ancianos. En la última revolucion de que tenemos noticia, sucedida en el mismo tiempo poco mas ó menos, se vio la barbaridad de un hijo que destronó á su padre, y mandó sacarle los ojos. Por esta puede formarse juicio de las otras mas antiguas.

T A B L A

DE LAS MATERIAS DEL TOMO SÉPTIMO.

A RABES.....	3
<i>Mahoma</i>	<i>id.</i>
<i>Abu-Bekra (primer Califa)</i>	29
<i>Alcoran</i>	34
<i>Omar I (2 Califa)</i>	38
<i>Othman (3 Califa)</i>	48
<i>Ali (4 Califa)</i>	51
<i>Hasan (5 Califa)</i>	57
<i>Moavia I (6 Califa)</i>	58
<i>Yecid I (7 Califa)</i>	63
<i>Moavia II (8 Califa)</i>	70
<i>Abdalla (9 Califa)</i>	71
<i>Mervan I (10 Califa)</i>	<i>id.</i>
<i>Abdalmalec (11 Califa)</i>	74
<i>Walid I (12 Califa)</i>	80
<i>Soliman (13 Califa)</i>	86
<i>Omar II (14 Califa)</i>	87
<i>Yecid II (15 Califa)</i>	88
<i>Heshan (16 Califa)</i>	89
<i>Walid II ó Abud-Abbas (17 Califa)</i> ...	91
<i>Yecid III (18 Califa)</i>	92
<i>Ibrahim (19 Califa)</i>	<i>id.</i>

<i>Mervan II (20 Califa)</i>	93
<i>Abul-Abas (21 Califa)</i>	95
<i>Almanzor (22 Califa)</i>	96
<i>Mahadi (23 Califa)</i>	97
<i>Muza (24 Califa)</i>	105
<i>Haroun-Al Rashid (25 Califa)</i>	104
<i>Barmecidas</i>	106
<i>Amin (26 Califa)</i>	112
<i>Mamun (27 Califa)</i>	114
<i>Motasen (28 Califa)</i>	116
<i>Wathek (29 Califa)</i>	117
<i>Motawakel (30 Califa)</i>	118
<i>Montaser (31 Califa)</i>	123
<i>Mostain (32 Califa)</i>	125
<i>Motaz (33 Califa)</i>	126
<i>Motadi (34 Califa)</i>	127
<i>Motamed (35 Califa)</i>	128
<i>Motaded (36 Califa)</i>	130
<i>Moctasi (37 Califa)</i>	132
<i>Moctader (38 Califa)</i>	134
<i>Kaher (39 Califa)</i>	138
<i>Radi (40 Califa)</i>	140
<i>Motaki (41 Califa)</i>	143
<i>Mostacji (42 Califa)</i>	146
<i>Moti (43 Califa)</i>	147
<i>Tay (44 Califa)</i>	148
<i>Kader (45 Califa)</i>	149

	409
<i>Hayen</i> (46 Califa).....	156
<i>Moktadi</i> (47 Califa).....	157
<i>Mostader</i> (48 Califa).....	158
<i>Mostarhed</i> (49 Califa).....	159
<i>Rashed</i> (50 Califa).....	160
<i>Mostasi</i> (51 Califa).....	161
<i>Mostaujed</i> (52 Califa).....	162
<i>Mostadi</i> (53 Califa).....	<i>id.</i>
<i>Naser</i> (54 Califa).....	164
<i>D-Haher</i> (55 Califa).....	165
<i>Mostanser</i> (56 Califa).....	<i>id.</i>
<i>Mostasem</i> (57 Califa).....	167
TURCOS. Entre los Kalmucos, la gran	
<i>Bukaria y el mar Caspio</i>	171
TURCOS. Seljucidas.....	
<i>Togrol-Bek</i> (primer Sultan).....	174
<i>Alp-Arslan</i> (2 Sultan).....	175
<i>Malek-Shah</i> (3 Sultan).....	177
<i>Barkiarok</i> (4 Sultan).....	179
<i>Mahomed</i> (5 Sultan).....	180
<i>Sanjar</i> (6 Sultan).....	<i>id.</i>
<i>Mahamud</i> (7 Sultan).....	<i>id.</i>
<i>Togrol</i> (8 Sultan).....	<i>id.</i>
<i>Massud</i> (9 Sultan).....	181
<i>Seljucidas de Kerman</i>	182
<i>Seljucidas de Rum</i>	183
<i>Soliman I</i> (primer Sultan).....	<i>id.</i>

<i>Kili-Arslan I (2 Sultan)</i>	184
<i>Sultanes de Iconio</i>	<i>id.</i>
<i>Saysan (3 Sultan)</i>	186
<i>Masud I (4 Sultan)</i>	<i>id.</i>
<i>Kili-Arslan II (5 Sultan)</i>	<i>id.</i>
<i>Kosrou I (6 Sultan)</i>	<i>id.</i>
<i>Soliman II (7 Sultan)</i>	<i>id.</i>
<i>Kili-Arslan III (8 Sultan) de quien no se habla en particular</i>	<i>id.</i>
<i>Kaykaus (9 Sultan)</i>	187
<i>Kaykobad I (10 Sultan)</i>	<i>id.</i>
<i>Kosrou II (11 Sultan)</i>	188
<i>Azzod-Din (12 Sultan)..... Kosrou III (13 Sultan) de quienes no se habla en particular</i>	<i>id.</i>
<i>Interregno de diez y nueve años</i>	189
<i>Massud II (14 Sultan) de quien no se habla en particular</i>	<i>id.</i>
<i>Kaykobad II (15 Sultan)</i>	<i>id.</i>
TARTARIA. Entre la India, la Persia, el mar Caspio, el mar del Japon y la China	<i>id.</i>
<i>Tártaros</i>	<i>id.</i>
<i>Mogoles</i>	198
<i>Ghenguis (primer Kan)</i>	<i>id.</i>
<i>La gran caza</i>	212
<i>Octay (2 Kan)</i>	222

	411
<i>Kayuk (3 Kan)</i>	251
<i>Mengko (4 Kan)</i>	255
<i>Kublai (5 Kan)</i>	238
<i>Timur (6 Kan)</i>	248
<i>Hayshan (7 Kan)</i>	249
<i>Ayyulipalipata (8 Kan)</i>	250
<i>Chotepala (9 Kan)</i>	251
<i>Yesun Temur (10 Kan)</i>	253
<i>Hoshila (11 Kan)</i>	255
<i>Tutemur (12 Kan)</i>	256
<i>Thouan-Temur (13 Kan)</i>	<i>id.</i>
<i>Chú</i>	260
<i>Kalkas ó Kalmukos</i>	264
<i>Elutos</i>	265
<i>Kipiacos</i>	268
<i>Usbekes</i>	269
<i>Crimea</i>	<i>id.</i>
BUKHARIA. <i>Entre los Kalmutkos, la</i> <i>Rusia, el gran desierto, los estados</i> <i>del Mogol y la Persia</i>	271
EL IRAN. <i>Entre el Ghilan y el Turques-</i> <i>tan</i>	283
<i>Hulagu</i>	284
<i>Abaka</i>	<i>id.</i>
<i>Ahmed</i>	<i>id.</i>
<i>Argun</i>	285
<i>Ganjatu</i>	<i>id.</i>

<i>Baydu</i>	<i>id.</i>
<i>Gasán</i>	286
<i>Algiaptu</i>	<i>id.</i>
<i>Abusaid</i>	287
<i>Tamorlan</i>	289
<i>Katíl</i>	319
<i>Shah Rukh</i>	324
PERSIA.....	325
<i>Los Scfis de Persia</i>	<i>id.</i>
<i>Shah Ismael Sofi (primer Shah)</i>	327
<i>Thamasp (2 Shah)</i>	329
<i>Ismael II (3 Shah)</i>	<i>id.</i>
<i>Mohammed Kodabendé (4 Shah)</i>	350
<i>Hamzeh (5 Shah)</i>	351
<i>Ismael III (6 Shah)</i>	<i>id.</i>
<i>Shah Abbas (7 Shah)</i>	332
<i>Sofi I (8 Shah)</i>	349
<i>Abbas II (9 Shah)</i>	355
<i>Soliman (10 Shah)</i>	358
<i>Shah Husseyn (11 Shah)</i>	363
<i>Mahmud</i>	381
<i>Ashraf</i>	388
<i>Thamasp</i>	391
<i>Abbas III</i>	393
<i>Thamasp-Kuli-Kan, 6 Shah Nadir</i>	394
ORMUZ. <i>En el golfo Pérsico</i>	397
TURCOMANOS. <i>Cerca del mar Caspio</i>	399

USBEKES DE BUKHARIA Y DE KARASIN...	401
EL KARASIN. <i>Entre los Kalmukos, la gran Bukharia, los desiertos de Karak y el rio Ama</i>	402

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
10	27	que los	que en los
36	3	Romadan	Ramadan
51	14	hubiera	hubieran
145	6	{ á Motaki de Mostacfi	á Mostacfi de Motasí
238	7	del	de
248	3 y 4	Kan-malo	Kan-Mala
265	14	Clutos	Elutos
292	27	al	la
319	12	treinta y siete	diez y siete
325	14	continuar	construir
407	2	tomo séptimo.	toino octavo.



